EMIL LUDWIG

ADALIDES DE EUROPA

EDITORIAL JUVENTUD ARGENTINA, S. A.
BUENOS AIRES

ADALIDES DE EUROPA

EMIL LUDWIG

ADALIDES DE EUROPA

TRADUCCIÓN DEL ALEMÁN POR
RAMÓN MARÍA TENREIRO

EDITORIAL JUVENTUD ARGENTINA, S. A.
DEFENSA 355
BUENOS AIRES

EDITORIAL JUVENTUD, S. A.
PROVENZA 101
BARCELONA

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS
Copyright by Editorial Juventud Argentina, S. A.

Impreso en la República Argentina Printed in Argentina

Imprenta López - Perú 666 - Buenos Aires

PRÓLOGO

De todos los estudios biográficos, que, desde 1920, vengo presentando al mundo de lectores, diferéncianse los que siguen en que están tomados del natural. Cierto que mis relaciones con los hombres aquí representados han sido de diferente duración: a Masaryk, Mussolini y Rathenau los he estudiando en extensas y sistemáticas conversaciones; a los otros, ocasionalmente, en diferentes momentos de su carrera; Stalin es el único con quien sólo hablé una única vez.

La publicación en lengua alemana de este libro, y de otro más, también político, en la hospitalaria Holanda, al mismo tiempo que en doce idiomas extranjeros, considérola como respuesta a la hoguera del año pasado. Del millón o de los dos millones de volúmenes de obras mías que circulan por Alemania, han sido quemados públicamente cosa de un millar de tomos, entre ellos algunos de mi libro sobre Goethe, el cual, en el idioma alemán, ha alcanzado mayor circulación que todos los libros anteriores sobre el mismo tema. Cuando el fuego encantado esté extinguido del todo, cuando la mano desapasionada de la Historia haya clasificado a los héroes arios de hoy según su valor histórico, siempre sobresaldrán por encima de ellos las figuras de los hombres cuya imagen he procurado representar.

Si se compara la serie de hombres de Estado a quienes se toma en consideración en cada una de las nueve naciones, con los aquí representados, acaso sólo en Inglaterra y Francia podrá haber sido retratado algún otro: en este caso, me decidí por aquellos a quienes he visto con más frecuencia que

a sus colegas rivales. Las otras siete naciones están representadas por su más importante hombre de Estado. La objeción de que Briand y Rathenau, en sus aspiraciones europeas, aparecen como sobrepasados por el tiempo, sólo es válida para gentes que viven del periódico y al día. En las grandes líneas del desenvolvimiento europeo, son más importantes ambos que todos los que les han sucedido en Francia y Alemania. No pensamos en el sainete de estrepitosos tribunos populares, sino en el espíritu del siglo, no en un país determinado, sino en Europa entera, que es lo único que nos interesa cuando hablamos de Adalides.

Entre los retratados, todos son selfmademen *de baja extracción social, si exceptuamos a Nansen y Rathenau; todos, fuera de Nansen y Motta, han sido periodistas durante un tiempo más o menos largo; cinco de entre ellos son escritores, tres, al mismo tiempo, hombres científicos; cuatro son abogados; dos filósofos, ninguno militar de oficio.*

Aunque los términos "demócrata" y "autócrata" han perdido claridad y acaso también algo de su valor, las figuras estudiadas en la primera parte pueden ser designadas incondicionalmente como servidores del pueblo, y las de la segunda, condicionalmente, como señores del mismo, en lo cual el inglés y el griego, ocupan una posición central de amigos del pueblo que sólo pueden gobernar ellos solos.

En la Historia, a las fases masculinas, en las cuales los pueblos se llenan de actividad, se levantan o se libertan, suceden otras, que pueden ser llamadas femeninas: entonces los pueblos claman por un guiador que los proteja y que pueda eximirlos de tomar resoluciones por sí mismos. Los pueblos fuertes no piden un dictador, sino que lo combaten. Una época que habla siempre del "problema del conductor" reconoce su impotencia para guiarse por sí mismo. Con esta carencia, ligase, notablemente, una idolatría del Estado, a la cual permanece extraño el ciudadano capaz de responsabilidad. El individualista no puede encontrar en el Estado ninguna meta para sus aspiraciones, ni mucho menos un ideal; lo concibe como una asociación de fines para servir al conjunto y no para dominar. El culto de este ídolo que en el día de hoy consiste especialmente en la lucha de razas y de pueblos, en

la formación de una escala de categorías, en educar a la juventud para ser un número en el Estado, atestigua la falta de fantasía y de religiosidad. La idea de la comunidad nacional, tal como ahora es metida a martillazos en millones de cerebros de Europa, debe suplir el valor personal del individuo aislado. Es bueno para almas pequeñas. Quien, para su desarrollo, necesita de una comunidad, pertenece al coro.

El individualista habita lejos de estos mundos: se esfuerza por elevar sus facultades innatas para aproximarse algunos escalones hacia Dios, o hacia el ideal que guarda en su pecho. De este modo, la comunidad nacional es para él una circunstancia que se da naturalmente, como el color de sus ojos o el tamaño de su cuerpo. La afectación de eterno abanderado que ha conducido a la horrible palabra "patriotismo" no tiene nada de común con los sentimientos por la patria, a la cual se la ama sin glorificarse de ello. En una Europa cada año más estrecha, el nacionalismo eleva sin cesar su voz de trompeta, por miedo a su próximo fin. El oscurecimiento de nuestros ideales de ciudadanía universal sólo es hoy efecto del reverbero con que cada pueblo se alumbra a sí mismo, al modo como recientemente son iluminadas catedrales y castillos para los viajeros que pasan en medio de la noche. El ciudadano de Europa permanece inconmovible en la oscuridad y busca las estrellas.

Si les enseño a mis hijos el natural amor hacia la Suiza donde han nacido y se han criado, ello es tarea fácil para mí, porque aquí el problema nacional está resuelto con un carácter práctico; pero también en otros países les enseñaría que no existe ningún pueblo elegido, que los perfeccionamientos del espíritu están repartidos entre todos ellos y que sólo de esto depende su valoración, y no del desarrollo del poder, de la extensión del territorio o del número de habitantes. Un suero contra el cáncer descubierto para la humanidad por cualquier europeo es más importante que la cuestión de la supremacía en Europa. Pero si comparo la idolatría del Estado en cada uno de los países, sólo la rusa me parece que señala el porvenir, porque la desaparición del poderío y el abrir todas las valoraciones para los antes desheredados, tendrá importantes consecuencias morales, mientras que es indi-

ferente para el porvenir de la humanidad el que una provincia o un campo de petróleo de una de esas mezclas de razas que se llaman Estados pase a poder de otro.

El modo como se gobierna es, por lo demás menos importante que quien realiza la función de gobernar. Tengo consagrados veinte años y dilatadas obras e investigaciones a los individuos aislados, ante todo al genio, representado dramática y biográficamente. Si la Historia Universal se basa de modo tan resuelto sobre las personalidades, un gobierno de cuatrocientas medianías tiene que serle más extraño que el de un dictador lleno de significación. El culto del héroe que, en el día de hoy, se apodera nuevamente de la juventud europea, me contaría entre sus fieles si viera yo más héroes. Mucho más desearía ser gobernado dictatorialmente por Masaryk que democráticamente por el Palais Bourbon.

Pero hoy es ya demasiado tarde para formular deseos. Después de que el pensamiento de la unidad de Europa ha sido oscurecido por las más groseras fuerzas, prepárase de nuevo la anticuada lucha entre los pueblos. Mientras las conferencias se ponen en ridículo con la definición de armas defensivas y ofensivas, todos los pueblos forjan armamentos idénticos; cuáles sean defensivos y cuáles ofensivos no depende del calibre, sino del ideal enseñado por el Estado en sus escuelas y universidades. La guerra que amenaza no va a ser sólo asoladora, sino también estéril.

Mas el Destino prepárale un cruel final al nacionalismo. Después de la futura lucha universal por la supremacía de razas y de pueblos, nadie preguntará ya qué bandera ondea en el castillo de una ciudad conquistada. Más allá de todos los problemas del nacionalismo, las desengañadas víctimas de sus rectores y seductores arramblarán con los restos del oro, por el cual los han deslumbrado con problemas nacionales. Sobre este diluvio, surgirá, como último arrecife, el Estado Universal, al cual, en la miseria colectiva, se asirán con firmeza nuestros empobrecidos descendientes.

EMIL LUDWIG.

Febrero 1934.

PRIMERA PARTE

SERVIDORES DEL PUEBLO

NANSEN

EL FILÁNTROPO DEL NORTE

"Hay pocos hombres que, poseyendo entendimiento, estén, al mismo tiempo, capacitados para la acción. El entendimiento ensancha, pero paraliza; la acción vivifica, pero limita".

GOETHE

I

En una sala resplandeciente, entre veneras y piedras preciosas, música y rumor de charlas, entre camareros, fuentes cargadas de manjares y torrentes de vino, alzábase un tablado, junto a la pared del fondo, en el cual, una docena de señoras y caballeros comían apartados del resto de los asistentes: el Congreso de Naturalistas de Munich, en septiembre de 1899, solemnizaba aquí su condecoración. Las miradas de un estudiante de diez y ocho años se dirigían hacia el tablado donde estaban reunidos los elegidos, y, en especial, hacia uno de ellos. Cuando, después de un brindis, la sala se puso en movimiento, todos arrastraron las sillas, se rieron y chocaron los vasos unos contra otros, entonces pensé yo cuánto mejor sería estar sentado allí arriba. Allí estaba el hombre cuyo libro había yo leído, el cual ostentaba como dedicatoria: "A aquélla, que bautizó el navío y tuvo ánimos para esperar", palabras que, mil veces, me había repetido yo a mí mismo. Cuando, por último, llevóme mi padre hacia aquel estrado, levantóse para saludarle aquel hombre magnífico. Estaba allí en pie, de frac, con condecoraciones, un hombre esbelto, como lleno de anhelo, y de su estrecha y alta cabeza

brotaba una inquiridora mirada azul de acero. Era Fridtiof Nansen, entonces al final de la treintena. Mi corazón voló hacia él.

No lo abandonó durante largo rato, mientras estuvimos sentados entre los profesores. Lanzaba yo hacia él mis miradas, al otro lado de la mesa; creía conocerlo mejor, ya que acababa de tenerlo tan cerca; observaba los sobrios movimientos de sus brazos, su singular sonrisa, la aguda, y, por decirlo así, corporal profundidad de su investigadora mirada, y una firmeza completamente nueva para mí, antes sólo soñada, que procedía claramente de su interno equilibrio. Precisamente, la notoria extrañeza de que este cazador y navegante ocupara un puesto entre los sabios de cuarto cerrado, originaba una interna armonía que nadie me había hecho sentir antes de entonces. Mi fantasía vistió-lo de pieles y le puso las botas de gigante; volvió a colocar entre sus manos el fusil y los harpones con los cuales lo había visto frecuentemente en los retratos; la sala comenzó a cubrirse de hielo hasta que todos los profesores fueron, en parte, cazadores polares, y osos blancos los otros; vi el rostro, armado de gafas, de Virchow, correspondiendo a uno de aquellos blancos perrazos que arrastraban los trineos; la cabeza de mi padre, con su blanca barba, correspondía a uno de aquellos pingüinos, una fila de los cuales, curiosa y sin temor, esperaba a los viajeros. Nansen, escaso de palabras e imperativo, miraba por encima de todos, buscando alrededor, con un largo anteojo de campaña, dónde podía encontrar camino y por dónde podían atravesarse las grietas del suelo.

En el momento siguiente, trasportélo junto a su esposa —la que tuvo valor para esperar— y describí la trágica despedida y el romántico regreso, para volver de nuevo a la imagen primitiva, allí, en la presidencia, donde, justamente entonces, alzaba él la copa de *champagne* y parecía realizar la imagen de un mancebo lleno de gloria, de genio y de reserva. A diferencia de todos aquellos sabios que le rodeaban, ¿no parecía ser un poeta, él, que había soñado con abrirse camino a través de la noche polar? Cuando levantaron la mesa, lo seguí y aun pude ver cómo el bello hombre norteño se había puesto un gabán de pieles sobre su frac, como para entremezclar las imágenes de mi fantasía. Desapareció después para mí y sólo al cabo de treinta años volví a verlo.

II

Aquí hay un pintor que se ha convertido en geógrafo, un cazador, un descubridor, un investigador, un organizador, y, a pesar de todo, éste no habría sido sino uno entre muchos casos interesantes, si, en el fondo de la selva de su alma, no se hubieran unido y fomentado mutuamente dos fuerzas que, en general, se encuentran en lucha una con otra, o, por lo menos, en contradicción: pues Nansen era un aventurero y un filántropo, ambas cosas de modo apasionado. Pero no es que hubiera llegado a ser lo uno cuando ya no era apto para lo otro, como suele verse con frecuencia en el caso de mujeres interesantes; sino que, más bien, las dos tendencias se entrelazaban en el tapiz de su vida, pues a los treinta años era ya filántropo y a los sesenta todavía aventurero. Cuando, por primera vez, realizó una expedición geográfica, alcanzóle, entre gente extraña, un caso de miseria colectiva con el que no había contado; cuando por última vez se puso en camino, lo hizo a causa de la miseria de unos hombres lejanos, pero la expedición, llena de peligros, estaba por completo en el sentido de su espíritu y de su cuerpo.

Sólo se le puede comprender plenamente examinando su persona física; ésta nos muestra cómo, durante veinte años, fué estableciéndose lentamente el equilibrio entre ambas fuerzas. Este hombre alto y nervudo, de color moreno y una piel que parece, por decirlo así, salada por el aire del mar, miraba en su juventud, hasta después de los cuarenta años, con ojos escudriñadores, no agresivos, sino con la mirada alerta de cazador de hombres y animales; la nariz grande, la frente ya tempranamente calva hasta lo alto del cráneo, el rojizo bigote muy recortado por encima de unos bellos y finos labios; un hombre que rara vez se permite ser romántico, como en el fondo lo es; no dado a las mujeres, pero rendido ante una; escaso de palabras hasta la aspereza entre hombres; con la voz siempre acechadora de ciertos capitanes de vieja cepa, pero, al beber, dotado de una risa varonil que, por lo demás, nunca llega a ser estrepitosa.

Estas disposiciones, explicables por el cruce de la noble san-

gre de la madre con la procedencia menestral de los antepasados paternos, fué robustecida, desde la niñez, mediante fortalecimiento y deporte. Estos mozuelos, hijos de un abogado bien acomodado pero severo, nacidos en su casa solariega al borde del bosque, fueron educados espartanamente; tenían que andar tres kilómetros, diariamente, para ir a la escuela a Cristianía, y otro tanto de vuelta, y además, en verano, otros diez kilómetros de ida y de vuelta para ir al baño; hacíales carpintear mucho y ejercer otros oficios mecánicos, lo mismo que servir alternativamente a la mesa. A la madre, uno de los antiguos campeones de *skis* del país, no le fué permitido, al principio, darle a su hijo más que un par de zapatos de nieve, viejos y desiguales, hasta que el niño pudo pedirle unos nuevos a un amigo de la casa. Con éstos, corrió después durante diez años; ganó, antes de los veinte, el más alto premio de carrera y salto, tuvo a los diez y ocho el *record* universal de velocidad sobre hielo, mantuvo su supremacía en Noruega durante doce años, y después, se retiró y dejó de concurrir de repente a todos los concursos. Desde la niñez era también un magnífico patrón de velero, nadador y tirador.

Lo que prefería era ir solo por los bosques o los *fiords*, endureciendo su cuerpo con la carrera y el ayuno, "para lo cual, frecuentemente, hacía excursiones de semanas enteras sin ir provisto más que de un pedazo de pan, cerillas y un anzuelo, asando lo que pescaba en las hogueras que hacía en el bosque".

Ya en esta juventud de cazador, adviértese claramente el doble carácter de su ser: Nansen ama a los animales, pero los mata a tiros o los apresa; evita a los hombres, pero les auxilia. A los diez y seis años, por primera vez, salva la vida de un ser humano: la de su hermano que se ha caído al agua, pero todavía a los sesenta se arroja tras un hombre que se ahoga, pues la carencia de temor está profundamente arraigada en él; era y siguió siendo siempre, la condición de todas sus actividades. En su casa, en la granja, convive con caballos, gallinas y cerdos y durante toda su vida emplea su tiempo en la frecuentación y estudio de los animales, desde los infusorios en la platina del microscopio a los osos blancos en las soledades polares; pero, al mismo tiempo, fué siempre un cazador apasionado y cuando, en su vejez, le señalaba yo cierta contradicción entre el pacifismo y la caza,

me miró sorprendido y me dijo en voz baja: "¡Ah, no! ¡El ir por el bosque con los perros! . . ."

Tal seguridad de sentimientos, que se sustenta en tradiciones familiares y de la tierra y no se entrega a ninguna teoría tolstoiana, asegura al amigo de los hombres y de la naturaleza, una robustez que fué lo primero que dió posibilidad a toda la carrera de Nansen. Era el hombre más varonil que he encontrado.

En la ciudad, estaba siempre algo azorado, por decirlo así, maravillado, y uno de sus compañeros informa que, en realidad sólo se le podía conocer en el seno de la Naturaleza; "Entonces era totalmente otro hombre; sencillo, y sin embargo lleno de matices, un niño con unos abiertos ojos azules, confiados y amistosos, que gozaba de cada hora del día con risas y bromas, y, al mismo tiempo, un hombre sin miedo e independiente, modesto y firme; honrado, sincero y puro".

En su juventud, compuso versos y pintó, continuó pintando con mucho talento durante varios decenios, pero debía estudiar física. Para asegurarse, en el ejercicio de su profesión, aire libre y excursiones, pronto abandonó ésta, dirigiéndose hacia la zoología y a los veintiún años fué conservador del Museo de Historia Natural de Bergen.

En este tiempo, Nordenskiold estaba realizando un viaje por Groenlandia y Nansen, que ya a los veinte años había pasado algunas semanas en un cazadero de focas, esperaba ansiosamente noticias de ello. "Estaba sentado y escuchaba con indiferencia cómo leían un periódico . . . Había allí un telegrama que informaba de que Nordenskiold había regresado felizmente de su viaje, pero no había encontrado ningún oasis en el interior de la Groenlandia sino sólo ilimitadas llanuras de nieve con excelentes pistas para *skis*. Entonces fué para mí como un relámpago; una expedición con *skis* podía atravesar Groenlandia desde una costa a la otra . . . El plan estuvo ya entonces terminado". Sólo al cabo de cinco años pudo ejecutarlo.

Mientras tanto, comenzó a viajar por el Mediterráneo, más dibujando y pintando que estudiando al microscopio. En su casa, trabajaba sobre el sistema nervioso central, quería hacerse profesor universitario; pero su corazón había sido herido por aquel relámpago, atraíanle los *skis* y los libros sobre Groenlandia; intentó lograr su objeto presentando una solicitud al Gobierno,

lo tuvieron por loco y pidió dinero a préstamo; y cuando, por fin, recibió del Extranjero cinco mil coronas y se estaba ya equipando, un periódico satírico de su patria escribió lo siguiente: "En junio, el doctor Nansen hará una exhibición de carreras de *skis*, con un "gran salto" a los hielos del interior de Groenlandia. Asientos numerados en las grietas de la nieve; no son necesarios billetes de regreso".

Tenía veintisiete años cuando, con cinco hombres, comenzó la aventura; pero los preparativos mostraron que era bastante más que un aventurero: un hombre práctico, un manual hecho hombre, que construía por sus propias manos las piezas más importantes del equipo, para lo cual le servían el dibujo y la física, el saber andar en *skis* y sus caminatas. Todo estaba calculado. "Si hubiéramos llevado para dormir sacos de lana en vez de sacos de piel de reno, ninguno de nosotros habría alcanzado la costa occidental". El plan tuvo éxito: como primeros hombres que lo realizaban, atravesaron este desierto de hielo de vikingos, con zapatos de nieve, a los 65 grados de latitud Norte; toda la Groenlandia de Oriente a Occidente. Pero cuando llegaron, el último navío había zarpado ya. Hasta la primavera, vivieron allí con los esquimales.

Esta aparente casualidad fué decisiva para Nansen: llevóle, por primera vez, a vivir en medio de un pueblo oprimido. A este noruego, a quien siempre habían atraído mucho más el bosque y los animales que los hombres y los pueblos, que no leía ningún periódico y que, ni en su país ni en el extranjero, había pensado jamás en el Estado, fuéronle por primera vez suscitados, por impresiones morales y de los sentidos, sentimientos políticos que pronto debían crecer hasta convertirse en problemas. La compasión es su reacción primera, la segunda una voluntad de mejoramiento. No por el camino del pensamiento y del estudio, sino por la intuición y el sentimiento, fué llevado este hombre práctico y activo a salir en defensa de una colectividad humana; y como esto aconteció en el más extremo Norte, como adquirió sus primeros conocimientos filantrópicos calzado con *skis*, fortalécese plenamente de este modo el símbolo de la misión de Nansen.

"En Groenlandia, conocieron los europeos a los esquimales", dícese en el prólogo de su libro sobre éstos. "Cuando llegamos

a ellos con nuestro cristianismo y nuestros productos de la civilización, tuvieron que reconocernos como señores y desde entonces ruedan cuesta abajo . . . Cada vez que he visto a uno de estos hombres, sufriendo en la miseria o rendido bajo el peso de la que nosotros les hemos acarreado, despertóse en mí el sentimiento de justicia, del cual, todavía poseen un resto la mayor parte. Si entre nosotros se supiera todo esto, todo el mundo, entonces, tendría que ser despertado con la sacudida, para tratar de reparar aquello en que hemos delinquido. ¡Pobre joven! ¡No has enunciado nada que no hubiera sido dicho ya muchas veces! La desgraciada suerte de los groenlandeses, lo mismo que la de los otros pueblos indígenas, con gran frecuencia ha sido reprochada a los pueblos civilizados, y, sin embargo, nada ha cambiado en ello. Es indiferente; yo quiero aligerar mi conciencia. Paréceme también un sagrado deber levantar mi protesta . . . Cierto que el efecto de mi opinión va a ser análogo al de un grito en medio de dilatada llanura, que no provoca el eco de la montaña. Sólo me queda la esperanza de suscitar, acaso, en algún pecho, simpatía y dolor por la suerte de los pobres esquimales".

Y cuando, al final del libro, lanza invectivas contra las misiones cristianas, como falsas portadoras de cultura, exclama: "¿No se han de abrir jamás nuestros ojos para ver lo que allí hacemos? ¿No se han de unir jamás los verdaderos amigos del hombre, de polo a polo, en una protesta contra toda esta confusión, esta escandalosa manera, que se cree justa a sí misma, de tratar otras culturas y otros credos?" Para los groenlandeses, sólo ve la salvación en que los europeos se retiren poco a poco de Groenlandia.

Al comenzar y terminar Nansen su objetivo libro con tan patéticas palabras, bien sabía lo impopular que iba a hacerse con sus incitaciones a esta liberación entre los gobiernos de los estados coloniales y el odio que le cobrarían misiones y comunidades piadosas. En el momento en que del zoólogo surgió un geógrafo, complicó, ante los ojos del mundo, su nueva posición, el dedicarse a la moral política. Apenas sabía él entonces que ésta iba a ser, precisamente, la línea fundamental de su vida.

III

EVA Sars era hija de un experto zoólogo y oceanógrafo; era, o llegó a ser, cantante, y cuando Nansen la tomó por esposa, a los treinta y un años, poco después de su regreso de Groenlandia, encontraron satisfacción, en este nuevo círculo familiar, sus afanes de investigador y artista. Ella, por su parte, compartía sus excursiones en *skis* o, en el verano, iba con él a bañarse y a cazar, comía como él pescados y aprendía a pasar frío. Debe haber sido orgullosa y alegre; a su primer hija la llamó Liv, es decir Vida. pues había nacido seguramente para gozar de la existencia, con fuertes nervios y creyente corazón, pues ya cuando se habían comprometido para casarse, la primera declaración de Nansen había sido: "Sí; pero . . . tengo que ir al polo Norte".

Mientras que, durante veinte años, dedicó a esta mujer todo el rendimiento y el fuego que se derramaba de su fantasía de semipoeta, acostumbróla, al mismo tiempo, al trabajo y al frío; fué con ella, al día siguiente de la boda, a proseguir sus estudios, y, al tiempo que comenzó a construir una casa, pasó el primer invierno con ella en un llamado "pabellón", que no había construído para vivienda, y donde, cada noche, se les helaba el agua de lavarse. "Aquel invierno me acostumbró a pasar frío", ha dicho ella; mas él permanecía en esta "perrera" y escribía setecientas páginas sobre Groenlandia y los esquimales. Cuando faltaba todavía mucho para que la casa estuviera terminada, obligóla a trasladarse a vivir a ella.

Aquella nueva casa, ¿no estaba llena de dichosos presagios? "Buena Esperanza" era su nombre; se alzaba sola y escondida en una pequeña lengua de tierra donde había praderas y un bosque claro que llegaba hasta el bello *fiord* de Cristianía, por donde podían ir a la vela. Había dibujado él la casa, lo mismo que bosquejado los muebles, en antiguo estilo del Norte, y hecho tallas para la chimenea, pues también quería desarrollar su parte estética. Antes había aprendido a hacer litografías, grabando en la piedra los dibujos para su estudio sobre el sistema nervioso, al igual que más tarde todos los de sus trabajos zoológicos e histológicos.

¿Por qué no permaneció en la bella casa nueva con una mujer amada y una hijita? ¿Qué le arrastró otra vez fuera de su país, apenas estuvo allí establecido, apartado en general de los hombres, tal como había soñado siempre? "Pero tengo que ir al Polo Norte".

Este proyecto, primeramente, era una meta siempre deseada por una mitad de su ser; el cazador y el marino, el investigador y el corredor de *skis*, así como el campeón, querían ir adelante, y también, de este modo, llamó a su navío el *Fram*, es decir, *Adelante;* el Nansen que se había dado a conocer con su viaje de Groenlandia cuenta ahora, según lo solicita, con el apoyo del Gobierno. Era su idea, partiendo desde el barco, acercarse en patines al polo, desde cierta latitud. Pensaba estar ausente un año, acaso también dos. Pero estuvo tres, y, en realidad, fué un milagro que regresara.

"Ahora, un último saludo a la casa familiar, que se alza allí, en la lengua de tierra. Delante el resplandeciente *fiord*, alrededor de bosques de pinos y pinabetes, detrás un risueño paisaje de praderas y una remota cima cubierta de bosque. Con los gemelos, vi brillar una blanca figura en el banco de debajo del pino. Aquél fué el momento peor de todo el viaje". Estas palabras, tal como entonces las consignó, muestran claramente al hombre de los países del Norte: un hombre encerrado en sí, abnegado, pero que siempre tiene que volver voluntariamente a bordo, navegar por costas lejanas, que abandona una mujer joven y amada al cabo de dos años de vivir con ella y una niña de algunos meses, ¿para qué? ¿Para obtener gloria y dinero? De una y otra cosa tenía bastante su sencillo natural. ¿Para comprobar alguna teoría? No había formulado ninguna; no era, por su profesión, ningún investigador polar. ¡Falta de miedo! En el fondo, lo hizo sólo para desafiar un peligro, como sus antepasados los vikingos.

De cómo estas tendencias surgen continuamente en él desaparecen, vuelven a presentarse, y, lo mismo que en la antigua canción del marino, asaltan al hombre en medio de la noche y el hielo y se hacen dueñas suyas, de ello nos da singular testimonio su *Diario*. Al cabo de año y medio de viaje, la noche de San Silvestre: "Ha sido un año muy largo y ha traído muchas cosas buenas y malas. Comenzó con bien, ya que la pequeña Liv nos

aportó una dicha tan nueva, tan singular, que al principio apenas podía yo creer en ella. Pero fué duro, indeciblemente duro, lo que tú me trajiste, año viejo, cuando me arrastraste fuera de casa . . . Desde entonces, todo el tiempo ha sido para mí un único deseo nostálgico . . . ¿Y yo? ¡También yo soy feliz! No es una vida despreocupada, no, la que me pesa terriblemente; ni cartas, ni periódicos, nada que perturbe la existencia conventual y apartada del mundo que soñé en mi juventud cuando anhelara paz para consagrarme a mis estudios. Un nostálgico anhelo, aun cuando sea fuerte y triste, no es ninguna desgracia. El hombre no tiene en realidad ningún derecho a ser feliz de otro modo, cuando el destino le permite cumplir sus ideales".

24 de marzo del 94. "Todavía tengo que esperar y observar la marcha del tiempo. Pero si el viento llega a fijarse en dirección opuesta, entonces romperé todos los puentes a mis espaldas, para arriesgarlo todo en una marcha hacia el Norte por el hielo. Entonces habrá llegado el día de actuar. No sé hacer nada mejor. Será un viaje peligroso, a vida o muerte; pero ¿puedo elegir otra solución? Es indigno de un hombre emprender una tarea y renunciar después a ella cuando tiene ante sí el punto culminante de la batalla. No hay más que un camino y ése va hacia adelante. *¡Fram!*"

Octubre. "Esta vida no es ni vivir ni morir, sino una cosa intermedia entre ambas. Esto significa que jamás está uno intranquilo por nada, una espera de lo que venga, espera que acaso consuma los mejores años de la fuerza viril . . . Todas las noches sueño que estoy en mi casa, pero, cuando rompe la mañana, lo mismo que Helge, tengo que volver a galopar en el lívido corcel a través de las rojizas tinieblas, no hacia las dichas de Walhall, sino por el imperio de los hielos eternos". Mientras tanto, con frecuencia permanece ante el microscopio hasta altas horas de la noche.

Este doble mundo del marino, represéntalo un dibujo en el cual aparece, sentado en su camarote, el hombre de treinta y cuatro años, de rasgos y mirada más dura que antes; sobre él, a la izquierda, pende un retrato de la mujer y de la hija, a la derecha el mapa de las regiones polares. En estas heladas noches de varios meses de duración, mostrábase a veces de carácter áspero, enojábase con la tripulación a causa de la desaparición de

una botella de cerveza; cuando, más tarde, partió del buque para siempre, pidióles que le perdonaran sus arrebatos de cólera.

Pues, en la segunda noche del invierno polar, determinó Nansen abandonar el navío, y con uno de sus tripulantes, Johansen, avanzar en trineo hacia el Norte. No como una aventura, sino con toda previsión científica, ensayó la vida en la tienda de campaña y el saco de noche, durante dos semanas, en un campamento próximo al navío pero separado de él. Calculan qué ración alimenticia es suficiente, vuelven al barco, refuerzan sus vestidos, piel de lobo como traje, piel de reno para el saco de dormir. Después, a mediados de marzo, parten hacia el Norte: dos hombres con sus perros, trineos y fusiles en una latitud Norte que jamás fué pisada por el pie humano, solos en un silencio monstruoso, expuestos al hielo y a los animales. Dan la vuelta, al cabo de tres semanas de marcha, habiendo alcanzado el grado 86° 14′.

"Nuestra ropa —informa después en su *Diario*—, cada vez más, durante el día, se hace como una coraza de hielo, y, durante la noche, un húmedo vendaje, lo mismo que las mantas de lana. El saco de dormir es cada vez más pesado a causa de la humedad que se ha helado por dentro en cada uno de sus pelos . . . ¡Qué adormilados estábamos cuando, metidos en el saco, sacudidos de tiritona, esperábamos la cena! Yo, como cocinero, tenía que mantenerme despierto para vigilar y a veces lo lograba . . . Por fin estaba hecha la comida y repartida y siempre nos sabía magníficamente. Ésos eran los momentos de esplendor, pensando en los cuales gozábamos durante todo el día. Pero, a veces, estábamos tan cansados que se nos cerraban los ojos y nos dormíamos con la cuchara camino de la boca".

Pero aunque la contumacia del hielo les hizo regresar más de prisa de lo que en realidad permitían el plan y la exploración, sin embargo, estos dos hombres se vieron forzados a permanecer allí todo un año, a pasar en su choza de hielo, en completa soledad, una tercera noche polar, durante la cual sólo pudieron sobrevivir gracias a la caza y por último sacrificando la mayor parte de sus perros. Con el total abandono de estos hombres no son comparables las sensaciones de los modernos exploradores; más bien deben haber sufrido estados de ánimo sólo comparables a los de los prisioneros. Al mismo tiempo, cada cual se

encerraba en sí mismo. "Durante el día entero, estamos los dos silenciosos —escribe Johansen—, y si hablamos de algo es habitualmente de seguir adelante, de la patria, y, con ello, de lo magnífico que tiene que ser el llegar allí". A pesar de tal disposición de ánimo, necesitó Nansen que pasaran tres trimestres para decidirse, la noche de San Silvestre, a proponerle el regreso a su compañero.

Cuando, más tarde, comenzaron, por hambre, a degollar sus perros, entenebrecióse Nansen por completo; matar a un oso, era cosa de su agrado, pero ¿a un amigo de cuatro patas? "Ayer fué degollado Pan —escribe Johansen—, que antes tiraba por tres, y Kvik, que últimamente había comido la lona de cubrir la batería de cocina, ha fallecido también. La noche en que Kvik acabó su vida, Nansen estaba de un humor muy diferente del habitual. Era el único de nuestros perros traídos de Noruega; Nansen lo había tenido en su casa, donde todos lo querían. Lo maté escondidamente antes de que Nansen tuviera plena conciencia de lo que hacía".

Pasan con toda regularidad los meses en la vida de la choza de hielo, como si fueran las horas de un idilio, pero de un idilio infernal. "Los trajes, impregnados en grasa —escribe Johansen—, se nos pegaban al cuerpo... Los cabellos y barbas crecían salvajemente; negros y sebosos estaban rostros y manos; nos habíamos convertido por completo en salvajes. Era un tormente tener que andar con toda aquella grasa y no tener cosa alguna, con la cual, de cuando en cuando, pudiéramos secarnos, como era debido, las manos".

IV

Y sin embargo, llega por fin el día del regreso. El mundo aclama a los navegantes a quien hace mucho tiempo que da por perdidos, pues sólo Eva ha confiado en la buena estrella de Fridtiof. Había dado conciertos en Noruega, y, como compensación de no haber oído nada de él durante estos años, telegrafiábanle diariamente el estado de salud de su hijita durante estos viajes. Hoy se envían radiogramas en los viajes aéreos; desde los más aleja-

dos vapores, mándanse a cada momento noticias a casa y pueden recibirse de ella; hace cuarenta años, esta mujer permaneció durante tres años sin noticias de su marido y leía en la mirada de la gente cómo trataban de ocultarle el convencimiento general de un naufragio o de la muerte por hambre. Ahora lo tenía junto a sí, y, al lado de ellos, la hija de cuatro años.

¿Acaso él, en esta hora, al cabo de tan intensas pruebas de valor y virilidad, decidirá no volver a arriesgarse nunca? ¿Acaso, ya casi de cuarenta años, resolverá consagrarse a la ciencia, y a la actividad en tierra firme, renunciando para siempre a aquellas espantosas historias? Lentamente regresa el *Fram* al puerto, poco después de los dos hombres, y cuando la mirada de Nansen se posa en el barco, cuando se reúne con sus compañeros, acaso la nave, que, como él mismo, ha triunfado sin daño del peligro, ¿acaso la vista de su fiel tripulación, no tienen que atraerle, secretamente, para acometer, al cabo de los años, una nueva aventura? ¿No procedían también así sus antepasados los vikingos?

Primeramente, arrebátale el mundo en remolinos de gloria: un cargo de profesor en su patria, birretes doctorales en todos los países, congresos y publicaciones, homenajes y cátedras, y además, su propio libro, no le deja respirar, y, lo mismo que ha aumentado el campo de su actividad, solicita él también una casa mayor del Destino. En la montaña, sobre Lysaker, compra, con su mujer, un trozo de bosque de pinos, pero que también contiene en sí árboles de hoja caediza. Aquí vivió desde los cuarenta años hasta su muerte y no ha entresacado jamás el arbolado, sino que solamente, donde el camino se hacía demasiado estrecho, de cuando en cuando, con sus propias manos, echaba abajo algún árbol. Un gran *hall* de dos pisos de altura, altas ventanas y puertas de cristales, por todas partes vistas sobre el bosque o el mar, ninguna valla de separación entre la granja, jardín y bosque, y, dentro de la casa, algunas habitaciones atestadas de libros y de cuadros, las más tranquilas para él, en lo alto de la torre.

Aquí, en los años inmediatos, escribió cosas definitivas sobre oceanografía, dando así satisfacción a la parte de investigador de su espíritu. Pero, al mismo tiempo, la sangre marina mugía en su pecho y consideraba, consigo mismo, lenta e indecisamente, si no debería dirigirse al Polo Sur, con su *Fram* debidamente

reparado. Parece no haberle dicho nada de estos planes a su mujer; en todo caso, en este tiempo, de los cuarenta a los cuarenta y cinco años, vivió consagrado a una actividad más tranquila y recogida, más a la manera de un sabio. En cuanto al porvenir de su vida, parecía haber vuelto a ser, de nuevo, un puro investigador, tal como en su juventud lo había soñado.

Entonces, el año 1905, el pueblo, violentamente agitado, vino al llamar a la puerta de su habitación de la torre, y aunque hasta entonces nunca había sido político activo y ni siquiera se había interesado por la política, intervino ahora, junto con Biörnson, el hombre más popular de este pequeño pueblo, de un modo vivo y eficaz. El tempestuoso deseo de Noruega de separarse de Suecia, debía ahora, según él decía, ser precisamente realizado por los no políticos, pues "llegan momentos en la vida de un pueblo, como en la de un hombre, en que hay que atreverse a todo . . . Todo compromiso, todo camino tortuoso, daña entonces, irreparablemente, el alma de tal pueblo". Pero, como según todo su modo de ser no podía desear una guerra, preséntase públicamente contra los exaltados de su país, recomienda una solución pacífica en discursos, artículos, en un folleto, y, como todo el mundo lo conoce, llega entonces, por primera vez, a negociar con los representantes en el extranjero de alguna gran potencia. Durante algunos momentos, creyóse que él o Biörnson empuñarían el timón del gobierno. Ambos fueron lo bastante cautos para abandonar este papel a las llamadas gentes del oficio.

Pero cuando el rey de Suecia hubo renunciado a su trono de Noruega, la nación envió a Fridtiof Nansen como "representante privado del gobierno noruego" al príncipe danés Carlos para llevarlo como rey a Cristianía. Para el nuevo Estado, esto fué casi como utilizar ante el mundo la fama de Nansen; enviáronle a Londres como primer representante de una Noruega independiente. Aprendió allí durante tres años, a conocer el funcionamiento de la diplomacia europea con un fin que todavía entonces estaba oculto para él y para todos.

Cuando, durante este tiempo, estaba una vez en su casa, con licencia, en medio de sus estudios, vino junto a él su paisano y colega Amundsen y le pidió el *Fram*, con el cual quería avanzar hacia el Polo Sur. Nansen vaciló. El otro era once años más joven; ésa era toda su ventaja. Y ¿en otro caso? Y ¿él? Con

un cuerpo juvenil, al cual nadie entonces habría atribuído cuarenta y seis años, ¿era ya demasiado viejo para esta aventura? Ciertas noticias presentaban la conquista del Polo Sur como más fácil que la del Polo Norte, que entonces, en 1907, todavía no había sido alcanzado. Un orgullo natural ¿no tenía que incitarle a ensayarse una vez más en este terreno? Él mismo ¿no había construído y capitaneado el navío? ¿Qué significaba esta silenciosa vida, entre documentos políticos, su existencia de investigador, entre mapas y libros, hasta con la mujer y los hijos, si, en vez de ello, se podía respirar de nuevo entre hielo y osos polares, y, con toda el alma, sentir la nostalgia del hogar?

Cuando Amundsen volvió a visitarlo, al cabo de ocho meses, Nansen estaba todavía indeciso. El motivo por el cual no podía tener afecto al otro, nos es comprensible sólo con lanzar una ojeada sobre sus respectivos retratos, pero apreciaba su capacidad de acción. Esta vez, antes de bajar al *hall* al encuentro del sorprendido huésped, entró en la habitación de su mujer.

"Ya sé lo que va a pasar ahora —díjole ella—. Vas a dejarme otra vez". Miróla silencioso, según su propio relato, fué al *hall,* saludó a Amundsen y le prometió el navío. Pocos meses después, murió súbitamente Eva Nansen. ¿Habíase enfermado a los cuarenta años de edad o no se sintió bastante fuerte, al cabo de veinte años, para soportar por segunda vez la aventura que quería afrontar él? ¿Y por qué ahora, después de su muerte, no se lanzó Nansen a un navío y buscó la lejanía, ya que lo próximo era atormentador para él? No; sólo se limitó a dejar Londres y la política; volvió para siempre a su patria, como profesor, enseñó su Oceanografía a unos diez o veinte oyentes, prestó su apoyo, contra la secreta resistencia de su corazón, a los preparativos de Amundsen, que duraron años, y estuvo sobre el tejado de su torre cuando éste, casi tres años después de la entrega del navío, abandonó el *fiord,* en el puente del *Fram.*

Muchos años más tarde díjole a su hijo: "Aquélla fué la hora más amarga de mi vida".

Mas entre polo y polo, está el ecuador. Con fuerza mágica, este hombre, para quien la tierra y el mar eran igualmente familiares por su natural y por sus estudios, sentíase atraído hacia aquella tercera línea, en la cual, a igual distancia de ambos polos,

quería probar su impulso investigador, su osadía y su amor a los viajes.

Inmediatamente uno de otro, acababa de saber el descubrimiento de ambos polos por Amundsen y Peary. ¿Si se había helado durante toda su vida, por qué no ir una vez bajo el sol abrasador? Eva estaba difunta, no era necesario sentir nostalgia. Nansen decidió trasladarse al ecuador como explorador. Fecha: 1914.

V

¡QUÉ pesadilla y qué locura, y nadie, nadie puede ordenar que cese! Los pueblos de Europa, portadores de la antorcha de la cultura, se devoran entre sí... Apenas un hombre viste de uniforme, apenas lleva un traje de un corte y color especiales, hasta quizás una condecoración, adquiere ya derecho para todos los crímenes, puede, desde el aire, dejar caer bombas sobre pacíficas ciudades, sobre ciudadanos que trabajan duramente, que están ocupados en sus deberes y no piensan en ningún peligro. Le es lícito destrozar la riqueza, los hogares, la vida. ¡Eso hace hervir la sangre en las venas! Pero los pueblos más importantes no ven nada malo en ello o no levantan siquiera una voz para la protesta... Contra este mundo tiene que lanzarse un hombre de la nueva época, una hombre de forma fuerte y sencilla, un hombre de una pieza, el hombre sin la corrompida visión de una doble moral".

De este modo habla, en su *Diario*, un hombre que piensa en sí mismo. Pero ¿qué debe hacer? "Viajar para predicar", esto no era del estilo de Nansen; entrar en la lucha, hubiera sido conforme a su estilo si hubiera encontrado algún sentido en los combates; pero sólo veía la falta de sentido. Esta protesta que, en el curso de los cuatro años de guerra, fué ascendiendo en su espíritu, en lugar de apagarse por la costumbre, no es, en modo alguno, el clamor de espanto de un sabio asustado, no es la admonición de un profeta o eclesiástico. Un hombre de Naturaleza que, desde los años juveniles, ha buscado el peligro, que ha sufrido más trabajos y triunfado de ellos que ninguno de sus contemporáneos, el hombre más valiente de su época, Nansen, se es-

panta así de la guerra porque ha perdido las formas heroicas de los antiguos tiempos, porque ha descendido hasta ser una técnica mecánica que, a la mayor parte de los soldados, sólo les deja sufrir, pero no combatir, y a los pocos que, como individuos aislados, podrían osar algo, los excluye de la decisión. Entre todos los gritos y pensamientos que, en las últimas edades, se han elevado en contra de la guerra, ninguno tiene la autoridad de la palabra de Nansen; autoridad que, desde entonces, ha de ir ascendiendo siempre hasta su muerte, porque ningún otro puede juzgar el temor y la audacia, la forma del heroísmo y la aventura, después de haber alcanzado frutos igualmente importantes.

En primer lugar, lo que le toca hacer por su país es volver a desempeñar de nuevo un puesto de embajador. Pero cuando, en esta misión especial, negocia en Washington, aprende algo que aun no sabía hacer: tiene que comprar trigo para Noruega, tratando con granjeros, armadores de buques, industriales, banqueros, juristas, para lo cual ha llevado consigo un miembro de todas estas profesiones. No se ponen de acuerdo; la delegación parte de nuevo; Nansen permanece solo; finalmente, todo el asunto le parece harto complejo y artificial, lo zanja comprando según sus propias fuerzas y adquiriendo compromisos con su firma. También estas experiencias debía utilizarlas pronto en gran escala.

El pequeño grupo de filántropos que, durante la Guerra, mantuvieron claro su cerebro y abierto su corazón, acogió la nueva, o, por lo menos renovada idea de una Liga de Naciones como áncora de salvación para mantenerse firmes en la tormenta. Nansen, ya en abril del año 19, negoció en París el ingreso de Noruega en la Liga en fundación.

Pero, al mismo tiempo, en medio del universal alarido que se había elevado contra los *soviets*, escuchaba, con alerta oído, lo que pasaba en Rusia, y, lo que percibió, fué el gemir de los hambrientos. Cuando reconoció que él era la única persona que percibía aquel clamor, escribió a cuatro miembros del Gran Consejo, a cada uno una carta. La de Wilson comenzaba de este modo:

"La actual situación de los medios de subsistencia en Rusia, bajo la cual todos los meses mueren de hambre millares de seres humanos, pertenece a los problemas que conmueven todos los

ánimos. Como hasta ahora no parece haberse encontrado ninguna solución para este problema de subsistencias y sanitario, me permito, desde un punto de vista neutral y por razones puramente humanitarias, hacer una proposición para aminorar esta espantosa miseria".

La flecha dió en el centro del problema, pero no donde apuntaba el tirador. El problema del hambre fué aplazado por los grandes señores aun durante dos años, pues los hambrientos no eran ya peligrosos. Pero a los prisioneros de guerra, que representaban un poder político, ¿quién mejor que este Nansen podría traerlos a sus hogares? Llamáronle desde París.

Primero dijo que no, pues estaba metido en nuevos trabajos; después fué a su casa un representante inglés, conjuróle para que sacrificara uno o dos meses; entonces Nansen dijo que sí. La Sociedad de Naciones no podía indicarle el número de prisioneros ni tampoco citarle el procedimiento ni los medios con los cuales pudieran facilitarle su gestión, ni tampoco si los *soviets* mismos estarían dispuestos a prestar ayuda. Dinero no le dió nadie tampoco.

"Un domingo —refirióme más tarde— llegó de repente un telegrama de Lysaker: la Sociedad de Naciones preguntaba si quería yo rescatar medio millón de prisioneros que estaban en Rusia. ¿Por qué había de ser yo precisamente? Ni lo sospechaba. Parece ser que Hoover, con quien había tenido asuntos en América durante la guerra, había contado algo. Tenía que ser un neutral; a un diplomático le suponían acaso menos valor, aunque para aquello no se necesitaba ninguno. Cuando llegué a Moscou, después de ser anunciado, excusóse súbitamente Chicherin de reconocer a la Sociedad de Naciones como comisionada. Solicité para antes de dos horas un tren especial a la frontera. Entonces se apaciguó y acomodóse a suponer que había obtenido yo "plenos poderes" de cada uno de los Estados. Éstos fueron revalidados quizás medio año más tarde, o acaso nunca: mi misión hacía mucho tiempo que estaba terminada. Así fué, y de este modo siguió adelante la historia".

Cuando llegó allí, no había en todo el país, asolado por la revolución y por el hambre, ni barcos, ni trenes, ni ropas, ni desinfección. Al cabo de un par de meses, había reunido Nansen, en el mar Báltico, una flota de catorce navíos; centenares de

trenes se sucedían unos a otros; hasta fin de año habían sido repatriados unos trescientos mil hombres pertenecientes a una docena de naciones. Trató aquí, aquel hombre de acción, de actuar, al mismo tiempo, como pensador y como prójimo, pues se prometió, con esta actividad internacional, obtener un poderoso éxito moral para la Sociedad de Naciones, en cuyo nombre operaba. Nansen tenía sesenta años cuando realizó esta expedición, y, mientras, de sus tres auxiliares, murieron dos del tifus, y uno se puso enfermo, mantúvose él en pie en medio de todo aquello, impávido varonil y abnegado. Debía realizar otras tres veces, en los tres años siguientes, este viaje a Rusia: mas la obra de conjunto, cuyo primer capítulo le había sido entonces encomendado, y que, cuando más, debía tenerle dos meses apartado de sus estudios, duró todo un decenio, hasta su muerte.

Como la mayor parte de los prisioneros y fugitivos, y, junto con ellos, muchos miles de personas en todo el mundo, no poseían ningún documentos acreditativo de su personalidad, convocó Nansen a los diferentes Estados para que deliberaran en Ginebra y propuso un nuevo pasaporte, que, debía ser dado por la Sociedad de Naciones en virtud de su plenipotencia: treinta y un gobiernos lo aceptaron. Llamóse el pasaporte de Nansen, y todavía hoy lleva su retrato. Este documento, que se extiende hoy en nombre de cincuenta y dos naciones y que está reconocido por todo el mundo, es una novedad en la Historia humana, y este signo de una Liga supernacional, en el sitio donde, en general, los documentos de identidad ostentan una águila o las armas de soberanía de un Estado particular, lleva, por primera vez, la cabeza de un simple ciudadano, cabeza que se alza sobre un cuello varonil y fuerte, y dotada de una mirada audaz. Jamás la actividad de un hombre solo ha encontrado monumento más bello.

VI

De este modo, el geógrafo y zoólogo, el explorador con patines y trineo, se había convertido, a los sesenta años, en el *High Commissioner for Refugees and for Relief Work in Russia.* Pues cuando, en el verano del año 21, había retor-

nado a sus montañas, hallóse con un telegrama de Ginebra para que volviera de nuevo a Rusia, esta vez para ocuparse de la salvación de los hambrientos. Dos años antes se había referido en vano a ello. Púsose fuera de sí al ver que otra vez pretendían arrancarlo a su trabajo. Esta vez quería rehusar y mantenerse firme. Su amigo y vecino, que estaba presente, refiere cómo Nansen exclamó: "¡Si acepto, quiere decirse que renuncio a toda mi ciencia, a todo aquello para lo cual vivo!"

¡Hasta este punto puede equivocarse todavía un hombre encanecido sobre la dirección de su obra vital, sobre la forma de lo que Dios se propuso realizar por medio de él! El amigo lo conocía mejor, pues le respondió: "¡Si dices que no, será cuando no tendrás ya nunca más paz!"

Cinco días más tarde, estaba Nansen camino de Riga. Según cálculos, los hambrientos necesitaban cuatro millones de toneladas de cereales, es decir, ocho mil trenes, cada uno de cincuenta vagones; Rusia, después de una cosecha espantosamente mala, apenas podía suministrar la mitad de todo ello. El problema era mucho más difícil que el de los prisioneros del pasado año: esta vez, Nansen necesitaba no sólo de plenos poderes, sino del auxilio activo de un mundo que odiaba el sistema político y social ruso. Los diplomáticos, con su fría impotencia y su falta de escrúpulos, se opusieron por primera vez al filántropo, pues eran muchos los que pensaban para sí lo que el representante de Servia pronunció abiertamente en Ginebra: Si perecen, se arruinarán más de prisa los criminales comunistas.

Esta voz oyóla Nansen en Ginebra, adonde había ido a toda prisa para pedir pan y crédito. El ambiente estaba lleno de odio y de calumnias: "Este Nansen es un secreto bolchevique, por eso se entendió tan bien con Lenin el año pasado". Allí está ahora, en una de las salas de ese laberíntico edificio de Ginebra, que, con sus cien pasillos, corredores y escaleras, tan claramente representa las repentinas combinaciones de la política de puerta falsa . . . Allí está, esbelto y quemado por el sol, siempre marino, siempre aventurero, ante la mesa de los representantes de Europa, correctamente vestidos, pálidos, y, en general, con anteojos, y exclama:

"En este momento, hay de veinte a treinta millones de seres humanos, amenazados por el hambre. Si antes de dos meses no

les llega socorro, están perdidos. El transporte es posible, el control hay que garantizarlo. ¿Quieren ustedes lanzar toda la responsabilidad sobre la beneficencia voluntaria? . . . Hasta ésta se verá estorbada para actuar por las calumnias que se desencadenan. Creo conocer el pensamiento fundamental de ustedes: se teme que nuestra ayuda venga a robustecer el gobierno de los *soviets*. Error. No robustecemos el gobierno ruso con mostrar al pueblo ruso que hay en Europa corazones que palpitan con humanidad. Hay ya gente dispuesta a ayudar al pueblo ruso amenazado de morir de hambre . . . Los gobiernos declaran que no pueden responder de los cinco millones de libras que se necesitan. ¿No pueden ustedes, por lo tanto, entre todos juntos, garantizar la mitad del total de lo que cuesta un barco de guerra? Si se tratara de salir fiador del costo de medio batallón de soldados, ya estaría aquí el dinero. ¿No pueden ustedes? Pues confiésenlo. No convoquen ustedes constantemente comités y conferencias, y prolonguen, durante meses enteros, sus debates, mientras allá lejos los hombres se mueren de hambre . . .

"¡Es una espantosa competencia, la que emprendemos con el invierno ruso, según se acerca, silencioso y despiadado, desde el Norte! Pronto estarán helados los mares rusos, pronto estará cerrado el tráfico marítimo. ¿Debemos permitir al invierno que ahogue para siempre las voces que claman demandando nuestro auxilio? Todavía es tiempo, pero ya no tenemos mucho que perder . . . En nombre de la humanidad, en nombre de todo lo noble y de todo lo que es santo para nosotros, les suplico a ustedes, que también tienen mujeres e hijos, que reflexionen sobre lo que significa dejar morir de hambre a mujeres y niños. Conjuro a los gobiernos, a los pueblos de Europa, pido socorro al mundo entero. Actúen ustedes, antes de que sea demasiado tarde para el arrepentimiento".

¿Cuál es el eco de este grito de socorro? Comisiones, subcomisiones, disculpas, objeciones, advertencias, por último, calumnias. Hay que tener ante la vista el acta de tal sesión, y, poco a poco, siente uno cómo su corazón, a la manera de los mares de Rusia, se va helando, lenta pero despiadadamente. "En dos sesiones fué oído el doctor Nansen y después decidióse: 1° No puede negarse la gravedad de esa hambre. El problema que el doctor Nansen ha traído ante la Asamblea es de la más

alta importancia, tanto desde el punto de vista humanitario como desde el económico. 2° También es indiscutible que es necesario proceder rápidamente", etc., confianza, llamamientos, esos desgraciados, etc., etc., hasta el número 6°, que dice: "Según diversas explicaciones de los miembros de la Comisión, dedúcese que éstos, en nombre de sus gobiernos, no creen poder otorgar créditos oficiales en los presentes momentos".

¿No se oye cómo se congela la mugiente agua? ¿No se ve cómo penden los carámbanos de hielo en el corazón de los diplomáticos de Ginebra? En la sesión inmediata, arroja de nuevo Nansen su lanza, pero nosotros sólo poseemos el lenguaje mecánico del acta, cuyo estilo indirecto no deja percibir su cólera más que en interrumpidas voces: "El doctor Nansen manifiesta que casi no podía creer que una oficina central querría aprovechar la gran desgracia del hambre rusa con fines políticos... Si realmente, en algún lugar, existe la intención de dejar morir de hambre este invierno a veinte millones de hombres con la esperanza de alcanzar con ello un cambio en el sistema político de Rusia, declaro que tal intención es monstruosa... Si esta espantosa desgracia no basta para abrir los ojos de todos y hacer que el mundo se levante como un solo hombre, ¿qué podría conseguirse con un llamamiento? No hacer nada sería fatal para Europa... Podría alegar muchas fábulas que circulan, pero quiere contentarse con dos". Demuestra después que allí donde se dice que un tren de socorros enviado por Hoover fué saqueado por soldados de los *soviets*, fáltase a la verdad, pues tal tren no ha llegado jamás.

Despiadadamente, los políticos indican al inflamado filántropo que acuda a la Cruz Roja y a otras sociedades análogas. Nansen va de una gran ciudad en otra, tratanto de agitar a los hombres: "Creo saber lo que significa una lucha contra el invierno. Pero el combate que muge ahora en el oriente de Rusia es más espantoso de todo lo que yo me atrevo ni a pensar". Así habla el hombre que ha vivido un año en la choza de hielo del grado 86 de latitud.

¡Y lo consigue! Reúnese dinero, vuelve a viajar por Rusia y da de comer a millones de hombres. Allí lo ven siempre en cualquier asiento del *coupé*, contentándose con un plato en cada comida, siempre eficaz, en todas partes práctico, jamás como

invisible organizador, sentado en medio de papeles y teniendo un tren propio, como se dice de la acción de socorro de Hoover en Rusia. "En una sesión en Moscou —refirióme uno de sus acompañantes—, escuchaba como presidente, sin comprender nada, un torneo de palabras en el cual alemanes y rusos, con motivo del canje de prisioneros, procuraban, cada cual, alcanzar sus fines políticos. Pero al aire libre, en los largos viajes, sabía explicar al acompañante lo que era una selva, un pantano y las condiciones de vida en ellos, sin tomar jamás un aire doctoral". Lo que significaba allí para el pueblo, me lo mostró más tarde una aldeana del sur del Volga. Cuando, tres años después de su viaje, le mencioné a una vieja, en el vapor, el nombre de Nansen, hízose una cruz y me preguntó, con dilatados ojos, si lo conocía. Después me tocó en el pecho con su mano, como si debiera trasmitir yo su bendición hasta el salvador de los hambrientos.

Bajo las continuas acusaciones de la prensa de medio mundo de que era bolchevique, espía y vendido, prosiguió Nansen su obra, pero al corazón que lo había llamado a la obra, ya no le dejó decir palabra en la ejecución de ella. Como conocía la cantidad de pan que llevaba consigo y el número de meses del invierno, habíase trazado un plan del cual no se apartó. Cada puesto de socorro tenía su lista de hombres y mujeres a quienes tenía que alimentar. Cuando, de las comarcas más remotas, llegaban, casi arrastrándose, gentes que habían oído hablar del salvador, rechazábalos, según describe uno de sus colaboradores, a fin de no hacer peligrar de nuevo la vida de los salvados. "Había que negarles socorro y dejarlos morir". Ningún informe, ningún diario, habla de los dolores del hombre que había ido allí para socorrer y que tenía que pronunciar tales sentencias de muerte.

Hasta su libro *Rusia y la paz*, no manifiesta su impetuoso enojo por la cobardía de los corazones de Ginebra. Léese allí, y parece como si fuera escrito hoy, no hace un decenio: "Esperábase el desarme de los espíritus, pero no una hostilidad, un odio nacional, algo peor, pues crece funestamente entre antiguos adversarios, hasta entre anteriores aliados... Todo lo que ocurre hace acelerar la catástrofe... Hemos preferido una política de palabras, hemos hecho más difíciles todos los problemas, aplazando su solución por comodidad y por temor a las responsa-

bilidades. Las innumerables conferencias no han estado consagradas a un examen, libre de prejuicios, hecho por gobernantes y peritos con propósito de encontrar, tan rápidamente como fuera posible, soluciones acomodadas a su objeto para una y otra parte. Los mediadores han sido en general diplomáticos y políticos... Mucho más les daba que hacer lo que afectaba a su propia posición personal y la de su partido y su país, que no el problema de cómo podría ser sanada la enferma Europa. Así, con sus accidentales decisiones, no han hecho más que empeorar el mal, o han dejado sin resolver los problemas vitales... La vida política de Europa produce una congojosa impresión de inseguridad e indecisión, de incapacidad, y, ante todas las cosas, de *bluff*". Escrito el año 1922.

De todos aquellos que actuaron con responsabilidad en aquel centro internacional, ninguno, excepto Nansen, ha dicho tamañas verdades y de aquellos que, en general, se expresaron críticamente, ha sido Nansen el único que vivió por sí mismo lo que manifestaba. Si es muy grande su enojo al hablar de Europa, con gran ecuanimidad se expresa este burgués al tratar de la nueva Rusia, en la que vivió en sus peores años. Por medio de largas reflexiones, llegó al convencimiento de que "el establecimiento de una soberanía moderadamente constitucional era allí una imposibilidad psicológica. Era naturalmente necesario que el péndulo, desde la derecha absolutamente reaccionaria del zarismo oscilara completamente hasta la izquierda, hasta el comunismo. Por lo demás, no tenemos derecho a afirmar, de ningún orden social, que sea el único bueno y perfecto... Me impresionó fuertemente la funesta perturbación que el aislamiento de Rusia produciría en el equilibrio europeo y con alegría saludé la ocasión ofrecida a mi actividad, de conocer allí, *sine ira et studio*, las circunstancias que se daban".

En 1920 y 21, Nansen devolvió a los suyos medio millón de prisioneros; arrebató al hambre en Rusia varios millones de personas —esta generalidad procede de sus propias expresiones—; el año 1922, consigue el cambio de un millón de fugitivos greco-turcos; el 23, el transporte de los deportados búlgaros a Tracia, después dirige el retorno de trescientos mil armenios expatriados.

No es milagro que, después de todas estas experiencias, le

repugnara como tal, la política: el año 1926, declinó el encargo de formar gabinete en Noruega como primer ministro. En este año, su actividad se extendió a todos los fugitivos de la tierra habitada.

VII

DURANTE la Guerra Mundial, los turcos habían exterminado a más de la tercera parte de todos los armenios. Lord Curzon, que, como inglés, necesitaba preocuparse menos de la suerte de su adversario que los alemanes aliados con ellos, dijo de aquel acto que era el mayor escándalo de la Historia y Nansen encuentra "en la Historia, pocos casos de una villanía tan insondable". Después de la guerra, en el Tratado de Sèvres entre turcos y aliados, los armenios fueron reconocidos como Estado libre e independiente y les fueron atribuídos, poco después, ochenta y siete mil kilómetros cuadrados de su país. Pero el año 1920, fuéles impuesto, por Angora, un tratado que reducía en dos terceras partes el territorio que les había sido reconocido por las grandes potencias. El año 1921, este tronco mutilado, junto con las otras repúblicas trascaucásicas, entró en una liga con la Unión de los *soviets*. El año 23, el Tratado de Lausana entre Turquía y Europa no contiene ni una sola palabra sobre la patria de los armenios: ninguna potencia dió ni un solo paso para proporcionarles, en realidad, el país que se les había garantizado. "Todo ello —escribe Nansen— produce una impresión tristemente grotesca. Las potencias se mantuvieron tranquilas. Habían admitido que los Armenios (después de 1918) dieran su sangre por ellos y les había remunerado esta ayuda con un papel sin valor alguno . . El interés por este pueblo está tan extinguido como la memoria de las propias promesas".

Ahora, intervino de lleno Nansen en el asunto, recorrió el país con una comisión de la Sociedad de Naciones, escribió un libro sobre ello, *El Pueblo engañado*, pues seguía siendo siempre, al mismo tiempo, geógrafo y etnógrafo, y trabajó durante tres años en Ginebra para proporcionar a los armenios justicia y dinero.

La argumentación empleada en estos combates, y, más aún,

su forma de directa verdad, sólo las comprenderá quien se imagine que Nansen era el único que hablaba este lenguaje de justicia en un lugar donde, sin embargo, debía tener ésta su propia morada. En la Sociedad de Naciones, pasaba por un curioso, un singular profeta que no lograba ver claramente la "dura necesidad de la razón de Estado"; como un ser semifantástico que quería salvar a los pueblos en vez de utilizarlos como medios de compensación; un pájaro raro entre puros hombres de Estado; para decirlo en una palabra, lo que podía ser más extraño al espíritu de la Sociedad de Naciones: un amigo de los pueblos. Dada esta disposición de ánimo, hay que comprender a Nansen cuando, como alto comisario de la Sociedad de Naciones, escribe en su libro para que todo el mundo lo lea:

"¿Con qué fin instituye la Sociedad de Naciones comités para examinar la cuestión de si puede hacerse algo en favor de los armenios fugitivos y sin patria? ¿Lo hace sólo para brizar, en su adormecimiento, a la mala conciencia, en el caso de que alguien todavía la tenga? . . . Ya el nombre de Armenia provoca, en sus adormiladas conciencias, el recuerdo de una funesta cadena de promesas rotas y no cumplidas, para cuya realización no han movido jamás ni un solo dedo. ¡Sólo se trataba de un pueblo pequeño, pero bien dotado, sin campos de petróleo ni minas de oro!".

Durante un momento, parecióle que iba a venir un auxilio de Inglaterra. Bajo su influjo, en el año 1924, Baldwin y Asquith habíanle enviado un mensaje a Mac Donald, que entonces gobernaba, en el que fundaban la solicitación de una gran suma de dinero para los fugitivos armenios en toda suerte de motivos morales. Cuando, poco después, fué derribado Mac Donald y Baldwin empuñó nuevamente el timón, ¿qué es lo que ocurrió?

"Tenía que ser ahora —escribe Nansen—. Pero el gobierno de Baldwin renunció a acometer cosa alguna en favor del pueblo armenio o de los fugitivos que tenían tales "pretensiones morales". Desconcertadamente, pregúntase uno cuál había sido en realidad la intención anterior. ¿Habían sido sólo vanas palabras sin contenido alguno? ¿Y la Sociedad de Naciones? ¿Tampoco ella posee ningún sentimiento de responsabilidad? . . . ¡Ay del pueblo armenio, envuelto en la política europea! Mejor le hu-

biera sido que su nombre no hubiera sonado nunca en labios de un diplomático de Europa".

Nansen perdió la batalla. Cuando, en el año 29, después de una definitiva renuncia de las grandes potencias, regresó a su casa, quería consagrarse por fin totalmente a su ciencia; pero ahora, un año después de su muerte, dijo que para la liquidación de aquellos actos de socorro necesitaba todavía un decenio. Y sin embargo, divisaba esperanzas en la lejanía. Comprendía bien lo poco que se alcanzaba con llegar al Polo o proporcionar socorro a los armenios, sin dar con ello un ejemplo.

VIII

TREINTA años después de aquel primer encuentro, volví a verlo en Ginebra. A la verdad, estaba cambiado, pero parecía en perfecta salud y ni él ni yo presentimos que ya no le era otorgado ni un año más de vida. En el vaporcito que nos llevaba a almorzar a una viña, en la parte sur del lago, iba de pie en la proa, sin abrigo, con el gran sombrero de alas levantadas; el bigote se había vuelto gris, la mirada azul era siempre escrutadora, en general amable; sólo las venas de la frente parecían ligeramente hinchadas. Hasta tal punto era marino, que hasta aquel ómnibus acuático ascendía a la categoría de audaz velero sólo con que él fuera de pie en su proa.

Cuando, después, tras una amplia conversación sobre los pescados y los vinos con que nos habían obsequiado, comenzó a referir cosas, permanecía sentado, algo apartado de la mesa, con las piernas cruzadas una sobre otra y agarraba el pie de su copa de vino; al pensar, y sobre todo al recordar, miraba sesgadamente, a través del zumo rojo claro de la copa, el cual, por la situación del sol reflejábase trémulo en su perfil. A sus espaldas, azul, ensoleada y rica de ondas, tendíase la superficie del lago y prestaba a aquella imagen un simbólico marco. Desde su viaje polar habían pasado más de treinta años, y, no obstante, cuando hablaba ahora de aquella noche eterna y de su vida en medio de ella, semejábase a un Otelo que se hubiera hecho viejo.

"Lo único que nos faltaba a bordo era ropa blanca y libros. Pero así, una vez en la vida, nos aprendimos la Biblia de memoria, pues había una a bordo. Ahora, sin embargo, los mozos ésos no quisieron llevarme consigo a los hielos de Siberia, a mí, viejo cascarrabias. En *zeppelin,* en la próxima primavera, será como un paseo. ¡Recorrer todo el camino en una semana! No; eso apenas puede imaginarse. Naturalmente que llevaré conmigo perros y trineos por lo que pueda tronar. Pero ahora está todo tan civilizado, tan preparado, tan especializado . . ¡Muy hermoso! Sólo que a lo romántico se lo ha llevado el demonio. Eso ya no vuelve. El *Fram* es cosa pasada. Cuando yo, de recién casado, partí para el Norte, ¡puso una cara mi mujer! . . Pero como después declarara que había llegado el turno del polo Sur, pegó con el puño en la mesa . . ¡de este modo! . . . y entonces, con los ojos llenos de envidia, tuve que ver cómo Amundsen realizaba mi proyecto. ¡Ya está! *Passé! Skal!*"

Brindó y bebió. Su segunda mujer, con quien se había casado hacia los sesenta años, mirábalo con ojos de asombro; sabía yo lo que pensaba. Si se pone a hablar de su viaje polar, cada vez se siente más meditabundo, hasta soñador, y, hablando él solo, se pierde en detalles, lo mismo que un padre de familia de alta posición que se pone a recordar las locuras de su juventud. Después vació su copa y dijo:

"Y sin embargo, si bien lo pienso, toda mi vida estuvo construída sobre casualidades. Sin plan, siempre una cosa detrás de la otra, sólo arrastrado por un impulso inconsciente".

Cuando, en estos últimos tiempos de su vida, examinaba el conjunto de sus trabajos, vacilaba entre el desengaño y la esperanza, pero el tono virilmente resignado de la voz de órgano de Nansen volvía siempre a aparecer de nuevo. "A pesar de toda su imperfección —escribe en su último informe—, es lícito decir que se ha hecho algo para aminorar los dolores y miserias del mundo. Quizás se ha logrado con ello que millones de familias, en diversas naciones, se regocijen con la idea y con el sentimiento de que la Sociedad de Naciones no trabaja en vano". Nansen creía poder infundir comprensión y objetividad al Occidente, hasta para Rusia, y si, en el día de hoy, la idea de una guerra de intervención está volatilizada, en ello tiene Nansen

el mayor merecimiento, porque era el único hombre, ajeno a Rusia y al comunismo, que confiaba en los rusos.

Hasta qué punto se sentía próximo de los arriesgados trabajos de este gobierno, lo muestra su regalo del premio Nóbel para edificación de casas de campo modelo en Rusia. Por ser absoluta y totalmente un cristiano en cuanto a su amor al prójimo, daba más de lo que correspondía a su posición mediana, se encariñaba con sus trajes viejos y su calzado y, en su soledad, no necesitaba otra cosa sino un traje muy fino de franela con el cual cubría su cuerpo de acero.

Mientras que, por natural fuerza moral, sacrificaba tiempo y dinero en su sentido más verdadero, hacía mucho tiempo que estaba separado de la Iglesia. Por ello, aceptó la presidencia de una conferencia preparatoria para un congreso universal de todas las religiones. En Ginebra, y también en Noruega, se sonreía mucha gente; dejábanle hacer; pero es un extraño acontecimiento el que la revista de los directores de la Iglesia noruega haya escrito un hermoso artículo con ocasión de su muerte: "El honrado convencimiento de Nansen lo llevó fuera de la Iglesia oficial . . . pero a nadie le es lícito negar que, en nuestra generación, fué Nansen quien más se sacrificó por el amor del prójimo". En su ética política, se alza cerca de Masaryk; pero, como pacifista activo, no tiene Nansen quien pueda compararsele; *le Saint Patron des Réfugiés* le llamaban los griegos salvados. Le era lícito atreverse a pronunciar palabras cuyo valor había comprobado durante los grandes trabajos que había pasado antes:

"¿Qué quiere decir, ni una guerra más? —exclamó al recibir el premio de paz en Estockolmo—. No quiere decir, ninguna guerra mundial más, sino también ninguna guerrecilla privada, ni ninguna guerra por el honor nacional. No; es decir, realmente, nunca una guerra más . . . Durante toda mi vida he sustentado el convencimiento de que, en las grandes resoluciones y hechos de la existencia, es de una decisiva significación el no tener ninguna línea de retirada . . . Los gobiernos en la Sociedad de Naciones no deben pensar en ninguna línea de retirada".

Aun más hermosamente les habló a los estudiantes de la Universidad de St. Andrew, que a sus sesenta y cinco años

lo habían elegido Lord-Rector; este discurso es realmente su más bello documento, aquel en que revela más sobre su persona:

"Lo primero en la vida es encontrarse uno a sí mismo; para ello, se necesita soledad, meditación, reflexión, por lo menos de cuando en cuando. La solución no vendrá de los ruidosos centros de la civilización. Vendrá de los lugares solitarios. Los grandes reformadores de la historia vienen del desierto . . . Hay muchos que ni una vez sola encuentran tiempo para reflexionar sobre el sentido de su vida. ¿Cuál es el sentido de vuestra vida? ¿Estáis ávidos de dicha? Muchos hombres lo están. Pero creedme: no necesitáis preocuparos de eso. La cuestión principal es obtener de sí mismo su mejor rendimiento y hacerse independiente de toda necesidad . . . Quiero descubriros el secreto de lo que llaman mi éxito, y daros un buen consejo. Fué el quemar las naves a mi espalda. Haciéndolo así, no se pierde tiempo con volver la vista atrás cuando se tiene mucha labor por delante. Entonces no hay elección posible para ti y los tuyos, sino el seguir avanzando. Tienes que actuar o morir".

Es éste un hombre activo, que se convierte en benefactor, no uno lleno de compasión que anhela actuar: esto es lo inquebrantable en el carácter de Nansen. Lucha siempre, sólo en la lucha encuentra su dicha, ya sea en los más duros hielos, ya en las abrasadas estepas del Volga: siempre es un hombre de acción, allí, sin premio, casi sin meta; aquí, actuando en favor de millones de hombres. A mitad de su vida, repetidas veces ha confiado a su *Diario* análogos pensamientos:

"A los que viven en aflicción voluntaria los ha condenado el Dante a lo más profundo del infierno. Están enamorados de la pena, quieren ver siempre sombras . . . Nuestro primer deber para con nosotros mismos y con los demás es el estar contentos; pero qué difícil deber es ése para muchos, aunque, al final de cuentas, no para mí . . . En conclusión, este puro juego al que llamamos vida es lo que hace a la vida digna de ser vivida. La capacidad de alegría y de congoja, de trabajo, sed, descanso, fatiga, amor, vida ruda, arte. Enemigos de la vida no lo son los trabajos, la privación, ni la desgracia: ésos son sus mejores aliados. Sus enemigos son las grises y húmedas neblinas, sin sombra y sin luz".

En tal equilibrio del alma había llegado a encontrarse Nan-

sen en los últimos años de su vida, cuando sólo alguna vez acudía a desempeñar su puesto, cada vez más elevado, en Ginebra, para no interrumpir sino raramente sus trabajos de investigador. En la amplia casa, junto al *fiord*, habitaba ahora una muchedumbre de hijos y nietos; el viejo capitán del *Fram* venía a pasar allí temporadas, el vecino pintor, un colega del Instituto geográfico de Bergen; de las eminencias de la Sociedad de Naciones, apenas Lord Robert Cecil, uno de los mejores espíritus de la misma. La salud de Nansen no era siempre la antigua, pero todavía tres meses antes de su muerte emprendió una larga excursión en *skis*.

Cada vez apartaba más su vista de los hombres, volviéndola hacia los fenómenos y elementos con que había comenzado su actividad mental. Volvía a estudiar la tierra y estaba enfrascado en investigaciones sobre la estructura de su superficie, sobre la formación del conjunto de la corteza terrestre. Un día, súbitamente, todavía con la pluma en la mano, cayó al suelo, sin convulsiones ni dolores. La actividad de los ventisqueros fué el motivo de los últimos rasgos de su pluma y de sus postreros pensamientos. Había regresado otra vez al seno de la noche y del hielo.

MASARYK

EL FILÁNTROPO ESLAVO

"Nuestra vida, al igual del conjunto en que estamos contenidos, está compuesta, en forma incomprensible, de libertad y necesidad. Nuestra voluntad es un anuncio de lo que haremos en todas las circunstancias. Pero estas circunstancias nos aprisionan según su propia manera de ser".

GOETHE

I

UNA vez eran un cochero y una cocinera que servían en una de las residencias de campo del poderoso emperador y contrajeron matrimonio después de que los señores se lo hubieron permitido; no les era lícito tomar ninguna resolución por sí mismos, ni cambiar de lugar o de oficio, sin el beneplácito de su señor. Así disponía, hace todavía noventa años, en el oriente de Europa, la ley que fué derogada precisamente en el año de la celebración de este matrimonio, bajo la presión de graves revueltas. Al año siguiente, en 1850, diéronle a su primer hijo el nombre de Tomás, y, precisamente por no haber pensado en el apóstol, no supieron la justeza con que definían su ser, pues aquel hijo debía ser un creyente incrédulo, un espíritu investigador que, antes de aceptarlo, examinaba primero todo lo trasmitido por tradición humana; pero, al mismo tiempo, lo que se refiere a la ley de Dios. Cuando la madre le enseñó a rezar, y después, las pocas cosas que ella comprendía, la buena mujer oraba pidiendo que le fuera dado verlo alguna vez elevado por

encima de su angosto círculo y soñaba con que, en algún tiempo, podría llegar a ser un señor, como el administrador de la finca, o un sacerdote.

Pero ningún presagio le dijo que, cuando tuviera blancos los cabellos, desalojaría de Viena al apostólico emperador, y que después, se establecería él en su palacio de Praga, como señor del país y cabeza del pueblo checo. Y, sin embargo, esta leyenda se ha realizado sin milagro alguno, y, lo que es aún más milagroso, se ha realizado totalmente, sin que la voluntad del hombre se lo propusiera como meta; fué, en realidad, obra de la Providencia, y quien no quiera reconocer su acción en el pasmoso curso de esta vida, siempre puede seguir tramando estos hechos en el oscuro seno del azar. Acaso las fábulas más hermosas sean aquellas cuyo desenvolvimiento y final, en su carácter prodigioso, sólo a lo último lleguen a ser comprensibles, porque, en el invisible plan del poeta, hayan sido imaginadas lenta y sabiamente y dispuestas en tal forma que tuvieran que venir a redondearse en un todo.

Masaryk, que, por sus padres, desciende de checos y eslovacos y nació en el sur de Mähren, cerca de la frontera de ambos pueblos, produce impresión de eslovaco — es alto y no ancho, ágil y no pesado, mudable y no obstinado, y, aunque en ambos troncos se encuentran ambos caracteres, parece, sin embargo, ser el suyo el típico eslovaco. Desde la niñez, tiene que haber poseído un carácter escéptico, curioso, intrépido, pues lo que refiere, al reavivar de nuevo en su memoria aquellos días majestuosos, nos muestra un joven valeroso, pero en realidad no aventurero, lleno de aspiraciones, pero no ambicioso, y así ha continuado siendo siempre. Rara vez se desenvuelve la línea de una vida de modo más ininterrumpido que ésta y la quiromancía puede leer también un equilibrado curso en su mano. La existencia de una gran armonía estaba ordenada aquí por la naturaleza —nació justamente en mitad del siglo—. Ya desde la niñez se muestra con claros rasgos su escritura, y en un primer retrato, aun si con el pensamiento se prescinde del retoque, vemos un semblante juvenil, noble, armónico y cenceño, que con gravedad y confianza contempla un mundo que, en el transcurso de ochenta años, le ha conservado la misma fidelidad que él ha tenido para él.

En general, por una vez, en un destino, descúbrese la lógica con que un hombre digno recoge lo que ha sembrado, y quien quiera comprender la continuidad de una figura edificada derechamente en cuerpo y alma, puede reconocerla en esta larga y bendita vida.

Bendita también en sus combates. Pues, en este caso, el equilibrio de alma de una carrera, en alto sentido dichosa, sólo ha sido alcanzado merced a plenas luchas. En tal sentido, fué una vida evangélica, comenzando por el hecho de que un joven herrero de dieciséis años fuera literalmente arrancado, por uno de sus anteriores maestros, de la fuente donde llenaba su cubo de agua, por la mañana, para lavar la fragua y lo volviera a llevar a la escuela donde debía enseñar, al mismo tiempo que comenzaba a aprender algo a derechas. Hasta entonces no había logrado cosa alguna sino la oscura instrucción de una enseñanza mal dirigida, hasta para aquel tiempo, y de este modo, al principio, vióse, de mala gana, trasplantado de un oficio que había aprendido a otro del cual no entendía ni una palabra.

Que no podía concordar por completo con el emperador a quien pertenecía, no sólo como súbdito, sino como hijo de uno de sus más ínfimos servidores, habíalo advertido a los diez años, y, de nuevo lo advirtió entonces, al llegar hasta el fondo de aquella pobre aldea alternativas noticias de victorias y derrotas en las luchas del Austria contra Italia y contra Prusia. Entonces, hasta los prusianos llegaron de camino allí, y para apartarlos de su aldea, pues también entonces el soldado pillaba lo que encontraba al paso, no de otro modo que en la Guerra de los Siete Años, fué él y escribió rápidamente, con grandes letras, en la primera casa de la entrada: "Aquí hay cólera". Entonces los soldados dieron un respetuoso rodeo y los aldeanos se rieron a sus espaldas.

Después, el joven maestro aprendió latín con un hombre de iglesia, pero sólo las palabras de un diccionario, pues no había gramática, y, como conocía muchas palabras, se le permitió asistir a un gimnasio. Gran salto para el hijo de un trabajador manumitido (pues aldeano no lo había sido nunca su padre) sólo posible porque, con su clara inteligencia, había agradado a dos buenas almas y porque fué bien dirigido en sus primeros pasos del trabajo manual e intelectual. Aun hoy, hay un

retratito de aquel eclesiástico en el cuarto de trabajo del presidente de ochenta años.

En la ciudad, envióle la Providencia una segunda persona que debía prepararle el camino. Un director de policía puede a veces lograr algo bueno, y, si confía su hijo a otro joven, sólo un poco mayor, para que vaya por él y lo acompañe, tiene que haber elegido rectamente, con ojos policíacos. ¿Por qué vienen a posarse sus miradas precisamente en este pobre joven? La confianza, cuyos relumbrantes rayos irradía éste de sí, vuelve a reflejarse en él, con su brillo, y habrá de servirlo. Pues en el gimnasio de la bilingüe ciudad de Brünn, conoce por primera vez el bilingüe joven, los celos entre los checos, más fuertes en número, y los alemanes, más fuertes en poder; riñen y luchan a puñetazos; en el griego antiguo, que cada rama del mundo moderno pronuncia diferentemente, atiénese él a la pronunciación checa mientras que el profesor alemán exige la alemana y ninguno de los dos tiene razón, pues las teorías de Erasmo no son ciertas. De este modo, llega a hacerse sospechoso, y como una vez, a causa de una calumnia *in amore,* se enoja por completo, lo expulsan de allí y fácilmente habrían podido arrojar otra vez a su aldea, y a la fragua, a aquel mozo sin medios de fortuna, si el director de policía no hubiera sido trasladado precisamente entonces, y no hubiera salido en favor del joven, de quien, su conocimiento de los hombres le decía que no era de fácil sustitución como compañero y amigo para su propio hijo. Pero luego es trasladado a Viena, y, de este modo, el hijo del cochero de la posesión imperial llega a la propia capital del imperio.

¡Qué serie de casualidades cargadas de sentido hasta que llega allí y por fin, a los veintidós años —pues antes había perdido varios— llega a ser estudiante! ¡Qué bien ha aprendido ya a diferenciar, en el roce con el mundo y con los hombres, lo que se refiere a posición, clases sociales y lenguaje! "En aquella casa —refirióme— oí muchas cosas de las que son función de un director de policía, y de este modo, desde muy pronto, estuve iniciado en la política. Ordené también allí mis cosas de modo muy diferente a lo que lo había hecho en el Instituto".

También conoció minuciosamente la vida de una casa rica, y, con ello, una tercera raza, pues llegó a ser preceptor del

hijo de un comerciante judío; miró en torno suyo y vió pequeñas debilidades y grandes virtudes en aquella casa. Como anteriormente, una vez, en una excursión, había visto un muchacho judío que se retiraba de sus juegos y oraba al ponerse el sol, tal hecho le había causado profunda impresión, cuando chico, fundando su simpatía hacia los judíos. ¿No sabía él, como checo, en qué consistía el pertenecer a un pueblo oprimido?

También, como hijo de proletario, conoce lo que se llama proceder de una clase social oprimida. Cuando el uniforme de cochero del padre, con sus brillantes botones, fué arreglado para él, reíansele los chicos y él lloraba. En las cacerías que los amos del mundo celebraban en la posesión, arrojábanle los señores sus abrigos de pieles a su madre, y después, cerrada la puerta y sola la familia, había oído a su padre maldecir entre dientes. Libertad y subordinación entre los individuos y los pueblos los conoce este joven observador desde más pronto y desde más cerca que muchos otros.

II

¡CIENCIA! Y asiste en la Universidad de Viena a clases de Filosofía y Economía, lee la antigua literatura, es atraído también por la Biología y la Fisiología —todo logrado a fuerza de dar lecciones—, pues no quiere solamente aprender a pensar categóricamente, sino, en lo posible, adquirir mucha experiencia, y cuando se aburre de "la confusión de las más antiguas ediciones de Catulo", cierra el cuaderno y corre al Prater o a la Exposición Universal.

Cuando se ve el mundo, cuando se viaja y puede uno percibirlo todo con los propios ojos, ¿qué es lo que queda en los libros? Entonces se comprenden también mejor los problemas de los pueblos que mandan y de los que obedecen, las formas del Estado. Y decide hacerse diplomático; comienza a aprender árabe para ingresar en la Academia Oriental. Lo que flota ante su vista no es un título de Excelencia y las condecoraciones sobre el frac oficial, pero olvida, no obstante, que eso es lo que llevan delante de sus ojos los que ven fuera a los embajadores, y que la casa

de Habsburgo está acostumbrada, desde hace medio millar de años, a enviar como emisarios suyos, por el mundo, a hombres de porte distinguido y de mirada caballeresca, o a hombres con unos ojos sabios y fatigados de examinar las cosas. Un hijo de trabajador ¿es capaz de aprender a bajar con dignidad por una escalinata? Y comprende que sólo los hijos de los nobles penetran en aquellos recintos y se vuelve con Platón.

Pero el sentido de lo realista es tan fuerte en este mancebo como el sentido de lo platónico y se conservará así hasta el final. Aquello que la capital mantiene soterrado, lo que los que dominan procuran en vano conservar secreto, percíbelo fragmentariamente el joven doctor en Filosofía y cuando, a los veintiséis años, publica su primer trabajo —sobre Platón, en un almanaque— escribe al mismo tiempo una serie de artículos sobre la teoría y la práctica para mostrar la política como ciencia.

Su primer artículo había sido rechazado un año antes por una revista; iba dirigido contra Schopenhauer. Pues su sentimiento vital se opone en él a una pasividad fatalista, mientras que la activa historia de la vida de Platón le proporciona el deseado equilibrio para su doctrina. De este modo, el joven pensador, desde sus comienzos, procura comprender el espíritu del tiempo, juntamente con el espíritu de las cosas eternas, y fortificar, uno con otro, estos conocimientos.

Apenas adquiere amigos. Es un gran paseante; siempre fuera, durante ochenta años, varias horas diarias al aire libre, para encontrar la compensación de un espíritu sutilizador; además, no es hombre de grupos ni partidos, permanece mucho tiempo solo, asimila constantemente, y como gasta mucho sus ojos en su cuarto de estudio, en un círculo cada vez más vasto de literatura, deja que fuera vaguen libremente en la contemplación de toda suerte de seres humanos y de cosas, en su goethiana sed de nuevos hechos y relaciones.

En este tiempo, recoge en un libro su primera imagen del mundo. Se trata de la muerte, pero, no obstante, estudiada del modo como un higienista puede ocuparse de ella, con la constante interrogación de cómo se pueden aminorar o retrasar sus causas. Este libro sobre el suicidio, que Masaryk, aun hoy, considera como confesión fundamental, y, en realidad, como su juicio sobre la vida, tenía que llegar a ser, según el carácter y cultura

de su autor, una producción barroca en la cual aparecen largos y secos cuadros aritméticos junto a discursos apasionados, estadísticas sociales al lado de postulados morales. Pues, con toda la vehemencia de un ánimo agitado, vierte aquí un joven autor sus rapsodias contra una sociedad mal construída en la música de bronce de los números; aquello suena como la overtura de *Tannhäuser;* este libro contiene acusaciones contra la guerra, el alcoholismo, el capitalismo, los extravíos sexuales, ligado todo ello por un único y gran asombro, ante el hecho de que un hombre pueda extinguir, por su propia mano, la antorcha de su vida. Ningún suicidio, ni aun el que se funde en los motivos más puros, encuentra aquí especie alguna de justificación. "Quien ama la muerte —díjome Masaryk—, está psíquicamente enfermo y extraviado, pues todo lo refiere a sí mismo".

Pero ¿qué podía hacer, con tal libro, toda una solemne Facultad — pues merced a él se pretendía llegar al profesorado? Un calculador sin matemáticas, un pensador sin sistema, un creyente sin confesión, eso era y sigue todavía siendo su autor. De este modo, los señores sabios opusieron justificadamente la objeción de que el autor se apartaba a cada instante del sistema. A un hombre de tal poder de seducción no lo necesitaban ellos en Viena. Tenían cátedras de Filosofía, otras de Sociología, pero en cuanto a Ética, sus cátedras no debían ser mal usadas. Ése era un campo reservado a los teólogos y éstos se hacían cruces ante aquel cristiano enemigo de los dogmas. Y no obstante, aun en el día de hoy, al cabo de medio siglo, el libro es citado en los programas de dos facultades.

En Leipzig, adonde fué entonces Masaryk a pasar un año para asistir a las clases de Fechner y de Wundt, después de una conferencia sobre el suicidio, acercósele un hombre, joven y pálido, y le confesó que había estado en la idea de matarse, pero que ahora quedaba plenamente curado de ello. Este suicidio impedido por Masaryk, en una persona que siguió después viviendo y llegó a viejo, es un vehemente símbolo de la carrera de su vida. Las consecuencias prácticas de un trabajo teorético, al mismo tiempo que las de la confianza personal de un afligido, por decirlo así, de un sentenciado, en un mero pensador que no era ni médico ni sacerdote, muéstranse aquí, por primera vez, ante Masaryk como derivaciones de sus actos, las cuales, final-

mente, a lo largo de toda una vida, se presentan como el más alto estilo de humanidad, ya se produzcan como políticas o como platónicas.

En Leipzig, encontró Masaryk a su mujer. Charlie Garrigue había venido de Nueva York para estudiar música. Hija de una mujer hermosísima, perfecta como madre, procedente de una antigua familia puritana de la Nueva Inglaterra, era al mismo tiempo mestiza de danesa y francesa, y su padre, con el temperamento de un vikingo, podía remontar la línea de sus antepasados hasta el propio San Luis.

Todavía hoy, una provincia francesa lleva este nombre; al comprar naranjas una vez en París, lo leí, con letras azules, sobre la piel de amarillo rojizo. Ésta es la más hermosa ejecutoria, mejor que estandartes y blasones.

El regio antepasado tiene que haber sido, en casa de aquel norteamericano, nada más que una cosa curiosa, pues era un librero democrático que dejaba a sus once hijos plena libertad de creencias, de modo que había allí ocho o nueve sectas reunidas en una mesa de familia. Charlie, la tercera, era unitarista, mostrando ya, con ello, su deseo de una síntesis espiritual. En un retrato de los diecisiete años, vésele una mirada juvenil, mezcla de esperanza y temor; a los setenta, su expresión se compone de esperanza y fe.

Tan bella como a los diecisiete no lo era ya a los veintiséis, cuando Masaryk conoció a su coetánea, pero a ella la había precedido ya la fama de poseer un corazón lleno de aspiraciones, y, según las escasas noticias que, en su vejez, ha referido él acerca de aquel primer encuentro, su estado de ánimo era totalmente el de quien espera a una desconocida cuya llegada le llena de espectación. Estudiaban juntos filosofía inglesa; partió ella; escribióle él una carta pidiéndole relaciones; dió la dama una ambigua respuesta; salió Masaryk a su encuentro, viajando en cuarta clase; logró convencerla. Nada leyeron más en aquel día. Pero hubo todavía algunas dificultades, y, por último, él mismo tuvo que ir a buscar a su novia en Norteamérica, cosa que por aquellos años del 70 era más raro y difícil que hoy.

Después vivieron juntos casi cincuenta años, en una comunidad, provechosa para ambos, pero absolutamente inapreciable para él. "Creo que tenía un finísimo cerebro —me dijo, e hizo

el resumen con estas palabras—: Le enseñé algunas cosas, pero ella formó mi espíritu". Común era entre ellos el latir del corazón, la voluntad de perfeccionarse permanentemente aquí sobre la tierra, la fe en la inmortalidad; ni uno ni otro aspiraban en absoluto a poseer dinero o reputación, pero tenían el orgullo de pertenecer a las criaturas humanas más eminentes de su tiempo. En otros rasgos, se desviaban uno de otro, completándose; él era más alegre, ella más aficionada a la música, él más activo, ella femeninamente protectora; en general, las cualidades masculinas y femeninas estaban distribuídas, en esta pareja, de un modo casi completamente natural. Mas, ante todo, parece haber vivido ella, desde el principio, o, por lo menos, desde el primer año de su matrimonio, en un equilibrio espiritual, que sólo hubiera ido adquiriendo poco a poco, y que, acaso, sin el humorismo de su esposo, nunca habría llegado a poseer del todo.

Todavía en plena juventud, tuvieron dos hijas y dos hijos, cuyo destino, más tarde, llegó a ser determinado por la vida de combate del padre. La esposa misma, por el contrario, ejerció una acción determinante en la fase decisiva de la lucha del marido, precisamente durante la guerra, cuando tenía que vivir separada de él.

III

En el florecimiento de su juventud, era Masaryk un hombre bello, y, aunque nunca cultivó esta cualidad, tiene que haber tenido conciencia de ello, pues en su intensa influencia sobre los seres humanos, sobre todo en la juventud, bien puede haber contribuído este factor orgánico. Hasta su edad más avanzada, ha conservado esta elegancia de movimientos, interna y externa; realmente, jamás en un hombre encontré reunidas gracia y dignidad hasta el punto que en éste, que ha sobrepasado ya la edad de Goethe. En sus retratos de los treinta a los cuarenta años, con su corta barba corrida castaño oscuro, representa el tipo del profesor de aquella época, y, a la verdad, el tipo completo del profesor alemán. Pero si se le ve retratado en grupo, distínguese de sus colegas por aquella finura corporal que tanto menos se esperaría hallar en el hijo de un proletario, ya que durante decenios

enteros tuvo muy poco dinero. En Viena, el joven matrimonio vivía en una habitación y comía en una posada. Cuando más tarde, en Viena, aparece como representante en el Reichsrat, uno de los condes *Dandys* llamábale el hombre mejor vestido del Parlamento.

También esto es un símbolo de la mitad, mundanamente práctica, de su persona, que, al lado de la espiritual, desarrollóse rápidamente en este tiempo medio de su vida. Además, dióse aquí también una de las llamadas casualidades que lo llevó a uno de los centros de la lucha espiritual entre los pueblos, a Praga. "Acaso no habría llegado nunca a ser político, si no hubiera estado obligado a vivir de modo tan intenso el problema histórico de nuestra nación". Pues tampoco esto procede de ninguna evolución normal: no por sus estudios filosóficos, sino por una conferencia y unos artículos ocasionales sobre una cuestión que no le afectaba más que de lejos, cayó allí en 1882, cuando se fundaba una Universidad checa, y no fué a ella en calidad de filósofo sino como investigador de la música: como todo innovador, no fué admitido por el poder legítimo, pero frágil, sino, sólo merced a una equivocación. Lo finamente que actuaba la previsión imperial y real nos lo muestran las razones en que se funda aquella proposición para llamar a Praga al joven sabio: "En el claustro de profesores checos, el dicho Masaryk, a juzgar por sus opiniones, representará un elemento moderador".

En Praga, llegó a conocer su nación de modo más íntimo. Educado medio a la alemana, de una formación espiritual alemana en su mayor parte, habiendo escrito su primer libro en lengua alemana, por sus años de vida en Viena, por la plenitud de problemas sobrenacionales, habíase mantenido apartado de las luchas y quejas de los checos. Aquí, donde desde entonces debían competir dos Universidades, donde dos pueblos actuaban reunidos en lo mercantil, pero chocaban en lo administrativo, una personalidad de carácter ético, pero al mismo tiempo práctico, tenía que prestar atención al problema y comprenderlo prontamente. Primeramente comenzó, según su modo de ser de hombre de letras, fundando una revista; después también un periódico, y, aunque por su natural no sea polemista, ya que no es acometedor, al punto se ve envuelto en luchas espirituales cuyo fundamento

más profundo se relaciona siempre con su exigencia de justicia y de verdad.

Al mismo tiempo, aparecía una nueva manera revolucionadora de tratar con los estudiantes. Un profesor, sólo unos diez o quince años mayor que ellos, totalmente privado de dogmatismo, ajeno a todo orgullo magistral por nativo decoro, llegaba a ser, al propio tiempo, conductor y seductor de la juventud, que le seguía, en especial, porque no hacía misterio de sus vacilaciones científicas, sino que más bien desmontaba continuamente en público el mecanismo de sus ideaciones, las descomponía, las analizaba. ¿Habíase oído hablar alguna vez de un profesor que silbara debajo de la ventana de un estudiante para que bajara éste a la calle y se fuera con él de paseo? ¿Qué hombre de letras parecía tener su biblioteca para que todo estudiante pobre pudiera tomar prestado de ella lo que necesitara? ¿Hubo alguna vez algún profesor universitario a quien pudiera ir uno en peregrinación, hasta por la noche, con sus preocupaciones privadas, para recibir ánimos, consejos, dinero y hasta quizás un gabán de invierno? Como entre los rusos, en casa de Masaryk había un té permanente, porque siempre había alguien que traía alguna cosa o que venía a buscarla y que, con este motivo, enhebraba con los dos cónyuges una discusión sobre Kant o Hume. A gente joven que nada poseía, hacíalos venir y les transmitía el encargo de algún artículo o de alguna traducción. Uno de éstos, todavía alumno del gimnasio, se llamaba Eduardo Benes. ¿No tenían los auténticos profesores, no tenían las autoridades académicas, que sentirse intranquilas cuando oían hablar de este trato en que no se guardaban las formas? ¿No tenían que espantarse los que lo observaran, cuando le oían proponer seriamente la redacción de una nueva enciclopedia, y al mismo tiempo, que todos, él inclusive, debían ponerse a trabajar inmediatamente, en aquello, durante todo un año, como ejercicio, para quemar después lo escrito?

¡Si por lo menos se hubiera ligado con algún partido político para defenderse de ese modo! Pero su afición a andar por su cuenta no le tenía largo tiempo en ninguna comunidad, hubo disputas, después reprensiones, castigos disciplinarios, hasta procesos. Ni una única vez, los exaltados checos podían confiar en su nuevo compañero de luchas. Pues lo mismo que toda su per-

sonalidad se basaba sobre la moral y el decoro, no sólo le parecía que la verdad estaba por encima de los partidos y el pueblo, sino que era también ajeno a toda jactancia, ya viniera de un compañero de profesión, de un partido o del pueblo. Masaryk no entró en la lucha nacional por impulsos constructivos, ni mucho menos por ambición, entró realmente por impulsos morales. A la justicia, la había llamado la base del Estado (*Aritmética del Amor*). No quería corregir ni formar, no se presentaba como profeta ni como artista, y la paradoja de su caso llegó hasta tan lejos, que, por decirlo así entró primeramente en la lucha por el lado opuesto, es decir, contra su pueblo.

Desde principios del siglo XIX, la nación checa venía venerando, como una especie de sagrado tesoro nacional, los llamados manuscritos de Königinhof, que contenían algunas poesías; un archivero pretendía haberlos encontrado en Turmknauf, en una iglesia de aldea; con estos documentos, aparentemente medievales, se había levantado el sentimiento nacional de los checos. Pero ya hacia 1850, por los años del nacimiento de Masaryk, habíase sospechado que existía allí una falsificación. Ahora, un colega de Masaryk venía realizando investigaciones filológicas, en un nuevo y aniquilador análisis de aquellas poesías, y, en la revista de su compañero, demostró la falsificación, con medios científicos modernos; los nacionalistas armaron gran estrépito; el editor suspendió la revista; la opinión pública acusó a Masaryk de estar comprado por masones y judíos; con el partido más reciente, fundó éste una revista suya propia. En un gran diario de Praga, pudo leerse entonces este ataque contra él: "¡Vete al demonio, infame traidor! ¡No oses volver a emplear nuestro sacrosanto idioma! ¡Únete al enemigo a quien sirves, olvida que has nacido de madre checa, te eliminamos de nuestro cuerpo nacional!". Treinta años más tarde, el periódico llegó a ser órgano del gobierno, bajo la presidencia del calificado como infame. Hoy, sólo algunos chiflados nacionalistas creen en la autenticidad del manuscrito.

Cuando Masaryk, a consecuencia de cuestiones de alta política, llegó a ser diputado en el Reichsrat de Viena y reclamó allí la libertad política bohemia, un alemán de la Asamblea gritóle, en medio de gran tumulto: "¡Es usted reo de alta traición!". De este modo, lo mismo que todo digno hombre de Estado, en mitad

de su vida fué perseguido como traidor por los dos partidos opuestos.

En este período de dos años de ser diputado, y más tarde en uno de siete, distribuía alternativamente su tiempo, durante las legislaturas, mitad en Viena y mitad en Praga, mostrando nuevamente, con ello, los dos polos de su actividad, con lo cual, periódicamente, repartía su interés entre cosas diversas, pero sin perder nunca el equilibrio entre el actuar y el pensar. No amaba verdaderamente sus libros, según me refirió, y, sin un estímulo ocasional, acaso no habría escrito ninguno. En realidad, justamente los más importantes, han quedado en estado de fragmentos: el del suicidio, los estudios rusos, y hasta el que escribió, después de los hechos, sobre la *Revolución Universal,* flaquean porque se componen de dos libros introducidos uno en otro. Lo mismo que a Lincoln, a Masaryk se le puede conocer de modo mejor por algunos discursos, epigramas o conversaciones. Si se perdiera el relato de su vida, sus libros serían unos extraños, y, en parte preciosos, fragmentos de diversas disciplinas para gentes del oficio; si todos sus libros perecieran, nada perdería de su esplendor la historia de su vida. Pues aunque nunca dejó de ser lógico, su carácter se ha diseñado más fuertemente como psico-lógico. "El análisis no era para mí una meta, sino un medio de caracterizar desde el principio la síntesis y la organización de mis aspiraciones. Todas mis obras son testimonio de ello".

IV

El lento ritmo con el cual, aparentemente, se iba convirtiendo en hombre político, como por casualidad, fué repetidamente acelerado por intervenciones en asuntos públicos, cuyo éxito personal ni era buscado ni tampoco previsto por él; indignábase por una mentira o por una noticia, intervenía en el asunto vacilantemente y sólo bajo la presión de sus amigos o discípulos, escribía en favor de un perseguido o contra un prepotente . . . ¡y ya estaba armada! Si en su país había sido considerado primeramente como traidor a los sacrosantos tesoros nacionales, fué, algo más tarde, tenido por blasfemo, porque llamó por su verdadero nombre a

ciertos servicios de espionaje que ejercían algunos sacerdotes jesuíticos en su cátedra, y, por ese motivo, fué acusado de escarnecer la religión, por trescientos clérigos. Cuando, declarado absuelto, salió del edificio del tribunal, una muchedumbre inmensa estaba congregada en la *Karlsplatz* para manifestarse en su favor o en su contra.

Prosiguió aún más allá su persecución, a causa de un judío llamado Hilsner, acusado de un asesinato ritual; no lo conocía, pero lo defendió en un folleto después de la primera condena. Colegas y eclesiásticos, empleados y antisemitas, querían expulsarlo del profesorado en esta estrepitosa ocasión; fué acusado de estar comprado por Rothschild, en el claustro universitario hubo escenas. Defendiólo su mujer al ser allí amenazado, los hijos fueron afrentados públicamente en la calle, el círculo de defensores era escaso. "Quién tiene a Jesús por guía —dijo en su discurso—, no puede ser antisemita; una cosa u otra, cristiano o antisemita". Su desdén hacia los profesores que le combatían continuamente creció con aquella experiencia; me llenó de íntima satisfacción el ver, al cabo de varios decenios, que todavía decía cosas muy apasionadas acerca de ellos. Hiciéronle esperar catorce años antes de hacerlo profesor propietario, cosa que también era una cuestión de dinero; Masaryk tuvo que vivir con su familia, hasta los cuarenta y cinco años, de una cantidad anual de mil ochocientas guldas, a lo cual sólo añadía lo que ganara escribiendo.

Mediante tales experiencias, no se hizo menor su crítica de los empleados y de las instituciones austríacas. Si durante años enteros, en Viena, había tenido ocasión de estudiar, como diputado, la corte y la nobleza, la Iglesia y la burocracia —todavía hoy emplea preferentemente la palabra ciénaga cuando quiere describir aquello—, ya antes de la Guerra reconocía la decrepitud de las formas creadas por Metternich, y, en 1910, traza en un discurso este cuadro aniquilador:

"La diplomacia tiene todavía la ilusión de estar haciendo historia... En el extranjero, nuestros diplomáticos se me representan como viajeros polares, encaramados en un témpano de hielo, que son arrastrados por el mar. Esto es distinción aristocrática... Yo no creo en el anticuado arte de la diplomacia". Al mismo tiempo, con estos particulares y totalmente silenciosos estudios que su espíritu observador coleccionaba siempre, pero sin escri-

birlos, llegó "a ser claro, *in concreto,* el valor de la personalidad en la política y en el Estado".

Mediante viajes a Rusia, por Norteamérica y por Europa, afirmóse más en su visión crítica del conjunto de los pueblos y gobiernos de gran parte de la tierra, después de que el furioso afán de lectura, que, en toda la vida, jamás se apartó de él, le hubo suministrado, por vías literarias, una imagen de las cualidades nacionales. Pues, dice él, "el hombre universal no llegará a producirse por medio de los habituales viajes y del comercio internacional, sino mediante el ahondar espiritualmente en la vida de los hombres, de las naciones y de la humanidad".

A pesar de esta declaración, en su desconfianza de los Habsburgos no se dejó arrastrar nunca a los excesos de lenguaje que los exaltados de Viena y de Praga solían amontonar entonces; prefirió soportar la fama befadora de ser un agente del gobierno de Viena; ni una sola vez quiso empequeñecerlos mientras no le fué posible aniquilarlos. A los cuarenta años, y aun a los sesenta, procuraba, como diputado, la inteligencia con los alemanes, es decir, la sucesiva transformación de la monarquía en un Estado federal de miembros autónomos, y empleaba entonces la palabra "trialismo", concepto del cual había brotado en otro tiempo la monarquía tripartita.

Pero, al mismo tiempo, comenzó, a los sesenta años, sus primeros combates de alta política contra la política extranjera de Aehrenthal, ya que, como eslovaco, comprendía muy bien la opresión de los croatas por los húngaros, *per analogiam,* como le gustaba decir. Cuando, en el año 1908, Bosnia fué anexionada por los Habsburgos, y, a consecuencia de esta acción, que más tarde trajo la Guerra Mundial, cincuenta y tres serbios y croatas, acusados de alta traición, fueron encarcelados, intervino Masaryk en este gran asunto, y comenzó, con ello, su separación de Austria, hecho de un valor de Historia Universal, sin sospechar en qué perfecta medida debía ganar la partida diez años más tarde. Entonces le impulsaba, e igualmente hasta 1913, el afán de alcanzar una compensación con los eslavos del Sur, ya que prefería evitar una catástrofe a edificar sobre "sueños", aunque en lo que viniera después, tal catástrofe pudiera quizás darle la libertad a su pueblo. Nada habla tan claramente en favor de la limpieza de conducta de Masaryk, hasta en sentido revolucionario, como el

hecho de que luchó hasta el final para evitar la guerra. Su último discurso en Austria, lo pronunció en noviembre del año 13 en la Sociedad Vienesa de la Paz.

En aquel proceso de Agram, en el cual se presentó como diputado, y —de modo semejante a lo hecho con los manuscritos de Königinhof— demostró la falsificación del documento decisivo, pero no, en modo alguno, la complicidad del gobierno de Viena, convirtióse en *detective,* y, por tercera vez, pero esta vez sobre un gran fondo histórico, reveló la verdad y libertó a los acusados, para lo cual necesitó y demostró poseer plenamente, en el resumen final, las más diversas cualidades y conocimientos; ahora, del investigador de la verdad había surgido un hombre de Estado que luchaba contra el enemigo de su pueblo, pero no por éste.

En esta lucha adquirió dos importantes relaciones, una con el notable Wickham Steed, entonces representante del *Times* en Veina, otra con un mecenas norteamericano, que lo llevó a Chicago para ocuparse de cultura eslava, donde lo habría retenido, si su mujer, conociendo los peligros de una personalidad desarraigada, no lo hubiera hecho volver a Austria. Si se reflexiona en que, junto con estos públicos y emocionantes acontecimientos, proseguía continuamente un tranquilo trabajo en problemas de Sociología y Filosofía, y fué mucho más allá, con ello, su actividad docente de profesor, solo se comprende la conservación de una salud de bronce mediante moderación y método. En Viena, alquiló una vivienda en las afueras de la gran ciudad para tener que ir a pie al Reichsrat y volver lo mismo a casa; acostumbróse desde muy pronto a escribir de pie, no fumaba, bebía poco, y, a los cincuenta años, bajo la influencia de Forel, renunció al consumo de todo alcohol. También hoy, en la mesa presidencial, sírvense toda suerte de cosas excelentes, pero no hay vino.

De este modo, el destino de Europa encontró en Masaryk el cuerpo y espíritu bien cultivados de un hombre que había recorrido mucho mundo, práctica y teóricamente; que, providencialmente, pero también gracias a su valentía personal, había estado en contacto con toda suerte de elementos y seres humanos que debían serle de utilidad, cuando, ahora, en mitad de la sesentena, salió al mundo para comenzar la obra de su vida.

V

INDIVIDUALMENTE, es quizás Masaryk el único europeo que procuró evitar la Guerra Mundial y que, sin embargo, tuvo, gracias a ella, un éxito incomparable. Cuando, en diciembre del año 12, fué a ver al conde de Berchtold con proposiciones directas del primer ministro servio Pasiç, éste, que quería la guerra, no recogió el ofrecimiento y manifestó después que este profesor quería ganar un ascenso en su carrera. En aquella conversación, estuvieron frente a frente lo viejo y lo nuevo, la época de Metternich decaía y aquel hombre que con anterioridad probablemente habría levantado el látigo contra los antepasados de su visitante en las cacerías imperiales, no vió la proximidad de su ocaso, y es inverosímil que el otro hombre serio reconociera ante sí la proximidad de su exaltación. Pero quería el destino, que, precisamente este hombre, como individuo aislado, debiera acarrear, al cabo de pocos años, el derrumbamiento de la monarquía habsburguesa con todos sus Berchtolds.

Pues lo logrado en la Guerra por Masaryk no se limita a la creación de un nuevo Estado, que, en resumidas cuentas, existente o no existente, no venía a conmover al mundo; consiste en la destrucción de la última teocracia, la cual, en oposición a las otras tres, en descomposición, habría sido conservada sin su intervención, pues el enemigo quería conservarla. De nuevo vense aquí, claramente, los legendarios rasgos de esta vida. Cómo pocos años antes de la guerra, pero siendo ya hombre de sesenta años, había llegado sucesivamente hasta aceptar la revolución como procedimiento extremo; cómo mediante la declaración de guerra hecha por Viena, llegó a tener el propósito, y, más tarde alcanzar su objetivo, todo ello, le dará ocasión de revisar su fe a un espíritu incrédulo, que sólo tome en cuenta la casualidad, y de aprender a los espíritus prácticos. Pues todo lo que Masaryk aprendió y experimentó en una larga vida, todo lo que analizó y criticó, fomentó y combatió, principios fundamentales, circunstancias y hombres, todo lo que queda en su pasado en el orden del pensamiento y de la acción, adquiere ahora, de repente, altísimo valor,

llegando a ser como una presuposición de su obra. A la verdad, es fácil, *ex post,* explicar el simbolismo de los acaecimientos; pero sólo Dios los ha conocido con anterioridad, y acaso planeado, y un simbolismo que comprendiéramos anticipadamente habría perdido todo su encanto.

Lo primero que cosecha ahora es la confianza que había sembrado. Era un diputado, un profesor, un adalid secreto, sin partido, que, en las primeras semanas de la guerra, prestaba atención a lo que pasaba en Praga, y se trasladaba también a Holanda, calculando, pensando, deduciendo. ¿Dónde, en medio del Austria, encontró cerebros y corazones electivamente afines, y si los encontró, cómo pudo ponerse de acuerdo con ellos, de modo invisible para la policía, aumentada hasta el doble durante la guerra? Faltan aquí totalmente aquellos *clubes* o grupos ilegales, aquellos periódicos prohibidos y *meetings,* con los cuales, en general, se edifican las revoluciones. Calladamente, apártase con algunos hombres, y, sin un plan que descubrir entre ellos, obtiene aquella confianza de que se ha hecho merecedor por todos sus combates por la verdad y la justicia, un mandato que, como los principios fundamentales de la humanidad, no está escrito, entonces, ni siquiera conferido formalmente, sino sólo participado silenciosamente a un hombre que está en la idea de huir para hacer desde fuera la revolución. Ni en lo más mínimo confía, a su esposa y camarada lo que se propone hacer, pues sabe que no le es posible mentir y que pronto será interrogada.

Con una de sus hijas, que está enferma, toma en noviembre del año 14 el tren para Italia, pero es detenido en la frontera a causa de un visado defectuoso de los pasaportes, pero, por primera vez, se presenta orgullosamente como diputado y realiza lo que jamás había hecho en sesenta años: lo prohibido, un acto de violencia; salta, con la hija, al tren que parte, y queda salvado. Un hombre de menores ánimos, por respeto a los guardias, un moralista de menor firmeza por cavilaciones sobre las fronteras de lo permitido, se habrían quedado atrás. Masaryk, si hubiera permanecido aquí esperando, no habría recibido nunca el visado oficial para el extranjero, y como él sólo había imaginado todo el plan, lo había determinado y después lo ejecutó en primera línea, síguese de ello, con seguridad, que, de la resolución de aquel hombre que saltó al tren, dependía toda la suerte de

Austria, como la de Rusia, de aquel tren suizo, que, tres años más tarde, llevó a Lenin al otro lado de la frontera. En este caso, consistía todo en que el jefe nato llegara al país que quería sublevar; allí, de que lo abandonara.

En Roma, donde encontró a los primeros refugiados servios y croatas, le ganó la confianza de todos la fama que había adquirido con su intervención en el proceso de Agram, de modo que pudo unirse rápidamente con estos hombres, cuya acción iba dirigida hacia fines análogos, para una labor paralela. En Ginebra, adonde llegó a principios del año 15, comenzó a tejer, casi sin materia, una leve y extensa red de relaciones secretas, aprovechando sus trabajos técnicos con documentos falsificados; pues ahora, por primera vez, se trataba de actuar subterráneamente, contrabandear cartas, comunicar secretas noticias, utilizar tintas invisibles y dobles fondos, de modo análogo a aquel falsificador a quien una vez había desenmascarado. Si esto es acometido por un individuo de carácter ético, a mitad de la sesentena, para emprender una vida de perjurio, tal cosa sólo puede ser soportada por la fe en una justicia más alta, y, precisamente, esta fe la había alcanzado gracias a su amplia formación cultural, gracias a ensayos siempre renovados y a revisiones en el campo de la filosofía moral. A pesar de ello, durante años enteros, le persiguió siempre, en sueños, la idea de los policías austríacos que querían prenderlo, cosa que llegó hasta sus tiempos de presidente.

¿Qué quería alcanzar? Hacer comprender claramente a los directores de la *Entente* que sería bueno para ellos destruir Austria-Hungría. Y sin embargo, la opinión de todos aquellos hombres de Estado era contraria a ello: pretendían separar a Austria de Alemania, precisamente mediante su conservación, debilitar a Alemania, ya que la lucha no iba realmente contra el imperio, sino contra el militarismo prusiano, en el cual se veía la causa de la intranquilidad universal. Si este individuo aislado consigue transformar esta idea fundamental, puede confiar en la liberación de su pueblo, si no, no. Derrotar a las potencias centrales era cosa en la que no podía hacer nada y tenía que contemplar pacientemente la cantidad de faltas que amontonaba la *Entente* en lo político y en lo militar. Su victoria era un supuesto previo, pero después de esta victoria, ninguna Austria

reconstruída, sino disuelta: ése era su objetivo. ¿Cómo podía alcanzarse?

El magnífico conocimiento de Europa que había adquirido como hombre político, este *reservoir* de conocimientos en problemas etnológicos, estadísticos, históricos, culturales, sirviéronle tanto más ahora, ya que los ministros de la *Entente* no sabían nada en concreto acerca de todo aquello. Ministros ingleses que no conocían ninguna lengua extranjera y jamás habían viajado, ministros franceses que fundamentalmente no viajan, norteamericanos que veían Europa como un hormiguero de pueblos: ante ellos se presenta un hombre solo, que conoce números y fechas, costumbres y literatura, caracteres e instituciones y lo expone todo en el idioma que se desee.

Sumábase a ello, como elemento imponderable, aquella tranquilizadora confianza que infundía a todo el mundo, su gran experiencia periodística, su integridad perfecta, su apartamiento de todo el impulso ambicioso del que busca un puesto para sí mismo: la experiencia y el carácter actuaban conjuntamente para hacer que le oyeran los hombres a quienes se dirigía. Los principios fundamentales: "No ultrajar a los alemanes, no menospreciar al enemigo, no deformar ni aumentar las cosas, no prometer nada vanamente y no presentarse como suplicante . . Actuar por medio de ideas y argumentos y permanecer personalmente en segundo término . . No caer en el vicio de tomar dinero de nadie, salvo de nuestra gente, aun cuando nos lo ofrezcan . . Mentir y exagerar es la peor propaganda . . Resulta hecha ésta, de interesar a las gentes, aunque sea indirectamente, por nuestras cosas. Háblesele de arte, de literatura, de lo que les importe, y se les ganará para nuestra causa; utilizando la agitación política, los hombres que piensan se asustan con frecuencia y quedan sin convertirse a los nuestros. A menudo, basta para ello un único artículo dado a conocer en circunstancias favorables". Vese aquí un pensador, en su aspecto de hombre de mundo, evitando faltas que, probablemente, les han costado a los alemanes la victoria y seguramente la simpatía del mundo.

De este modo, se entregó a un trabajo increíblemente menudo para mantener relaciones con Praga, para buscar y atraer algunos colaboradores, pero, en especial, para convencer de su tesis a periodistas, hombres políticos y funcionarios de la *Entente*: "No

iba directamente a los ministros —me refirió—, sino sólo cuando estaban ya preparados por gentes de su confianza a quienes había yo ganado. A Lloyd George no lo he visto ni una sola vez en Londres durante más de un año". Ahora volvía otra vez a serle útil el proceso de Agram, pues Stead, a quien antes había conquistado en Viena para su causa, uno de los mayores conocedores de Austria, era uno de los publicistas más importantes de la *Entente,* y, de este modo, logró Masaryk, poco a poco, ganar para la causa checa diez diarios de Londres. Al mismo tiempo, sus obras le proporcionaron una cátedra de estudios eslavos, lo que a un refugiado, hasta posiblemente un espía, le daba socialmente una firmeza, que, en una época de florecimiento de aventuras, dulcificaba la natural desconfianza de los poseedores del poder. "¡Qué peregrinación a través de todo el mundo! —dice Masaryk resumiendo esta parte de su informe—. ¡Cuántas visitas a personalidades influyentes, cuántas cartas de gracias, telegramas, esquelas, intervenciones de los embajadores aliados y de nuestros amigos políticos, cuántas *interviews,* conferencias y artículos!".

Y, sin embargo, este trabajo no era el más difícil ni tampoco el más importante. Continua e "ininterrumpidamente", como él asegura, estudiaba todos los mapas de la guerra, todas las decisiones políticas, los comparaba con su conocimiento del carácter de cada uno de los pueblos entre los cuales actuaba, contaba con el efecto psíquico de victoria y derrota. Era un Atlas que, a su manera, llevaba el mundo sobre sus hombros, sin que nadie lo supiera, sin que su destino dependiera de su fuerza . . . y sin embargo, cargado con una responsabilidad subjetiva como, en aquel tiempo, sólo hombres como Clémenceau o Ludendorff la soportaron. Al mismo tiempo, a diferencia de todos los hombres de Estado de aquella época de lucha, estaba siempre solo, o casi solo; apenas dormía ya, y, a mitad de la sesentena, aprendió a montar a caballo para trasladarse de un sitio a otro con mayor facilidad.

Constantemente ampliaba sus conocimientos. Iba, en Londres, al cine, para saber, por la intensidad de los aplausos a los jefes de los aliados que aparecían en la pantalla, quiénes eran más o menos queridos. Por la noche —según me refirió su hija que trabajaba con él—, antes de tomar difíciles resoluciones, paseaba horas enteras por el tranquilo arrabal para reconcentrar plena-

mente su pensamiento. Estaba en una disposición de ánimo y tenía una misión análoga a la que Mazzini había desempeñado setenta años antes, en el propio Londres. "Siempre había venido observando —dijo en respuesta a mis preguntas—, sobre todo en Austria, la administración, las dinastías, la Iglesia. Me había preparado para lo que hacía entonces, mediante toda mi carrera política".

Y de este modo, a principios del año 16, consiguió que Aristides Briand, como primero entre los grandes amos del mundo, se mostrara partidario del plan de la desmembración de Austria y de la libertad de los checos. Formóse el Comité Nacional de París, pero se necesitó toda la circunspección de recluta y la tenacidad de Benès antes de que las palabras "Liberación de los Checo-Eslovacos" aparecieran en las notas de paz de los Aliados. Volviendo la vista atrás, escribe Masaryk acerca de este episodio la frase: "¡Éramos, por lo tanto, independientes y libres, *de facto* y *de jure!*". En todo el grueso volumen de sus *Memorias*, no se encuentran media docena de signos de exclamación. Aquí está uno de ellos.

VI

Y sin embargo, sólo ahora, como hombre civil, se encontró en uno de los más difíciles episodios de su obra. Desde la explosión de la lucha, había tenido la idea de que una nación que quiere renovarse en una guerra, con el auxilio de Estados poderosos, tiene que entrar ella misma en la contienda. Su temprano y asombroso pensamiento, había sido el de formar un ejército checo, con los diez mil fugados y prisioneros checos y eslovacos, con los millares de checos nacionalizados en París, Londres y Norteamérica: contradecía de este modo sus ideas pacifistas, su humano deseo de economizar sangre, y para más, la sangre de sus compatriotas. Si era preciso inclinar a los hombres de Estado a la idea de que ayudaran a crear el nuevo país, o, por lo menos, a que no combatieran su nacimiento; si, siendo parte de la enemiga Austria, queríase entrar en la Liga antiaustríaca, había que llevarles un presente a aquellos mal acostumbrados señores, es decir, algunos cuerpos de ejército para la guerra. Rusia, donde se

encontraban la mayor parte de los checos, era el terreno propio para este plan.

El zar dijo que no; temía a unos hombres que se habían escapado del poder del emperador de Austria, uno de sus compañeros de profesión. Pero cuando, después de su caída, vino a gobernar Miliukoff, colega y conocido de Masaryk, partió éste de Londres para llegar a San Petersburgo, con falsos pasaportes y dando un gran rodeo. Reúnense allí los dos profesores de filosofía, que jamás han llevado uniforme, y preparan un convenio a base de cuarenta mil soldados voluntarios que el uno ofrece al otro para luchar en sus filas. Fórmase un Comité nacional; el paisano, con su gran sombrero de alas anchas, preséntase ante los oficiales y soldados, les manifiesta que desde el día siguiente deben dejar de ser prisioneros no expuestos a daños, para pasar a ser de nuevo soldados activos, y, a la verdad, probablemente en Francia, y les expone la forma de llevar esta negociación. Los otros le escuchan, aceptan lo que les propone aquel señor viejo, desconocido para ellos, y lo nombran dictador.

¿No es esto una leyenda? Un filósofo moralista a quien altera un único suicidio, que no ha disparado un tiro ni contra una liebre; este rey sin tierra se convierte en el jefe, sin limitación alguna, de un ejército de paisanos suyos, vive con ellos en aldeas y tiendas de campaña, y sabe demostrarles, con razonamientos y amables y claros discursos, por qué deben combatir en el extranjero por un país soñado, que sólo existe en la imaginación de algunos idealistas, y al cual una victoria de los Imperios Centrales, y también una paz separada de Austria, puede convertir en aire. Después de haber pensado durante dos años en lugar de los doce millones de hombres, que, alguna vez, debían estar ligados más tarde como una unidad política, es llamado por el Destino, de la noche a la mañana, a cuidar de cuarenta mil hombres, que se alzan ante él, tienen hambre, piden pan, vestidos y armas. Y entonces concierta, en San Petersburgo, con Albert Thomas, un pacto según el cual estas tropas deben ser llevadas al frente franco-alemán; el primer convenio que concierta aquel Estado, en absoluto no existente, suscrito por un hombre aislado a quien la nación no le ha dado mandato alguno y que, sin embargo, se siente y actúa como mandatario.

Y Miliukoff es derribado, Lenin sube al poder; también entre

las legiones checo-eslovacas, que se hospedan como dóciles huéspedes en Kief, levántanse los radicales y deponen su gobierno nacional, mientras el dictador negocia en Moscú; es establecido un *soviet* para elegir nuevo jefe . . . y ¿a quién eligen? Al mismo dictador del sombrero de alas anchas. En la larga vida de este hombre, no veo ningún otro punto que muestre de modo tan sorprendente su fortaleza moral. Y él se decide a viajar alrededor del mundo con su cuerpo de ejército, pues es difícil pasar a través del enemigo hasta el Sur de Rusia, y además, todo depende de no luchar sin ser vistos en la matanza general. Este hombre, cuyo carácter excluye toda especie de reclamo, ha comprendido bien la sugestión de la propaganda en nuestros tiempos, pues cuenta con el efecto de una marcha aventurera sobre los nervios de un mundo mal acostumbrado por muchos rasgos heroicos, especialmente Norteamérica.

Así dispone la marcha de las legiones checas a través de Siberia, seguro de su libre paso por un país de neutralidad armada; pero él mismo se mete en un tren y les precede a toda prisa. ¿Qué ocurriría si la guerra terminara demasiado pronto? Amenaza ya la paz y al nuevo Estado le amenaza, además, el más poderoso de todos los vetos; ¡hay que ganar para su causa al *arbiter mundi,* a Wilson! En sus catorce puntos, no ha exigido la disolución de Austria-Hungría.

El día en que cumple sus sesenta y ocho años, métese Masaryk en aquel tren, en tercera clase; lleva consigo una especie de colchón y durante diecisiete días, rodando hacia la costa japonesa, redacta su programa universal, para lectura de sus poderosos aliados, en el escrito *La Nueva Europa.* Ve ya aquí el "principio de una libre unión europea en lugar del señorío absoluto de esta parte del mundo por una gran potencia o por las alianzas que integren las grandes potencias que se combaten mutuamente". ¡Qué escena de balada este hombre, sentado en su colchón, con el lápiz corriendo sobre el papel, en medio del Asia, peregrinando de Europa a Norteamérica, detrás de él un ejército que debe proteger a un Estado que todavía no es más que un sueño, puesto el pensamiento en otro sabio que, como él mismo, ha llegado a ser un adalid político del mundo, y que, por su propia soberanía, puede reconocer o negar la existencia del nuevo Estado! Cuando,

desde Tokio, envía a Wilson un largo informe, para que le preceda, sólo al final menciona que ha organizado con sus compatriotas un ejército, el cual viene tras él.

Como triunfador, es recibido entonces, en Chicago, en mayo del año 18. La noticia de aquel ejército que da la vuelta al globo terráqueo, el efecto de su propaganda de años enteros, el trabajo de antiguos amigos que, en otro tiempo, lo llevaron allí como profesor forastero, la tradición de la familia de su mujer, el dinero de diez millares de checos que habitan aquí como norteamericanos, la simpatía de la poderosa prensa judía, que, a pesar de los treinta años transcurridos, no ha olvidado su intervención en el caso del supuesto crimen ritual; todo coopera para hacer de este hombre, a quien repugna todo brillo personal, un héroe popular, y para arrancarle más tarde la exclamación de que tienen un valor sugestivo las banderas y cortejos, siendo cosa de la cual no puede prescindirse. Y la leyenda se hace cada vez más increíbles. Ahora, checos y eslovacos se reúnen en Pittsburgo, entre el carbón y el hierro de Norteamérica, para fundar un Estado común. Quiere, de nuevo, un favorable destino, que el hombre de quien en realidad depende ahora todo, pues Masaryk ha llegado a ser señor y guía de los acontecimientos, proceda, por su sangre, de uno y otro origen, hable igualmente ambos idiomas, y, por natural impulso, desee su fusión.

Y además, vuelven a venir para ayudarle los buenos espíritus de un pasado lleno de aspiraciones. Aquel mecenas que veinte años antes le invitó a venir a Chicago, es amigo de la familia de Wilson, y, de este modo, Masaryk es introducido en el ambiente de la persona de quien todo depende, de una manera más personal y cordial que cualquier otro político. Cierto que ahora, como "potencia que hace la guerra", podía anunciar que poseía un ejército de cien mil hombres y sacar del bolsillo media docena de reconocimientos de su nuevo Estado, al entrar junto a Wilson. Pero el haberlo ganado para su causa y haberlo convencido, sólo fué posible porque hablaron uno con otro como dos ideólogos platónicos, como dos hombres, casi de la misma profesión, que conocían mutuamente sus obras, o, por lo menos, la fama de ellas. Es un prejuicio mundano el de reírse de los profesores políticos; depende de quiénes sean. Wilson, aparentemente sin aconsejarse con otros, aceptó, como "pensador y hombre digno"

—según Masaryk lo expresó ante mí—, la idea de la disolución del Austria y cambió aquel punto en su manifiesto; con esta aprobación, semejóse a un rey que, con una inclinación de cabeza, confirma una sentencia de muerte.

De este modo, esta parte de nuestra leyenda termina en una competencia entre el Habsburgo y Masaryk. Pues mientras el emperador Carlos, en Luxemburgo, trataba de salvarse en el último momento y parar el golpe, concediendo la autonomía a sus pueblos, y, por lo tanto, también la de los checos, su invisible adversario —aquel profesor "que pretendía, en la Ballplatz, obtener un ascenso en su carrera", para asegurar la paz— apretaba un botón al otro lado del mar y hacía anunciar por cable a París la declaración, de largo tiempo preparada, de la independencia checa. Mientras que, al cabo de quinientos años, desaparece del mástil de la poderosa *Hofburg* de Viena la bandera de la monarquía, allí, al otro lado del mar, sobre el hotel del profesor, al cabo de trescientos años, es elevada, por primera vez, la bandera del pueblo checo. En el mismo *Independent Hall* de Filadelfia, donde fueron fundados los Estados Unidos, dió lectura pública Masaryk al decreto para la formación de su nuevo Estado. Cuando, tres semanas más tarde, le dieron un banquete en una mesa redonda cubierta de flores, recibió un telegrama, lo leyó, lo metió en el bolsillo, siguió oyendo lo que le decían y sólo al cabo de algún tiempo se levantó y comunicó a la mesa que el nuevo Estado, al otro lado del mar, acababa de elegirlo su primer presidente.

Como alguien, entonces, le planteara la infantil cuestión de si era feliz en aquel momento, respondió: "No lo sé. No puedo describir mis sensaciones. Tengo el sentimiento de tener una responsabilidad y de carecer de tiempo para alegrarme . . Nadie de todos nosotros puede llamarse a engaño: eso es lo que siento".

VII

De mediados de esta Guerra de los Cuatro Años, hay una fotografía de la mujer de Masaryk con dos de sus hijos adultos. Es un cuadro apocalíptico: la madre, sufriendo gravemente con la-

bios caídos; la hija pálida, sacrificada, resignada; el hijo, como soldado austríaco, bajo las armas del enemigo a quien su padre, allá fuera, por el mundo, procura con toda pasión hacer caer. Pero los tres tienen la misma mirada: tres pares de ojos miran al espectador, dilatados, espantados, como si por primera vez dudaran de la humanidad. Es como si unas naturalezas infantiles afrontaran la situación con extremada debilidad, como si se encontraran súbitamente ante el mal; y sin embargo, no dudaban de la humanidad.

La noticia de la actuación del marido trajo como consecuencia el que tomaran declaración a la mujer. "No sé lo que hace mi esposo —dijo ella, conforme a la verdad—. Pero estoy segura de que lo que haga será justo. Estoy dispuesta, en todo momento, a salir por fiadora de él". Desde Norteamérica, que entonces era neutral todavía, intervinieron algunas asociaciones femeninas para que la dejaran en libertad; la enferma del corazón se puso peor; como no podía mentir, evitó toda comunicación con su marido, y, a pesar de su enfermedad, sólo al cabo de año y medio obtuvo permiso para trasladarse a un balneario. En lugar suyo aprisionaron a la hija, que fué encerrada en Viena al mismo tiempo que la mujer de Benès. Uno de los hijos pereció víctima del tifus cuando procuraba fugarse; el otro, como hijo del traidor, tuvo que sufrir durante cuatro años con su uniforme de oficial austríaco. De todo esto, tuvo noticia fuera el esposo y padre, pero no podía recibir ni enviar ninguna noticia directa; entre estos seres humanos, que siempre habían vivido tan estrechamente unidos, faltó, durante todos estos años, la carta, que, de una manera misteriosa, puede casi suplir a la presencia del ser querido. A su lado no tenía más que la otra hija, y así se comprende mejor la desacostumbrada dureza que muestran los rasgos de su semblante en el retrato del tiempo de Kief. Ahora, durante años, no debía volver a ver a ninguno de los tres supervivientes.

¡Sorprendente regreso de un vencedor! En el barco tenía poco tiempo para recordar las aventuras que le habían llevado a través del mundo y que habían acabado, en el mundo, con un antiguo imperio; pensaba en lo porvenir, había que hacer mil cosas, pero había que actuar en la debida forma y empleando las fuerzas existentes en el país. Lo que mientras tanto había sido

preparado allí silenciosamente, conocíalo al detalle; aquella *maffia* estaba en permanentes relaciones con los hombres que actuaban fuera, pero no siempre estaba de acuerdo con sus planes. Algunos esperaban la salud de Rusia y deseaban tener un gran duque como rey de Bohemia, otros hablaban de otras casas reales. El general eslovaco Stefänih, que luchaba por la causa nacional en el ejército francés, aun después de la declaración de Checo-Eslovaquia como república, envióle a Masaryk, a Siberia, un telegrama en que protestaba contra la proclamación de una república. Pero pronto retiró su protesta. En la hora decisiva, uniéronse los partidos; la autoextinción de la monarquía vino como un acontecimiento esperado e inevitable. El tránsito se hizo posible sin excesos ni víctimas. La primera Asamblea nacional, al elegir, por unanimidad, para presidente al expatriado, mostró comprender su acción decisiva, a pesar de su carencia de relaciones en el país. De este modo, el mandato, sin el cual había estado desprovisto de todo, le fué transmitido por la nación entera a su regreso.

Todo esto, una Constitución redactada a toda prisa con la que debía gobernar sin conocer sus particularidades, el descubrir anticipadamente adversarios internos de combates anteriores; además, siempre presente la figura de su enferma compañera y el contemplar una y otra vez, en lo pasado, los fabulosos acontecimientos, flotaba por la cabeza del viajero marítimo que regresaba al país. "A todas las enemistades puramente personales poníales una gruesa cruz —refiere; pero añade también que se decía conscientemente a sí mismo—, ya que ahora somos libres y tenemos nuestra república". Cuando desembarcó en Inglaterra, saludado como soberano, sostuvo con lord Balfour, el ministro de Negocios Extranjeros, una larga conversación sobre filosofía de las religiones.

Había imaginado otro regreso. Al contar con la entrada de Foch en Berlín, en memoria de 1871, pensaba estar allí presente con sus tropas; después, como dictador, marchar directamente a Praga, arreglar rápidamente las necesarias cosas y transmitir sus poderes a la Asamblea Nacional. Él mismo aconsejó a Wilson, antes de su partida, que exigiera la marcha sobre Berlín. Conócense las fuerzas contrarias de París. Pero el ayudante de Foch me confirmó más tarde que tampoco el generalísimo mismo con-

fiaba íntimamente en la transformación revolucionaria de Alemania.

Es, a la verdad, mucho más propio de la leyenda el que este hombre, total y absolutamente civil, entre solo en la antigua y nueva capital, en un automóvil adornado de flores. Vésele en un grabado, en aquel claro mediodía de diciembre de 1918, rodeado de soldados y banderas, sentado en su coche abierto, con su traje oscuro, y si se piensa en las mil fotografías en las cuales los últimos reyes de nuestro tiempo parecen no tener absolutamente otra cosa que hacer que mudarse de ropa, conócese claramente la diferencia de épocas. Pero también la de caracteres, tanto en el único como en el pueblo: la diferencia de destino, pues, al lado de este hombre no va sentada ninguna sonriente presidenta y tampoco él sonríe. Bien puede haber alzado algunas veces, para saludar, el gran sombrero de alas: en aquel grabado lo lleva en la cabeza, y a través de sus gafas, a prescindir de las cuales, en este solemne momento, no le sedujo ninguna vanidad, contempla la muchedumbre con mirada investigadora, analizadora, absolutamente meditabunda. La hora con la que sueñan, durante decenios enteros, los ávidos de poder; por la cual, propiamente, se han agitado a sí mismos y al mundo, trae a este observador, en los rostros de la multitud, una prueba de cómo laten los allí invisibles corazones; primera ojeada a los sentimientos de un pueblo renovado de su propio seno, del cual depende el porvenir.

Una hora más tarde, fué a ver a su enferma mujer, en un sanatorio. La empresa que había él imaginado, llevándola al buen éxito, y, aquel día, verdaderamente, al triunfo, había, en sus consecuencias, quebrantado la salud de la esposa. El hombre, en cuyo mundo de pensamientos y en cuya vida actuaba con igual fuerza la tragedia, bien puede haberse acordado aquí de la tragedia griega; pero la mujer pensaría en los mandamientos de una grave juventud que había impuesto ella sobre los dos, cumpliéndolos dolorosamente. Por eso evitóle también el Destino, a esta puritana, el tener que entrar en el antiguo palacio real, al que se vió forzado a trasladarse su marido, con gran asombro suyo, "pues pensaba seguir viviendo en mi antigua morada . . Dormí por primera vez en el palacio, es decir, no dormí". De tal modo, este hombre casi de setenta años estuvo, en lo ma-

terial, separado de su mujer a su regreso y tuvo la misma soledad, a que se había habituado en estos años últimos (en el alto castillo del cual había expulsado, sin sacar la espada, por una especie de matemática política, al último Habsburgo), para meditar acerca del destino de los hombres y de los pueblos, teniendo a sus pies el ancho río y una de las más bellas ciudades del mundo.

Acaso, en esta noche sin sueño, se preguntara el filósofo si tenía razón Kant, el cual se quejaba de que en la posesión de la fuerza estaba el fin de todo libre juicio de la razón, o si no, Platón, su maestro, quien sólo veía el avance de una humanidad más feliz, cuando ni los reyes llegaran a ser filósofos ni los filósofos reyes. Acaso meditaba, como ya lo había hecho tantas veces, en el cálculo de probabilidades de Hume, al que había privado de la fuerza de una ley natural otorgándole sólo el papel de un auxiliar metódico, pues, como tal, durante cuatro años, lo había empleado en su partida de ajedrez. "La elección de medios —había escrito una vez sobre este tema de un modo totalmente goethiano—, depende de nuestro carácter, y éste, en su mayor parte, lo formamos nosotros mismos".

Al final, bien puede haberlo dominado también la fuerza de esta leyenda vivida; la soñada ondulación de esta historia puede haber cubierto, con su rumor, el eco de millares de pasos y palabras, probándole de nuevo que, hasta los más patentes realistas, ponen por obra una fantasía tejida no se sabe dónde.

VIII

Si se examina el carácter de Masaryk, se nos manifiesta una monumental sencillez. Se le podría comparar con una fuente natural cubierta por una bóveda con cuatro arcos de acceso. Desde cada uno de los rumbos de la estrella de los vientos encuentra cada cual libre la entrada, pero la fuente permanece oculta allá abajo; no obstante, el que habita allí dentro, tiene libre la vista hacia todos lados y protege la fuente. Esta fuente es su religión, tomando la palabra en su sentido natural: la relación con Dios, la Naturaleza o la Providencia, creencia en un plan, una parte del cual es uno mismo. Ha enunciado repetida-

mente la frase: "Jesús, no César"; pero habla siempre de Jesús y nunca de Cristo. Si se dice determinado en sus acciones, "rechaza con gran energía, el reproche de fatalismo". A partir de estos profundos sentimientos, desarróllanse, de una manera natural, las tres direcciones principales de su ser: pensamiento, acción y compasión.

Amor al prójimo, la forma activa de su fe, tiene aproximadamente para él la misma significación que democracia. Pero ya aquí se nos muestra el ser humano luchador, sano y valiente, cuando formula: "El aristocratismo es natural: cada uno de nosotros quiere ser señor, todos somos aristócratas. De ser real y conscientemente demócratas, no sólo en la tribuna sino también en toda situación de la vida, de eso estamos todavía muy lejos . . . Mi socialismo es sencillamente amor al prójimo, humanidad. Trata de mejorar las circunstancias mediante ley y orden. Si eso es socialismo, bien está".

De esta compasión está salpicado todo su pensamiento, de su pensamiento su acción. Por eso, su palabra se dirige siempre adelante hacia la práctica, su acción se vuelve hacia lo humano. Al excluir principios, programas y parcialidades es plenamente libre de pensar según su sensibilidad, pero se guía por las circunstancias porque quiere actuar. De este modo, su pensamiento, en el fondo, se origina de motivos ocasionales, de modo análogo a la definición de Goethe de toda buena poesía. Así sus ideas positivas sobre la mujer y su situación en el Estado, las ha tomado del ejemplo de la suya propia; sus ideas negativas sobre las iglesias proceden de las experiencias de su círculo; las que se refieren a pueblos y razas, de sus propios conflictos.

Sobre este firme cimiento, levántase un carácter en el cual el humanitarismo y el realismo, el sentimiento y la claridad, se mantienen en equilibrio, o han aprendido a mantenerse en equilibrio, pues conoció desde temprano sus peligros y buscó con todas sus fuerzas el dominio de sí. "No bebo porque si lo hiciera podría beber demasiado". Como a él, ni el orgullo ni la vanidad le estropeaban el juego, como a tantos otros, podía barajar con más facilidad los naipes. Ambos rasgos aparecen en su semblante, observación y bondad, tolerancia y crítica.

En rasgos de tolerancia y asistencia es tan rica su vida que apenas es posible mencionar algunos de ellos. Mientras que su

padre con otros sirvientes de los palacios imperiales era trasladado de lugar cada dos años, a fin de que los esclavos no pudieran conspirar, traslada él hoy a sus sirvientes de la ciudad al campo, e inversamente, a fin de que cada uno de ellos pueda gozar del aire libre y la calma de los bosques. Cuando, en el comedor, contemplamos el cine construído por Lany, estaban allí todos los sirvientes del castillo y los soldados libres de servicio. Secretarios y mecanógrafos ponderan en él una paciencia nunca agotada. A una persona a quien tenía que condenar a muerte, le comunicó, en una larga carta, los motivos, a fin de que pudiera comprenderlo. A nadie constriñe con sus reformas, nunca es apodíctico y ha dicho que "la infalibilidad es una manifestación de falta de cultura, o de escasa educación".

Sin embargo, nadie ha encontrado jamás que este hombre fuera sentimental o siquiera blando. Este demócrata manifiesta: "en la guerra, y, en general, en las cuestiones prácticas, un jefe es mejor que una docena, pero ésa no puede ser disposición para tiempos normales". Este pacifista combate a Tolstoi, y con ello también a Gandhi, por su doctrina de renunciar a toda resistencia, y mientras a la guerra la llama "el estado de naturaleza fomentado por Rousseau . . . la nostalgia de los románticos por una vida irracional, animal y vegetativa", permite la guerra para defender la libertad. Este hombre creyente ataca toda forma de divinización de ídolos o principios, y cuando le van con metafísicas, le gusta comenzar su respuesta diciendo: "Vamos, en concreto, en lo práctico, ocurrió recientemente . . ." Lo que hay en él de romántico, apacígualo refugiándose en una ilimitada lectura de novelas, pero nada busca para su vida con tanto empeño como la claridad; observa constantemente con preciosos ojos humanos, siempre comienza la descripción de una persona por su cuerpo o su fisonomía. La claridad de su escritura se ha conservado casi inmutable a través de sesenta años.

Condición, y, al propio tiempo, consecuencia de tal claridad, es la carencia de todo *pathos;* donde la llama quiere irrumpir a través de una grieta, conjúrala siempre con toda rapidez mediante un gesto frío, un hechizo al revés. En vez de "nunca", casi siempre dice "no"; en la conversación no necesita ningún superlativo; al escribir, sólo muy raramente vese cruzado el estilo de su palabra, intuitivo y práctico, por alguna escolástica ex-

presión filosófica, de modo que el tejido de palabras se forma como con urdimbre y trama. Con frecuencia dice: ése es un tonto, y cierto que con toda viveza, pues no puede sufrir la tontería; de un hombre o de un conjunto inmoral y corrompido, parece por el contrario espantarse, pues dice: Un hombre repugnante, un hotel repugnante. La pureza de su ser es tan sugestiva que, según informa un testigo, en largos años de reunión en un café de Viena, ni aun el conversador peor afamado se permitió nunca ni una broma obscena en su presencia. Y no obstante, es extraño a su persona todo lo remilgado, la no viril agremiación de muchas gentes religiosas.

Le es imposible mostrarse sentimental, no le parece decoroso. En quinientas páginas de sus *Memorias*, sólo en unas diez habla de sí mismo, y, precisamente este análisis es imperfecto por estar redactado con azoramiento. El punto culminante de su lucha, exprésalo en una frase secundaria: "El 14 de noviembre, cuando fué proclamada la república en Praga y fuí elegido presidente . . ." O al hablar de su regreso a Bohemia: "Los que volvían derramaban lágrimas y también recibió besos la tierra". A Benès, con quien le liga, hasta hoy, la relación ideal de un padre con un hijo, debía volver a verlo victorioso después de todas estas emociones —entró en Praga largos meses después de Masaryk—, entonces, teme que le domine el sentimiento ante los ojos de la muchedumbre, hace que sus ministros lo reciban en la terraza, lo espera y lo sorprende después él solo en la semioscuridad de la antecámara y lo abraza sin testigos.

De esta ocultación de todos los sentimientos que guardan conexión con su amor a la verdad, y propiamente también a los seres humanos, resulta su alejamiento del arte, que, en realidad, es cosa de juego, de ficción y en cierto sentido, de mentira.

"Desde los diez y seis años —me refirió—, quería yo escribir una novela y conservé ese deseo hasta los últimos tiempos, algo a modo de *Dichtung und Wahrheit*, la vida en concreto. No tuve valor para ello. Bien hubiera podido, bien puedo hoy, decirle cosas íntimas a una criatura humana, pero no soy capaz de arrojarlas a los cuatro vientos. Por ello he quemado el manuscrito". Un hombre que todavía a los ochenta años, ante muchas cuestiones, precisamente las más importantes, responde:

"No sé... creo..."; un hombre que ama más la verdad que la forma, se mantendrá a distancia del arte; pero como su naturaleza no política necesita una compensación, refúgiase en el humorismo.

Este humorismo no es ni chiste ni cinismo, no es amargo, pero tampoco dulce, lo mismo que no lo es su mirada a los hombres; no es un humorismo malicioso ante el cual jamás se está seguro, aun cuando sólo se proyecte en pensamientos silenciosos. Bien puede depender esto de su origen aldeano, pero tiene que haber nacido individualmente con él y si interpreto rectamente el retrato de su madre, también esta firme mujer, con sus claros y alegres ojos, tiene que haber estado llena de malicia.

De estos rasgos, dedúcese que actúa más sobre los hombres sin que se sepa que lo hace, que manejándolos directamente. Cierto que sabe hacer uso de su natural en su lucha con el mundo: "Una palabra impresionante, una anécdota, actúan mejor, con frecuencia, que todo un tratado de política". Y lo mismo que hoy, como presidente, sabe nombrar ministro a quien no puede soportar, porque a ello le lleva un partido de gobierno; como a otro no le comunica directamente su opinión discordante sino por medio de una *interview*, ya que realmente sólo para esto sostiene un lector; como, a los que piden algo que tiene que negarles, sabe sugerirles la nonada de sus deseos, todo ello lo ha probado con frecuencia en los últimos quince años como cabeza de su Estado.

Mas la impresión de su presencia es inmediata: cuando entra en algún lugar se convierte en señor del recinto. Al principio no saluda, sólo guiña los ojos y observa al desconocido: si le desagrada, lo tratará de la manera más cortés; en otro caso, cordial y espontáneamente. Esta fuerte impresión producida por un hombre de ochenta años que no soporta en torno a sí ninguna ceremonia, procede del hecho de que, con el poder, no ha olvidado lo que antes sabía, sino de que, durante ochenta años, ha mirado siempre a todo el mundo directamente a los ojos. Valor y gracia le dan una positiva dignidad que no le obliga a alabar o a censurar —una y otra cosa las hace rara vez—, pero que pone en guardia a cada cual, que no querría afrontar el silencio de este hombre. Pero si se le ve, en un grabado, hablando con

aldeanos de su edad, reconócese al instante entre ellos una comunidad, como todavía no ha existido hasta hoy con ningún jefe de Estado europeo, ya que ninguno procede de un origen tan proletario.

El único con quien podría compararlo sería con Abraham Lincoln. Ambos han ascendido desde el pueblo hasta la presidencia, ambos se han ejercitado antes en la política, pero sólo tardíamente han hecho de ella su ocupación principal, ambos han sido elegidos por el pueblo a causa de una moralidad de la que ningún adversario ha dudado. Ambos sin filántropos y están llenos de un tolerante humorismo. Ambos son flacos y huesudos, grandes caminantes y hambrientos de aire libre.

Pero sobre Lincoln pesaba, desde el principio, una melancolía que nunca podía desterrar de sí y esa duda que opone al todo hace más comprensible su muerte. Masaryk se sobrepone a las pequeñas molestias con su humorismo, a los grandes problemas con su fe. En su confianza en la Providencia, reside una protección de la que Lincoln no disfrutó. "Cuando era yo una niña —me refirió su hija—, si había una tormenta, corría al cuarto de mi padre: comprendía que el rayo no podía caer allí". Y cuando, hace dos años, aquel ruso loco que mató después a tiros al presidente de la República Francesa, se acercó al coche de Masaryk con igual propósito, y, para despistarlo, le presentó un libro, según confesó posteriormente, se sintió tan conmovido por la franca amabilidad de su mirada, que no se atrevió a levantar el arma homicida. Acaso también Lincoln, a quien el cómico le disparó por la espalda, hubiera podido salvar su vida sólo con una mirada.

IX

Veo en Masaryk una figura goethiana, se parece algo a Montan. Veneración, gratitud, tolerancia, experiencia, curiosidad, energía: toda la zona de la actividad más la del pensamiento, por la cual, sin cesar, se ha movido diligentemente, es una provincia absolutamente goethiana. A Goethe le gustaban los caracteres como éste; Zelter era también de esta especie y Goethe

le llamó criatura prometeica. Por ello, el curso de esta leyenda se acomoda también con la fe goethiana en una providencia, en un plan, a lo cual Goethe, en una carta de su juventud, llamó: "la cosa querida e invisible que me dirige y enseña" y que no le preguntaba si quería ni cuándo. Pues la vida de Masaryk es un dilatado y resplandeciente ejemplo de la singularidad de camino que el Destino ha atribuído a un determinado carácter, de éste y no de otro modo; hace lo que le es exigido, pero lo exigido por la providencia y por la época, lo es, precisamente, por el carácter de este hombre y no el de ningún otro. Lo que los atenienses escribieron sobre la tumba de Zenon, podría ser puesto al frente de la vida de Masaryk: "Su existencia fué perfectamente igual a su doctrina".

Aunque, conforme a la sentencia de Solon, nadie debe ser alabado de feliz antes de su muerte, este hombre puede ser llamado un favorito de los dioses, pero, además, es un luchador que ha sacado interés de su talento; por ambas razones, tuvo éxito en su gran juego. "Para ganar a los hombres —escribe Bentham—, hay que hacerles creer que se les ama, pero el mejor camino para ello es amarlos realmente". Porque los amaba realmente, también Masaryk, que en el fondo tenía pocos amigos, es muy querido de las gentes y rara vez engañado.

La leyenda de esta vida parece hecha para remover algunos artículos de la fe de la política de estos tiempos. Muéstrase en ella que no se necesita tener ningún partido, ni ningún emblema, bandera o lema para fundar un Estado. Muéstrase que ni la filosofía ni la cultura paralizan al hombre de Estado, sino que lo incitan. Muéstrase que no es necesario ningún *pathos* ni ningún gesto heroico, sino sólo inspirar confianza, para actuar de modo decisivo sobre millones de hombres. Muéstrase que no se necesita mucho dinero ni fuerza para hacer una revolución. Por último, se muestra que hoy también es posible hacer política sobre fundamentos éticos y que una naturaleza moral, en posesión del poder, para nada necesita enturbiarse.

Por eso los niños, cuando oigan hablar de los movimientos de nuestro tiempo, ebrios de sangre y enemigos de la libertad, aprenderán quizás, alguna vez, como una gran excepción, una leyenda que comienza de este modo: Era una vez un pobre

siervo del emperador cuyo hijo estudiaba para sabio y para conocer las ciudades y la opresión de su pueblo, y cuando fué tan viejo como aquellos cuyas fuerzas comenzaban a tullirse, alzóse sin armas y casi sin amigos, dió la vuelta al mundo, inflamó a los reyes para el combate, aniquiló el viejo imperio y fundó uno propio para su pueblo, el cual rigió como un sabio, durante largo tiempo, hasta su edad extrema.

BRIAND

EL FRANCÉS EUROPEO

"Hay un nivel en el que desaparece por completo el odio nacional; donde, hasta cierto punto, se está sobre las naciones y donde se siente la felicidad o el dolor del pueblo vecino como si afectaran al propio".

GOETHE

I

Los viajeros que atraviesan la Bretaña, observarán, por todas partes, espesos setos que separan una de otras las heredades de los aldeanos y que dificultan una ojeada de conjunto. El afán de aislamiento, auténticamente francés, es realzado aún más en esta parte norteña del país, por el silencio natural de las gentes de mar, por la niebla y por el eterno batir de las olas, y hasta el ruidoso movimiento de una moderna ciudad fabril, como Nantes, no puede transformar por completo el reconcentrado natural de sus primitivos habitantes. Son celtas y emparentados con los habitantes de la Gran Bretaña.

Cuando Briand vino allí al mundo, hace setenta años, en 1862, traía por el lado paterno, una especial mezcla de sangre en las venas, pues el hijo de la lavandera y descendiente de pobres burgueses, según me ha comunicado con nombres y detalles uno de sus coetáneos y conciudadanos, debe de haber tenido por padre un noble señor, procedente de uno de los antiguos castillos del país. De este modo, concurren en él tres elementos: el aldeano, el hidalgo y el bretón, los cuales, si debían producir

un estadista, sería únicamente de una especie muy singular, absolutamente distinto, en su desarrollo, del tipo de sus colegas. De esta sorprendente mezcla, origínase el hombre que ha gobernado más tiempo en Europa, y de modo más decisivo que la mayor parte de sus contemporáneos.

De su ascendencia celta, tenía sus soñadores y bellos ojos azules de hombre de mar, la tendencia a la soledad, a la vida del campo, apartado de la sociedad, al mismo tiempo lo anarquista y lo satírico; de su origen aldeano, la figura achaparrada, muchos cabellos en la cabeza y vello en las manos, aparte de cierta astucia; de pequeño burgués, gordura y amor a la comodidad; del proletariado, el afán por el mejoramiento general y la seguridad de ánimo al verse rodeado por la masa; pero, junto con ello, tenía dos manos aristocráticas, una voz desacostumbradamente bella y cuidada que fué comparada con el son de un violoncelo, una sangre fría de hidalgo y el tacto de un diplomático de la vieja escuela. Si tales análisis no pueden explicar jamás el total de un ser humano, suavizan, por lo menos, la sorpresa, al encontrar reunidas propiedades tan extremadamente diferentes. Pues que los seres humanos integran un complejo, es cierto que lo sabe todo el mundo, pero rara vez penetra ese concepto en la sensibilidad general, en forma que la muchedumbre tanto más suele admirarse de las contradicciones de sus prójimos, cuanto más alto, en lo exterior, hayan ascendido.

En Briand había una indolencia natural, era un hombre para quien lo preferido era permanecer sentado y remar, comer con la gente, beber y fumar, mirar las mujeres bonitas y hablarles a sus perros: era un ser secretamente idílico, un gozador, que sólo había sido movilizado por la ambición de lograr lo justo y necesario, a pesar de las intrigas de muchos, y de dominar a éstos por el arte francés de la elocuencia. Súmase a ello, el entusiasmo por ciertas ideas que conoció en su juventud, repelió en el centro de su vida y que volvió a adoptar con la edad madura, pero en forma más decisiva. Del modo más completo se las resume con la palabra "tolerancia", ya que todo aquello a que aspiraba, y también lo que realizó, fué logrado mediante tolerancia y sobre tolerancia establecido: pues las luchas de clases, de naciones y de religiones trató continuamente de conducirlas hacia una compensación, y, alzándose sobre la oposición del tiem-

po y de los países, llevar otra vez, con el espíritu del siglo XVIII, a un sentimiento general de humanidad.

Por eso, su técnica no era nunca la del hombre que dice: "¡Lo quiero! ¡Tiene que ser!" Más bien decía siempre este hombre musical: "Tendría que ser así". O preguntaba: "¿No se podría hacer esto?" Que tenía un buen perder, dedúcese de la serenidad de su persona; también, aun aspirando ciertamente al poder, jamás lo retenía apasionadamente y siempre dimitía antes de que tuviera que renunciar a él; mucho más raro es el caso del buen ganador, tal como siempre se ha mostrado Briand, porque sabía sentir con los vencidos, porque un fino instinto coincidía con la profunda sensación de una general benevolencia, y, de este modo, sabía enlazar orgánicamente la prudencia con el bien. Por ello, supo siempre vencer sin herir, lo mismo que perder sin quejarse.

Este hombre, a quien nadie en la vida vió correr o apresurarse, y rara vez, en el orden privado, se le vió mostrar acritud, y a quien el destino, acomodándose a su carácter, rara vez colocó ante súbitas resoluciones, fué llevado en las negociaciones, por su modo de ser desenvuelto, por su capacidad de simpatía, a tomar a la vez los dos partidos, con frecuencia hasta la debilidad, de modo que, más tarde, tenía que retirar por escrito algo de lo prometido; pero con la muchedumbre a la que dirigía la palabra, su valor y su gusto por la elocuencia llevábanlo plenamente a la victoria. Pues, antes que nada, Briand era un artista que escuchaba, aprendía y realmente también procedía como los niños y las mujeres: sin sistema, según su instinto. Y, lo mismo que hacen las mujeres prudentes, prefería rodear el obstáculo en vez de arrojarse sobre él. Como, al propio tiempo, la mayor parte de sus ocurrencias, seguramente las mejores, se le presentaban de pronto, y, en su confianza en su *flair*, las ejecutaba siempre, de este modo, hasta en los puestos más elevados, le ha quedado la fama y la apariencia de un improvisador de los que difícilmente soporta la máquina de un Estado, y especialmente la francesa. Ningún otro país habría sostenido y encumbrado a Briand.

"Es usted una buena persona", dijo de Anatole France cuando se lo presentaron.

"No soy nada bueno —dijo France—. Pero es que siempre

siento compasión y por eso me engañan con tanta frecuencia. ¡Usted sí que es una buena persona!"

"Tampoco es buena persona M. Briand —dijo Berthelot, que había hecho la presentación y que me ha referido este recuerdo—. No es más que humano; eso es todo".

Briand se sonrió aprobativamente y se apartó con una broma, pues le gustaba oír que alguien celebrara sus éxitos, pero no su buen corazón.

II

CUANDO mancebo de dieciséis años, había sido muy hermoso; con sus cabellos rizados y sus ojos lánguidos, parecía un joven poeta sensual, más bien un príncipe que un proletario, algo entre Mendelssohn y Chopin; también, en su pobre vivienda, le llamaban por un nombre patético y nadie sabría hasta qué punto "Arístides" se mostraría digno algún día de su antiguo padrino. A Briand no le gustaba estudiar y me refirió que su maestro, que siempre tenía un discípulo favorito y paseó los domingos de todo un verano con este mozo, le había inculcado este principio: "¡Contempla las plantas y los animales, aprende de la Naturaleza! Con la lectura nadie se ha hecho sabio todavía.

"Esta doctrina la acogí profundamente en mi corazón y no he leído nada en toda mi vida". Esto es un poco exagerado, pero lo que sabía procedía más bien de conversaciones que de otra cosa, y, como tenía una buena memoria, propiamente una memoria productiva, sólo conservaba lo que era acomodado a su espíritu; con ello salía adelante.

En casa de aquel maestro, Julio Verne conoció al muchacho y lo tomó como tipo para una novela en la que hace naufragar un grupo de chicos en una isla desierta. "No era aplicado —dícese allí de "Briant"—, pero muy inteligente; con frecuencia se quedaba el último, pero ascendía hasta la cabeza cuando se lo proponía. Temerario, emprendedor, siempre dispuesto; al mismo tiempo agradable, bondadoso y negligente, predicaba la reconciliación y la condescendencia . . No quiero mandar nada a nadie, decía después, en el apuro de la vida en aquella isla. Pero

si se trata de nuestro bien general, el jefe no necesita convencer a nadie si quiere algo razonable".

Durante tres años, Briand, en un rincón cualquiera del Barrio Latino de París, estuvo copiando cartas, y, cuando, más tarde, las gentes andaban detrás de él en demanda de autógrafos, decíales siempre: "Allí, en aquel almacén, tiene que haber un montón de ellos".

Por último, se hizo doctor en derecho y abogado; aquí descubrió sus dotes oratorias, y, por ellas, parece haberse dirigido primero a la política, por lo menos, ellas le hicieron permanecer en ese campo. Pues cuando, a los treinta años, en un congreso socialista de Marsella, se presentó por primera vez ante los entendidos, agradó, al punto, como orador deslumbrante.

¿Por qué socialista? Jaurès, el otro gran orador, tres años mayor que Briand, hijo de un burgués bien acomodado, había llegado a este dogma por profundo convencimiento, mediante sus estudios y como filósofo; también por tales motivos se mantuvo apasionadamente firme en él. Briand vino a ello por el azar de una ascendencia pobre, por el estrépito de una ciudad fabril, y jamás conoció completamente el dogma; su personalidad aislada, vagabunda, no lo llevaba en modo alguno a ello, y por eso, más tarde, no permaneció firme tampoco. Fué también una ofensa lo que le llevó a las filas de los revolucionarios, pues, a causa de una locura juvenil *in amore,* habíasele castigado, y también, durante largo tiempo, no se le había permitido ejercer la abogacía.

"Sí, era anarquista —respondió a mi pregunta—, en el sentido de que no me dejaba oprimir por ninguna escuela, y una vez enojé tanto con ello al yerno de Marx, que exclamó: ¡Escribiré para usted un libro sobre los fundamentos económicos del dogma de la Inmaculada Concepción!"

En realidad, Briand, a los veintidós años, en uno de sus escasos artículos, había preguntado: "¿La futura revolución se desarrollará sangrientamente como la anterior? No lo creo. Será como una fruta madura que se cae del árbol". Por eso no incita jamás a la revolución, cuando habla a los obreros, en mangas de camisa, subido sobre una mesa, sino que siempre trata de la huelga general: "Creo firmemente —exclamó más tarde en un discurso—, que la huelga general trae la revolución. A la ver-

dad, ello no depende de la voluntad de unos cuantos, pero se la puede acelerar. Alzará el sentimiento de la personalidad en los trabajadores. Hay que contar con las debilidades humanas. Un hombre no se lanza a la revolución con despreocupado pecho; tiene que soportar las lágrimas y súplicas de la mujer y de los hijos; entre él y la calle, hacia la cual lo impulsan, se alzan graves conflictos".

Sólo en un punto fué Briand, desde su juventud, luchador apasionado: era un furioso enemigo de la guerra. Su natural, humano y tolerante, rural, amante de los animales, hacíanle odiar a todo militar y especialmente a los generales —no fué nunca soldado—, colocábale en frente de toda ofensiva del nacionalismo, conducíale del modo más natural a la idea de una comunidad de pueblos. Por eso, no como partidario de la lucha de clases, siguió siendo durante toda su vida socialista. Cuando su amigo Hervé, que en 1914 se inscribió como voluntario en el ejército, había, veinte años antes, invitado públicamente a insultar la bandera, Briand su defensor, exclamó ante el tribunal: "Si recibimos orden de disparar contra un enemigo a quien no conocemos, entonces, súbitamente, se dirigirán hacia atrás nuestros fusiles".

Así actuó entonces, durante años, como abogado; más tarde como diputado, al mismo tiempo como periodista en la *Lanterne* y la *Humanité;* nunca estudiando mucho, siempre regalón, y si los amigos lo encerraban en la redacción a fin de que, por fin escribiera un artículo, al cabo de una hora lo encontraban envuelto olímpicamente en una nube de humo, pero siempre sin manuscrito, y, en el último momento, todo lo más que hacía era que le trajeran el artículo de otro para firmarlo o fabricaba grandes frases. Briand, en toda su vida, ha escrito aproximadamente tan poco como ha leído.

III

CUANDO, a los cuarenta años, ingresó en la Cámara de los Diputados, retumbaba de nuevo la disputa entre el Estado y la Iglesia. ¿Quién nombraba a los obispos? ¿Quién limitaba su po-

der en la educación? Ése era el problema. Desde hacía una generación, la separación de ambos poderes estaba en todos los programas de los partidos radicales. Trece siglos antes, había sido, a la verdad, más sencillo: entonces, el rey, sin más ni más, había arrojado al obispo de Sainte, nombrado sin su intervención, en un carretón lleno de abrojos y lo había hecho pasear por el país. Después, durante mil años, la historia de Francia había estado determinada por la lucha con la Iglesia y contra ella, y hasta Napoleón habíase facilitado las cosas acogiéndose a un Concordato; ahora, en 1903, había estallado por centésima vez, una pendencia sobre el nombramiento de uno de tales obispos.

Briand, ateo o creyendo sólo en Dios en la Naturaleza, reconoció el conflicto, pero también los laureles que en tal terreno crecían. "Fué por pura casualidad —me dijo—, el que al principio fuera a tropezar con tal tema; sólo sabía, que en este punto, la República corría los más fuertes riesgos, y, naturalmente, quise ayudar a fortificarla. Por último, hubo que planear una ley".

¿Abre ahora los libros de historia, las actas y documentos? ¿Cálase más el sombrero en la cabeza cuando pasa al lado de un eclesiástico? ¿Qué hace el hombre que quiere expulsar del poder a la Iglesia? Va a las rectorales aldeanas, bebe con los más viejos *abbés* su bien cuidado borgoña, busca protestantes y judíos, reúne en torno a una mesa a todas las comunidades religiosas y les hace disputar. "Entonces, se aprende más en cuatro semanas en el campo y en las ciudades pequeñas, que en cuatro años de Parlamento". Así se le ocurren fórmulas que no ofenden demasiado a nadie; surge en su cerebro, por fin, aquella pacífica transacción a que aspira todo gran abogado. ¡Qué importa que en la memoria que describe aquel diletante histórico aparezcan confundidos los Capetos con los Carolingios y un papa, muerto en 1216, viva en guerra con un rey que no nació hasta 1288! El artista, en cuanto historiador, siempre le da al filólogo faltas que roer. Briand, si no había salvado a la patria, por lo menos la había fortificado poderosamente, y pudo, por ello, en su famoso discurso de Périgueux, sentirse como un ardiente francés.

Esta acción constructiva hizo del hombre de partido un es-

tadista, y cuando, en seguida, fué llamado a ser Ministro de Instrucción Pública y Cultos para poner en ejecución su ley, vióse Briand, el socialista colocado ante el problema de si le era lícito entrar en un gobierno burgués. Éste era el punto decisivo de su carrera y así lo reconoció. Partido o gobierno, oposición en el terreno de la idea o activa actuación en el poder: el viejo dilema en el cual, aun hace poco, encontróse de nuevo el Primer Ministro de la Gran Bretaña, presentábase entonces ante este semiproletario de cuarenta y tres años y es ocioso calcular qué tanto por ciento de ambición condújole a adoptar tal resolución. En la sociedad parisiense, ya vivían entonces burgueses y socialistas, no severamente separados, aunque juraran extirparse unos a otros. Pero, personalmente, Briand era de una naturaleza demasiado poco revolucionaria para que el espíritu del pasado pudiera detenerle por el brazo. Siete años después de haber pronunciado un encendido discurso contra la entrada de Millerand en un gobierno burgués, el propio Briand participó en uno análogo.

"¿Sabe usted lo que hice? —me dijo cuando le llevé a tratar de aquel combate interior—. No me era permitido permanecer en el partido; saltar fuera de él no quería hacerlo . . Entonces solicité permiso del partido, y así, realmente, todavía me encuentro dentro de él". Después dirigió la vista delante de sí y añadió con dulzura: "Cierto que fueron difíciles momentos". Si hubiera leído a los filósofos, le habría servido entonces de ayuda la frase de Emerson: "La fidelidad a una doctrina es la usual forma de enfermedad espiritual de las almas pequeñas".

No obstante, este peligroso paso, con el cual entró en un gabinete burgués, por tanto, literalmente, en medio de los enemigos de su juventud, enmarañóse rápidamente hasta convertirse en una posición difícil. ¿No había invitado, a voces, a los maestros, como socialista, a que formaran su sindicato contra la ley? Ahora, como ministro, tenía que destituir de sus puestos en la enseñanza a los directores de este movimiento.

Todavía fué peor. Cuando, en 1910, comenzó la huelga de los ferroviarios, intervino Briand con fuerza política, hizo recular a los huelguistas a sus puestos y hasta, en *L'Humanité,* mandó prender a los jefes del movimiento, quitándolos de las mismas sillas, desde las cuales, durante mucho tiempo, había hablado él

en favor de la huelga, y hasta, a veces, escrito. Entonces cayeron la mayor parte de sus amigos y Painlevé, que más tarde volvió a trabajar estrechamente ligado con él, pasaba por su lado sin saludarle, durante años enteros. Pero Briand, después de la derrota de la huelga, exclamó en la tribuna de la Cámara, con un gran gesto: "¡Miren mis manos: no chorrea sangre de ellas!".

Entonces Briand renunció a la vida bohemia que hasta entonces había llevado en cafés y mesas de juego de naipes, se mudó a un barrio "decoroso" de la ciudad y asombró y conquistó los salones con sus modales inelegantes. En realidad, siguió siendo lo que desde siempre era, y satisfacíale en una finquita de cerca de París, poder trocar el cuello duro por una camisa de *sport* y las muchas palabras por el silencio de los bretones. Sin embargo, el cambio en su posición política tiene que haberle ocupado íntimamente durante años enteros, pues, en repetidas ocasiones, al procurar justificarse, óyese hablar la voz de su conciencia.

"No se exigirá de mí —exclamó en la tribuna de la Cámara, en aquel tiempo en que era presidente del Consejo de Ministros por primera vez—, que ponga por obra las concepciones que sostuve honradamente, de las cuales me aparto con todo cuidado, que he depuesto, que me han enseñado de otro modo para la vida y responsabilidad del gobierno. De cada idea, preocúpame ante todo lo que de ella cabe en el marco de lo posible de realizar. Querría actuar, ejecutar. Queremos gobernar, es decir, mantener sin disminución los privilegios del Gobierno. Queremos que todos los hombres y cosas estén en su lugar". Y todavía doce años más tarde: "En todo gobierno hay gentes contra las cuales se pueden citar sus antiguos discursos y artículos. Sí, es cierto; en mi juventud tuve mis exaltaciones, pero tenía también el sentimiento de la responsabilidad del gobierno. Soy algo a modo de una piedra que estuvo mucho tiempo sumergida en agua corriente; ha perdido sus aristas, y sin embargo, conserva su forma primitiva".

Cuando le pregunté a uno de sus amigos, jefe socialista, por su opinión sobre aquella conversión, me dijo vivamente: "Entonces estábamos amenazados por los preparativos alemanes y una huelga general podía costarnos la libertad de la nación.

Si yo hubiera sabido entonces lo que sabía Briand por razón de su cargo, habría procedido exactamente del mismo modo. Y ¿no estamos hoy, idealmente, en análoga situación?".

IV

DESDE 1909 a 1930, Briand fué Primer Ministro once veces, y, aparte de ello, en una docena de ocasiones, ministro de Negocios Extranjeros, de Justicia y otros departamentos. Como Bismarck, gobernó con las derechas y con las izquierdas, y esto, tanto más fácilmente ya que en Francia hay una masa de grupos que pueden ser combinados de diferentes modos; en Norteamérica o Inglaterra, entre dos o tres partidos, habría estado perdido. Es cierto que Briand contribuyó a fundar un partido, pero ha quedado sin enlace; sólo por ello, pudo siempre volver a mantenerse y renovarse.

Sólo un solista como él puede ser primer violín en cualquier orquesta y bajo cualquier dirección, o ser director él mismo. Sólo un hombre dotado de fantasía puede gobernar siempre en medio de la gente de los partidos en agrupaciones permanentemente renovadas; sólo un hombre con tan fino tacto puede salvar siempre su orgullo, yéndose espontáneamente poco antes del revolcón. Se le ha llamado mariscal de los congresos, genio de la orden del día, el mejor velero de Francia. Como entendía el modo de entremezclar los partidos, era el jefe nato de todo gabinete de coalición; pero como, en su calidad de solitario, evitaba toda solución partidista, sólo gracias a un característico respeto podía sostenerse en el poder, pues sus colegas parecían poner aduanas a todo lo singular.

También su íntima independencia influía sobre el adversario. A un hombre que ama la Naturaleza y suele encontrar recursos en la vida campestre, es difícil atraparlo con honores, en modo alguno con provechos, y gana en poder con su sangre fría. "Es lástima que mi temporada de pesca de caña haya sido interrumpida tan pronto —dijo una vez en la Cámara—. Cuando es uno Presidente, hasta se unen a la oposición los peces".

Como Briand no era un gran negociador ni tampoco un

nimio conocedor de las materias, tenía que agradecer sus éxitos a sus dotes oratorias. Le he oído, en la Asamblea de Ginebra, en la Cámara francesa y también en un banquete, ante un centenar de personas, y la primera vez quedé sorprendido de la sencillez y calma con que siempre comenzaba a hablar. Nada era teatral en él, y sin embargo, era un actor perfecto; este orador no tenía: ninguna *pose* y producía su efecto con un solo gesto del brazo o de la cabeza, los que, en años más juveniles, debía haber movido frecuentemente al hablar.

Cuando Poincaré le llamaba el gran estratega de la palabra, aludía al arte de reunir sus tropas, por lo tanto, sus fuerzas, según fuera necesario, en los pasajes más débiles o más fuertes. El arte con que los hacía resaltar producía su efecto por la visible falta de premeditación, pues era uno de los pocos oradores que sólo se dejaban llevar por su sentimiento del asunto y por la observación del auditorio, jamás por réplicas o frases ingeniosas que llevara preparadas. En Ginebra, ante cincuenta pueblos, hablaba de otro modo que en el *Palais Bourbon* ante quinientos franceses, y puede deducirse de ello, de qué otra manera habría de hablar ante cinco mil franceses. Al hacerlo, no se expresaba en un francés correcto, Albert Thomas, célebre por su oratoria resplandecientemente estilizada, trató en vano de convencerme de cuántas faltas gramaticales afeaban cada uno de sus discursos. Naturalmente que los discursos de Briand sonaban mucho más hermosamente oídos que leídos, cosa sólo debida a su célebre voz, dotada de un claro oscuro que recuerda los tonos de Rembrandt.

"Se dice —preguntéle— que habla usted sin preparación. ¿No lleva usted ni siquiera un plan en su cabeza?".

"No".

"¿No sabe usted, por lo menos, la primera frase?".

"No".

"Pues ¿qué sabe usted antes de hablar?".

"El objeto y los razonamientos. La mayor parte de los políticos perjudican sus discursos al planear sus discursos de las grandes ocasiones, como para la posteridad o, por lo menos, para los periódicos. En realidad, un discurso no puede ser planeado. Todo depende de la disposición del momento. Yo no aparto nunca la vista del auditorio. Si veo que alguien bosteza,

cambio en seguida de argumentación. ¿Ve usted? Ahora vuelve a prestar atención; lo veo en sus ojos. Si conozco el problema suficientemente, tengo dispuestos una docena de razonamientos. Si el uno no produce efecto, o, por lo menos, no en todos, el siguiente actuará mejor sobre algunos. Todo depende de no dar entrada al aburrimiento ni por un solo momento: en otro caso, estoy perdido".

Al propio tiempo, Briand era un brillante narrador, cosa que rara vez cincide con el arte oratorio. Una tarde, en una reunión de dieciséis personas, estuve oyéndole referir, durante dos horas, cosas de su carrera política sin que nadie tuviera la impresión de que quería dominar la mesa. Ya que yo, como el único alemán entre puros franceses, estaba sentado al lado suyo, las historias de Briand iban, esta vez, manifiestamente destinadas a mí. Por ello, eligió, con gran delicadeza, del tiempo de la Guerra, aquellos casos o frases que debían mostrarme que tampoco al otro lado gobernaba ningún semidiós; se arriesgó a comunicar, confiando en la discreción de sus oyentes, algunas anécdotas con cuya repetición, todavía hoy, produciría yo un gran placer a los nacionalistas alemanes.

V

Fué fatal la posición de aquel estadista llamado a participar en la dirección de la Guerra; porque como casi nunca, como en Napoleón, se junta en una persona el ser jefe del Estado y general de los ejércitos, la ejecución de sus planes depende de manos y cerebros que él no es capaz de vigilar como lo haría un hombre del oficio. ¿Con qué seguridad puede un Primer Ministro destituir a un general? El que una vez sea rechazado, sólo podría servir de pretexto a sus competidores para mandarlo a paseo, pero ¿quién garantiza al hombre de Estado, que da posesión y destituye, de que el sucesor inmediato no ha de hacerlo peor? Y sin embargo, al final, el ministro lleva la responsabilidad de todas las batallas que se dan a cientos de leguas y que son ganadas o perdidas por el arte o el desacierto de desconocidas gentes del oficio.

Briand, que, en 1915, tomó a su cargo la dirección de Francia, mostró, en este tiempo, toda su sangre fría. Apasionadamente adversario de los militares y de la guerra, ya durante la batalla del Marne, cuando no estaba a la cabeza del gobierno, había protestado contra la huída a Burdeos y después había regresado de allí como jefe del gobierno. En su tiempo de desempeñar el cargo, ideó un nuevo plan. Ya que Alemania era el adversario más fuerte, decíase a sí mismo, es preciso atacar y aniquilar primero a los más débiles. Así se le ocurrió, al mismo tiempo que a otros, la idea de reunir en Salónica un nuevo ejército y, después de que la aventura de los Dardanelos hubo terminado de modo tan lamentable, atacar desde Grecia a turcos y búlgaros. Ésta fué la única idea estratégica en esta Guerra concebida por un hombre de Estado, por lo cual tropezó con la resistencia de los generales franceses y también Kitchener se mofaba de la "aventura balcánica".

Ahora Briand, el resuelto enemigo de los generales, procuró alcanzar la aprobación de éstos, y, tratándolo como aficionado, vió cómo se reían de él las llamadas gentes del oficio; por este plan, al mismo tiempo que por el fracaso de la ofensiva francesa, fué derribado a principios de 1917. Poco después, realizóse su plan; pero cuando, por fin, produjo la victoria en los Balcanes, e, indirectamente también, sobre el Austria, Briand se hallaba en París, impotente y lleno de rencor, como hombre dimisionario lejos de los centros donde se decidían las cosas.

Aun más: Clemenceau le amenzó con el Tribunal Supremo porque quería abreviar la Guerra, y, para ello, emprender unas negociaciones con el enemigo, por lo demás, de modo muy flojo e indirecto. Cuál era su prudencia lo muestra, todavía hoy, el reproche, no callado, de los radicales, de que Briand, sólo de un modo tibio, promovió entonces la cuestión de la paz, mientras que Caillaux lo arriesgó todo e hizo con ello que lo arrojaran en una prisión.

"Y sin embargo —le dije yo— sus adversarios tenían razón entonces, pues ¿qué seguridad les hubiera ofrecido a ustedes una paz de armonía a la que también, entonces, nuestros amigos del otro lado aspiraban de modo tan preciso como ustedes aquí?".

"Es que, en este caso, ¿no se habría ido el Kaiser?", volvió a preguntar ingenuamente. De modo tan escaso conocían en-

tonces las mejores cabezas francesas el carácter alemán, que hasta Briand tenía por posible la ruina del príncipe legítimo, producida por el pueblo alemán, en el caso de una paz razonable.

Entonces tenía Briand dos adversarios, uno secreto y otro público. El primero era Poincaré, con quien tenía que trabajar en común. "Poincaré lo sabe todo y no comprende nada; Briand lo comprende todo y no sabe nada", decía un chiste parisiense, que sólo a medias era verdadero. "A veces —según me refirió más tarde Thomas, miembro del gabinete de entonces—, Poincaré, en los consejos, se espantaba del desconocimiento de cualquier noticia por su Primer Ministro. Briand, por el contrario, permanecía perfectamente tranquilo, leía la hoja de papel que le era presentada gravemente y modificaba sus proposiciones". Pues Poincaré es tan diferente de Briand como la Lorena de la Bretaña: aquél, exacto, lleno de conocimientos, pedante, jurista, sin fantasía; éste, lleno de ocurrencias, sin sistema, soñador, apoyado casi por completo en la fuerza de su imaginación.

Pero fuera, en la redacción de un periódico, estaba Clemenceau y trataba de aniquilar a Briand, su viejo enemigo: una naturaleza de toro, frente a un espíritu delicado y movedizo; una naturaleza que odia, frente a una que ama, y un enemigo de los hombres, frente a un amigo de la humanidad.

Y sin embargo, ambos tenían una cualidad en común. Ya se sabe con qué valor extremado, durante el último año, llevó Clemenceau sus esperanzas y las de Francia. En ello no le cede Briand: durante los combates de Verdún soportó, durante semanas enteras, la espantosa responsabilidad con una sangre fría que nadie habría atribuído a este enemigo de las armas y con la cual salvó de la desesperación, o por lo menos del desaliento, al círculo de los que le rodeaban.

Sólo que el efecto era otro. Mientras que Clemenceau, hombre de violencia y nacido para la guerra, quería beber hasta el fondo la venganza de un hombre primitivo y su paz se fundamentaba en el concepto de que el alma humana siempre sigue siendo la misma y no es de esperar ninguna pacificación de Europa, Briand, en los mismos tiempos fatales, había emprendido un nuevo camino. Habló de sí mismo en tercera persona

cuando, diez años después de aquellas batallas de Verdún, exclamaba en la Cámara:

"Entonces, aquel hombre que soportaba el peligroso honor y la responsabilidad del poder, había visto cosas tan espantosas, la horrible carnicería le había llenado de un espanto tal, que se juró a sí mismo, en su conciencia, que, si alguna vez fuera alcanzada la victoria y el azar volviera a llamarlo a ocupar el poder, consagraría todos sus sentidos y esfuerzos, toda su existencia, a la causa de la paz, para impedir la repetición de tales espantos".

De este modo, Briand, por el espectáculo de la guerra, sólo se había sentido cada vez más violentamente alejado de ella. Las debilidades de los generales tenían que hacer a este antimilitarista cada vez más plenamente pacifista. Fué destino de Europa que fuera Clemenceau y no Briand que tuviera que formular la paz. Briand estaba entonces oprimido contra la pared y apenas le era permitido moverse.

"Tengo a Wilson —me dijo— por un honrado idealista, pero poco práctico. Se atuvo demasiado a las fronteras etnográficas. En realidad, un pueblo de distintas procedencias se hace mucho más fuerte por la igualdad de su historia que otro conservado junto por la unidad de su ascendencia. Nosotros, franceses, estamos integrados por cinco o seis razas, pero comunes peligros, idénticas defensas y el Destino nos ha fundido en una nación. En Norteamérica hace demasiado poco tiempo que están juntos; allí los pueblos aun están colocados de modo visible unos junto a otros, como en un corte geológico. Así estaban, por lo menos, hasta la Guerra, que los ha ensamblado más fuertemente pero en una unidad".

"Pero usted, ¿habría apoyado más fuertemente a Wilson?".

"¡Sin condiciones! A su lado habría alcanzado los instrumentos de fuerza no conseguidos que quería él para la Sociedad de Naciones y que tanta falta nos hacen hoy. A pesar de ello, es injusto reprochar siempre a la Sociedad de Naciones todo lo que no se logra. ¿No ha conjurado dos veces, o realmente tres, los peligros de una guerra? El caso de la Manchuria es extraordinario: un país, que pertenece a un pueblo, atravesado por un ferrocarril que pertenece a otro".

"Y ¿no cree usted que, en resumidas cuentas, este caso seguirá siendo siempre tan «extraordinario»?".

Entonces se rió un poco hacia mí y dijo suavemente, con convencimiento: "No obstante, la Sociedad de Naciones ha llegado a ser fuerte".

VI

FAMA universal rodeó a Briand en los últimos seis años, y sin embargo, aquello por lo que era célebre, había venido predicándolo casi durante cincuenta años. Como el profundísimo convencimiento, la mitad vivida, era igual en el programa del joven socialista que en el del viejo hombre de Estado, como no ha negado nunca su sentimiento de hostilidad a una guerra europea —la guerra donde cada francés tiene que defender su piel—, de este modo, los enemigos del tiempo medio de su vida, que le llamaban traidor, sólo pueden sentir respeto ante una carrera así terminada.

Y sin embargo, él no ideó Locarno ni la Unión europea, pero —a semejanza de Edison— acogió con tal elocuencia las incitaciones antes existentes y edificó con tal fantasía, que merecidamente su nombre brilla con luz más alta que el del originario inventor. Un carácter dichoso, como el suyo, sólo encuentra en su camino lo que le corresponde.

Después de que las garantías anglo-norteamericanas para la seguridad de Francia, convenidas en el Tratado de Versalles, quedaron fracasadas por la resistencia del Congreso yankee, los hombres de Estado franceses, Briand ante todo, se habían esforzado para crear un sustituto. Cuando, a principios del año 22, intentó en la Conferencia de Cannes, aceptar la solución inglesa, más suave para Alemania en la cuestión de las deudas, pero a cambio de una garantía inglesa para la seguridad de Francia, fué desautorizado por Poincaré. A la verdad, cuando, pocos días después, comenzó su defensa en la Cámara de París, ni siquiera sus amigos más íntimos sabían si se quedaría o se iría. Hasta me aseguró una persona entendida que Briand llegó a improvisar su dimisión del cargo: acechó y estuvo alerta, a su manera, observando las filas de diputados, vió sus semblantes,

oyó sus débiles aplausos, sus interrupciones, y terminó su explicación con esta súbita frase: "Todo esto hubiera sido mi programa. Pero como veo que ustedes no lo aprueban, me retiro".

Si esta interpretación es justa, fortalécese la impresión de un anárquico temperamento humano que nunca habría sido capaz del papel de Coriolano.

Cuando después, en 1925, vino nuevamente al poder, encontró entre los papeles de su antecesor, Herriot, un *dossier* alemán, que estaba allí desde febrero, y proponía un pacto entre Francia, Alemania, Bélgica, Inglaterra e Italia y que debía dar seguridad a Francia, en caso de ataque, pero también a Alemania; excepto en tres puntos, estaba terminado; Briand lo hizo suyo y lo llevó a Locarno. La forma cómo realizó esto, cómo habló y se presentó, le dan, históricamente, la gloria y el título de ser el mayor francés de la reconciliación. No era sólo el tono de responsabilidad que constantemente le hacía decir "yo", mientras que Chamberlain siempre hablaba del "gobierno de Su Majestad", era, ante todo, la nota humana y natural que hacía sonar: *the milk of human kindness*. En la aldea de pescadores de Ascona, donde escribo estas líneas, díjole entonces al canciller alemán:

"Usted es alemán y yo soy francés. En este terreno nos entenderemos difícilmente. Pero yo puedo ser francés y buen europeo, usted alemán y buen europeo. Dos buenos europeos tienen que entenderse".

Desde hacía diez años, nosotros, ilusos y escritores de una y otra orillas del Rhin, habíamos hablado así, pero ningún estadista había osado hacerlo. A partir de aquel día, asciende la curva de su sensibilidad, y, con ella, su expresión. Después de la Conferencia de Locarno tuvo Briand un lenguaje nuevo: "Hemos hablado en europeo —dijo al tratar de ello en la Cámara francesa—, un nuevo idioma que debemos aprender". Y cuando regresó como portador de paz, aclamado por París, díjoles en la estación a sus amigos: "¡Ahora he vuelto a recobrar mi juventud".

¿Compréndese ahora por qué Briand, al cabo de cinco años, ha luchado largamente por la idea de la paz con un fanatismo que en modo alguno permitía presumir su carrera anterior? Al cabo de un rodeo de veinte años, durante el cual, en muchas horas solitarias, al remar en su bote, pescar o caminar por el

campo, su conciencia le habrá amonestado por "las ilusiones de su juventud", con el recuerdo de las cuales bien pueden haberle enojado algunos artículos malignos de sus anteriores amigos de partido: ahora, por fin, ha encontrado, en su evolución, el tema que le es propio y está decidido, con su amplia autoridad, a realizar, partiendo desde Francia, lo que cuarenta años antes, en mangas de camisa, sobre una mesa, había intentado inculcar a las masas: ¡Inteligencia entre los pueblos y ninguna guerra más! Óyese el apasionado impulso de su corazón cuando, alzándose en la tribuna del Senado, para defender los acuerdos de Locarno contra los nacionalistas, exclama:

"¿Cómo? ¿Eternamente? ¿Debe durar eternamente esta situación? ¿Debe haber que temer eternamente una guerra entre Francia y Alemania? ¿No deben pensar eternamente ambos países en otra cosa sino en armamentos públicos o secretos? Siempre nuevas guerras . . . y ¿a eso le llaman ustedes el porvenir? Vayan ustedes por ahí a nuestras ciudades, busquen a las gentes en sus casas, hablen con nuestros campesinos, todas las gentes de todas las clases sociales, exclamarán contra ustedes: ¡Paz!".

Cuando, después, en Londres, fueron suscritos los acuerdos, Briand, emocionado, leyó una carta de aquellos centenares de ellas que recibía, escrita por una desconocida: "Permita usted a una madre que le felicite. ¡Por fin puedo contemplar sin temor a mis hijos! ¡Por fin puedo amarlos con cierta tranquilidad!". Nuevos debates en el Senado y en las comisiones y Briand, el comodón, se ve forzado a defenderse durante treinta y seis horas. Cuando, de nuevo, quieren derribarle, dice al amanecer desde la tribuna: "Aun no he mirado nunca con temor hacia aquella puerta. Hoy es la primera vez que me agarro al poder. Si ustedes, hoy, me derriban, siento que emprenden ustedes algo fatal contra la patria". Por completo en el tono de un profeta, en un tono nuevo y más profundo . . en aquel viejo tono humano.

Otoño de 1926. Alemania debe ingresar a la Sociedad de Naciones, una marea de furiosas voces contra Briand invade los periódicos nacionalistas. Cuando duerme en el tren de Ginebra, dos diputados, uno de los cuales me lo refirió, mantienen una conversación, en voz baja, en una ventanilla del pasillo. De re-

pente, un estallido; la vidriera inmediata salta en pedazos: ¡Un atentado! ¿Debe pararse el tren? Al contrario, ¡adelante! Sábese, por la mañana, que un tren de mercancías había cruzado, llevando un carril de hierro demasiado saliente y éste, al pasar rozando a lo largo del vagón, era lo que había producido el ruido. Los viajeros, colegas de Briand, habían salido espantados, en pijama, al pasillo, y habían preguntado largamente. Sólo aquél había seguido durmiendo y únicamente en Ginebra, al apearse, había preguntado: "¿Qué es lo que pasó esta noche?". ¡Tan impávido iba al encuentro de su misión! Algunos días más tarde, exclamó desde la tribuna de Ginebra:

"¡Está terminada la guerra entre nosotros! Se han acabado los largos velos de duelo, todos los dolores que nunca más se tenderán sobre nuestros países. Nunca más soluciones sangrientas para arreglar las diferencias que puedan existir en adelante entre nosotros. Ahora, será un juez el que defina el derecho. Fuera los fusiles y los cañones. Paso a la inteligencia, a las sentencias arbitrales, a la paz!". Lo que significa esto en aquella tribuna sólo lo comprenderá quien haya oído las agudas y astutas "fórmulas" tras las cuales los héroes de Ginebra suelen ocultar su mutua desconfianza.

Algunos días más tarde, Briand sentóse con Stresemann para almorzar en Thoiry, junto a Ginebra, y de nuevo fué el tono lo que dió un carácter histórico a este acontecimiento. "Inténtase influir sobre mí desde muchas partes —díjole al alemán—. Kilómetros enteros cubren las actas sobre transgresiones alemanas. Todo lo arrojo a un rincón".

Allí estaban sentados ambos estadistas, jefes de los llamados enemigos hereditarios, a los ocho años del último disparo de la guerra, y hablaban uno con otro como dos poetas, resueltos, y ambos convencidos, de que con buena voluntad podía arreglarse todo. Por eso, entonces, las minutas de un *diner* en Ginebra representaban a todos los hombres de Estado queriendo derribar las columnas del templo de Marte, sólo que Briand estaba junto a ellos, y, con su palabra, procuraba convencer al dios de la guerra de que debía suicidarse. Briand se equivocó al juzgar a los alemanes; pero no Stresemann con los franceses.

El que Briand y Stresemann, cuyos caracteres, absolutamente distintos, se expresan en sus retratos y en sus carreras, se en-

tendieran más allá de lo posible, sólo está fundado en su fantasía que elevaba a los dos, sobre el tipo de los políticos, hasta la esfera de los hombres de Estado. El guiño hecho por Stresemann a los que estaban detrás de él, según refieren sus "Memorias", no cambia en nada el acuerdo fundamental; análogos reaseguros del adversario, iguales consuelos a importantes escépticos, aparecen, para su culpa o su provecho, casi en la cuenta de cada político; y si queda un resto de duda o de previsión . . . ¿dónde no queda? Stresemann, al mismo tiempo, siguió siempre siendo un pequeño burgués de Berlín a quien imponía poderosamente el tener que escribir en un sobre la dirección del Kronprinz, aunque al hacerlo, prescindiera previsoramente del "ex".

Una conmoción, al mismo tiempo que una luz, recorrió Europa mientras tanto, ante la tan insistente, y hasta podría decirse halagadora llamada de un hombre aislado como Briand, y cuando, poco después, se reunieron los inválidos de todos los países para hacer una manifestación en favor de la paz, acercóse a Briand un hombre ciego y sin brazos, el tronco de un cuerpo humano y le dijo: "¡Señor, no se detenga en su obra! Cuatro o cinco millones de seres humanos están mutilados. Aquí me levanto yo para hablar en nombre de todos. ¡Continúe usted, señor!". Aun, al recordarlo, espejábanse en Briand, a quien oí referirlo, primero las nubes, luego la luz.

También el pacto de proscripción de la guerra fué ideado por Briand y él mismo le dió forma. Pero ¿cómo lo hizo? Después de que Kellog hubo propuesto un pacto entre Norteamérica y Francia; una vez más utilizó Briand una idea americana, pero supo, de prudente manera, dar al pacto una elástica amplitud, en forma que siempre fuera capaz de admitir más Estados. Al propio tiempo, elevólo así en la esfera francesa, y, dejando por completo la iniciativa a Norteamérica y también el nombre a Kellog, hízolo más conforme al gusto del espíritu europeo: una obra maestra de la táctica de Briand, en la que coinciden la auténtica pasión por la paz con consideraciones para los sentimientos de su propio pueblo.

Desde los acuerdos de Locarno al plan de una Europa unida, no había espiritualmente más que un paso. Tampoco lo ha inventado Briand, pero una noche, en presencia de tres periodistas,

lo expuso, improvisándolo a su manera: "No se puede continuar así. ¿No se debería crear una Unión? Habría que . . .".

"¿Conoce usted Europa?", preguntéle más tarde.

"Algo —me dijo—. En Alemania tengo tres amigos desde hace tiempo con los cuales se entiende uno bien. Pero la auténtica celda germinal para una unión europea son los Estados pequeños. Vea usted a Austria reducida en absoluto a su núcleo cómo encuentra de nuevo en Europa todo lo que le falta. Y ¿qué se llama hoy una gran potencia? La mayor escuadra del mundo permanece inmóvil en cuanto estalla un motín; que ello es posible acabamos ahora mismo de verlo (otoño de 1931). ¡Si las gentes no pensaran todas tanto en un sentido histórico! Siempre viven medio metidas en el cementerio. Háblase de Francia y se le ocurre a uno al momento: Napoleón y la *Grand Armée*, y olvidan las malas experiencias que hemos hecho con los dos emperadores guerreros. ¿Preguntan escépticamente por nuestro ejército? ¿No ha visto usted cómo, inmediatamente después de la Guerra, hemos tenido que sostener otras dos en Marruecos y Siria, teniendo que defender con trescientos mil hombres la cultura de Europa?".

"Y lo mismo que la paz —continuó diciéndome Briand— puede también salvarse la destrozada economía sólo con una conversación internacional. El capitalismo no está muerto, sólo es que ha sido mal gobernado. Hace, seguramente, cuarenta años, hubo de pronto una crisis azucarera. Reuniéronse entonces los guiadores de varios países, deliberaron como gentes razonables y no como competidores llenos de odio y resolvieron la crisis. Desde hace siete años, he hecho una política llena de prudencia. La mayor parte de los políticos permanecen sólo muy breve tiempo en el poder, por eso se proponen cortos objetivos, y, con tales metas ante la vista, ellos mismos no ven más allá. Con interrupciones, hace más de veinte años que ocupo este asiento y por eso procuro hacer una política de larga vista".

"Si es verdad —dije yo— que los pequeños Estados son las células germinales de una nueva Europa, ¿por qué no funda usted primero esa nueva Europa y hace después que se encuentren ambos rivales; como a gente que discute constantemente, se les invita primero a una reunión para que se entiendan bajo su techo?".

Ya un año antes, le había hecho análogo requerimiento: ambas veces lo declinó. "Antes de que Alemania y Francia vayan cogidas de la mano, no habrá jamás paz". Como quiera que yo, refiriéndome a Italia, alabara el comedimiento de Briand frente a las provocaciones, me dijo con una gravedad y un tono, en general ajenos a él: "Créame usted: nada es más peligroso que una política que cuente con la prudencia del adversario".

Y no obstante, en los últimos años, nadie mostró esa prudencia con mayor fuerza que Briand; realmente, sólo en el último decenio ha evolucionado hasta ser un gran estadista. Así en la Asamblea de Ginebra, en el otoño de 1930, en un discurso bastante frío, prudente, sin reservas pero sin *pathos,* le oí pronunciar la frase siguiente: "Mientras yo lleve la responsabilidad de los asuntos públicos, Francia no entrará en ninguna guerra". Desde un siglo atrás, ningún hombre de Estado había osado pronunciar tales palabras delante de sus *chauvinistas.* En realidad, la mitad de la prensa se arrojó sobre Briand y trató de destrozarlo a causa de ellas; pero a mí me sonaron como si pertenecieran a las memorias de Marco Aurelio.

VII

Mientras tanto, seguía viviendo en los grandes y feos salones oficiales del Quai d'Orsay, donde los ujieres, cuando despertaban de sus ociosas siestas en sus sillas, referían las más amables cosas acerca de su señor y de su finca de Cocherelle, que los amigos describían como un simple *farm,* cómodo, sin lujo, sucesivamente aumentado con dinero que ganaba él mismo criando animales, pues ninguno de sus enemigos ha reprochado a Briand la menor venalidad. Allí, un orgulloso gallo se llamaba Daudet: era el único recuerdo político; en general no había allí más que vacas, ovejas, palomas, la cuenta de los administradores y la pesca de caña, antes también la caza; en cuanto a libros, sólo novelas de detectives y piratas, y además, excursiones que duraban días enteros en su lancha motora, acompañado por dos marineros.

Aunque *gourmand,* Briand no comía nada por la noche a

causa de su débil estómago. Con su bastón y cigarrillos en el bolsillo, iba a las aldeas vecinas de su finca, sentábase como Lincoln entre las gentes, bebía un vaso con ellas, dejaba que le hablaran y permanecía de este modo estrechamente unido en su corazón con su pueblo.

También en el caso de Briand, una gloria demasiado grande suscitó la envidia: desde que el mundo ligó con su nombre la esperanza en la paz, han hecho los parisienses todo lo posible para destruir una tardía leyenda y mantener viva la imagen de una carrera anterior, rica en curvas, lenta, y en la cual no ascendió sino entre muchos compromisos. La provincia, aquí como en todos los casos, ha juzgado más ingenuamente y le ha conservado la fidelidad hasta hoy . . . o por lo menos hasta ayer. A la poesía que tejía el mundo en torno al nombre de Briand quería absolutamente París oponer una fría prosa. ¿Cómo? ¿Presidente de la república? exclamábase allí, cuando se le recomendó como candidato. Pues, desde hace sesenta años, casi siempre es presidente de Francia un hombre medianamente dotado, alejado de los partidos, casi nunca un estadista. El más importante de todos, Périer, no pudo resistirlo y se retiró antes del término de su magistratura; en cuanto a Poincaré, dijo después: "He perdido siete años".

También aquí se mostró el carácer de Briand, capaz de estar sometido a influencias, demasiado flexible. Después de haber dicho que no, con recto instinto, se dejó llevar por una gran diputación de la izquierda hasta ser puesto en candidatura. Sus amigos, que observaban cierto retroceso en su efecto en la Cámara, querían salvarlo para ellos, pero él mismo pensaba que, refugiado en este seguro puerto durante siete años, resistiría la gran tempestad, que, hasta hoy, amenaza, cada vez más, con levantarse a mayor altura. No se le ocurrió dudar de su victoria. ¿No era el más popular de los franceses? ¿No sentía a todo el país detrás de sí? ¿Qué podían alcanzar contra tales opiniones los profesionales de la política? De este modo, se dejó convencer primero para ser candidato; después para tener fe en su victoria, y no vió, en presencia de los salvajes ataques de la prensa, a pesar de todo su conocimiento del hombre y de la Cámara, que la envidia trataba de derribarlo; pues no era el pueblo, eran cosa de un millar de diputados y senadores los que debían ele-

girlo. Tampoco sospechó que uno de sus colegas de Ministerio, que el día de la elección en Versalles hasta llegó a almorzar con él, inmediatamente después había de desaparecer en el Palacio, para azuzar, contra él, los pocos votos inciertos de los cuales dependía todo. En este caso, Briand fué parecido al viejo Bismarck, que, hasta el último momento, tuvo por imposible que pudiera destituírsele al cabo de treinta años de Ministerio.

"Fué el más triste semblante que he visto jamás en mi vida", me dijo su amigo Grumbach, cuando me habló de la expresión de Briand ante el anuncio de su derrota. Con ello, habíase perdido un gran momento para la idea de la paz. ¡Francia, según pareció —en realidad sólo habían sido algunas docenas de diputados envidiosos—, Francia había derrotado al profeta de la paz!

Abstúvose de presentar la dimisión inmediatamente, como se esperaba: primero quiso negociar en Ginebra con los alemanes. Era una especie de venganza que quería tomar, pues habría triunfado sin la alianza aduanera austro-alemana del honorable Herr Curtius, la cual, inmediatamente antes de la elección presidencial fué una desautorización de la política de Briand. Ahora dejó de cuerpo presente esta alianza, doblemente fatal para él; regresó con un gran éxito en medio de aclamaciones de todas clases; pero estaba decidido a presentar la dimisión para resucitar, en las inmediatas elecciones, como le había ocurrido ya tan frecuentemente. Esto era lo que esperaba también el país. Estaba ya acordado con los jefes de las izquierdas los distritos electorales donde debía hablar Briand.

De repente, desde un viernes al sábado, declaró Briand que se quedaba en el Ministerio. ¿Qué había ocurrido?

Cuando, largo tiempo antes de la elección presidencial, el senador Doumer fué presentado como candidato, había ido éste junto a su amigo Briand y le había preguntado sinceramente si él mismo pensaba presentarse; en este caso, habríase retirado Doumer. Briand, decidido entonces a no ser de la partida, pudo negar sinceramente. Pero después, con su candidatura, había faltado a su promesa, poniendo al viejo amigo en una fatal posición; la cual se oscureció todavía más con su victoria. Ahora, Doumer, salido de la elección como Presidente de la República,

rogóle a su ministro de Asuntos Extranjeros, Briand, que fuera a verle, y sin recordarle aquella promesa, le dijo solamente:

"Todavía no le es permitido a usted abandonarme". Para Briand, era esto un compromiso de honor y se quedó en el Ministerio. De este modo, sentóse en los consejos con algunos de sus más profundos enemigos: todos estaban contentos de que comprometiera su porvenir estando junto a ellos.

Esta virada fatal condújolo a su fin. Briand, vuelto de nuevo al poder por razones de caballerosidad, fué, desde allí, insidiosamente empujado hacia fuera por los elementos hostiles. El disgusto por esta maniobra destrozó su corazón, ya enfermo sin eso: al cabo de pocas semanas estaba muerto. Dos meses más tarde, la nación francesa se volvió contra los imperialistas que habían aniquilado al gran amigo de la paz y votó por la izquierda, es decir, por la política de Briand. Éste habría sido el ministro nato de Asuntos Extranjeros para el gabinete Herriot, inmediatamente formado según el resultado electoral, y es lícito decir que viviría hoy todavía, si entonces, cuando la elección de Doumer, se hubiera retirado, se hubiera ido a su casa de campo para verse fortalecido y rejuvenecido con la victoria de sus partidarios.

Este quinto acto recuerda por completo la lógica de la tragedia griega.

Pero manifiestamente, si Briand hubiera sido elegido presidente de la República, habría caído, en lugar de Doumer, bajo la mano de aquel ruso loco, sin llegar a ser, sin embargo, mártir de la obra de su vida. De este final sin sentido, lo libró el Destino, porque no se acomodaba con su armónico carácter; pero también lo apartó de una larga vida, que le habría hecho ver cómo los alemanes destruían todas sus esperanzas.

RATHENAU

EL ALEMÁN EUROPEO

"Precisamente en los actuales tiempos, preséntanse estas palabras como dichoso evangelio que dice a los alemanes que, en lugar de encerrarse en sí mismos, tienen que acoger al mundo en sí para actuar sobre el mundo".

GOETHE

I

FIGURA de príncipe árabe, alta y esbelta, oscuro de piel y de cabellos, noble ejemplar de una raza acaso excesivamente seleccionada, totalmente señor y soberano por su aspecto y prestancia: por ello se sorprendían sus interlocutores cuando empezaba a hablar. Pues entonces, surgía de su garganta un sonido, como de terciopelo azul oscuro, benigno, moderado, casi sin metal, una melodiosa voz de barítono que no parecía nunca mandar, sino, en general, explicar; que, al hacerlo, no quería obligar, sino convencer. La parte meditativa de su naturaleza, que mantenía el equilibrio con su voluntad sin estimularla propiamente, flotaba en esta voz, pero, junto con ella, un torrente musical de desconocidos anhelos, los cuales, cuando más, eran revelados traidoramente por su sombría mirada.

Pues, en esta naturaleza, lo analítico estaba extrañamente mezclado con lo melódico, y, en porciones tan desiguales, que quien las llevaba, rara vez alcanzaba su armonía —no me atrevo a decir que nunca—. Había aquí un hombre de sobresaliente inteligencia que se había hecho escéptico de la razón; que había

recorrido totalmente el camino que va desde lo activo a lo contemplativo, de lo que impulsa a lo impulsado, y, con fuerza viril, había procurado regresar allí, donde, el plan totalmente meditado pudiera elevarse hasta la construcción. Mientras que sus más íntimos deseos lo arrastraban hacia una actividad en la que, en gran estilo, pudiera realizar lo por él conocido, oponíasele el Destino, para impedirle el caminar, ya en figura de su ascendencia, ya en forma de la historia de su tiempo. Cuando, por fin y a pesar de todo, llegó a dirigir, el espíritu del pueblo alemán vengóse de su superioridad y lo aniquiló. Cuanto más nos alejamos de la tragedia de Rathenau, tanto más se nos aparece bajo formas heroicas: la mudanza de los tiempos preséntalo bajo una luz cada vez más clara y da, al propio tiempo, a su Destino, una significación cada vez más simbólica. Hoy, cuando su pueblo procura oscurecerlo por completo, se nos muestra doblemente claro cuanto sobresalía, como campeón social y como estadista práctico, por encima de todos los que, desde hace veinte años, se atreven a gobernar Alemania.

II

"Doctor Walther Rathenau, Ingeniero", ponía el Libro de Señas de Berlín, y, con ello, no sólo quedaba expresado el camino de sus estudios, sino una parte de su ser. La posteridad puede designarlo como filósofo, político-social, banquero, hombre de empresas, artista, pues de todo esto había en él partes importantes, y le era fácil, en sus mejores épocas, ascender de una a otra de estas zonas: no precisamente para coordinar sus íntimas contradicciones, sino para utilidad de aquello que emprendía. Y lo mismo que Wagner procedía de una casa en la que ya se habían mostrado muchos elementos de su actividad, también Rathenau era hijo de un contratista, que, al mismo tiempo, era industrial y banquero, y quería emplear sus fuerzas en todos sentidos; espíritu y alta cultura llegaban igualmente al nieto desde la familia de la abuela, la cual había vivido cercana al círculo berlinés de Heine.

En modo alguno era rico el padre cuando el muchacho fué

desarrollándose en el barrio obrero de Berlín, donde la fundición de hierro humeaba y retemblaba junto a la vivienda. Lo que significaba este padre en cuanto a actividad y previsión, refiriómelo Edison, que le había vendido la patente alemana de las lámparas de incandescencia; cuando, más tarde, aquel mago fué en propia persona a Berlín, al hablar sobre estudios fisionómicos con la madre de Rathenau, contempló atentamente, según deseos de ésta, el retrato de aquel hijo que tenía entonces dieciséis años, y acabó por decir: "Este muchacho, algún día llegará a poder y saber más que todos nosotros. Es una criatura asombrosa". Estos hijos no vieron ni oyeron nunca más que cosas técnicas y planes para su difusión, pues el padre fué el primero que creó un gran banco para la industria y que fundó más tarde la primera y más importante sociedad alemana de electricidad, siempre creciendo durante medio siglo.

¿Es milagro que un hijo, bien dotado por las musas, prefiriera ser pintor o poeta? Pero se trataba primero de obedecer, y, de este modo, estudió Física y Química e inventó, a los veinticinco años, un procedimiento electrolítico. Después de ello, trasladóse el joven a un rincón entre Berlín y Leipzig, y allí dirigió una empresa eléctrica durante siete años. Como el padre, en aquel tiempo, se había hecho rico, el altanero hijo quería mantenerse independiente y no abandonó aquel Bitterfeld, con su estéril paisaje y su fría explotación, hasta que él mismo poseyó lo bastante para poder elegir libremente.

Este apasionado impulso hacia la independencia, tiene detrás de sí un interesante fondo. Cuando estudiante, Rathenau no sólo había escrito un drama en el estilo de Musset, sino que lo había hecho imprimir a sus expensas como escrito anónimo, y algunos influjos lo inclinaban hacia la ruta de una herencia estética; pero su tenaz sentimiento de responsabilidad echábalo hacia atrás; insistió, a partir de los veinticuatro años, en no volver a recibir jamás dinero de su familia, y cuando, más tarde, a consecuencia de la rápida y creciente posición del padre, tuvo acceso a bancos y sociedades mercantiles, adquirió y conservó sus puestos gracias a su propia actividad. El fondo de su independencia, dinero y nombradía, en modo alguno lo recibió Rathenau como herencia, sino que lo alcanzó con sus propios puños.

Un sentimiento de impotencia, de ser menospreciado, impul-

sábale, en especial como judío, a distinguirse personalmente, y ya que la conciencia de demasiado espíritu, y, como él decía, de demasiado "pueblo", ascendía en él hasta una especie de monomanía, era disculpable que concediera mayor valor a la raza, corporalmente fuerte, a la que se suele llamar "rubia", en particular a la nobleza prusiana, de lo que debería corresponderle según su razón, ante la cual era igual ser rubio o ser moreno. Rathenau, durante toda su vida, no se sobrepuso a cierta inclinación que experimentaba hacia esta clase social; más tarde, se compró un regio palacio de campo, y, en sus últimos años, todavía pensaba en casarse con una muchacha de ese círculo. De este modo, cultivó toda clase de deportes, prestó servicio militar en la Guardia y desafió en duelo a su hostil amigo Harden, cosa que, en su disposición, tenía que encontrar ridícula. Moviéndose bajo tales íntimos combates, vagando entre tempraneras concepciones y el magnífico orgullo de no soportar a nadie por encima de sí, un ser humano tiene que aislarse. Rathenau pasó su vida sin amigos y casi sin mujeres.

Si no hubiera nacido judío, o si, aun siéndolo, hubiera nacido en Inglaterra, su vida y su muerte habrían presentado otro aspecto. En Alemania, esta alma soberbia tenía que defender constantemente una cualidad que, en este país, considerándola como deshonra, debilidad o falta, servía por lo menos como fundamento para excluir a un hombre de la llamada buena sociedad. Justamente por eso, Rathenau aspiraba directamente a estar en ella, y, mientras que en sus escritos critica el judaísmo e invita a la igualdad con los alemanes, allí donde tenía que perjudicarle ostentaba dignamente su ascendencia judaica, como un escudo agujereado en la batalla. Cuando, en un salón, hallábase en medio de bien formados *junkers* prusianos, nos les cedía en nada en cuanto a desarrollo y modales pero los oscurecía por completo no bien abría la boca; esto lo notaban los hidalgos y se divertían a su costa como venganza. Sólo unos cuantos miembros de esta clase social a la que Rathenau trataba con excesivas consideraciones, sospecharon algo de la plenitud espiritual que en él se hallaba.

Nunca le hablé de Disraeli, pero estoy seguro de que sentía en sí algo como una nueva encarnación de aquella eficiente figura política, también para Inglaterra totalmente exótica. Sólo

que desconocía el nada generoso prejuicio, típico de la nueva Alemania, que no quiere soportar ningún Disraeli.

En vano procuró apartarse de esta sociedad, del orgullo y también del dinero. "Determiné retirarme de la industria para trabajar en literatura. La A.E.G. me propuso ingresar en su directorio y tomar a mi cargo el departamento de construcción de centrales. Acepté este trabajo por tres años" y construyó centrales en Europa y América del Sur. Pero tampoco después fué hacia la soledad de sus pensamientos, sino a un banco donde volvió a permanecer tres años y desde donde ingresó en el consejo de administración de casi cien sociedades. Aunque en estos años haya escrito alguna cosa, alcanzó en realidad los cuarenta sin haber sobrepasado el círculo de lo experimental. Las relaciones con la industria y los bancos, que venían a su encuentro merced a su padre, manteníanlo en una zona de trabajo que repelía a sus mejores sentimientos y pensamientos. Mientras buscaba el trato de la corte de Berlín para satisfacer su orgullo, criticó delante de mí, sin compasión, al Kaiser, con el cual tenía a veces conversaciones de horas enteras: burlóse de sus pulseras y anillos, de su teatralidad, su sábelo todo, en forma análoga a como lo describió públicamente más tarde.

Al mismo tiempo, pertenecía, sin embargo, al círculo de la oposición; llamaba los primeros poetas y pintores de Alemania a sus amigos, todos los cuales atacaban a la corte y la buena sociedad. Como espíritu independiente, no le desagradaba irritar a uno y otro mundo, si bien tenía que gozar de ambos. Siempre se hacía pasar por diletante y sólo muy pocos sabían que era entendido en todo. "Como judío, soy un ciudadano de segunda clase . . . Con un cambio de creencias hubiera podido sustraerme al perjuicio, pero con ello, según mis convicciones, habría ayudado a los atropellos cometidos por las clases directoras".

No consecuencia sino fundamento de esta existencia de dos aspectos, era el que estuviera enamorado de los llamados germanos: de modo análogo a Gobineau, que también veneraba esta *ci-devant* raza rubia del Norte, pero que sólo podía vivir en el Sur. En ambos casos, no hay en el fondo ningún sentimiento de menor valer, sino el deseo de contraposición, que, no sólo en el amor sexual, determina tantos afectos. A ello se juntaban ciertas ideas de Filosofía de la Historia. "El contenido de la His-

toria Universal, hasta de la Historia de la Humanidad —escribe—, es la tragedia de los troncos arios. Un pueblo rubio y magnífico, desarrollóse en el Norte. En una desbordante fecundidad, envió, ola tras ola, a los países del Sur. Cada emigración conviértese en una conquista". Por eso pretende que los judíos deben deponer cualidades que hacen odioso al pueblo de la economía. "La meta del proceso no debe ser imitar a los germanos sino ser judíos de formación y educación alemanas".

¡Pero esto sólo lo escribía en la juventud! Más tarde, apartóse de la teoría de las razas; como todo hombre de espíritu, antepuso los lazos internos a aquellos exteriores de la sangre y declaró: "Soy un alemán de ascendencia judía; mi pueblo es el pueblo alemán, mi patria la tierra alemana, mi fe la fe alemana, que está por encima de las confesiones. Y sin embargo, la Naturaleza ha mezclado las dos fuentes de mi vieja sangre en un conflicto espumeante: el impulso hacia lo real, la tendencia a lo espiritual . . . Para mí, no otra cosa sino el corazón, el espíritu, la opinión y el alma son los que deciden la cuestión de pertenecer a un pueblo y nación. En este sentido de sensibilidad personal, coloco a los judíos como entre los sajones y los suevos. Están menos cerca de mí que los de las Marcas y del Holstein, acaso algo más próximos que los silesianos o loreneses".

De este modo, la patria electiva de Rathenau ha sido la misma Alemania que los alemanes arios cambiaron por el Mediterráneo: el judío Rathenau era un alemán mucho más apasionado que los cristianos Hoelderlin, Jean Paul, Platen o Nietzsche. Al mismo tiempo, mantúvose libre de toda estilización y dejó que sus sentidos vagaran por donde se sintieran impulsados: la única mujer a quien amó representa el tipo de la judía hermosa y espiritual.

Y no obstante, estos rasgos han estado siempre en Rathenau como envueltos en un crepúsculo. A lo largo de toda su vida, parece haberle separado de todo cuanto deseaba asir algo como una capa de cristal a través de la cual se podía mirar y oír pero no agarrar; una frialdad imposible de desterrar impedíale entregarse por completo, y probablemente sólo una vez en la vida habrá escrito a su amiga palabras como éstas: "Todo mi valor consiste en amarla, con lo cual está usted segura de mí. Me parece como si nunca hubiera amado sino gracias a usted y no pu-

diera nunca sufrir a causa de usted, sino sólo por mi propio corazón y su estrechez. Pero con sus queridas palabras, se ha alzado con estrépito y batir de espumas y su bella imagen flota en torno a mí; hace tiempo que siento de nuevo calor, luz y paz... Pero mañana temprano destruyo sus cartas y salgo al aire libre". Aquí están señaladas, hasta en la caída del tono, las extrañas fronteras de su capacidad de amar. Por eso también, fué Stefan George el único poeta de su época a quien veneró.

Al propio tiempo, Rathenau era capaz de cierta ternura. Le he visto lanzar una mirada cordial hacia una dama que, desde su asiento de honrada ama de llaves de una casa sin señora, hacía los honores deliciosamente, o una grata sonrisa cuando, en su norteña casa de campo, a mitad de julio, nos presentó algunos higos frescos de su invernadero. Otra vez, dibujó cinco veces, en un palco, la mujer por él amada, en unos papelitos, escribiendo debajo: "La capa blanca".

Lo sabía todo y como sólo hacía citas literarias en su lengua original, en la debida ocasión, ahorrativamente y sin ninguna vanidad, cuando era necesario a causa de alguna expresión, retenía su saber como una mujer rica esconde sus piedras preciosas al visitar una casa modesta; producía menos efecto al comienzo que en el curso de una conversación, pues primeramente ensayaba cuál era la calidad de sus oyentes. A veces, con una sonrisa, repetía algunos versos que elevaban una cuestión del día a una esfera trascendental. Cuando, durante la Guerra, de regreso de Turquía, hablaba yo de las fantásticas "conquistas", miró él delante de sí como indeciso, y citó estos versos del *Divan*:

Aber frag einmal den Kaiser
ob er dir die Städte gibt! (1)

Pero más allá de estas serenas fronteras, que parecían trazadas con bastante estrechez en medio de la vida por un hombre sano, sólo existía la resignación para este carácter orgulloso, y, no obstante, no incondicionalmente firme. Las cartas a su amiga contienen una confesión de esta especie:

---

(1) Mas pregunta al imperante
si te entregan las ciudades.
GOETHE. *West-östlicher Divan*, VIII, *Buch Suleika*. (N. del T.)

"...lo que hasta los mismos que más me quieren me fuerzan a temer y odiar... Lo primero es que no puedo pertenecer por completo a ningún ser humano. Estoy en el poder de potencias que dominan mi vida, lo mismo si me conducen al bien que al mal, ya me gobiernen en broma o en serio. Me parece como si no pudiera hacer voluntariamente nada de mí mismo; como si fuera siempre llevado, dulcemente si me someto, rudamente si me resisto... En segundo lugar, es verdad que mi sensibilidad es polifónica; la melodía flota claramente, como discanto, sobre las voces, pero casi nunca queda sin acompañamiento... mientras tanto se me presenta el puro son de zampoña de una sencilla sensibilidad, uniforme, apacible y algo débil. Por eso, las gentes se equivocan en cuanto a mi persona, porque en estas voces no reconocen tal vez ninguna melodía. Pero yo la reconozco y sé que está allí y que lo dirige todo. Y su demostración es la de que si todo engaña, no engaña la vida. Considere usted mi vida. ¿Conoce usted otra más seria, más llena de renuncias?... En tanto martiricé lo íntimo de mí mismo, no encontré nunca lo mundano que quiero. Quiero lo que tengo que querer; fuera de eso, nada... El que esta vida mía sea un sacrificio ofrecido libre y serenamente a las potencias, no para obtener la recompensa, no por ninguna esperanza, bien puedo decirlo y usted misma lo sabe. El que con ello queda roto en mí el amor de los seres humanos, eso lo sé yo y lo siento duramente".

III

CUANDO, siendo yo joven, lo conocí antes de la Guerra, me produjo, a sus cuarenta y tantos años, el efecto de ser probablemente más viejo; su manera de presentarse estaba ya tan decantada, su lenguaje tan perfecto, como, diez años más tarde, cuando lo vi por última vez, inmediatamente antes de su muerte. Sus formas de expresión, su abundancia y su dicción, produjeron en mí una impresión insuperable. Había procurado verlo, antes de un viaje a ultramar, a causa de una presentación, pensaba estar un cuarto de hora con él y estuve cuatro horas. Cierto

que deseaba hacerse dueño de los corazones de la gente joven que aspiraba a ser algo; pero en sus maneras, no había nada a modo de una seducción espiritual y si poseía una experiencia mundana, sin embargo, en tales momentos puramente platónicos, mostrábala lo menos posible. Mediante la belleza de su voz y la plenitud de las imágenes que empleaba, producía el efecto de un gran violoncelista, y, en este punto, podía ser comparado con Briand. Pero de Briand, aseguran sus paisanos más cultos, que hablaba un dialecto impuro, hasta con faltas gramaticales; Rathenau hablaba el más bello alemán que he oído en mi vida; sólo puedo compararlo con el francés de Valery o con el italiano que habla d'Annunzio.

Como todos los espíritus de primer orden, Rathenau actuaba del modo más enérgico en la conversación con una sola persona. En los discursos públicos, la gente creía oír la lectura de un escrito preparado magistralmente y se quedaba fría por ello. Si estaba en una reunión, no quería en modo alguno brillar, y, sólo, poco a poco, iba entrando en calor al oír hablar sucesivamente a los unos detrás de los otros, y acababa por entregarse, prestando atención a su mundo de pensamientos. Y sin embargo, había poco artificio en sus discursos; sentíase que de igual modo podía pronunciar un monólogo o hablar consigo mismo. La disciplina de su ser, al cual era ajena toda prisa, lo mismo al correr que al hablar o comer, expresábase en su lenguaje del modo más bello y en las mejores páginas de sus obras ha dejado un monumento de ello, aunque incompleto. Pues el perfecto conversador es casi como el perfecto cantante y siempre, en lo que escribe, queda algo por debajo de su capacidad. También la letra de Rathenau, ultra clara, que ni siquiera tiembla en sus cartas de amor, muestra claramente aquella disciplina.

Con la misma estoica seriedad, resolvía, al leerlo, un pequeño enigma presentado en una fórmula química, tocaba muy bellamente Bach, edificaba su casa en estilo gótico; porque él mismo hizo los planos y me refirió cómo había dibujado personalmente todos los croquis, puertas y alfombras. Con un sentido simbólico, exigía de sí mismo todas estas cosas, y como trabajaba mucho, llegaba a realizarlo todo.

Mientras que su jornada diurna, precisamente en este tiempo medio de su vida, estaba llena, del modo más intenso, con

reuniones y correspondencia, proseguía por las noches sus trabajos filosóficos y cuando le pregunté cómo hacía eso y por qué no renunciaba finalmente a los negocios, me respondió:

"Si he trabajado en negocios durante todo el día, entonces pienso y escribo mejor por las noches".

Hay que tener en cuenta que Rathenau, desde los cuarenta años, había llegado a ser, por completo, un político activo; además, de un modo regular y en varios idiomas, escribía artículos que desde el primer momento fueron célebres. Esta pluralidad de facetas, no producía jamás un embrollo, ni en él ni en sus trabajos; en su interior, trabábanse entre sí estos pensamientos, y cada uno de ellos producía al otro o elevaba su tono. En Alemania no sabría mencionar yo como ejemplo, ningún otro hombre que, antes de su papel activo de estadista, haya vivido con una tal plenitud de acciones y de pensamientos en tantos y tan diferentes terrenos; desde allí, lanzaban después los cristales sus reflejos, para sumergir su espíritu en un duro resplandor.

Con tan alta seriedad, sólo era posible todo esto porque concebía su actividad como una misión, la función de su vida como cosa totalmente religiosa. En este punto distínguese quizás de Masaryk, como un ciudadano se diferencia de un aldeano, en relación con la Naturaleza; lo que en éste es congénito, ha llegado aquél a alcanzarlo. Totalmente analítico como Masaryk, Rathenau estaba más profundamente cautivo en lo fáustico, y, como espíritu más fuertemente formado por Goethe, entregado también a discordes sentimientos que no resuelven el conflicto. Escríbele a su amiga: "En lo bueno lo mismo que en lo malo, no volverá usted a encontrar nadie semejante a mí, pues conmigo ha hecho Dios una experiencia, la cual, aun cuando salga mal —y lo creo así más frecuentemente que lo contrario—, no deja de ser interesante. Y lo mejor de todo es que estoy metido en el ensayo con toda seriedad y honradez y me dejo llevar por el hilo a través de todas las sinuosidades por dondequiera que me conduzca . . No tengo derecho a pasar, sin combate ni trabajo del espíritu, una vida de fantasía y contemplación. No tengo que preguntar por qué . . . Como apenas nunca, ha llegado a serme claro en este invierno que la vida de un hombre no significa nada si no tiene tensas todas las fuerzas del espíritu y de la res-

ponsabilidad. Recibir regalos, hasta de la Naturaleza, es una semi injusticia".

Bajo aforismos tan fríamente concebidos, óyese palpitar un deseo de calor, de rendimiento, hasta de regalos que querría recibir, y como, desde el valle de un espíritu crepuscular, tenía propósito de atravesar hasta el lado soleado del corazón, acusaba también, en general, a la "falta de alma" como fundamento de las cuitas europeas. Con el reverbero de una violenta personalidad, lanzó sobre el siglo la imagen de su íntimo destino para recibir, en cambio, de la época, lo que era innato en él. Escribió cierta vez: "Un hombre tiene que ser lo bastante fuerte para forjar con la peculiaridad de su imperfección la perfección de su peculiaridad".

IV

La obra de Rathenau, como la de un pensador, hay que leerla de acuerdo con su carácter y es plenamente explicable por él; como este carácter era claroscuro y como esta obra culmina, en su agudeza, en la crítica de su claroscuro tiempo, semejase a un disparo que da en un blanco que está en lo venidero. Si dejo aparte a Bernard Shaw, porque los floridos colores de su espíritu encubren ruidosamente el valor educativo de su crítica, Rathenau, en cuanto educador social de nuestra época y profeta de la inmediata, no ha sido alcanzado por nadie. Todas las soluciones que luchan hoy unas con otras, han sido meditadas por él y las ha propuesto o las ha repelido, y, si en el día de hoy se reconoce que en Roma y en Moscou están las mayores cocinas donde se ensayan las nuevas recetas, en los escritos de Rathenau encuéntranse precisamente estas mismas recetas, formuladas entre 1910 y 1920.

No es que las haya inventado. Cuando entonces, una revista tonta ofreció un premio para aquel que encontrara una idea nueva en un escrito de Rathenau, éste, que no era precisamente un humorista, tuvo la magnífica ocurrencia de dotar él mismo el premio, mediante una carta pública dirigida a la revista. No soy capaz de juzgar si ha tomado todo de Marx, de Kropotkine, de Sorel, si procede de las gildas socialistas inglesas o de otras

fuentes; tampoco sé si tenía razón cuando me dijo cierta vez que había superado a Marx. El asombroso éxito de sus principales obras —su obra principal obtuvo en el curso de un año una venta de setenta mil ejemplares y unas veinte traducciones—, y esta poderosa impresión sobre el espíritu europeo, sólo es explicable merced a la vitalidad de su doctrina, que su gran talento desarrolló en fórmulas tan atractivas y con tan sugestivo estilo.

Si por el contrario se le reprocha el que haya predicado contra la riqueza siendo él hombre rico, el ataque hiere tan escasamente a su teoría como si se opusieran las aventuras de Schopenhauer a su hostilidad hacia las mujeres. Por el contrario, uno y otro tomaron de su experiencia la base de su doctrina y si Rathenau llegó a ser muy rico no gozó en amontonar ese dinero ni gozó en gastarlo. Sólo conoció el huero sabor del dinero, y, en su categoría de solterón sin pasiones, no obtuvo otra cosa de él sino una morada altamente culta y hermosos libros. Aunque haya disfrutado como entendido del vino y de la mesa, estoy seguro de que, después de su juventud, no se habrá sentado nunca delante de una excelente botella, para vaciarla en conversación con un amigo, o él solo, en un monólogo consigo mismo. Cuando sus enemigos —y la mayor parte de ellos estaban entre sus amigos aparentes—, lo mismo que los envidiosos del sostenedor de aquella doctrina, exigían la socialización de su fortuna, desconocían con ello la misión de Rathenau. Éste no tenía nada en común con Tolstoi, no había nacido para filántropo sino para filósofo del Estado, y, aunque haya repartido muchos más dones de los que recibió, la tranquila llama de su vida no existía para iluminar la vecindad próxima, sino, más bien, como los resplandores de un faro, para dejar a oscuras el mundo más inmediato, llevando con ello la luz a la remota lejanía.

De este modo, parece menos paradójico el que precisamente su obra capital, en la que representa el "nacimiento del alma", lleve el título de *Mechanik seines Geistes* (*Mecánica de su espíritu*). Aquí aparecen los fundamentos espirituales de su doctrina sobre una nueva sociedad y una nueva economía, que, más tarde, es representada en su *Kritik der Zeit* (*Crítica de la época*) y en el libro *Von kommenden Dingen* (*Cosas que advienen*), lo mismo que en el *Neue Staat* (*Estado Nuevo*). Exceso de población conduce a la mecanización, a la organización

y a la técnica, para peligro del espíritu y del alma. Esto lo fundamenta una vez del modo siguiente — y se aduce aquí sólo para mostrar, con un ejemplo, lo vivo de sus procedimientos expositivos:

"Si en otro tiempo un alemán podía glorificarse de ser cristiano, súbdito, ciudadano, padre de familia y miembro de su gremio, así hoy es sujeto y objeto de innumerables colectividades. El ciudadano del imperio, del reino y de la ciudad, avecindado en un barrio y en la provincia y miembro de la comunión eclesiástica, es soldado, elector, pagador de contribuciones, poseedor de cargos honoríficos; es colega de profesión, da trabajo a los demás o lo recibe de ellos, es inquilino o propietario, cliente o proveedor; es asegurado en una compañía de seguros, miembro de asociaciones de industria o de entretenimiento; es cliente de un banco, accionista, acreedor del Estado, poseedor de libretas de caja de ahorros, acreedor o deudor hipotecario; es miembro de un partido político, abonado a un periódico, al teléfono, al tranvía, a una agencia de informaciones, tiene una cuenta de cheques postales, es concurrente a concursos, tiene obligaciones verbales y escrituradas; es deportista, cantante, aficionado al arte, diletante, viajero, lector de libros, discípulo, académico, poseedor de testimonios, legitimaciones, diplomas y títulos; es corresponsal, apoderado, informador, competidor; recibe cartas para otro; es perito, hombre de confianza, juez arbitral, testigo, fiador; es heredero y deja herencias, es esposo, pariente, amigo. Estas relaciones significan el agotamiento total del contenido del sistema nervioso en el interior de la economía mecanizada".

Y sin embargo, el *dégout* de Rathenau ante tanta mecánica no le conducía a ninguna romántica excitación, a ninguna lucha contra la técnica; trataba más bien de extraer de la situación el mejor fruto posible, y, en lo social, llegó en sus ataques hasta los límites del Estado comunista, antes aun de que éste fuera ensayado por primera vez. Exigió que pasaran en manos del Estado ciertos medios de producción y la supresión, no de la propiedad, sino de las clases sociales. Demostró que en el Estado platónico y en el de las abejas, no sería necesario tener esclavos: más bien sería posible excluir de la nueva sociedad, por medio de un gran plan constructivo, todo proletariado, toda casta de señores, suprimiendo la herencia. "La propiedad, el consumo y

la demanda no son asuntos privados . . . Un tiempo ya próximo comprenderá difícilmente que la voluntad de un muerto ligue a los vivientes; que un hombre esté autorizado para cercar leguas enteras de la superficie terrestre; que, sin autorización del Estado, pueda roturar tierras, derruir construcciones o erigirlas, estropear paisajes; que se tenga por autorizado para llamar a sí la parte que le agrade de la propiedad colectiva, mediante apropiados negocios y, en tanto paga algunos impuestos, consumir a su capricho las cosas, tomar a su servicio cualquier número de hombres para ejecutar el trabajo que se le antoje, en cuanto sus contratos no contengan acuerdos contra la ley . . . Cada cual puede acometer los gastos más sin sentido, con daño del caudal de la totalidad".

Y así exigía también la permanente confiscación, por el impuesto, de la riqueza privada, "como reconocimiento de que, más allá de lo necesario para la subsistencia decorosa del heredero, éste sólo es un poseedor condicionado de la herencia, y que, respecto al exceso sobre esta cifra, el Estado está en libertad de dejarle tanto o tan poco como quiera". Pero todo esto se relaciona con su exigencia moral de igualdad en la educación, que todos tengan que ser conducidos a todas las fuentes de cultura.

En magnífica gradación, describe la vida del proletariado como la de unos esclavos de hecho, que, aunque posean en apariencia todos los derechos, "sin embargo, transcurre su vida, como constituída dentro del simulacro de libertad, en un vacío y uniformidad que dura generaciones enteras . . . Quien juzgue que esta vida no termina, que el que muere ve entregada la serie de sus hijos y de los hijos de sus hijos, sin salvación posible, a idéntico destino, sentirá cómo se apodera de su conciencia el temor y la idea de la culpabilidad. Nuestro tiempo reclama la asistencia del Estado cuando es maltratado el caballo de un coche de punto, pero encuentra comprensible y conforme a lo debido que un pueblo someta a servidumbre durante siglos a un pueblo hermano y se indigna si estos hombres se atreven a rechazar sus papeletas electorales para el mantenimiento del orden existente . . . No se logra el ingreso en las capas superiores. El círculo está secretamente cerrado, su especial contraseña es el dinero. A quien lo tiene, se le da; lo que posee, se va acreciendo, pero primeramente tiene que poseer . . . Así, por todas partes, se

alzan paredes de cristales, transparentes pero impenetrables, y al otro lado se halla la libertad, la autodeterminación, el bienestar y el poder; las llaves del país prohibido se llaman educación y bienes de fortuna y una y otra son hereditarias . . Con la exigencia de una libertad y una elevación espirituales, no concuerda el que una mitad de la especie humana, provista por la divinidad de idéntico rostro o idénticos dones, fuerce a la otra mitad a una servidumbre permanente . . Es imposible justificar moralmente la situación de los proletarios".

En cuanto a las viejas necedades, a que hay que oponer objeciones, acaba con ellas en una exposición brillante; no el que todos fueran igualmente pobres sería consecuencia de la elevación del grado de eficacia económica: sólo con una creciente mecanización son vencibles sus consecuencias espirituales, sólo con una razonable distribución de primeras materias, etc., puede realizarse un plan económico, y en lo que concierne a la usual objeción de la supresión del perfeccionamiento por la supresión de las grandes ganancias, demuestra que los auténticos soldados de las avanzadas de la industria, siempre han sido impulsados hacia adelante por pasión y por voluntad de poder, no por dinero. Lo que la disipación de las fuerzas del trabajo cuesta a la colectividad demuéstralo con brillante dominio de la materia diciendo que Alemania sólo necesitaría la mitad de su carbón si todo fuera realizado de una manera sistemática y científica y expone en cuatro capítulos las principales faltas de la actual organización. "Los años de trabajo —dícese allí por ejemplo—, que consume la restauración de una magnífica labor de aguja, de una obra maestra de tapicería, son irrevocablemente sustraídos al vestido de los más pobres; las praderas constantemente rapadas de un parque habrían dado trigo con un gasto menor, el yate de vapor con capitán y tripulación, carbón y provisiones, está permanentemente sustraído al cambio universal que produce utilidad. Económicamente considerado, el mundo, y en su más alta medida, la nación, son una liga de creadores; quien dilapida trabajo, tiempo de trabajo y medios de trabajo, realiza un robo a la sociedad".

Con fácil discurso, expone más tarde un sistema de poderoso mejoramiento social, con el cual la economía, como conjunto, sería multiplicada; aumentaría el rendimiento para cada ciuda-

dano, y el mayor número de las asociaciones y uniones industriales se convertirían en sindicatos inspeccionados por el Estado. Estos sindicatos, a los cuales el Estado les transmite importantes derechos, que, en parte, vienen a limitar los derechos del mismo Estado, estos "centros nerviosos de la nueva economía" son hoy, en Roma, los centros nerviosos de la economía fascista y se les imita en Berlín en estos momentos. El "tercer imperio" débele su programa social a aquel judío Rathenau que fué asesinado por sus precursores; sólo que no es capaz de realizarlo.

Exactamente lo mismo que el "Estado popular", el cual, según Rathenau, suprime, en la dirección, la oposición entre nobles y burgueses, ricos y pobres, y la sustituye por unas "cabezas fuertes, escogidas entre el pueblo". Hasta, antes de Lenin, propone la idea de los *soviets*, es decir, un consejo que, por lo demás, hace ya mucho tiempo que ha sido establecido en Inglaterra y Norteamérica: agrupaciones de seres humanos constituídas según sus comunes funciones, con lo cual los grupos tienden hacia lo alto.

Mientras que Rathenau anticipa teóricamente, de este modo, las formas fundamentales del nuevo Estado que hoy se desenvuelve, expuso también las ideas básicas del desarme y de la Sociedad de Naciones. Ya en 1907, es decir, aun antes del libro memorable de Norman Angel, demostró por qué motivo es "tan raro" en el día de hoy, el que se decida ir a una guerra o el que sea decisiva ésta, y en 1911 invitó a la formación de un Tribunal Internacional de Cuentas que debía establecer cuáles habían de ser los armamentos de cada Estado, en relación con sus problemas totales, y comprobar si se cumplía tal programa, estableciendo una cifra máxima para los ejércitos en relación con la población. Hasta se atrevió a escribir, en medio de la Guerra: "Sólo con la ruina del concepto actual del Estado como Estado nacional y de competencia económica, con la división del mundo en colectividades jurídicas, colectividades económicas, administrativas, culturales y religiosas, que no tengan carácter de Estado, se dará la posibilidad de dejar a un lado la competencia económica, la cual, siempre, aun bajo los más inocentes gobiernos de los pueblos, volverá a provocar conflictos y guerras. Esta meta, a la verdad, está todavía muy lejana".

V

UNA mirada provista de tanta penetración en las cuestiones sociales y de clases, tenía que ver venir la Guerra; a pesar de que su posición de director de la industria le hacía políticamente impotente, con frecuencia Rathenau, ya en un periódico, ya en una revista, hizo alguna indicación, principalmente en el año 13, advirtiendo la inminencia de esta Guerra. De un modo más exclusivo de lo que a mí me parece justo, juzgó aquel gran conflicto como puramente económico, pero reconoció también que la política alemana, los *junkers* y los generales, el orgullo y la hostilidad hacia otros pueblos, impulsaban a la guerra. Vió el peligro de que "el pueblo económicamente más capaz de la tierra, el pueblo de los más fuertes pensamientos y de la más poderosa fuerza organizadora, no sea aún admitido a decidir la regulación y responsabilidad de su destino . . Si se paralizan sus fuerzas internas, si se agotan sus fórmulas, costumbres y pensamientos, un destino extremo toma la palabra y la dirección. Acércase entonces la hora decisiva . . se hundirán, de este modo, con conmoción del riquísimo edificio de nuestra economía, derechos y poderes. En una hora, se viene abajo lo que pasa por estar asegurado por milenios".

Lo que realza, en su valor psicológico, estas profecías, que ya podían leerse públicamente cinco años antes de la catástrofe, es la posición del autor, que no escribe en el barrio de los miserables, con la disposición de ánimo, sediento de venganza, de un desheredado discípulo de Marx, sino en el centro de la prosperidad, en la noche de cualquier día que llenó con la comprobación de dividendos cada vez más altos, con el planteamiento de una nueva empresa, en la excelente mesa de hombre leal en la cual, a veces, al entrar yo, le vi apartar silenciosamente sus cuartillas, colocándolas con todo cuidado. El dinero y la economía, a la que no renunció, le tranquilizaban tan escasamente que su mirada no perdió penetración. Mientras que sus colegas se reían de él y lo hacían pasar por un *snob literario* a quien le gustaba guardarse moralmente las espaldas, escribía él, con segura mano, sus concretas proposiciones y no se sentía agobiado

por las sonrientes críticas de los llamados "capitanes de la industria", a quienes, para este título, faltaba, ante todo, la penetrante mirada del hombre de mar. Pocos meses antes de la Guerra, cuando sus colegas la tenían por imposible, o por deseable para la ampliación del señorío universal, atrevióse Rathenau a ponerse en ridículo con estas magníficas proposiciones europeas:

"Queda una última posibilidad: el establecimiento de una unión económica aduanera que, para bien o para mal, a la corta o a la larga, tiene que juntar a todos los Estados occidentales . . . El objeto sería el crear una unidad económica, en la que quizás los norteamericanos meditaran también al mismo tiempo, y, dentro del pacto, no habría ya porciones de país retrasadas, paralizadas o excesivamente productivas. Pero, al mismo tiempo, se privaría al odio entre las naciones de su aguijón más fuerte . . . Lo que impide a las naciones confiar unas en otras, apoyarse mutuamente . . . es, en lo fundamental, las cuestiones económicas. Si se funde en una unidad la economía de Europa, y eso ocurrirá mucho antes de lo que pensamos, queda fundida también la política".

Hacia este tiempo observé en un *club* cómo dos personas conocidas, directores de la economía alemana, se mostraban mutuamente el más reciente artículo de Rathenau. Estaban hundidos en los profundos sillones del *club,* y, a consecuencia de su gordura, tenían que alzarse con ambos brazos cuando uno de ellos mostraba al otro un pasaje, con su grueso dedo, y le tendía el papel para que lo leyera. El fuerte Upman se columpiaba entre los fruncidos labios del uno, tanto era lo que tenía que reírse a costa del utopista, pero era además demasiado perezoso para quitarse el narcótico de la boca, dando así libre curso a la risa. Algunos meses más tarde, ambos señores vieron deshacerse sus sociedades, a causa de las insospechadas posibilidades inauguradas por el comienzo de la Guerra; a los cinco años, el uno había muerto y el otro se arrastraba por la capital en insignificantes negocios, empobrecido y amargado, mientras que el pensamiento de Rathenau comenzaba a conquistar el mundo social.

Aun en los últimos momentos, cuando ya la sombra y los graznidos de la gigantesca ave de rapiña horrorizaban a todo el mundo, trató todavía de espantarla. El 31 de julio de 1914,

en el día y en la hora en que Jaurès alzaba sus últimos clamores contra el vértigo, escribe Rathenau: "El gobierno y el pueblo de Alemania pretenden saber qué deseos enuncia Rusia y a cuáles Austria renuncia. Una pregunta acerca de si los comisarios austríacos han intervenido en los comunicados servios no es motivo para una guerra entre pueblos". Su dedo señalaba exactamente hacia el punto que daba pretexto para rechazar la respuesta servia. Cuando todo Berlín prorrumpía en aclamaciones, en el primer día de la Guerra, encontrábase él en casa de su antigua amiga, la cual me lo refirió, y lanzaba alaridos, cosa que, dada la severa corrección de este hombre, nadie había visto todavía en él. No tenía hermanos ni hijos que tuvieran que ir al campo de batalla, él mismo tenía casi cincuenta años, sus amigos una edad semejante, las instituciones a las que veía en peligro habían sido siempre atacadas por él; por otra parte, los nuevos caminos para la construcción de la sociedad sólo quedaban libres mediante esta guerra. ¡Qué otra cosa sino su profundo amor hacia su país podía enturbiar, en esta hora, con lágrimas, su perspicaz mirada!

"¡Tenemos que vencer, tenemos que vencer! —escribió entonces en una carta privada—. Y sin embargo no tenemos para ello ningún derecho puro y eterno—. Un ultimátum servio y un montón de telegramas confusos e irreflexivos. ¡Si no hubiera visto yo nunca entre los bastidores de esta escena . . Lo que aquí ocurrió no debía haber ocurrido". Por eso Rathenau fué uno de los pocos que, en medio de la embriaguez general, tuvieron el valor de negarse a poner su firma en el famoso documento de los noventa y siete intelectuales alemanes.

Después, tras las primeras victorias, cuando, con orgullo, crecían cada vez más las pretensiones de los alemanes y los amigos de Rathenau, si no se reían de él, le trataban amistosamente de pesimista, díjole en presencia mía al poeta Hauptmann: "Y tú, con tu oído fino, ¿no percibes las notas falsas?".

"¡Pero estamos en el interior de Polonia, en Francia y en Servia!", exclamó el otro. Rathenau permaneció inconmovible en su asiento, miró fijamente delante de sí y dijo:

"Pues aunque lleguemos a estar en los Pirineos, ¿qué? Venceremos para morir. Ésta es una sutil pompa de jabón que al final estalla. Estamos cercados, el número de enemigos crece y

no tenemos ni estrategas ni hombres de Estado". En Kowno conoció pronto a los dos generales que se iban haciendo célebres y habló de Ludendorff con esperanzas. Ya en octubre del 14 había indicado a un amigo del cuartel general que había llegado el momento "de hacer una tranquilizadora declaración sobre el porvenir de Bélgica. Lo considero como algo que facilitaría en alto grado las futuras condiciones de paz . . Tendría por la mayor dicha, el que se lograra establecer una paz tal con Francia que nos convirtiera de enemigos en aliados suyos . . para crear, por medio de un organismo económico central europeo, un interno premio de victoria, que excediera a todas las posibles ganancias exteriores". Al mismo tiempo, sus colegas de la gran industria insistían con el mismo cuartel general, para que se diera carácter definitivo a la posesión de Bélgica; se consumara la confiscación de todas las minas francesas de carbón y hierro, y, como el Kaiser decía de los ingleses, se derrotara a los enemigos *"bis sie quietschen"* (hasta que chillen). Todavía tres años más tarde, a fines del año 17, los colegas de Rathenau lo designaban como fantástico y derrotista.

Sin desconcertarse, atúvose previsoramente, al principio, a Ludendorff, a quien enviaba, sin interrupción, sus informes y otros que le eran comunicados reservadamente; al escribirme, a causa de la censura, cuando tenía que referirse al cuartel general de Pless empleaba siempre el chiste "Lud. Pless & Co". Era el único que indicó al general ascendido a dictador la falsedad del dictamen de la marina imperial sobre los submarinos; que, en este círculo, con las cifras del tonelaje marítimo, demostró ser catastrófico para nosotros el despreciado peligro norteamericano, hasta que Ludendorff, en una entrevista decisiva, opuso "su convicción" a todos los números, con lo que Rathenau se retiró y renunció a toda relación con él.

VI

APARTE estas previsiones que resonaban en el vacío, Rathenau realizó durante la guerra una gran obra que, ella sola, en una nación agradecida, habría bastado para asegurarle gloria perma-

nente. Aprovisionó la fortaleza que era Alemania para que pudiera resistir.

A los tres días de la declaración inglesa de guerra, expuso al ministro de la Guerra que, a consecuencia del bloqueo que comenzaba entonces, el ejército alemán, por incremento del consumo de las más importantes primeras materias, llegaría a verse privado de ellas, y que, por lo tanto, estaría desarmado al cabo de unos meses. Al gran Estado Mayor, que durante cuarenta años había venido preparando la guerra, que había construído la defensa de los cañones de grueso calibre y creado una organización modelo, no se le había ocurrido nunca esta idea; tenía que ser un particular quien descubriera el peligro en doce horas. El ministro de la Guerra lo comprendió así y se atrevió, de la noche a la mañana, a colocar en el Ministerio, con toda categoría y dignidad, a aquel paisano y judío, a aquel presunto aficionado y semisocialista, a fin de que dotara de primeras materias a Alemania. El acontecimiento no tenía precedentes en la Historia prusiana. Rathenau nos habló muy bellamente, más tarde, de aquellos días en los que, solamente con algunas fuerzas auxiliares, en forma tal que, al principio, hasta tenía que poner él mismo la dirección de las cartas, instalóse en el Ministerio para transformar, según su propia visión, la economía alemana.

Allí estaba él ahora y su función, en cuanto a los metales, algodón, cuero, pieles, lino, tejidos y productos químicos, consistía en fijar los contingentes del consumo privado, en traer de fuera tales materias y en buscarles sustitutos. Nunca mostró de modo tan magnífico la previsión y la energía, la originalidad y la osadía de su espíritu, que en este otoño del año 14, fundó una docena de sociedades de guerra para traer dentro de la fortaleza alemana todo lo alcanzable, tanto de los países neutrales como de los ocupados, para reprimir todo lujo en el país, imaginando al propio tiempo métodos nuevos de producción. Y todo ello, bajo la desconfiada mirada de los militares: el único hombre en aquella casa excesivamente llena que no llevaba uniforme; por lo tanto, a aquella hora, ante los ojos de un auténtico oficial alemán, algo a modo de un verdadero paria. "Si este Rathenau nos ha ayudado realmente —decía un oficial—, eso constituye una vergüenza y un enojo para nosotros". Rathenau conoció la frase, pero permaneció tranquilo en su trabajo, en

la estrecha oficina en que lo habían arrinconado y pensó: ¿Cómo procurarse el nitrógeno, ya que dentro de algunas semanas faltará totalmente el salitre en el frente para toda clase de explosiones?

Éste y cien otros problemas resolvíalos en su cabeza que dudaba esencialmente de toda la empresa, con un alma que no salía de su asombro, y, en lo profundo, sin esperanzas. Mientras que consideraba la Guerra como algo sin sentido (en medio de la batahola de frases, preguntábale a un político: "¿Puede usted decirme para qué luchamos? Yo no lo sé"), y sentía espanto ante la siempre creciente voluntad de victoria de los generales, de los grandes industriales y de la mayor parte de las gentes de dentro del país, tenía que imaginar organizaciones y métodos para dilatar esta misma Guerra y se veía, al propio tiempo, combatido y calumniado por los directores de la industria, del comercio y de la economía, amigos suyos, que, bajo las duras leyes del momento, machacaban sus nuevas sociedades de guerra. Entonces caían a montones sobre los poseedores del poder los informes privados de los grandes industriales que acusaban a Rathenau de querer ejecutar, en tal ocasión, sus teorías de sindicatos y sus planes de economía estatal y dirigir al Estado hacia el socialismo. No es milagro que al cabo de tres trimestres lo removieran de su puesto y lo sustituyeran por militares que, en la creciente escasez, no supieron hacer nada mejor que continuar su obra. La persona del fundador había llegado a ser tan poco amada, gracias a su acción salvadora, que su editor y los periódicos amigos no se atrevieron a publicar una primera exposición de su actividad en aquel puesto, que yo bosquejé.

"El que yo, persona particular y además judío —escribióme entonces—, haya prestado, sin invitación de nadie, un servicio al Estado, no puede perdonármelo ninguno de los dos grupos interesados y creo que, mientras yo viva, no se modificará esta situación... Encontraré puertas cerradas en el campo de la publicidad... Me queda el recuerdo permanente de que usted se ha ocupado de mis obras en un tiempo en que mi país renegaba de mí".

En estos amargos tiempos en que se oscurecía cada vez más su destino y el de su país, Rathenau se encontraba casi solo en sus sentimientos de Casandra. Se puso enfermo, sus nervios se

hicieron cada vez más sensibles, y cuando, mucho tiempo después, volvieron a estar sanos, no le era posible, según me escribió, ir a ver a antiguos amigos comunes, "porque no podía decidirme a entrar en su hotel. Ya el cruzar el ambiente que se respira en el *hall* me es imposible. En Berlín, sólo puedo soportar mi cuarto de trabajo y el trayecto del viaje diario; no piso casi nunca las calles, ni entro en las casas".

Una liberación sólo se la procuraba su trabajo espiritual, cosa que, precisamente en esta segunda mitad de la Guerra, cultivó con pasión; ya que no había podido impedir o abreviar la Guerra, ya que ahora estaba privado de toda influencia, lanzóse apasionadamente hacia la visión del nuevo Estado al cual aspiraba la época. Examinó frecuentemente al hacerlo, en el año último de lucha, la posibilidad de una derrota, y, en este convencimiento, dijo que nunca llegaría el día en el cual "el Kaiser, con su caballo blanco, penetrara como vencedor por la *Brandenburger Tor* (la puerta de Brandenburgo). En ese día, habría perdido su sentido la Historia Universal". Este pensamiento, altamente verdadero, que los mejores espíritus alemanes acogieron en sí entonces, manifestándolo en la intimidad, no podía significar otra cosa sino la necesidad de reconstruir, por completo, el Estado alemán, con o sin victoria; bajo el poder de los mismos hombres que comenzaron la Guerra, ya no podía seguir existiendo el Reich. Ludendorff dió a conocer más tarde la frase, como si hubiera sido un diabólico deseo de Rathenau el querer la derrota. Esta divulgación prosiguióse por todas partes, hasta que llegó a ser popular, y, finalmente, trajo el asesinato.

Pero, en medio de todos los dolores de su pueblo, su espíritu miraba perspicazmente al porvenir, y, a la verdad, siempre al de Europa. Escribió:

"La paz que se acerca no será más que una breve suspensión de hostilidades y el número de las futuras guerras es incalculable; las mejores naciones se hundirán en ellas y el mundo será abrasado, si la conclusión de la paz no va sellada con la realización de este pensamiento". Con ello aludía, ante todo, a "una liga económica, que . . no signifique una abolición de la economía nacional, ni de la libertad comercial, ni una unión aduanera, sino la distribución y administración en común de las primeras mate-

rias internacionales, la distribución de los depósitos internacionales y la aportación internacional de fondos. Sin esta inteligencia, la Sociedad de Naciones y los Tribunales arbitrales conducen a la matanza legal de los más débiles por el camino correcto de la competencia . . . Sobre las primeras materias del comercio internacional dispone un sindicato interestatal. Estarán a disposición de todas las naciones, bajo las mismas condiciones originales, y, a la verdad, al principio, según medidas nacidas de la actual situación del consumo. Más tarde, se tomará en cuenta el desarrollo económico de cada pueblo. Las mismas autoridades interestatales regulan la exportación según las correspondientes claves. Cada Estado puede solicitar que la cuota de exportación que le corresponde sea aumentada. Ésta se reduce de modo correspondiente en cuanto desvía la importación que le ha cabido en suerte . . . En esta dotación internacional de fondos . . . cada Estado puede pedir su participación, en relación con su cuota de exportación".

Después de todo lo que había previsto y sufrido, Rathenau quedó más impresionado con el derrumbamiento que aquellos otros que se habían engañado a sí y a los otros. Al gesto de jugador de Ludendorff, que, de repente, en un plazo de veinticuatro horas, solicitó el armisticio, opúsose por completo aquel hombre, que, durante cuatro años, había estado haciendo advertencias; exigió precisamente entonces, el 18 de octubre, la *levé en masse;* escribió contra la evacuación de los territorios ocupados que exigía Wilson, es decir, contra la entrega a discreción. El dimitido judío paisano quería combatir, los generales no. Todo el mundo volvióse contra el artículo de Rathenau, que produjo gran sensación; tampoco yo lo comprendí y le pregunté más tarde qué había pretendido con ello.

"Quería la liquidación y no la quiebra", me respondió tranquilamente.

Con este último reto, se había cerrado la puerta para figurar en el nuevo gobierno socialista, cuyo economista nato habría sido él. ¡Qué sentimientos tienen que haber llenado su ánimo profético cuando sus demócratas compañeros de partido no lo pusieron ahora en la lista electoral o sólo lo pusieron en forma que tuviera que ser excluído; cuando a él, cabeza espiritual de los socializantes, se le tachó de la lista de la comisión que debía instituir el socialismo! Cuando, en la Asamblea Nacional de Weimar,

se leyó un telegrama de alemanes del extranjero en que proponían a Rathenau como presidente de la nueva República, en el Diario oficial figura la acotación "Grandes risas". Así se comprende que entonces, en una carta al coronel House, dijera: "Para mí no espero ni temo nada más, mi país no necesita de mí y pienso no sobrevivir mucho tiempo a su ocaso". Y a su amiga: "No soy más que un extranjero que ha venido para gastar sus fuerzas y no viviré más tiempo sino hasta que me haya entregado por completo".

Y sin embargo, una y otra vez se sentía impulsado a efectuar lo mejor para su patria. Precisamente a esa Asamblea aportó sus proposiciones, en forma de folletos y artículos, los más salientes de los cuales aparecieron durante las decisiones de París, en mayo de 1919: si no se lograba mejorar las condiciones de la paz, la delegación alemana tenía que partir de Versalles, el presidente del Reich y todos los ministros tenían que presentar su dimisión "e invitar a los gobiernos coaligados contra nosotros a tomar al punto a su cargo todos los derechos de soberanía del Imperio alemán y todo el poder político. Con ello, la responsabilidad de la paz, del gobierno y de toda la actividad de Alemania cae sobre el enemigo; y así, ante el mundo, ante la historia y ante sus propios pueblos, tienen el deber de cuidar de la existencia de sesenta millones de hombres". Con ello, quería aportar la prueba de que Alemania no podía realizar lo exigido.

Cuando, entonces, quiso ponérsele en la lista de los alemanes dados en rehenes —así lo dijo la prensa francesa—, aunque los crímenes de guerra descubiertos habían sido cometidos año y medio después de su separación del Ministerio de la Guerra, preparóse para comparecer públicamente. Díjonos a nosotros y escribióle a su amiga: "Al país no le es lícito entregar esos prisioneros. Pero a los interesados tampoco les es lícito sumir al país en la desgracia. Por eso, tienen que comparecer públicamente o huir; ir de paseo aquí, ostentosamente, no les es permitido hacerlo. Tenía yo todo dispuesto para comparecer. No lo exijo de ningún otro. Cada cual tiene que servir a su camarada para que se fugue, pero no hay manera de permanecer aquí. Quien, en Grecia, inocentemente o sin saberlo, ha echado una culpa sobre sí, abandona el país".

Mientras que el generalísimo alemán de la Guerra Universal

huía a Suecia con nombre supuesto y el Kaiser a Holanda, el judío Rathenau estaba dispuesto a comparecer. Precisamente porque el Tribunal era injusto, pues nadie puede ser juez y parte al mismo tiempo, Rathenau quería personarse y defender a sus camaradas.

Cuando apareció, después, la lista oficial, no estaba en ella Rathenau.

VII

Fué un católico creyente, un demócrata de la Alemania del Sur, quien, por fin, empleó las fuerzas de Rathenau para el servicio de la patria común. Wirth, primero ministro de Hacienda, después canciller del Reich, lo contrario de Rathenau en cuanto a formación y carácter, adquirió confianza personal en aquel hombre tan odiado; se arriesgó, contra el voto de industriales y socialistas, a invitarlo, como experto, para una de las primeras conferencias internacionales. Rathenau había reconocido que sólo la reconstrucción de Francia volvería a poner en movimiento la industria alemana, para, al mismo tiempo, "regular las relaciones con Francia, corregir la conclusión de la paz, transformar y dulcificar las indemnizaciones, en forma que todo ello actúe por reacción sobre la situación interna de Alemania y pueda volver a ganar ésta su fortaleza moral". En tal declaración, se mezclan el moralista y el hombre de mundo, el banquero y el europeo. Cuando, en la conferencia de Spa, Stinnes quería rechazar las pretensiones de la *Entente* y correr el riesgo de la ocupación como medida de castigo, presentóse contra él Rathenau, en un gran discurso pronunciado en el seno de la delegación alemana, y demostró que sólo unas negociaciones podían conducir a una lenta modificación del Tratado de Versalles; con sus argumentos, atrajo a los demás a su partido y comenzó, con ello, la llamada "política de cumplimiento" (*Erfüllungs Politik*), pero fué lo bastante prudente para exigir al mismo tiempo negociaciones con Rusia.

A consecuencia de ello, Stinnes hizo circular que Rathenau sólo quería fundar, con Loucheur, un gran *trust* de electricidad; que no comprendía nada de la miseria alemana, pues tenía "un

alma exótica". Un aventurero sin ideas sociales; un pirata de la economía que, durante la Guerra, exigió que se adjudicaran para siempre todas las riquezas de los territorios ocupados en el Oeste para multiplicar sus propias empresas; un Cagliostro que, de la miseria de su país, y durante ella, amasó la mayor fortuna que jamás haya poseído alemán alguno; que, con algunos otros, introdujo la "inflación" para alcanzar una nunca oída ganancia; un hombre que, finalmente, pocos días antes de su muerte, dispuso en tal forma su testamento que pudiera robar a su hambriento pueblo hasta los millones de los derechos reales de la herencia, atrevióse entonces a infamar a un idealista, que se arrojó a la brecha, sin la menor ventaja, cuando se trataba de reconstruir su país, que precisamente en estas semanas escribía confidencialmente:

"Tendrán que caer hombres tras hombres dentro de la fosa hasta que se pueda pasar por encima de ella. Es igual, nunca se pasará si alguien no comienza . . . Concibo mi misión como destinado a allanar el camino para la posteridad. Las primeras dos o tres personas sólo pueden mostrar la vía que hay que seguir, la cuarta la creará. Pero hay que dar principio a la empresa".

Después, nombrado por Wirth ministro de la Reconstrucción Nacional, escribióme así: " . . . en estos días de decisiones difíciles y de detención ante lo desconocido. Me he separado de treinta años de vida de trabajo y ahora estoy aquí como en 1914, pero más de siete años más viejo que entonces". Desde este momento, el camino de Rathenau asciende rápidamente; es el último año de su vida y él lo siente así.

Primeramente, en cinco minutos, por decirlo así, entendióse con Loucheur para que Alemania suministrara mercancías a Francia por mediación de empresas vigiladas en lugar de pagar en oro o marcos desvalorados. Por la noche, cuando regresaba de Wiesbaden después de estas negociaciones, me encontré con él; estaba animado, sentía y explicaba que ahora Alemania, al cabo de dos años vanos, entraba de nuevo en relación con el mundo, y nos decía claramente, cómo, desde este punto, podía desenvolver hasta la lucha contra el Tratado. Pero inmediatamente después, indignáronse las industrias de los dos países: la francesa, a causa de la competencia; la alemana, porque había de cobrar en marcos y deseaba preferentemente situar sus economías en los entonces

buenos francos. Si el plan de Rathenau hubiera sido admitido, habría podido impedir la ocupación del Ruhr, y, con ello, la caída del marco y del franco.

Cuando, poco después, en el otoño de 1921, debía negociar en Londres y, por decirlo así, estaba como prisionero en un pequeño hotel, aunque, como antiguamente, podía tratar de igual a igual con sus antiguos amigos de negocios, alcanzó primero de Lloyd George que se estableciera una disminución de los pagos en oro fijados para el siguiente año. Después, incitó al Ministro inglés a la reconstrucción de Rusia en común con Europa; además, a concertar con Bélgica y Francia, y de modo eventual con Alemania, un pacto del Rhin. En pocos días, entonces, Rathenau espoleó la política europea en lo referente a Rusia y preparó el futuro Tratado de Locarno. Al hacerlo, sólo era aquí una especie de comisario del Reich.

Y sin embargo, su superioridad era tan manifiesta, que, inmediatamente después, fué nombrado Ministro de Negocios Extranjeros, cierto que con la protesta de su colega el Ministro de Hacienda, con la de los socialistas, y, naturalmente, contra la opinión de la *Wilhelmstrasse*. Era esto cinco meses antes de su muerte y él mismo habló del peligro en que se hallaba, "a causa de la oposición en que hoy, en Alemania, tiene que encontrarse toda razonable política extranjera por el estado de ánimo del pueblo". Vió el peligro, avanzó hacia el riesgo con los ojos abiertos, y pagó el precio más alto. Cierto que el orgullo, en tales horas, es un motivo que lleva hacia la actuación a todo hombre activo, pero nos engañaríamos al declarar que éste había sido el motivo decisivo de la conducta de Rathenau; yo mismo estuve equivocado mucho tiempo acerca de ello, porque no lo vi en aquel invierno y sólo hoy conozco las cartas íntimas que prueban indubitablemente su resolución, valerosa hasta la muerte, de consagrarse al bien del país. "Con corazón melancólico pienso ahora en usted, Lilí, en estas horas nocturnas —escríbele a su amiga la noche de su nombramiento—. Ya sabe usted, por Félix, la decisión que tuve que tomar en esta noche; con profundas y graves dudas me encuentro ante esta misión. ¿Qué es capaz de hacer un ser aislado frente al mundo en llamas, con enemigos a la espalda, y la conciencia de sus límites y de sus debilidades? Quiero

emplear en ello toda mi buena voluntad, y, si no es suficiente, usted no me abandonará cuando me abandonen los otros".

Y ahora ¡él mismo era prusiano! Dispuso en tal forma las cosas en sus dos habitaciones del Ministerio, que, con decorosos muebles, correspondieran al ahorrativo e intenso tiempo de hoy. Era ya a principios del verano, cuando, después de una visita a su casa de campo, le envié un ramo de espinas que había encontrado en su jardín y una hoja de laurel del mío. A los versos con que acompañé el presente, respondió con estas líneas:

Atendamos los preceptos
de genios no agotadores,
dones de Sión y Delfos
truecan, de promesa, brotes;
de espinas o laurel, siempre es corona.

Tan intensamente se dirigía su ánimo hacia las espinas al buscar la gloria, que la noche antes de ir a la conferencia de Génova, donde debía representar por primera y última vez a Alemania, escríbele a su amiga: "Este tiempo . . . es el más difícil de mi vida y no otra cosa que una despedida. Sé que significa la ruptura de mi vida, cosa que tengo que percibir, quiéralo o no . . . Si regreso, todo caerá sobre mí". Tan lleno estaba Rathenau de pensamientos de muerte; y además este "si regreso", dicho por un hombre sano a mitad de la cincuentena, significa que contaba con la posibilidad de un atentado en el extranjero.

Entonces, en la Pascua de 1922, cuando Lloyd George, como árbitro del mundo, jugaba triple o cuádruple juego hacia diversos lados, tratando de encadenar a los rusos, que por primera vez aparecían en una conferencia europea y que eran considerados como animales salvajes, mediante un negocio de engañifa; cuando, durante días enteros, se regateaba sobre deudas de guerra de tiempos del Zar y contraproposiciones rusas del tiempo de Denikin, Rathenau se decidió, en veinticuatro horas, a representar el papel del hombre prevenido, y el día de Pascua, en Rapallo, concertó con Rusia el primer convenio que probó que la hundida Alemania volvía a ser capaz de pactar. El efecto de este convenio, publicado al día siguiente, fué tan catastrófico, que yo, como informador de la Conferencia, me dejé engañar y escribí, cierto

que en favor del tratado, pero en contra de su oportunidad. Al día siguiente, Rathenau me rogó que fuera a verle; me recibió después de medianoche, al regresar, animado y elegante, de una comida política; rejuvenecido en todo, absolutamente como un hombre que está seguro de sus acciones; apartando las muchas imágenes que en general adornaban sus discursos, los concertaba más en modo mayor, divertido con la lucha y en más fecundo tono. Cuando, ante sus preguntas, le declaré que su pacto podía hacer fracasar la Conferencia, me dijo:

"La Conferencia no fracasará. Antes no podía haber hecho yo el convenio con los rusos, si no, no hubiera venido nadie a Génova, y después habría sido demasiado tarde: los rusos querían concertarse con la parte contraria". Y a otra pregunta mía: "En eso no puedo hacer nada. Me he encargado del país tal como el señor Ludendorff lo dejó".

Su firmeza hizo que se disipara mi escepticismo y me aparté de él admirando la resolución con que había actuado. Era algunas semanas antes de su fin; no volví a verlo. Pero, de aquella embrollada Conferencia, fué él el único que volvió llevando algo a casa; no sólo el convenio sino el comienzo de un lento retorno de la confianza del mundo en Alemania; él solo y en persona había adquirido este inapreciable tesoro moral. Había logrado que Poincaré no se atreviera a avanzar en el Rhin, aunque el texto del Tratado le autorizara a ello. Por segunda vez, Rathenau había salvado del enemigo a su país.

Cuando regresó, todos los que al principio habían aclamado el nuevo convenio cayeron sobre su autor. Helfferich trató de aniquilarlo en el Reichstag y fuera de él, con toda suerte de influjos morales; las palabras de Stinnes sobre el "alma exótica" y las calumnias de Ludendorff penetraron en la masa del pueblo y los soldados aventureros de Oriente cantaban de este modo:

¡Disparad sobre Walter Rathenau,
maldito judío, puerco, si los hay!

Era el estado de ánimo de una nación que ni podía perder ni quería comprender, que, aun en el desmayo, baladronaba de fuerza y que parecía dispuesta a aniquilar a todo europeo y mucho más a un judío. Con los discursos de los *junkers* y de su jefe,

con las canciones de los soldados, con las mentiras de los generales, habían cebado sus corazones algunos grupos de gente joven, que resolvieron matar a aquel enemigo de la patria. Un muchacho de diecisiete años, hijo de un general, un joven oficial de marina, un estudiante psicópata, algunos matones, gente joven que jamás había leído ni una sola línea de los escritos de Rathenau, reuníanse, probablemente *bona fide*, referíanse unos a otros que era bolchevique, que tenía una hermana casada con Radek, que había llegado a un convenio con la *Entente* para que los judíos vinieran a gobernar en todas partes. No leyeron que dos días antes de su muerte había entrado en negociaciones sobre los países del Sarre, pero leyeron que Helfferich había dicho, al día siguiente, en el Reichstag, que la política de Rathenau había llevado a la miseria y el suicidio a innumerables personas; los supervivientes alegaron después todo esto, en el proceso, como motivo de su acción.

En estas semanas, en las cuales un sacerdote católico confió, con trémula voz, al canciller del *Reich*, el secreto de confesión de un joven que le había comunicado que estaba destinado a asesinar a Rathenau; en estas tensas y atormentadoras semanas de junio, en las cuales, jamás fatigado por su menudo trabajo, sabía recoger los resultados de Génova, sólo durante breve tiempo se dejó guardar por la policía secreta; después renunció a toda protección. Creía en el Destino, había escrito sobre ello cosas muy profundas, pero, por encima de todo, parece haber querido morir como mártir de su patria. Su natural patético, tantas veces desconocido por los guiadores de la nación y hasta objeto de sus burlas —sabía todo lo que se decía acerca de él—, buscó quizás este rodeo, pues Rathenau amaba la gloria.

"¿Qué sería una vida que se deslizara en línea recta? —escríbele por último a su amiga—. Lo maravilloso es que todos los auténticos dolores son bellos. Feo sólo lo es lo insensatamente torcido, lo arbitrariamente trastrocado . . . Y ahora ¿debería ocurrir lo arbitrario? La carrera no es tan larga que soporte lo arbitrario . . . A la verdad, no queda ya mucho. La llama lo consume todo".

Cobardes, como agazapados cazadores, que, bien armados, acechan un noble animal silvestre, aquellos muchachos lo mataron a tiros en un coche abierto. Pero después de muerto, com-

prendió la nación, durante un instante, lo que allí había ocurrido, quién había sido asesinado. Un millón de hombres fueron en manifestación por la capital. Jamás Alemania había llevado a la tumba a ningún ciudadano como llevó a éste. La República alemana lo sepultó como Roma a sus emperadores muertos.

Pocas semanas más tarde las ondas volvieron a romper de nuevo contra Alemania. Con el sostén de la "política del cumplimiento", había sido apartado el gran obstáculo europeo para la voluntad de poder de la nación, el tono volvió a ser agrio, y aunque Stresemann no pudo hacer otra cosa sino continuar la política de su rival Rathenau, ahora, que volvía a ser posible hablar con los adversarios, el orgullo y el egoísmo se elevaron por encima de todo impulso de la razón. Primeramente, esta nueva política hizo posible la ocupación del Ruhr. Inventóse la mentira de la puñalada, acusóse a Rathenau y a Stresemann de alta traición, mofáronse de la Sociedad de Naciones, falsificaron la historia de los antecedentes de la guerra, enseñóse a la juventud que sus padres ni habían iniciado la Guerra ni la habían perdido. En lugar de aprender de las faltas de la época de Guillermo, volvióse fuertemente a su arrogancia, ahogando la llama de la confianza universal que Rathenau había atizado con protectora mano.

Un decenio después de su muerte, fué arrancada oficialmente la lápida que había sido puesta en el lugar del crimen y un jefe de Ministerio del tercer *Reich* declaró, en una gran asamblea de juristas, entre los más tempestuosos aplausos de sus oyentes, que, desde entonces, serían elevados a la categoría de héroes nacionales aquellos que anteriormente habían sido tratados como criminales. El nuevo gobierno decoró con laurel las tumbas de los asesinos.

MOTTA

EL SUIZO EUROPEO

I

No es suave la pendiente sobre la que se asienta la antigua aldea montañesa. Pues, escarpado y colérico, un poco accesible mundo de rocas, de diversas formas, se precipita desde lo alto del San Gotardo, como la voluntad de un gran señor que, sólo con rencor y despecho, renuncia a su poder, para vivir, en adelante, como amigo de los hombres. Tampoco hace mucho tiempo que viene ocurriendo esto, y sólo en tres grandes puntos de interrupción aquieta su furia el rey de los Alpes. Así se me ha figurado siempre el San Gotardo, porque constituye el lugar central, tal como era propio de un gran rey de los antiguos tiempos, y no sólo de su país: representa el centro de esta parte de la tierra, padre de dos grandes ríos y de dos pequeños, que conducen hacia todos los lados de la roca de los vientos la fuerza creadora que reside en sus entrañas; osados mensajeros que llevan a los países lejanos informes de la riqueza de sus fuentes y de cómo brotan desde la eternidad de la roca primitiva. No es casualidad, sino una gran parábola de la historia, el que Suiza se haya originado bajo la protección de esta grave montaña.

¿Atrévese uno, ante tan gran panorama, a referir el curso vital de un individuo aislado, nacido en días tardíos de su ciudadanía? Si volvemos las espaldas al grave gigante y miramos hacia el Sur, a través de praderas y colinas por las que se abre camino el joven río, como por una arroyada, contemplamos más bien entonces la parábola de un hombre que conservó siempre la in-

terna humildad, al oponerse a las rocas, o a los hombres de roca, de los cuales tan escasos son los que produce y tolera nuestra época presente.

En otro tiempo, antes de que hubiera sido herido, por medio de un túnel, el secreto de esta venerable montaña; antes de que el motor hubiera hecho subir el tren a través de sus entrañas primitivas; antes de que los carruajes, veloces como flechas, hubieran pasado sobre sus lomos o el aparato de volar sobre su cabeza, un habitante de su falda podía espantarse de la carga de gobernar aquella severa y altísima casa de postas que, envuelta en nubes y tormentas, se alzaba donde se separa el Norte del Sur, y, sólo al cabo de largas horas y días de fatigas, para hombres, caballos y mulos, concedía el premio a la curiosidad o al afán de lucro, llevando a los hombres desde el Mar del Norte al Mediterráneo, como a una mágica extraña tierra.

De este modo de ser, grave y repelente, conservaba mucho todavía la montaña el año 70, cuando, en la aldea de Airolo, estrechamente arrimada a su costado Sur, coches y caballos, caminantes y traficantes, se reunían en su casa de postas para cambiar de tiro, buscar alojamiento, y que restauraran sus fuerzas hombres y animales, antes y después del paso de la montaña. En esta posta, la posada y el transporte, desde Faido hasta lo alto del puerto, estaba a cargo de los Mottas, una de las más antiguas familias del Tesino, que podía remontar su ascendencia hasta el siglo XIV, y cuyo ilustrado nieto lamenta hoy que unos incendios hayan aniquilado los viejos archivos de la aldea. Imaginemos además todo el movimiento que producía aquí el tráfico entre Norte y Sur; talabarteros, carpinteros y herradores que guardaban relación con las postas; además, el ganado y las praderas alpestres de lo cual aquí, a mil doscientos metros de altitud, sustentábase una raza, una tribu, silenciosa y educada en la dureza, y, de este modo, un mozuelo despierto podía conocer y observar, en este desorden, muchas cosas que habrían sido desconocidas para él en otros valles suizos y también en las ciudades.

Aquí tuvo el mozo sus primeras impresiones, jamás extintas, sobre el trueque y cambio de seres humanos, bestias e ideas —sí, hasta de ideas, pues ¿dónde hay tantos hombres productivos, en el sentido de la consideración mundana, como en las fronteras?— También sobre el cambio de idiomas, pues una de las abuelas

procedía de la Suiza primitiva, del cantón de Uri, del otro lado de las montañas; otra era de Oberwald. Piénsese en todo este extremo movimiento en el seno de una gran familia, en la cual seis matrimonios y sus hijos, con abuelos bien acomodados en el país, se repartían la posesión y el tráfico; el padre alcalde, los tíos consejeros municipales, y además, muchos hermanos y primos, todos saturados de vieja tradición católica: así, en un joven bien dotado, se desenvuelve, o el impulso revolucionario, o un espíritu de atracción y mundanidad, deseo y habilidad para lograr conciliaciones; un carácter social que, más tarde, como fuerza activa y experiencia, será consagrado a la comunidad: un hombre de comprensión, lealtad y paz.

Por este camino marchó siempre Giuseppe Motta desde la representación de su aldehuela hasta la Sociedad de Naciones.

II

El pueblecillo en cuyos alrededores, ricos en bosques, escribo estas páginas tiene una larga historia y cuando vino aquí, desde Airolo, el jovencillo de nueve años para hacer sabios estudios, el Colegio alzábase en Ascona, lo mismo que trescientos años antes, en el mismo lugar donde el Santo Borromeo lo hizo edificar, y donde todavía hoy está instalado, a algunos centenares de metros de distancia del lago, al principio de aquella delta que el nunca domable río de Maggia ha formado, en el transcurso de nuestra era. Aquí, un joven tesinense, que hasta los diez y seis años asistió a las clases, tenía ante sus ojos una muy honrada casta, aun no alterada entonces por extranjeros, felizmente inadvertida, poco emprendedora, pero, a su manera, sin embargo, mejor que la de los tesinenses de los estériles valles montañeses; pues en este rincón del Sur de Suiza, gratificado con todos los bienes de Italia, les cae entre las manos, de modo casi espontáneo, al pescador y al aldeano, lo poco que necesitan, o necesitaban hace cincuenta años, para su sustento.

Aquí, un joven ansioso de aprender, podría leer en la piedra y los frescos de las ciudades, en los muros de los castillos y ruinas, la embrollada historia de este cantón y saber todo lo bueno y todo

lo malo que, tanto por la acción de Milán como de los confederados del Norte, le había ocurrido durante medio millar de años. Mientras que aquí se encontraba en tierra suiza, no de otro modo que en el primitivo cantón de su abuela, sin embargo, el viento del Sur, el *inverna,* le aportaba ajenas noticias, y veía llegar barcos y carruajes, con frutas y tejidos que producía el Mediodía. Cada mañana, tendíase su mirada hasta las costas de Italia; el aduanero y el cura, cada obrero y aldeano, mostrábanle, mediante cien asociaciones de ideas, que toda la cultura de su pequeña patria, incluso el lenguaje, procedía de Italia, y le ordenaban, con ello, que venerara al vecino, en otro tiempo señor de aquel país, en lugar de ejercitarse en la desconfianza o el orgullo como hacen hoy la mayor parte de las juventudes fronterizas.

En las largas vacaciones, había mucho que ver y aprender en su casa; pero, de repente, cuando tenía doce años, transformóse todo. La niñez finalizó de repente, pues murió el padre y fué inaugurado el ferrocarril del San Gotardo. Casi al mismo tiempo que a su padre, perdió la familia el principal medio de vida, las postas, y la madre, a quien habían quedado seis hijos, transformó aquel negocio en una posada. "Era una mujer muy prudente; débole mi equilibrio", dijo Motta al referirme cosas de su infancia. Con ello se había disipado la primer alegría; la muerte y la ingeniería se habían arrojado sobre el destino de la familia y en vez de que, por las mañanas, se oyera el cascabeleo de los cuatro magníficos caballos de cada tiro, el restallar del látigo y el son del cuerno de los postillones, metíaseles en el oído a los habitantes de la vieja aldea el silbido de la locomotora, una negra sierpe deslizábase mugiendo por la alta montaña, y, cuando había desaparecido, brotaba humeando de las entrañas un vapor gris claro, como si el espíritu de la montaña quisiera dar suelta a su enojo a causa del maligno conquistador. El animado punto de cruce de las postas habíase convertido en una estación insignificante, y pronto los expresos pasaron bramando por aquel lugar sin detenerse siquiera, como si no supieran que, durante cientos de años, había sido dominada trabajosamente, partiendo de este punto, la obstinación de la montaña.

Era, pues, un estrecho círculo aquel en el cual el hijo de veinte años del antiguo *sindaco* comenzó a dar sus consejos; pero, a pesar de su juventud, hízose notar ya entonces como

persona absolutamente pacífica y dotada para servir de mediador. Estudió primero en Friburgo, después en Alemania, doctoróse *summa cum laude* en Heidelberg, y, a los veinticuatro años, fué ya, al mismo tiempo, abogado y diputado del Ticino. Pero, aunque las sesiones del Consejo lo llamaban a Bellinzona y una clientela rápidamente extendida a muchas ciudades y aldeas del Sur del cantón, conservó su residencia, allá arriba, en la vertiente de la montaña; viajaba en el nuevo tren, pero también a caballo y en coche, por todos los rincones del pequeño país, sólo para pasar el domingo con sus penates. Con razón se llama aún hoy a sí mismo un hombre totalmente alpino.

En ambos campos de su actividad, procuraba el joven, como meta, llegar a obtener convenios y, a pesar del carácter pleiteante de los tesinenses, a quienes encanta más la disputa por el derecho que el derecho mismo, consiguió terminar, según refiere él mismo, por medio de transacciones, el noventa por ciento de los pleitos. Lo mismo hizo como representante del cantón; precisamente porque nunca había vacilado en cuanto a su partido político, sentíase inclinado a la armonía, y ya, cuando joven, puso término, en su cantón, a las más violentas luchas, por medio de una tolerancia que procedía esencialmente de su fe. Por tal motivo, cuando, más tarde, los partidos buscaron a alguien que pudiera representar al país entero, aparecióseles Motta como el hombre nacido para ello.

III

El edificio de Berna en que entró primeramente como consejero nacional el representante de veintiocho años del Tesino, no era todavía la construcción con cúpula de hoy. Entonces celebraba sus sesiones el Parlamento Suizo en una estrecha sala, no muy alta, cuyas proporciones y disposición expresaba, aun más fuertemente que hoy, la modestia de sus ciudadanos; cada asamblea provincial prusiana tiene magnífico alojamiento. La plaza inmediata estaba vacía, y, dos veces por semana, el mercado de verduras extendíase allí, con todos sus campestres olores.

Después, cuando, en los primeros años del siglo, alzóse el nuevo edificio del gobierno de la Suiza, progresada internamente,

tal como lo vemos hoy en aquel lugar, de fijo que el ciudadano suizo advirtió tan escasamente como lo hace hoy cualquier natural del país, los signos de sencillez que distinguen a aquel gobierno de todos los gobiernos del mundo. Pues aquí, de delante de este edificio que cobija a los representantes del pueblo, al gobierno, los ministerios, la dirección militar de un país de cuatro millones de habitantes, de delante de este magnífico Palacio Federal, tampoco han alejado el mercado de verduras; a tres metros de la escalinata del Tribunal Supremo de Justicia, hay quien vende repollos y nabos. En estos escalones, donde otros gobiernos colocan soldados para que los guarden o cañones que han conquistado; donde, por lo tanto, dominan el temor y la soberbia, sólo floridos cacharros adornan las paredes, y, las vendedoras del mercado, pesan el queso que, al clarear la mañana, ha sido traído de los Alpes, sin que ello perjudique a la dignidad del Consejo federal, porque no se temen unos a otros. En ninguna otra democracia de Europa he visto nada semejante, y no sería posible en Atenas, en Estocolmo o en Madrid.

Y sin embargo, precisamente en tales síntomas hay que descubrir las virtudes del ciudadano suizo: robustez en lugar de teatralidad, simplicidad en vez de solemnidad, confianza en vez de amenaza, silencio en lugar de ruido. Los que actúan aquí para lograr el bien de una comunidad, diputados y gobernantes, no son atraídos hacia esta actividad por honores, ni por lucro u otras ventajas. La remuneración a los diputados de tres mil francos anuales, con lo cual, durante el período de sesiones, tienen que vivir en una posada de Berna; la abolición de todo título de "excelencia" hasta del de "ministro", junto con que no haya ninguna residencia oficial ni siquiera para el presidente de la República, quien, en total, viene a recibir tres mil francos más que los otros consejeros federales; ningún auto oficial, ninguna condecoración, ninguna consideración especial de los ciudadanos: todo ello diferencia la posición y situación de los siete hombres del gobierno de todos sus colegas en la gobernación de los otros Estados modernos, hasta de los más pequeños. Jamás he visto más sencillas alfombras de escalera, pero, aun éstas, sólo son extendidas durante el período de sesiones. Por ello, en el interior, todo es macizo; noble madera de los bosques suizos, cuero verde oscuro en los escaños. En los despachos de los ministros, en cuya

puerta un pequeño escudo ovalado de porcelana los designa como "Directores de Departamento", en las habitaciones de deliberación del Consejo federal, falta todo lujo; el único mueble altanero que vi en todo el dilatado edificio, un gigantesco reloj de porcelana con genios que tocan la trompeta es un regalo de Guillermo II.

IV

DURANTE cincuenta años, ningún habitante del Tesino había tenido asiento en el Consejo federal. La pequeña, la tercer raza del pueblo, cuya existencia sólo es negada por espíritus imperialistas que miden por números el valor de las cosas, el Tesino, no había tenido representación desde 1864 en el gobierno suizo, y si, oficialmente, todavía hoy se afirma que las luchas políticas en el Tesino tuvieron la culpa de ello, este pretexto había sido muy grato para los señores de Berna. Dada la posibilidad de elección y su situación geográfica, me he preguntado con frecuencia, por qué este cantón del Tesino, a pesar de todos los agravios y explotaciones que en otro tiempo tuvo que sufrir de los suizos alemanes, y a pesar de nuevas injusticias, como aquella ausencia suya del Consejo Federal, se inclinaba con tanta cordialidad hacia la Confederación Helvética. "El motivo más profundo —respondió Motta a mi pregunta—, es la pasión de los tesinenses por la libertad. Por ella, hasta cesan entre nosotros las luchas de partidos. Suiza es para aquella tierra el símbolo de la libertad, y por eso, hace ciento treinta años, cuando se luchaba por la unión con Suiza, se gritaba en todos los mercados y cafés: *Liberi e Svizzeri!* ¡Libres y suizos!".

Durante un decenio, la noble figura de Francini había representado el país en el gobierno de Berna; después de su muerte, el interesante Pioda, y después no vino nadie más; más bien una permanente lucha de partidos, como si todavía se estuviera en el tiempo de los güelfos y gibelinos, que, en otras épocas, habían llevado también sus luchas a las gargantas y castillos del Tesino. Motta, que en expresiones siempre renovadas ha alabado al Tesino, llegando hasta a llamarle hijo favorito de Helvecia, cosa de la cual el hijo no siempre ha obtenido testimonio, ha concebido

de un modo, hasta religioso, la misión del pequeño país: "El idioma, la finura de la forma, es su marca distintiva, la característica unión de la naturaleza y el arte, y por eso es más que un deber, casi podría decir que un mandato de Dios, el que el Tesino cuide de su idioma. A cada una de nuestras razas les ha prestado la Naturaleza fuerzas especiales: a los alemanes, el sentido del orden y de la organización; a los franceses, el genio y la auténtica pasión por la libertad y los derechos individuales; a nuestros tesinenses, la cálida confianza del alma y el sentido por la belleza que se respira en nuestros lagos, en nuestros veneros y valles. Estas virtudes tenemos que intercambiarlas y aprender unos de otros".

El amor a la patria es una fuerza centrípeta, y, por eso, más rica y auténtica en el núcleo interior que en la periferia. Con mayor fuego, puedo amar mi aldea natal que mi cantón, con más calor el cantón que el país entero, y, si el país se hace grande, si cuenta con cuarenta millones de habitantes o más, el amor a la tierra natal se volatiliza en un nebuloso sentimiento que se designa con la monstruosa palabra de patriotismo. Lo mismo que la muerte de un gato que ha vivido con nosotros nos conmueve más profundamente que la noticia de haber perecido tres mil chinos desconocidos en una tormenta, así el carácter de un hombre de Estado se conserva en dependencia con su tierra de origen —¡y asciende hasta la injusticia! Motta menciona como la mayor alegría de su vida el que, en 1911, todo el pueblo del Tesino, incluso sus adversarios, lo eligieran para representarlo en el Consejo nacional. Como su carácter, tan suscitador de simpatías, lo había protegido de toda enemistad, casi fué la unánime voluntad del pueblo suizo la que, a los cuarenta años, lo trasladó de la gran sala con cúpula de los diputados a la clara habitación con siete asientos del Consejo Federal, y después, por cuatro veces, al sillón presidencial.

Motta había nacido para ser un jefe imparcial, en cuanto y mientras estaba llamado y decidido a conservar la tradición. Sólo necesitó del círculo concéntrico de la comunidad municipal de su aldea de los Alpes para llegar al gran Consejo cantonal; de allí, lentamente, a ser representante en Berna, y después, a extender de nuevo su acción en el poder ejecutivo. Esto, más tarde, le protegió de la centralización; considera, además, el modelo político de su patria como el más fa-

vorable. "Si Suiza no hubiera sido un Estado federal —me dijo—, no tendría existencia. Los muchos problemas de idioma, de cultura y democracia sólo podemos resolverlos rectamente porque estamos federados. Este convencimiento se ha fortalecido cada vez más en mí con mayor firmeza". Por tanto, una teoría del Estado contraria a la fascista, que externa e internamente, todo lo impulsa hasta que acabe en punta.

Como Motta entró joven en el gobierno, ya hoy, a los sesenta y tres años, ha alcanzado una de las edades más altas de servicios públicos, y creado, para sí mismo, una especie de tradición; podría llamársele el decano de los consejeros federales suizos. Y como Suiza, sólo en los últimos tiempos ha concedido continuidad a su ministro de Asuntos Extranjeros, mientras que antes, el cambio anual de presidente de la república convertía ese cargo "en rotativo", así Motta, jefe desde 1920 de relaciones exteriores, ha tenido ese cargo más tiempo entre sus manos que nadie antes de él en la historia del país. De ahí los celos y las críticas que Motta, sólo ahora, con los cabellos blancos, aprende a soportar.

Con tales disposiciones, fáltale acaso el gusto por la lucha. El estrépito cada vez más fuerte con que se hace la política en la mayor parte de los países es ajeno a él, y, como no lo hace, desilusiona a veces a la juventud. "En lo que se refiere a la política del orador que me ha precedido —dijo una vez en el Parlamento—, simbolízase toda en el gesto del hombre que, cuando discute, golpea con el puño sobre la mesa, y le abandono todo el honor de ello, pero también toda la responsabilidad". Y otra vez, en un debate: "No soy ningún abogado que pleitea, no puedo sacar a luz un argumento dejando desaparecer entre la sombra todos los otros. Ni mucho menos soy un juez que se eleva hasta la fría esfera de la inconmovilidad. Soy un político que se justifica . . y que, por su parte, también contribuye a tejer algunos hilos en la Historia de su país". Esto, según creo, ha sido lo más extremado que este auténtico suizo, es decir, un hombre lleno de comedimiento y opuesto a todo *pathos*, se ha permitido decir jamás públicamente acerca de sí mismo.

V

ACERCA de ningún fenómeno ha meditado con mayor profundidad y hablado con más frecuencia Motta que acerca de Suiza, y, a la verdad, no sólo como ministro, como campo de su pensamiento y de su acción, sino justamente como problema de Estado, sólo realizado gracias al desarrollo de la milenaria Historia de Europa. Esta forma de organización política de pueblos, este único modelo, estúdialo, una y otra vez, con amor y espíritu crítico, y, al creer en la continuidad de Suiza, cree, por lo tanto, en la persistencia de la posibilidad de que también en Europa, a pesar de su historia bélica, puedan vivir en igualdad unas con otras diversas castas y razas, y de este modo, no se duerme en el solo apoyo de las garantías de la Santa Alianza, en la que se dice que en el mantenimiento de Suiza "reside el verdadero interés de la política europea"; ni tampoco en la repetición de esta declaración en el Versalles de nuestros días. Como nosotros, europeos, encontramos representada en Suiza la plenitud de nuestros deseos políticos, pregunté repetidamente a Motta acerca de este punto. Él ve motivos más especiales que los que nosotros estamos acostumbrados a considerar, pues dice:

"Habitamos un hermoso país, pero un país pobre. Precisamente esto ha contribuído a educar a los suizos para la solidaridad. Expresión política de ello es la democracia. Si el pueblo ha de decidir realmente, tienen que sentir todos los confederados que cada uno respeta el interés de los otros. También el hecho de ser pocos millones de habitantes ha facilitado la continuidad. ¿Comparámoslo con Europa? Si no tuviéramos tres culturas principales sino acaso una sola, y al lado de ella, otras dos secundarias, ¿tendríamos entonces posibilidad de armonía? En Bélgica, entre las culturas francesa y flamenca es mucho más difícil que si habitara allí una mitad alemana junto a otra mitad francesa. Añádase a esto, que estamos destinados a ser gentes de término medio. Cierto que también hay aquí algunos hombres de *élite*, pero, no obstante, siempre sigue siendo el nuestro un país para clase media.

"Una democracia como la inglesa ha crecido de otro modo,

por ejemplo, no se la puede emplear en los asuntos exteriores; hay allí unos países enormes. Allí hay la protección de una variada industria. ¿Cómo podría Inglaterra entregar tan complicados asuntos al juicio de todo el pueblo mediante el referendum? De ahí se deduce más bien una misión moral de cultura como las que se presentan en los juicios internacionales de arbitraje. Sólo un pequeño Estado puede, en realidad, ser construído sobre la idea de libertad, pues sólo él tiene como misión el desarrollar la fuerza de los individuos aislados, no el poder del Estado, como hacen las grandes naciones. Los ciudadanos deben pensar: aquí soy feliz porque puedo desplegar por completo mis actividades. El camino para ello es que, de hecho, él mismo, gobierne".

Como yo, en las cuestiones actuales, no confío tanto en el juicio de un pastor de los Alpes como tendría que aceptarlo teóricamente, hice que Motta me describiera la historia de esta suerte de referendum. En el año 1913 excitóse la Suiza francesa acerca del convenio de San Gotardo, concertado con Italia y Alemania; suscitóse con ello el problema de una intervención popular en los pactos internacionales. El Consejo federal, que antes de la guerra era opuesto a ello, cesó después en su oposición y fué Motta el que, llevando la palabra por sus colegas, habló en favor del establecimiento de esta institución del Estado, aunque él, como jefe de los asuntos extranjeros, se diera perfecta cuenta de los inconvenientes de esta institución popular, "y sin embargo, el pueblo suizo resistió la primera prueba: rechazó el convenio con Francia del establecimiento de una zona libre aduanera, y finalmente, en su sentimiento, encontróse fortalecido por la sentencia arbitral de La Haya. Allí, quizás por primera vez, una gran potencia quedó por debajo de una pequeña".

Al hablar de estas fronteras de la democracia, observé, nuevamente, que su espíritu está dominado por los dos conceptos de libertad y unidad y quise saber si siempre había ocurrido así. La colección de sus discursos fortalece esta idea. Como puede pronunciarlos, alternativamente, en los tres idiomas del país, levántase por encima de otros suizos; en esta colección, adviértese claramente cómo ha ido viendo ambas ideas, a través de toda una vida humana, de modo cada vez más agudo; encontrando para expresarlo fórmulas como éstas:

"La democracia suiza es única en la historia. No puede com-

parársela con ninguna otra república, antigua o medieval. Nunca, ningún pueblo ha sido regido por su voluntad colectiva hasta este punto... Los antiguos gobiernos eran una pequeña *élite* sobre una masa de esclavos... Los grandes Estados que nos rodean buscan su ideal en la unidad de raza e idioma. Ese caso no es el nuestro. Nosotros odiamos toda discusión sobre razas e idiomas... El ideal de nuestro Estado es, por lo tanto, desde este punto de vista, supernacional. Gracias a este carácter especial de nuestro país, podemos, realmente, ser un factor de la paz... Hoy, es Suiza el país de gobierno más estable. Es el único Estado donde la soberanía del pueblo significa una realidad diaria y perceptible. No hay ninguna comunidad política donde la educación pública sea más elevada, los obreros más respetados, los gobiernos más honrados, el control de los ciudadanos sobre sus mandatarios más permanente y vigilante".

En la Guerra, colocada pronto en difíciles pruebas, se le aparece Suiza como el pivote de la unidad y de la democracia: "La concordia es necesaria para todos los pueblos; para nosotros es una cuestión vital... Está casi única en el mundo reuniendo tres grandes culturas: la civilización italiana, totalmente belleza y humanidad; la francesa, clara, resplandeciente, magnánima, dispuesta al debate; la alemana, trabajadora, metódica, ordenada... Estoy demasiado orgulloso de mi país, tengo de él una opinión demasiado alta, para no creer que el día en que Suiza bajara la bandera de la democracia sufriría ésta un golpe mortal, hasta fuera de nuestro país". (Para ser meditado en el A. D. de 1934).

Por su ascendencia, como hijo de aldeano, por su educación conservadora, opónese críticamente Motta, por el contrario, a toda innovación social. "Si queremos seguir firmemente en la democracia directa —dice en un discurso del año 1925—, por lo tanto, en un gobierno del pueblo por el pueblo, tenemos que avanzar con cierta lentitud en el progreso social; para esta lentitud encontraremos una compensación moral en el profundo sentimiento de todo ciudadano que ha colaborado directamente, mediante su voluntad, en la obra del progreso". Como me son extraños tales pensamientos, recordéle los avances fundamentales que, precisamente Suiza, recibió de las dos últimas grandes revoluciones. Rechazó toda comparación con el mundo que nos

rodea, revolvióse contra la lucha de clases y sólo admitió el deseo de los socialistas de que a la masa se la deje disfrutar de todos los bienes. "Hasta intervine para que se les dejara participar en el Consejo Federal. Debían reconocer la Constitución, la idea de la defensa del país, la de rechazar la fuerza, pero en este punto, no obstante, hay que prescindir de ellos".

Motta pertenece a la serie de aquellos antiguos políticos que quieren salvar la democracia en el caso de una desigual distribución de los bienes de la vida, y, con la aspiración más honrada, creen fortalecer, con la paz en lo exterior, la interna paz, la cual, sin embargo, es perturbada por otras fuerzas.

VI

A carácter tan sociable, tiene que parecerle la Sociedad de Naciones como el medio mejor para mantener la paz; a un suizo que habla varias lenguas, y, además de ello, es sobresaliente orador, tiene que presentársele la de Ginebra como la más soberbia tribuna. Con ello, vino a conocer el mundo, en Motta, un hombre de Estado diferente del conocido por su propia patria; pero como, en este caso, ambas actividades se desarrollaban en el mismo país, a pocas horas de camino unas de otras, el Motta de Ginebra podía en realidad ponerse de acuerdo con el Motta de Berna mucho más fácilmente de lo que podía lograrlo el Briand ginebrino con el de París, a pesar de sus formas de expresión tan atrayentes.

Ante todo, la interna y la externa teoría del Estado y su práctica coinciden aquí de modo mucho más claro que en Francia, por ejemplo, donde la potencia militar más poderosa de Europa encuéntrase realmente en mayor peligro que esta Suiza que sólo significa la décima parte en número de habitantes, y apenas más en cuanto a su bélica capacidad. Además, sin la tradición histórica de Ginebra, sin su posición central, ningún pueblo de Europa podría mostrar, para ser asiento de la Sociedad de Naciones, tan importantes derechos adquiridos como este país, en el cual los fines del Estado coinciden con el objeto de aquella Sociedad y la perfecta igualdad de razas, ajenas unas a otras,

conduce a una unidad europea, un magnífico y ejemplar caso único.

Pero precisamente en este punto sale a la luz el elemento realista de los suizos. En los discursos de Motta, que han contribuído de modo decisivo al ingreso de Suiza en la Sociedad de Naciones, son raros los párrafos humanitarios, pero nos muestra una lógica sorprendente. Entonces, cuando media Suiza se resistía a la iniciación de un política universal y trataba de establecer para sí una especie de doctrina de Monroe, la cual, sin embargo, se ha extinguido para todo el mundo actual, tan estrechamente enlazado entre sí, opuso Motta, ante el país, declarado neutral permanentemente, que el fin de la nueva Liga no era otro que la neutralización general, convertir en unas Suizas, a todos los otros Estados. Pues no reconocía en esta nueva ordenación ni una liga de potencias vencedoras, de cuya minúscula concepción se había elevado rápidamente, ni un seminario humanístico, sino el camino para construir un tribunal de arbitraje. "Imagínase la gente —dijo en un discurso—, que la Liga tiene una especie de fuerza mágica para transformar hombres y Estados: es un error de psicología colectiva que casi contiene un cántico de alabanza en honor a la Sociedad de Naciones".

Y no obstante, no ha desconocido jamás el valor de este instrumento; aun en el año 1931, afirmó que la Sociedad había evitado grandes perturbaciones, porque la interpretaba, moralmente, con mayor seriedad que la mayor parte de los delegados de Ginebra, y estaba irritado contra ciertas tendencias, según las cuales, en el año 1932, "se amenazaba (a la Liga) con la separación, si tal o cual pretensión no era cumplida, o si no lo era inmediatamente. Ningún gobierno del mundo podría, en mi opinión, advertir con tranquila conciencia el hundimiento de esta gran esperanza. Para los Estados pequeños sería el aniquilamiento de toda influencia en la vida internacional; para las grandes potencias, la vuelta al sistema de alianzas y rivalidades. Aun siendo débil e insuficiente, la Sociedad de Naciones es un medio de mantener la paz, un activo símbolo del progreso de la Humanidad".

Con tales ideas, un ministro suizo bien puede permitirse alabar al ejército de su país, pues si la teoría del ejército defensivo expresa en alguna parte una verdad, ello ocurre aquí. Motta

llamó al ejército suizo el verdadero fundamento de su independencia y formulaba: "Sólo gracias a él las leales promesas de los grandes países circunvecinos adquieren todo su valor". Rara vez ha sido expresada con mayor elegancia la desconfianza de un hombre de Estado hacia las grandes potencias; la frase, en una forma casi sonriente, contiene la más dura acusación contra el espíritu de 1934. Es verdad también lo que dice en otro pasaje: "El soldado suizo no olvida jamás que es un ciudadano; el ciudadano tampoco olvida nunca que es un soldado". Por ello también, el ejército suizo, el diez por ciento de la población total, estuvo más rápidamente en la frontera, el 1° de agosto, que ningún otro ejército; aun sin la invasión alemana de Bélgica, como Motta lo asegura retrospectivamente, se habría puesto en movimiento al instante, en su totalidad. "Vendrá un tiempo —dijo al principio de la guerra—, en el que todos los pueblos que están ahora en guerra bendecirán a nuestra Suiza, porque, siendo tan pequeña, y al mismo tiempo tan grande, cuidó de permanecer neutral, ejercitando obras de amor al prójimo".

En medio de la Guerra, Motta, entonces ministro de Hacienda, se atrevió a realizar una acometida de alcance europeo, una de las iniciativas personales de mayor estilo que ha realizado. "Era en el año 1916, en un banquete en Ginebra —me refirió—. La desavenencia entre las simpatías alemanas y aliadas era grande. Había que encontrar una frase que pusiera de acuerdo, en Suiza, a ambos pueblos combatientes. Por mucho que a la Suiza alemana le interesaran los asuntos alemanes, sentíase herida por el asunto de Bélgica, como por una admonición del destino. Al mismo tiempo, se trataba de mostrar a los belgas que Suiza, como país neutral, hasta cierto punto hermano de Bélgica, sentía compasión por su destino, y a la verdad, Suiza entera. A mi colega Hoffmann, entonces ministro de Asuntos Exteriores, no quise sumirlo en perplejidades con una consulta previa; gozamos de cierta libertad como consejeros federales. De tal modo, en aquel banquete, creo que como único hombre de Estado neutral durante todo el curso de la guerra, me arriesgué a proponer ante el mundo, y por lo tanto también ante los alemanes, que Bélgica fuera restaurada y volviera a adquirir su plena libertad e independencia".

Motta, a quien tengo por objetivo, en cuanto un hombre de

sangre y nervios puede serlo, dió expresión en aquel discurso a la conciencia de todo el pueblo, mientras éste luchaba repartido entre dos campos, con discursos e incitaciones, en favor y en contra de los alemanes.

Más tarde, en un nuevo momento, comprendió y salvó la situación con el mayor éxito. En el conflicto entre China y el Japón, que conmovió la Sociedad de Naciones hasta sus fundamentos, Motta, en marzo de 1932, como representante de una pequeña potencia, exclamó al punto en la Asamblea de Ginebra: "Si tuviéramos que dejar de confiar en el pacto, estaríamos obligados a buscar otros medios para garantizar nuestra seguridad". Después de estas amenazas, a las que siguieron otras más poderosas, ordenósele a la comisión de japoneses que evacuaran Shanghai. A pesar de ello, el delegado japonés, en el pleno, pronunció un discurso para combatir tal decisión. Momento espantoso: una determinación del mundo entero es rechazada por la potencia aislada a quien afecta, y todos sienten que no se encontrará fuerza, ni mucho menos unidad, para llevar adelante esta determinación. ¿Quién desea la palabra?, pregunta el presidente en la mayor perplejidad. "Transcurrió un minuto —refiere Motta— sin que nadie la pidiera. Entonces la pedí yo y dije sobre poco más o menos: "Todos estamos de acuerdo en que los plazos de la evacuación tienen que ser respetados. Suplico al señor delegado japonés que no siga discutiendo sobre esta cuestión". Hablé en un tono absolutamente amistoso. El aplauso de la asamblea atestiguó que estaba conmigo. El japonés retiró su oposición. No era grande el valor necesario para hacer este discurso, la única dificultad estaba en pronunciar al principio: Pido la palabra".

VII

El que Motta sea un católico ferviente, significa, al mismo tiempo, una confesión política. "El católico —según expresa en un discurso del año 21—, naturalmente, es a un mismo tiempo patriota y ciudadano del mundo. Lo mismo que nuestra religión conduce a una más alta síntesis la antítesis entre autoridad y libertad, también para ella los conceptos de patria, humanidad e

Iglesia universal, llegan a ser cosas que se completan mutuamente y sublimes realizaciones". Y otra vez. "Yo soy un idealista porque creo en Dios, en la humanidad y en la patria".

Estas sinceras confesiones, tales como no se las he oído a ningún otro hombre de Estado actual, determináronme a preguntarle cómo Suiza, según un pasaje de sus discursos, no podía existir sin la fe en Dios. Respondióme:

"Sólo una fe positiva puede ahondar el sentimiento del deber moral, que, en realidad, viene a constituir la democracia. Un pueblo sin fe no puede, por ello, ser democrático. En Suiza, los antepasados han dispuesto de tal modo las cosas que, en la Constitución, es venerado el nombre de Dios. Nuestras luchas religiosas fueron realmente nuestras únicas guerras en los últimos siglos. Precisamente de éstas, han aprendido tolerancia los hombres. El sentimiento del deber es el medio para crear al ciudadano, pero la ley positiva de los hombres no basta para crear este fundamento.

Si se le contempla cuando habla de este modo, reconócese en sus rasgos, una expresión que a veces hemos observado en un poderoso eclesiástico romano: Gasparri, que también era hijo de aldeano, mostraba la primacía de la frente y la fuerte nariz de Motta, mientras que aquí los ojos y la boca están formados de modo menos expresivo; es asombroso que también sobresalga principalmente como orador. Puede haber influído el haberse educado con los sacerdotes de Ascona y Friburgo para darle la costumbre de elevar al cielo la mirada, cosa que realiza rara vez con expresión de sacerdote, más frecuentemente como hombre de Estado. Tampoco consiente ninguna crítica del Vaticano; se declara favorable al concordato con Italia y al nuevo con Alemania, en todo caso más favorable que al que había alcanzado Napoleón. Como no puedo acompañarlo en este punto, sino que, en mis viajes por el mundo, he observado el rápido hundimiento del poder de la Iglesia, planteéle la cuestión de los judíos, por los que, públicamente, había salido por fiador en el otoño de 1932.

"La más aguda oposición contra el espíritu de la democracia —dijo entonces en público—, la constituirían aquellos que quisieran apreciar menos a sus propios conciudadanos a causa de su confesión, idioma, ascendencia o clase social. Las tentativas

que en los tiempos más recientes se han mostrado, aquí o allí, para una persecución de los judíos son antisuizas". Que Suiza, a pesar de ello, no reciba hoy a todos los judíos desterrados y que tampoco los acoja de modo permanente, declara Motta que constituye una consideración a los judíos: "En el momento de la persecución, queremos dar asilo a todos. Un pueblo verdaderamente cristiano no puede soportar tal cosa. Pero hay judíos y judíos, lo mismo que hay cristianos y cristianos. No queremos dejar crecer intensamente el tanto por ciento de su número para no crear una cuestión judía, la cual, gracias a Dios, no se dió jamás entre nosotros. Entre nosotros, los judíos han sido siempre muy respetados, pero rara vez tuvieron cargo oficial. Suiza es opuesta a todos los perseguidores y favorable a todos los perseguidos. Como verdadera democracia, se aparta de todo gobierno autoritario. Una dictadura suiza, de la cual hoy en día hablan algunos, sería esencialmente extraña a nosotros, negaría nuestras costumbres y nuestra historia, nos privaría del aire que respiramos. Sin la idea de libertad, tan combatida hoy en otros países, Suiza dejaría de ser Suiza".

VIII

En las decisivas manifestaciones de su vida, lo mismo que, parcialmente, en su físico, Motta es por completo latino. Construye sus discursos de una manera ciceroniana; formula frecuentemente en ellos, lo mismo que en la conversación, preguntas que se contesta él mismo; muestra una exactitud verdaderamente francesa en la enumeración de las razones u objeciones; ha escrito también algunos bellos epitafios latinos, apropiados al tema, para la madre y la hermana. En su arte descriptivo, excede en gran medida a lo que es habitual entre políticos: mostrólo en el relato de la batalla de Morgarten, en una sesión conmemorativa, cuando el centenario. Ante todo, conoce como su propia casa la obra del Dante, lo que a un tiempo fortalece y condiciona su base religiosa, y si en el Consejo Nacional, al ingreso de Suiza en la Sociedad de Naciones, citó versos del Dante, de fijo que provocó la habitual sonrisa de mofa en labios de muchos políticos

de oficio, que, en especial en el día de hoy, creen que la poesía es un traje solemne y que la cultura del hombre de Estado es un problema particular suyo.

Si nos vemos forzados a juzgar esencialmente a Motta por sus discursos, no se comete con él mayor injusticia que con todo hombre de Estado democrático cuyas propias acciones personales surgen y se pierden en el interior de un país, para sólo ser sacadas de los documentos por los historiadores al cabo de largos años y llegar a ser conocidas con tan gran retraso que sólo en casos muy importantes subsista todavía, en tales descubrimientos, un interés para la posteridad. Ningún adalid de la época puede contar hoy con que sus historias, al cabo de cien años, atraerán todavía lectores, porque los acontecimientos, y con ellos las personas, se precipitan unos sobre otros; para llegar seriamente desde nuestra época a la posteridad, hay que haber vivido una anécdota inmortal, o, por lo menos, haberla inventado.

En el despacho oficial de Motta, sobrenada, de cuando en cuando, el pensamiento por cosas más grandes que las que contiene su colección, encuadernada en rojo, de actas de sesiones; reconócese en el tono de la voz, en una mirada lanzada por la ventana, ante la cual se alza heroicamente el paisaje de los Alpes, en un movimiento de renuncia de la mano. El reloj de esta habitación bate cada minuto con un suave golpe, pero quien la ocupa se queda sorprendido cuando se le pregunta por esta maravillosa admonición: ya no lo oye. Al visitante le presenta ante el oído, en despiadada sucesión, la suavidad del tiempo, que, realmente, convierte hoy todo minuto en un minuto histórico; en un decenio, nos ha hecho avanzar medio siglo. El señor de aquel recinto, a quien no le gusta en modo alguno este compás peligroso, lo reconoce así sin embargo, y, con su celo de último demócrata, trata de contener o de dulcificar lo que durante tanto tiempo ha actuado beneficiosamente.

Pero después, cuando cierra los cartapacios y se pone en camino para descansar en su casa natal, en la vertiente de la gran montaña, entonces, en toda su magnificencia, despliégase ante sus ojos el paisaje de su país. A la mansa tierra de colinas de Biel y de Lucerna, sigue, primero con anchos ríos y valles, después con más estrechos, la dentada imagen de la Suiza primitiva, llena de actividad. Pero ahora, los ojos se ven bloqueados por

los muros de las montañas que se han alzado velozmente; el color verde del Lago de los Cuatro Cantones se hace más profundo, la orilla más estrecha; el movimiento del tren más tranquilo, como si allí, donde se originó Suiza, la Naturaleza, al cabo de los siglos, tuviera todavía proscritos y atemorizados a los hombres. En rápida ascensión y por encima de atrevidos bloques de piedra, pasando de una orilla a otra sobre el salvaje Reuss, tan pronto apretado entre vertiginosas paredes, después de nuevo sobre el más manso Platau, pero siempre subiendo, siempre anhelando, acércase el ferrocarril a aquella fatal abertura del poderoso macizo montañés, acércase la máquina, impulsada por la fuerza de las cascadas, cuyas rocas primitivas se atreve a horadar.

El hombre que durante veinte años, período desacostumbrado, ha gobernado o ayudado a gobernar este pequeño país, ¿no tiene, como auténtico padre de familia, que buscar con la vista, desde la ventanilla del vagón, toda aldea, toda nueva granja, en las cuales, con frecuencia ha conocido ya la tercera generación? ¿No tiene que brillar ante sus ojos la comprobación de cuánto más felices pueden ser los ciudadanos de un país pequeño que los de uno grande? En la época de las cifras gigantes y de las velocidades rápidas, sólo se salvan todavía los países pequeños en el misterio de tiempos románticos; ahora, en medio de cadenas de montañas, cortadas por valles siempre nuevos, es donde una vida aislada hace a los hombres silenciosos y solitarios, y así puede consagrarse cada cual, en uno de estos cien valles, de una manera casi intemporal, a las antiguas y sencillas formas de vida que garantizan la dicha de modo más firme que la prisa de nuestro siglo.

Cuando, a través de estos valles, recorre su patria, bien puede meditar este antiguo gobernante de Suiza en que sus conciudadanos, si bien es cierto que tienen diversos motivos de queja, siempre son menores éstos que los de la mayor parte de las gentes de los grandes países de la tierra. Puede presentir modificaciones que difícilmente encajan en su concepción del mundo, pero que estos lagos y navas, gargantas y praderas, al rodar del nevero y la cascada, que esta legendaria fuerza de la montaña, prometen al pequeño pueblo una firmeza que permite rechazar los golpes actuales y los del porvenir, de modo más seguro de como lo harán los pueblos de la llanura y de las costas.

Y no obstante, ahora, cuando, en medio del trayecto por debajo del San Gotardo, rechinan los ejes y responde mugiendo el eco del expulsado espíritu de la montaña, el hombre que durante tanto tiempo trabajó por la Sociedad de Naciones, concertando voluntades y sirviendo de mediador, ¿no tiene que rendir testimonio del singular destino que colocó a este pequeño país en el centro de esta parte de la tierra? En estas montañas, que el espíritu del hombre ha dominado, lo mismo hoy que cuando él, de muchacho en su vertiente meridional, ayudaba a mudar los caballos de posta y a poner herraduras, aquí chocan verdaderamente las fuerzas de Europa, y lo mismo que estas montañas constituyen la gran divisoria de las aguas, presentan al mismo tiempo la admonición y el modelo de cómo las razas y culturas deben mezclarse y distinguirse. Aquí se le representa a este hombre la totalidad de Europa y lo que en Ginebra debe ser determinado.

Pero después advierte el suave chirriar de los frenos, surge una lucecilla que con toda celeridad va haciéndose mayor y mientras que el oído se libra del crepitar de los motores, anégase de súbito la mirada en una tranquila azul oleada de luz. Un momento todavía, se detiene el tren y el hombre vigoroso camina rápido hacia su casa natal, que hace un año que no ha visto. Asciende entonces por el antiguo camino de andadura; sólo un par de revueltas y llega allí donde se detenía, hace ya cincuenta años, para mirar hacia el Sur.

En grandes escalones, se hunden las cascadas del Ticino y con ellas el valle al que da nombre, mientras que las montañas, a una y otra parte, tíñense de colores cada vez más dulces y claros, hasta que al fin se funden, para la mirada, con el azul del cielo. Pero más abajo, sábelo muy bien, descienden hasta llegar a los inmortales lagos, al margen de uno de los cuales fué educado. Y se libra de preocupaciones y problemas y no puede menos de pensar: —Sea lo que quiera lo que pueda determinar Europa... tengo la más hermosa de las patrias.

SEGUNDA PARTE

SEÑORES DEL PUEBLO

LLOYD GEORGE

EL ULISES BRITÁNICO

"Los ingleses, como tales, carecen en realidad de reflexión, pero son grandes como hombres prácticos".

GOETHE

I

ANTE una casa vieja, en las afueras de una ciudad pequeña, estaba, en pie, con sus hijos, una afligida mujer vestida de gris, y tenía que presenciar cómo eran vendidos sus miserables muebles, que habían sido sacados a la calle. Un mozuelo de cinco años, ceñudo y robusto, veía cómo eran transportados por manos extrañas su camita de niño, un armario, algunos cacharros de cocina y cómo eran puestos en venta por una voz desconocida. Quizás pasó despacio a caballo, precisamente entonces, la hija del señor de aquella tierra, seguida por su palafrenero, apartó la vista del grupo y acarició el reluciente cuello de su cabalgadura. Lo cierto es que esta profunda impresión ensombreció la niñez del mozo; que dió, desde muy pronto, un objeto determinado a su voluntad de vivir. Pues después, cuando fué recogido por un tío suyo y en su taller de remendón comió un escaso pan, tuvieron que dar que pensar al niño las diferentes circunstancias en que vivía él, como hijo y sobrino de gente pobre, y aquellas en que se criaban los hijos de los ricos. Añádase a esto, al mismo tiempo, que el tío era un predicador laico, un no-conformista, y que todo ello se imprimía en el alma del niño de seis años en

un rincón del país de Gales, y ya se tienen reunidos los elementos de las más antiguas experiencias e impresiones de Lloyd George.

Por este motivo, el objeto de sus combates ha sido siempre, en realidad, los derechos de herencia, el prejuicio hereditario, el poder hereditario. La tradición, este fortísimo soporte de la personalidad inglesa, no ha sido nunca sagrada para este no inglés, para este celta, y después, cuando sólo gracias a la fiel economía y abnegación de su tío pudo abrir las fuentes de la cultura, conoció, por primera vez, derechamente, la injusticia que reside en la mala distribución de la riqueza y en la admisión, según la clase social, al mundo del poder y al del espíritu, y, como criatura humana, arrojada al mismo tiempo que poseedora de sentimientos de fraternidad, estuvo resuelto a consagrar su actividad a la mejora de estas tradicionales anomalías. Su pasión, que no le dirigía hacia los obreros sino más bien hacia los aldeanos, iba, ante todo, contra los ociosos y, por lo tanto, no contra los empresarios capaces; aquí puede residir el fundamento de la razón por la cual este campeón social no fué socialista. Hasta los cincuenta años de edad, es decir, hasta la Guerra, los motivos de su actuación fueron, ante todo, sociales, y la línea de su ascensión corrió ininterrumpidamente hacia lo alto.

Lo que más tarde le hizo declinar, lo que le hundió en el sentido de la Historia Universal, tenía su fundamento en escondidas regiones de un carácter, que, mediante una energía innata y cultivada, quería dirigir, determinar y ordenar, pero que, por la costumbre de poseer un poder compartido, dependiente de las corrientes del Parlamento, se había hecho demasiado flexible, alerta, elástico, para atreverse a jugárselo todo, en una hora decisiva, en aras de una verdad hondamente experimentada y conocida. Como Lloyd George no cometió su falta decisiva, que lo excluye de toda comparación con Lincoln, sino con los cabellos ya blancos, puede disculparse esta debilidad de su carácter por cierto agotamiento y embotamiento, atendiendo a su magnífica obra precedente. Porque cuando fracasó en la Conferencia de la Paz, tenía tras sí veinte años de ininterrumpida labor, casi siempre como jefe, con la cual había sabido llevar a la práctica para Inglaterra, y no sólo para Inglaterra, algunos de los principios fundamentales de la libertad y la justicia. Si a

Lloyd George lo hubieran asesinado en diciembre del año 18, habría sido tan grande hombre como Wilson, si en el mismo momento le hubiera tocado en suerte esta dicha.

Naturalezas como las de Lloyd George o Venizelos, nacieron en realidad treinta años demasiado pronto: tuvieron que someterse a formas democráticas que no se acomodaban con su personalidad, resueltamente imperativa, formas que sólo hoy había de ser lícito que fueran arrojadas a un rincón por hombres dotados de igual fortaleza a la que aquéllos poseían, sin que el mundo se alzara en oposición contra ello. Se dan, en realidad, tiranos, en el sentido antiguo del vocablo, dotados de tan gran amor a los hombres, que, a veces, se les envidia por la libertad de sus decisiones, y se pregunta uno si una fuerte voluntad, girando en la caja de bolas de un gran carácter, no funciona mejor que muchos ejes que primero tienen que ponerse en equilibrio unos con otros. El peligro reside en la falta de un control que manifieste sus límites y errores al único que actúa y en la falta de sucesión a la muerte del dictador; a pesar de ello, no puede rechazarse, especulativamente, en filosofía política, la representación de una forma del Estado que pueda colocar en la gran prueba a un carácter único, en vez de pensar en quinientos diputados; pues la verdadera democracia es hasta ahora inalcanzable.

Lloyd George aporta para esta actividad, aparte de una fuerza de acción verdaderamente inagotable y aquel su obstinado sentido de justicia y de oposición a los derechos hereditarios, otras dos cualidades, una de las cuales, por lo menos, es más bien celta que inglesa: gran fantasía y la comprensión intuitiva de otros caracteres que se asemejen al suyo. No es una naturaleza música, pero sí musical, como les ocurre a muchos otros celtas; con tan escasa cultura y tanta fantasía, el hombre se decide velozmente, y, ya por ello, parece ir siempre algunos pasos por delante de los pensadores de problemas del tipo de Balfour, sin alcanzarlos no obstante jamás. La expresión de Lloyd George, reconcentrada pero absolutamente franca; este cráneo cuadrado con sus ojos penetrantes y amables; una mirada que es una mezcla de concentración y humanidad, denotan su carácter, y si pasa por astuto, y es cierto que lo es, sin embargo no tiene nada de bellaco. Pequeño y grueso como es de figura, eleva frecuente-

mente, con fruncidas cejas, su mirada hacia su interlocutor, en general más alto que él, y mientras que el otro habla, deja percibir, por dos o tres veces, una ironía embozada —después se lanza elocuentemente a la respuesta, en la cual arroja, como con honda, los argumentos, con una especie de amabilidad decisiva. Sus miradas, cuando escucha, hablan de fantasía y sentido de orientación, pues siempre quiere continuar aprendiendo, jamás se siente en el puesto del sabio, del examinador, sino que asimila toda comunicación o idea con las suyas, con lo cual éstas se transforman químicamente sin cambiar su volumen.

Si debiera citar algún rasgo fundamental, de siempre reconocido en él por mí, cosa difícil, expuesta a error en la descripción de todo carácter, designaría la ingenuidad de este hombre, el más astuto, ágil y mudable entre los hombres de Estado de hoy en día, pues sólo con un abierto, claro e ingenuo sentimiento de su propio valer puede alguien, con igual buena fe, adoptar tan diversas formas de existencia y conducta sin engañarse a sí mismo ni a los demás. Por ello, actúa de un modo realmente irresistible, en forma análoga a la de Briand, pero posee otra especie de ingenuidad que el político francés. Indudablemente, ambos hombres la tienen, hasta de manera más íntima que, por ejemplo, Masaryk o Nansen, cuyos fundamentos morales están sustituídos, y al propio tiempo excluídos, por una especie de inocencia cínica.

Este rasgo es anti-inglés hasta tal punto, que semejante hombre tiene que actuar sobre los ingleses como un bicho raro en una zona extraña, análogamente a Disraeli, el cual también actuaba precisamente merced a su raza extraña y conquistaba por sus singulares sentimientos la admiración de un pueblo tan prudente como el británico, cosa que los sentimientos más brutales y los pensamientos menos definidos de otros pueblos le niegan al extranjero.

II

Dos singularidades aportaba el diputado de veintisiete años a la Cámara baja cuando, en 1890, pronunció su sorprendente primer discurso. Al igual de Venizelos, venía de un país sólo a

medias fusionado; al derecho de sentarse allí legítimamente, añadíase la ventaja de proteger intereses no del todo pertenecientes a su propio país, y de proteger su particularismo con una especie de obstinación. "Tenemos que ser fieles a nuestra nación —escribió entonces—, pues no podemos ser gente buena sin ser buenos galeses. A Inglaterra tenemos que admirarla de corazón, pero no queremos imitarla. Nuestro principal tema sigue siendo el de permanecer fieles a nuestro propio país y pueblo. Por ello, un *home rule* para Gales". De esta posición separada, como no inglés, obtuvo Lloyd George mucha utilidad; en tal situación política, se tienen dos pases y se muestra uno u otro según lo que convenga.

También supo aprovecharse de una segunda desventaja. No procedía de Oxford o de una de aquellas Universidades en las que se formaron los grandes oradores de la Cámara baja; con los ochavos ahorrados por el tío, sólo había podido estudiar Derecho tan rápidamente como le fuera posible y tuvo que comenzar a trabajar como abogadillo siendo aún muy joven. Al mismo tiempo, a los diez y ocho años, aprendió a ser periodista, escribiendo, bajo el nombre de *Brutus*, y más joven aún a hablar en el púlpito. Pues en la severa fe de aquella secta, próxima al calvinismo, el púlpito era a la vez tribuna local en la que se discutía sobre temas de fe junto a las cuestiones sociales del día; el púlpito de Gales había producido grandes oradores, en cuyo modelo se formaba este joven.

Al propio tiempo, su conocimiento popular de la Biblia le dió, para más tarde, en lugar de la formación de Oxford, una especie de tesoro de citas, poseído desde mozo, cuando, en la tienda del tío, oía discutir a los parroquianos con su zapatero sobre cuestiones de fe, reuniendo así un importante saber en este terreno especial, que empleaba de un modo totalmente revolucionario. Con este saber, todavía hoy es capaz de arengar a una muchedumbre, la cual, en Inglaterra, escucha con mayor interés pasajes del Antiguo Testamento que comparaciones tomadas del mundo antiguo y acaso que ejemplos de la historia de Inglaterra. Todo esto concurrió para hacer a Lloyd George popular desde el principio.

Materia principal de estos debates juveniles la constituía la cuestión de ricos y pobres. Había visto cómo el señor de la finca

despedía a los aldeanos porque votaban a los liberales; por encargo de su tío, había llevado cada semana un chelín a una asociación local que luchaba en favor de los liberales, y ya a los veintiséis años, había llegado a ser consejero municipal de un pueblo pequeño, tanto que se le llamaba *baby alderman*. Al mismo tiempo tenía que luchar con el padre, bastante bien acomodado, de una muchacha a la que quería tomar por esposa, pues era demasiado pobre para éste; pero después, cuando llegó a contraer matrimonio, era ya tan conocido entre su gente que fueron quemados unos fuegos de artificio en honor suyo y sin dilación pronunció un discurso. Pronto dejó a cargo de su hermano los asuntos de abogado y se dedicó a escribir, a agitar a las gentes, a ser candidato, y, en realidad, fué elegido para la Cámara baja con la sorprendente mayoría de diez y ocho votos.

En esta primera lucha, hizo una declaración cuya significación simbólica se extiende mucho más allá de lo local y del momento: "Primeramente soy nacionalista galés y después liberal". Esta frase, pronunciada en el obstinado círculo de una pequeña nación que lucha por su soberanía, permite ya prever el gran conflicto que, treinta años después, debe producirse dentro de su ánimo cuando tiene que elegir entre los postulados nacionales y los liberales. No ha ganado en la lucha.

Pero afrontó brillantemente las primeras pruebas de este problema. Cuando luchó contra la guerra con los boers, Lloyd George era un hombre al final de la treintena. No fué su período de mayor fortaleza pero sí el más puro, y si sus discursos de este tiempo recuerdan algo de Cromwell, su pacifismo no se opone en nada a la comparación con el hombre de guerra. Desarrollaba pasión religiosa y valor personal ante la muchedumbre, la cual, en su mayor parte, hasta en lo hondo de las filas liberales, opinaba en favor de la guerra.

"¿Por qué soy opuesto a esta guerra? —exclamaba—. Porque nada paraliza el progreso tanto como la guerra. Tendría que sentirme avergonzado ante Dios y los hombres si no protestara contra algo que me parece infame. ¿Es realmente traidor todo político que se opone a una guerra durante el curso de la misma? Entonces Chathan es traidor y Burke y Fox y Cobden y Bright y hasta el propio señor Chamberlain: ¡puros traidores! . . Mientras que Inglaterra y Escocia están enturbiadas por la sangre, el

cerebro de Gales permanece claro, marcha adelante con sereno paso por el camino de la libertad y del progreso... La *Unión Jack* es orgullo y propiedad de todo nuestro país. A nadie le es lícito admitir que sea transformada en el pañuelo de las narices del señor Chamberlain".

Continuó así durante dos años: Lloyd George llegó a ser el hombre más impopular de Inglaterra, cierto que con el presentimiento de que, de esta manera, llegaría a ser el más popular al mudarse las cosas. Sus motivos no eran otra cosa que indignación contra la política de un gran Estado que caía sobre uno pequeño para robarle su territorio. ¡Qué papel peligroso en medio de la embriaguez nacional! Su casa fué amenazada, su mujer maltratada, su bufete en la Cámara destrozado, y, cuando se atrevió a hablar en Birmingham, la fortaleza de Chamberlain, las piedras entraban volando por las ventanas, la policía tuvo que salvarlo y sólo pudo regresar por fin a su casa con un uniforme de policía.

El cambio se produjo ya un año después de terminada victoriosamente la guerra: entonces, millones de entusiasmados ingleses vieron que la protección aduanera de Chamberlain, con sus daños, sólo era necesaria en el caso de más fuertes armamentos, y el hombre del pueblo, que hablaba en contra de los acorazados y en favor de las escuelas, volvió a ganar el favor de esta masa ciudadana con bastante rapidez. Aun lo consiguió de modo más fuerte, cuando se dictó una nueva ley de educación que apoyaba a la Iglesia oficial y debía debilitar a las diversas sectas, y también, por lo tanto, a la Iglesia de Gales. "Es eso —exclamó en una asamblea—, como si un pastor atrajera fuera de sus pastos a las ovejas de un rebaño, mostrándoles un terreno más nutritivo. Con estas leyes, los padres deben vender la fe de sus hijos a cambio de ventajas exteriores". Después amontonaba sus ironías contra el catecismo oficial. "¿Qué se dice allí? Debéis conduciros respetuosamente con vuestros superiores. —Y ¿quiénes son los superiores? —Los más altos por su nacimiento, riqueza y posición. —¿Encuentra usted, pues, debido que Lord X trate respetuosamente al secretario de Estado? Y ¿tengo que preguntar a un señor por la cuantía de sus cuentas en los bancos, a fin de saber si debo descubrirme ante él? ¡Bajo tal *snobismo* padeció ya, en otro tiempo, el Hijo del Carpintero!"

Cuando, por último, la ley fué aprobada, Lloyd George supo impedir su aplicación en Gales mediante una obstrucción, y toda Inglaterra miró pronto hacia él, con hostilidad o simpatía: se había convertido en el caudillo popular por la pureza de costumbres, la libertad de la fe, la oposición contra la guerra, y, con ello, comenzó el peligro para su carácter inestable; pues, por desgracia, los mejores caudillos populares no están internamente asegurados contra las seducciones de la muchedumbre. Como todo el mundo miraba hacia él, comenzó a contemplar, con mayor intensidad que antes, los semblantes del mundo. Hasta el rey Eduardo salió de su reserva e invitó al singular enemigo de sus amigos a ir a su palacio para poder verlo.

No llegó a ser un adalid obrero. Ahora, a los cuarenta años, en la época en que con tanta frecuencia el revolucionario se convierte en hombre de Estado, medió más bien, por primera vez, entre el gobierno y el proletariado al amenazar una gran huelga; como entonces gozaba todavía de la confianza de los trabajadores y tenía ya la del gabinete, fué capaz de apaciguar el enojo. Entonces su partido había tenido que darle un cargo, y en él, como director de la Cámara de Comercio, con asombro general, acreditóse de organizador. Durante largo tiempo, guardó silencio en el Parlamento, no combatía, sólo vivía encerrado en estudios, proyectos e innovaciones, y en poco tiempo fué capaz de prestar vida tan nueva a su cargo, que, en 1907, fué promovido a ministro de Hacienda del Imperio. El hombre que lo había llamado, el nuevo primer ministro liberal, era Asquith.

III

Asquith, diez años mayor que Lloyd George, aparece desde el principio, a su lado, como un mentor que mantiene su tranquila mano sobre el tormentoso protegido; pues hace brotar directamente las brillantes dotes de su colega. Cuando, después de la Guerra, hablé por primera vez con uno y otro en la misma semana, el sentimiento me llevó plenamente del lado de Asquith, aunque no había en él nada de asombroso. Encontraba allí la gran tradición inglesa realizada de un modo casi clásico.

No se podían hallar fácilmente dos cabezas más diversas: el alto y afeitado semblante de romano del mayor, con sus finos labios, la levantada frente, la seria y atenta mirada mostraban el hombre que primero piensa y después actúa; el ancho cráneo del más joven, con su mirada concentrada, la nariz venteadora, los ojos claros y atractivos, indicaban un carácter plenamente activo.

El uno parecía descender más bien de la calma de la reflexión a las deducciones finales de la acción; el otro, en una transversal llanura ascendente, parecía alcanzar con cada paso el siguiente o facilitar el darlo. La clásica educación del primero oponíase a la experiencia viva del segundo, el silencio del más viejo a la facundia del más joven. Como ambos, en el Estado, perseguían fines análogos, la diferencia de sus caracteres sólo se manifestaba en la elección de medios, en lo cual la nobleza quedaba por completo del lado de Asquith. Negocios de bolsa que más tarde envolvieron a Lloyd George en un enojoso asunto, no los hubiera hecho jamás el primero, ni menos habría sacrificado o dejado a un lado, a un amigo en la confusión política. Cierto que también Asquith poseía energía y Lloyd George sentía la responsabilidad, pero estaban mezcladas en grado diverso, en forma que, propiamente, sólo el *humor* les ligaba a ambos y aun éste era de especie totalmente diversa. Un *gentleman* siempre se opone a un tribuno popular. No es milagro que rompan uno con otro, sino que, con tan profundas diferencias, se mantengan juntos durante diez años; en esto, parece que todo el mérito está del lado de Asquith.

Con un hecho histórico comenzó Lloyd George, en 1909, su actividad como "canciller del *Exchequer*" británico. Lo que se atrevió a hacer y lo que fué con razón llamado "presupuesto de guerra", aunque se vivía aún en medio de la paz, no era nada menos que la señal hecha a los señores feudales de Europa de que se prepararan a despedirse, o a una espantosa lucha final. Toda la tierra prestó oído cuando el pequeño vástago de maestro y zapatero, en nombre de la humanidad y de la justicia, desafiaba a los poderosos lores en sus antiguas fortalezas seculares. Quería proporcionar a los pobres el triple seguro por cuenta del Estado que un año antes había estudiado en Alemania; para ello, necesitaba catorce millones de libras esterlinas y estaba

decidido a obtenerlas de los ricos por medio de un impuesto sobre la tierra. No la cantidad, sino la fuente, llenó de asombro al mundo.

Entonces se vió obligado a defender su presupuesto durante más de cuatro horas, sin demagogia, con la más alta gravedad, frente a los mayores oradores de la Cámara de los Comunes, en forma que al pronto todos se sintieron llenos de sorpresa y admiración. Los auditores, después Inglaterra y el mundo entero, comprendieron todos que aquéllos eran los primeros hachazos de un leñador nacido del pueblo para sacudir, hasta su copa, un árbol antiquísimo. Para terminar, dijo así:

"¿Por qué he de echar las cargas sobre los hombros del pueblo? Pertenezco a él, conozco sus cargas y Dios me librará de que aumente en un grano las que sufren aquellos que las soportan con tanta fuerza y paciencia. Cuando ocupé este cargo, decidí que con mis presupuestos no sería lícito que quedara más vacía ningún arca del pueblo, ni fuera más difícil ningún destino . . . No puedo renunciar a la esperanza de que nuestra generación dé un poderoso paso de avance en un país donde la pobreza, la miseria y el rebajamiento humano deben ser alejados tanto del pueblo como los lobos que en otro tiempo habitaban en nuestros bosques".

Cuando los terratenientes se alzaron apasionadamente contra este presupuesto, y, con ellos, casi todo lo que se sentía conservador en Inglaterra; cuando, por primera vez desde hacía siglos, los lores opusieron un veto y se hubo apelado al país con nuevas elecciones, sólo entonces, en sus viajes electorales, se encontraba Lloyd George auténticamente en su elemento. Si se hubieran adoptado de primera intención sus presupuestos, habría sufrido un desengaño. Si sólo con la negación había podido combatir contra la Guerra Africana, sin miras de interrumpirla efectivamente, ahora su adversario estaba a la defensiva y el revolucionario arrojaba contra los ricos todo el peso moral de su alcurnia y de la ética social. "¿Quieren desencadenar una revolución? ¡La tendrán! ¡Los lores pueden comenzarla, pero el pueblo la terminará! ¡Las consecuencias serán gigantescas! Plantearánse cuestiones que hasta ahora sólo fueron enunciadas en humildes murmullos y se exigirá poderosamente una respuesta. ¿Quinientos hombres, será preguntado, gente vulgar que por casualidad no

tiene nada que hacer, deben forzar la voluntad de millones de seres humanos que elaboran la riqueza y la fuerza de este país? ¿Quién propiamente ha ordenado, preguntaráse, que sólo unos pocos deban estar en posesión de nuestro país? ¿Quién ha hecho a diez hombres propietarios del suelo, convirtiendo el resto en ladrones en el país donde hemos nacido?".

Desde Cleón, exclamaban los lores en respuesta a ello, no se ha dado ningún demagogo tan ruin y charlatán como este canciller del *Echiquier*. Desearía verlo tirado en el suelo, escribe un par del reino, destrozado por mis cuarenta perros de presa. Otro les promete a sus gentes que después de la caída de este ministro, les asará un buey en su parque y no sabe, en modo alguno, hasta qué punto confirmaba, con esta forma de ejercer el favor señorial, el ataque de su enemigo contra costumbres medievales. Pero el siglo XX fué más fuerte, triunfaron los liberales en las elecciones, y, esta vez, la Cámara de los Lores tuvo que aceptar el presupuesto y cuando Asquith pronunció un discurso en elogio de Lloyd George, miraba éste hacia la tribuna, pues allí, durante aquella sesión, había hecho que ocupara un asiento su anciano tío y casi padre, a fin de que oyera, por sus propios oídos, lo que habían dado de sí, hoy, sus enseñanzas y sacrificios de otro tiempo.

Hubo golpe tras golpe. Si por primera vez había arrebatado a los lores una parte de su dinero con sus impuestos, salióse inmediatamente con el proyecto de quitarles también su poder: destruyó el derecho de veto de la Cámara Alta y removió con ello uno de los fundamentos de la Constitución británica. Todo esto no se verificó como una partida de ajedrez político, sino con el apasionamiento de una naturaleza plenamente revolucionaria, que combatía todos los derechos hereditarios porque había despertado a la conciencia y se había criado bajo carga.

"¿Quiénes son, pues, realmente, esos pares? —exclamó en uno de sus discursos—. Se reúnen aquí, nacidos en un círculo mágico, protegidos por un serafín con espada de fuego en el jardín del Edén, donde sin trabajo impera lo superfluo. Nada saben de los cotidianos esfuerzos de un trabajador; de todos los conocimientos y experiencias, de toda la habilidad que tiene que adquirir para ganar su pan de mil maneras. Todo esto no es de su patrimonio. El maná es abundantemente derramado

sobre su camino, otros lo recogen para él, todo lo encuentran preparado. No trabajan, no tejen . . . con excepción de aquellos pocos que se permiten el capricho de trazar con el arado un solo surco que nunca les resulta derecho. No recogen tampoco la cosecha, no muelen el grano de oro, no lo transforman en pan. Lo encuentran, por primera vez, cortado en apetitosas rebanadas sobre su mesa. El brillo del sol de su vida los ciega y no ven la miseria en torno suyo".

Sí, el pequeño encantador logró convertir en impotentes a los lores que le odiaban. Aquél fué el día de su mayor victoria, mucho más importante y duradera que, diez años después, cuando, envuelto en el brillante resplandor de la firma de la paz, regresó a la capital, y el rey, llevándolo en su coche, lo mostraba al pueblo como salvador.

IV

Se le ha llamado político, pero se le ha desposeído del título de hombre de Estado. ¿Dónde está la frontera? Algunos críticos cuidan de establecer esta gradación para daño de un hombre cargado de éxitos, lo mismo que otro tiene que ascender, aparentemente, de escritor a poeta. En ninguno de los dos casos es posible una definición y delimitación. Si le es conferida la corona de laurel a un espíritu productivo, ¿quién podría negársela al hombre que, con su pasión y su cautela, ha abierto una edad nueva en la vida de Europa, con daño de una pequeña clase social y beneficio de millones de hombres? Todo lo ocurrido en el terreno social desde el famoso presupuesto de Lloyd George, confirma que fué clara su mirada. En esta cuestión, el espíritu del hombre de profunda sensibilidad fué impulsado hacia adelante.

Con menor clarividencia vió en un principio a Europa: entre el pacifismo y la defensa de la seguridad del país, fluctuó largo tiempo de un lado a otro. Mientras Inglaterra tenía que prevenirse contra las ascendentes pretensiones marítimas de Alemania, resistióse (y también entonces Churchill) a las exigencias del Almirantazgo, y no vió que lo que había enunciado contra la

guerra de conquista de Inglaterra en África no tenía ya aplicación en el caso de un armamento defensivo de la misma Inglaterra.

Sólo en los últimos años antes de la Guerra reconoció el peligro alemán y pronunció en 1911 un discurso advertidor, que, precisamente a él, el hombre de la paz, le fué encargado por sus colegas Asquith y Grey. Ya había llevado la palabra en una conferencia, según me refirió más tarde el entonces embajador alemán conde de Wolff-Metternich, aunque no era el *Premier* ni el primer Lord del Almirantazgo, y defendió, contra los alemanes, la fórmula de escuadra de "tres a dos", sin saber que, justamente, este sobresaliente diplomático alemán trataba en vano, entonces, de lograr en Berlín la misma fórmula. Por el contrario, es inexacto que después de aquel amenazador discurso, Metternich haya exigido la destitución de Lloyd George, cosa que antes había sido intentada y conseguida en París con Delcassé. "Entonces reconoció Lloyd George —según escribe Churchill—, que estábamos próximos a la guerra. Vió el rumbo que tenía que tomar para mostrar a Alemania que en el conflicto tendría en contra suya a Inglaterra".

Pero en el año de 1914, habló otra vez de la necesidad de reducción de los armamentos para rebajar los derechos aduaneros y aliviar al pobre contribuyente: "Desde hace veinte años, éste es el momento más favorable para desarmar. Ambos países no podrían ganar nada con una guerra y podrían perderlo todo". Y todavía el 23 de julio, un día antes del ultimátum austríaco a Servia, decía en la Cámara baja con perfecto desconocimiento de la situación: "Nuestras relaciones internacionales son mejores; ya no nos hablamos a gritos, comenzamos a comprendernos, a fin de actuar en común por objetos comunes".

Hacia aquel tiempo, en junio del año 14, lo vi, por primera vez. En honor de no sé qué rey, relucía esplendorosa la Ópera con tantas coronas y joyeles como bien pronto no sería lícito hacerlas resplandecer de nuevo. En el gran palco del gobierno, a la izquierda del regio, estaban los ministros con sus adornadas señoras; aun más brillantes, al otro lado, los embajadores extranjeros. Mirando hacia el rincón de aquel palco de la izquierda, estuve observando, durante media representación, con los gemelos de teatro, la cabeza del canciller del *Echiquier*, que entonces,

con sus disposiciones de policía higiénica, provocaba un cierre temporal de restaurantes y bares en toda Inglaterra, y en especial en Londres. Con enojada mirada, en apariencia abandonado totalmente por su natural placer de vivir, permanecía allí, en su rincón, aquel hombrecillo, fruncía hacia abajo las comisuras de los labios y pensaba: ¡Deben pagarme un veintitrés por ciento de contribución estos ridículos holgazanes, estos herederos y ladrones, estos ostentadores de brillantes! ¡Un veintitrés por ciento! — En el segundo entreacto había desaparecido.

Al otro día, leí que la Cámara de los Comunes, que todavía deliberaba a las once de la noche, lo había recibido con los sarcásticos gritos de: "¡Ópera! ¡Ópera!", pero, más tarde todavía, apoderóse de la palabra el ministro. Mientras se alzaba de sus asientos la resplandeciente reunión de la Ópera, se escuchaban los dos himnos regios y la cadena de carruajes se ponía en movimiento para acoger a todos aquellos príncipes y duques y volver a encerrar todas aquellas piedras preciosas; a la misma hora, en la Cámara baja, se levantaba el hijo del zapatero, y les gritaba a sus adversarios: "¡Han pasado los tiempos, señores míos, en que los pobres tienen que aceptar su estado como una necesidad querida por Dios! ¡No sólo el Ulster está en vísperas de revolución! ¡La democracia es más fuerte que nunca! ¡Tened cuidado!"

La lucha entre sus dos almas, como britano y como europeo, no llameaba únicamente entonces en el corazón de Lloyd George: atravesaba éste, con perceptibles consecuencias, por lo que conmovió, por lo menos durante un instante, a todos los socialistas de Europa cuando el Destino les presentó el problema de si debían luchar por su pueblo o impedir la lucha a causa de la humanidad; hasta Jaurés, pocas horas antes de su asesinato, se sintió vacilante, como lo atestigua su último artículo.

Para comprender especialmente el conflicto de Lloyd George, recuérdese la división que, no desde ayer, sino, en el fondo, desde la Guerra de los boers, amenazaba al partido liberal y oscurecía la confianza de sus miembros más imperialistas frente a los más pacifistas. Ocurría así que Asquith, Grey y Haldane les ocultaban más de una cosa a sus colegas. Más tarde, he preguntado a los tres sobre su disposición de ánimo y situación en los últimos días de julio y adquirí la impresión de que Haldane expresó

plenamente la verdad en estas palabras: "La unión de nuestra escuadra con la francesa no era ninguna convención militar ni ningún pacto diplomático". A pesar de ello, también tiene razón Churchill, quien llamó a esta unión de escuadras "lazo extraordinariamente firme". Y no obstante, vuelve también a ser verdad no menor lo que me declaró Grey de que dos meses antes de la guerra todavía no creía en ella.

El que Lloyd George fuera probablemente el más sorprendido de todo el Gabinete dedúcese de su optimismo, de su ingenuidad, y, seguramente también, de su amor a la paz. Me confirmó más tarde que, todavía el primero de agosto, cuando los jefes de los mayores bancos de Inglaterra le comunicaron los deseos de paz de la City, estaba más bien resuelto a retirarse que a participar en la guerra. "Entonces había convenido yo con Morley y Gurns nuestra común dimisión si no lográbamos hacer mudar la opinión de la otra parte del Gabiente. Pero el domingo, cuando los dos abandonaron en realidad el Ministerio, permanecí, no obstante, yo, para, con gran violencia, echarlo todo patas arriba".

La invasión alemana de Bélgica en los días siguientes, el clamor de socorro del rey Alberto, cambiaron la situación y las disposiciones de ánimo. Todavía durante el discurso decisivo de Grey, el 3 de agosto, estaba indeciso Lloyd George, y esperó, hasta medianoche, por una posible aceptación del ultimátum británico; con Grey y Lord Crewe, pasó silencioso estas últimas horas en el gabinete de Asquith, hasta que la campana de Westminster dió las doce de la noche sin que hubiera contestado Alemania.

Los motivos más profundos de una conversión como la que experimentó Lloyd George el 3 de agosto, análoga a la del conde de Tisza a mediados de julio de 1914, son siempre íntimamente políticos, por lo tanto, no nacen de ningún fundamento moral. Entre sus adversarios, uno que actuó en el punto central de los acontecimientos del día y de la hora, que nunca compitió con él en ningún sitio y cuyo carácter es garantía de la más alta confianza, ha vuelto a exponerme motivos de tipo demagógico.

Según ello, Lloyd George había reconocido en 1914 que el régimen liberal, después de tantos años de servicios, estaba gastado; que, él mismo, sólo tenía alguna probabilidad de gobernar con la fundación de un nuevo partido, que quería crear junto

con Mac Donald, análogo al partido radical-socialista de París. Como amigo de la paz, no podía desear la advertencia a Alemania, querida por Churchill, Asquith, Haldane y hasta por Grey mismo, pues tenía que conducir a la lucha a Inglaterra, si Alemania atacaba, a pesar de ella; hoy en día, veinte años más tarde, todos los que conocen la situación de entonces, y en especial el carácter alemán, están penetrados del convencimiento de que la manifiesta amenaza de Inglaterra de marchar al lado de Francia, habría obligado a la retirada a los alemanes; es decir, habría impedido, por aquella vez, la Guerra Universal, tal como yo lo expuse, inmediatamente después de la Guerra, en mi libro *Julio 1914* (1). Lloyd George parece haber determinado entonces la reacción de la mitad pacifista del gabinete, ya que Grey no pronunció la palabra decisiva, y el galés, al hacerlo, iba dirigido por el deseo de que, en las nuevas elecciones solicitadas por él en la neutral Inglaterra, su partido en formación, naturalmente con él como jefe, fuera llevado a la victoria en la lucha de las urnas con el lema de "¡contra la guerra!". Asquith y Grey no podían arriesgarse a que saliera del gabinete el ministro más popular; se hicieron atrás para no tener que convocar nuevas elecciones, y de este modo, se entró demasiado tarde en la Guerra.

Vino entonces la invasión de Bélgica. Lloyd George, con su fino olfato, notó al instante que la posición de los no conformistas de la opinión pública británica se modificaría fundamentalmente con tal hecho el 2 de agosto, y, en pocas horas, cambió su dirección, sin comunicarle nada a ninguno de sus amigos; también a Mac Donald lo dejó en la incertidumbre, y el día 3 se puso en marcha con el gabinete de Guerra.

Todo esto no excluye, ya que los motivos son complejos, su deseo de salvar con mayor seguridad, por el camino bélico, a Inglaterra, contra la cual, tanto a él como a todos los sobresalientes cerebros ingleses les parecía en verdad dirigida la lucha alemana; pues contra una Alemania victoriosa, sólo podría afirmarse la Inglaterra permanecida neutral con el auxilio de Norteamérica y esta posición era muy dudosa. Seis años antes, cuando estudiaba el seguro de la vejez alemán, había estado reunido una

(1) Traducción española, "Editorial Juventud, S. A.", Barcelona, 5 ptas.

noche con Spender en Stuttgart, que es quien lo refirió, había comparado el conflicto anglo-alemán con Roma y Cartago, y dijo al fin pensativamente: "Sólo querría saber si nos cogerá tan mal armados como a Cartago". Y ya a los veintiséis años, en sus primeras elecciones, al presentar su candidatura al consejo municipal de Gales, había dicho: "Primero soy nacionalista y después liberal".

Tenía ahora cincuenta y dos años, hombre poderoso en el Imperio universal británico, temido como reformador social, respetado por su energía nunca fatigada a la cual una fantasía osadamente tensa daba siempre alimento con nuevos materiales: ¡entonces vino la hora de Cartago! Sí, él era opuesto a la guerra, que paraliza todo progreso; se había dejado apedrear cuando habló acusadoramente, en todo el país, contra la Guerra de los boers. Tampoco ahora existía un ataque alemán, como contra Francia, y la amistad con este país no era ninguna alianza (1). Pero había tratados para la protección de Bélgica, y, muy por encima de ello, la conciencia europea que atribuía un carácter sagrado a los tratados. Entonces vió cómo el gobierno de aquel país más joven, entonces vió cómo Roma desgarraba el pedazo de papel y atacaba de improviso a un país pequeño. Castigar aquel hecho era un mandamiento moral.

---

(1) Cuando Lloyd George, en su *Memorias*, aparecidas después de escrito esto, culpa a Lord Grey de no haber advertido al gobierno alemán antes de la invasión de Bélgica, con lo cual habría evitado la guerra, tal cosa, en primer lugar, era imposible en cuanto a la forma, pues ¿cómo se puede amenazar a un Estado amigo, con el cual por el momento se vive en paz, de que se le castigará si mañana comete un crimen? Además, asómbrese uno de que Lloyd George no tenga nada que decir de una proposición con la cual él había planteado esta solución, en una reunión del gabinete o con carácter privado.

Al mismo tiempo, me acusa de una peligrosa inducción al error porque en mi libro *Julio 1914* digo que la mansedumbre en Londres, tenía un espíritu pacífico; hablan así no sólo todos los testigos de aquella jornada, sino que también su propia exposición confirma la mía" al hablar de los días anteriores al 1º de agosto y su frase "*All wars are popular on the day of their declaration*" ha sido refutada cien veecs en las más recientes historias. Lloyd George se refiere especialmente a las demostraciones que contempló desde su ventana en Downing Street y confirma, con ello, la trágica verdad de que los ministros de todo gobierno, en general, sólo conocen lo que es ejecutado delante de su ventana por algunos centenares de personas, pero no la desazón de los millones de gentes que leen en los periódicos que, a causa de haber sido violada la neutralidad de cualquier país que les es plenamente indiferente, de la noche a la mañana tendrán que dejarse matar a tiros.

Pero al mismo tiempo, vió ante sí el campo para una magnífica actividad, y este campo era su propio país. Cuando un temperamento tan fogoso siente llegada la hora decisiva frente a un rival poderoso; cuando experimenta en sí la seguridad de poder desempeñar el primer puesto en la lucha, mediante su actividad y talento, y de modo mejor que los otros; cuando, además, tal hombre es por completo un hombre del pueblo, siempre en acecho de lo que puede decir la muchedumbre y cree sentir, con su sentido sugestivo, cómo se electriza a la multitud: ¿debe hacerse atrás, y lo mismo que un sanitario, recoger heridos o regir hospitales? Mírense los depurados rasgos del semblante de Lord Morley y después los pliegues de la frente de Lloyd George, y se comprenderá por qué se quedó éste con el gobierno cuando el otro abandonó la sala del Consejo.

Pero, ¿no era semejante entonces a su gran adversario el belicoso Chamberlain? Sus innatos caracteres ¿no habían sido modelados por Dios con un parentesco mayor de lo que sus adquiridas concepciones les permitían creer a ellos mismos? En Lloyd George, ¿no era todo apropiado para combate y sólo la moral, la reflexión y su concepto del mundo le apartaban de determinadas formas de combate, a las que se llama "guerra"? Todo lo acumulado en esta energía nunca del todo agotada, en esta voluntad de vivir centelleante, para ser empleado un día en una desmedida actividad, todo lo que apartaba para siempre del equilibrio a este amigo de la paz, de los idilios a este luchador, a este demócrata de la mayoría de votos, concluyó en aquella hora en su corazón. ¡Por fin, el dictador nato podía dar libertad a su naturaleza! Arrojóse al alborotado mar, jurándose a sí propio alcanzar a nado la orilla de la victoria.

V

LLOYD hizo balas. Después de que, como Canciller de la Tesorería, se hubo perjudicado en todo el mundo con la frase de las "balas de plata", pero extrayéndolas, no obstante, del país, por sus medios de encantamiento, la coalición que había hecho indispensable la guerra colocólo a la cabeza de un cargo nueva-

mente creado que necesitaba de un gran organizador. En las ciudades y lugares de reunión, donde, quince años antes, había tronado apasionadamente contra la guerra, excitaba ahora a ir a ella, y, hablaba de tal modo, que sus discursos servían al mismo tiempo para todos los coaligados y eran divulgados en muchos idiomas. Era como si su naturaleza combativa quisiera ser castigada ahora con el éxito de un entusiasmo bélico que sus dogmas le habían prohibido antes. Fué a los talleres y atizó el espíritu de acometividad de los trabajadores; dando golpes con el pie en tierra, hacía brotar fábricas y talleres, pues, en este país no belicoso, faltaban municiones de toda suerte, y, al cabo de tres meses, ochocientos mil hombres estaban en los tornos, en los altos hornos, en las fundiciones y hacían cañones y balas para sus hermanos del frente. Entonces hizo Lloyd George en Inglaterra lo que Rathenau venía realizando en Alemania, no exactamente lo mismo, pero con la misma profunda mirada y energía para recuperarse de las imprevisiones.

Lentamente, ya que sólo de modo sucesivo podían acomodarse las Islas a una disciplina desacostumbrada desde hacía mucho tiempo, a un espíritu común y de sacrificio que en Alemania había sido creados por la tradición y exigidos por la necesidad. Por primera vez, en el año 1915, consiguió Lloyd George hacer una despiadada leva, y él, el apasionado enemigo de todo obligación militar, no dispensó a los suyos, envió un hijo al frente, con quien hubiera podido ser benigno, y lo perdió. Con los reveses, ante el siempre impenetrable muro de los alemanes, ascendió su pasión agresiva; sus sentimientos de *match* —era en esto plenamente inglés—, de venganza, y seguramente que también ahora de odio, acrecieron su energía y fué capaz de trasmitirla a un pueblo que, entre su guiadores, contaba con muchos moderados. ¿Era milagro que con tales disposiciones de ánimo, rodeado por sus colegas conservadores de la coalición, se desenvolviera cada vez con más fuerza hacia la derecha? Precisamente por haber demostrado antes que no quería guerras, podía dirigir con toda pasión, ante su propia conciencia y ante su pueblo, esta guerra a la que Inglaterra no había ido llevada por el capricho.

Después, en el verano del año 16, cuando, con la muerte violenta de Kitchener, quedó vacante el Ministerio de la Guerra, fuéle adjudicado automáticamente este empleo decisivo como al

de más fuerte energía. El dramaturgo describiría en un monólogo los mezclados sentimientos de Lloyd George ante la noticia de la desaparición de Kitchener, el cual nunca lo designaba de otro modo sino como ese "polvorilla de pequeño galés", y, durante dos años, se le había atravesado en su camino. Al instante, el nuevo ministro privó al gran Estado Mayor de importantes campos de resolución, pues, en la plenitud del conocimiento de sus fuerzas, estaba decidido a llevar por sí mismo la estrategia. Cierto que, en la primavera del año 16, su consejo de apoyar a Rumania fué tan escasamente seguido como lo había sido antes el de sostener a Servia. Una y otra vez tenía razón, de modo fatal, pues su idea fundamental era justa: la guerra no sería decidida en el frente alemán, sino en el de los Balcanes, por lo cual también habló en favor del frente de Salónica.

Cuando, a consecuencia de ello, querían echarlo como a un diletante, respondió: "Conozco la estrategia política". En efecto, de ello se trataba, y Lloyd George demostró de nuevo que la política está más emparentada con la estrategia militar que la militar con el conocimiento de un cañón o la maniobra de una división. En realidad, la Guerra Universal no fué ganada por Haig, Joffre y Foch, sino por Clemenceau y Lloyd George. Una vez, como el mariscal Haig le dijera a este último: "Mañana conquistaré a Paschendaele", Lloyd George le respondió con enojo: "Ha tomado usted por asalto una aldea y hemos perdido Servia; ha conquistado usted otra aldea y hemos perdido Rumania. ¡Ya es bastante!".

Hablaba de este modo contra todo el mundo, pues, después de la muerte de Kitchener, sus elementales fuerzas de choque avanzaban sin obstáculo alguno en el seno del Gabinete: estaba maduro para dictador, y cuando la larga Guerra exigió, por todas partes, dictadores, cuyas energías se abrieran paso hasta la victoria, llególo a ser Lloyd George como primero en Europa. Penetrado de la fe de que él o ningún otro podía alcanzar la gran meta, acometió decidido para derribar también al único que se alzaba en su camino.

La historia de los desleales combates de Lloyd George con Asquith sólo podría ser representada en una transcripción literaria. Lo que expresan los documentos no ofrecen más que el

marco y los hechos (1). Se sabe cómo, con ayuda de Bonar Law y de Northcliff, a fines de diciembre del año 16, trató de deshacerse de su presidente, en un triple asalto, proponiendo un reducido consejo de guerra en el cual Asquith, a causa de impedimentos, tendría que haberse hecho representar por otro. Lo peor y lo anti-inglés en este asunto, era que, siendo liberal, en esta intriga se apoyaba en los asociados jefes conservadores para derribar a su compañero liberal de ministerio, jefe y mentor. Por ello, el profundo enojo de Asquith en los últimos diez años de su vida ha procedido menos de haber sido echado del Gobierno que de la traición, y menos por su propia persona que por su partido, que le había sido trasmitido como un patrimonio por Gladstone y Rosebery. En uno de tales casos, los sentimientos de quien lo contempla se ponen al lado del ofendido y ninguna explicación puede disculpar a su victorioso adversario.

Lo único que, en esta contienda, tendrá que decir la historia en favor de Lloyd George será que ganó la Guerra. Nadie puede decidir si Asquith, con su varonil experiencia, no habría alcanzado el mismo resultado; lo cierto es, sin embargo, que, en la nación británica, dos años después de haberse apoderado Lloyd George del poder, dominaba la sensación de que él, y sólo él, había alcanzado la victoria. Si ya el año 16 tuvo profunda conciencia de ello, cuando después del derrumbamiento de Ruma-

(1) Las *Memorias* de Lloyd George, aparecidas después de escrito esto, no son capaces, a pesar de sus documentos, o precisamente a causa de ellos, de modificar en nada nuestra exposición; sólo es divertido ver cómo cambia en el espacio de cuatro días la manera de firmar las cartas cruzadas entre los dos ministros amigos. Que no haya conocido aquellos célebres artículos del *Times* del 2, 12 y 16, lo creemos naturalmente ya que él así lo escribe.

Pero hay una frase que Lloyd George no hubiera debido estampar ante la historia. Cuando hubo derribado a Asquith, y, al día siguiente, fué llamado por el rey para encargarse él mismo del gobierno, acompaña el relato en sus *Memorias* con la frase siguiente: "*I neigther sought nor desired the Premiership*". Si no es más que una fórmula, es tan indigna de Lloyd George como lo fué de Bismark el que después de su apasionada lucha por la jefatura del gobierno le escribiera a su mujer hablando de la desgracia "que había caído sobre él".

Pero, si, como no esperamos, corresponde a la verdad, Lloyd George se priva de toda histórica justificación de su lucha contra el amigo y jefe. Pues sólo si él mismo quería alcanzar el poder, en la conciencia de que con su magnífica energía arrebataría al adversario una victoria ya a medias alcanzada; si le regía el ardiente conocimiento de que él o nadie estaba ahora llamado a gobernar Inglaterra y a salvarla, sólo entonces puede colocarse gallardamente ante la historia a pesar de aquella extraña crisis.

nia, se encontraban tan mal los asuntos de la *Entente;* si estuvo ya entonces tan abrasado por su talento de director como lo demostró después, alzóse por segunda vez ante él, en su vida, el problema de si no tendría que sacrificarlo todo para salvar a Inglaterra. Al principio de la Guerra, había abandonado una convicción, fortalecida por treinta años de predicaciones, la cual proscribía la guerra, ahora abandonaba el partido dentro de cuyo recinto y con cuyas ideas fundamentales había actuado. En ambos casos, la voluntad de poder turbó otros deseos más puros, y también aquí una acción altruístamente motivada degeneró en el más alto egoísmo.

Ahora, en el espacio de pocas semanas, reconcentró todo el poder apretadamente en torno a sí; decidió y ordenó dictatorialmente en un Consejo de tres personas; atrajo a los *dominions* con tales promesas que introducía una modificación fundamental en todo el Imperio universal británico; rigió, a la manera de Cromwell, como espíritu libre y antagonista de la fuerza, con plena y soberana fuerza, y transformó así al pueblo más independiente de la tierra en un ejército de obedientes súbditos por todo el tiempo de duración de la Guerra. Al más poderoso cargo fuera de Inglaterra, convirtiólo en una sumisa oficina; a Lord Curzon, que acababa de regir la India como un rey, lo convirtió *de facto* en subordinado suyo, dotó por el contrario a sus propios secretarios de poderes que excedían a los de los secretarios de Estado, y, una vez que residía en Inverness para reponerse, ordenó que hubiera una reunión ministerial allá arriba, en el más extremo Norte, a veinticuatro horas de distancia de Londres.

Cuando el Imperio Británico fué demasiado pequeño para él, empuñó resueltamente la dirección militar de todos los aliados. Como, al principio de su presidencia, Rusia cayó fuera del gran juego, se entregó con todas sus energías al plan de ganar por fin a Norteamérica, cosa que ya se había propuesto al comienzo de la Guerra. "No olvidaré jamás la mañana —refirió más tarde— en la que comuniqué a Wilson, en un cable, lo mal que estaban las cosas: tenía que proporcionarnos cada mes ciento veinte mil hombres, entonces haría yo todo lo necesario para traerlos a Europa. Al día siguiente, vino la respuesta: "Envíe usted sus barcos y yo le enviaré los ciento veinte mil hombres". Entonces convoque en Dowing Street a todos los

armadores y les dije: ¡Mandad tantos barcos como se pueda! Me dijeron que todos estaban cargados con imprescindibles mercancías, pues estábamos agotados hasta los huesos. Yo dije: Ya que tenemos que correr un riesgo, arriesguemos los alimentos y las primeras materias. A cualquier precio tenemos que pagar el tener los ciento veinte mil norteamericanos. Los Estados Unidos enviaron después un millón novecientos mil hombres y de ellos hemos transportado en barcos mercantes ingleses un millón cien mil".

Con el mismo brío, se lanzó a la cuestión de unificar el mando supremo; aquí se mostró plenamente europeo. Después de la derrota de Italia, acometió en París, en inflamados discursos, la lucha contra todos los generales que dirigían la guerra (los cuales además aun solían mostrarse celosos entre sí como abogados o literatos), pues dijo: "El frente italiano es tan importante para Francia e Inglaterra como para Alemania. Los alemanes lo han comprendido en el debido momento; nosotros no, por desgracia. La tradición nacional y prejuicios de oficio, prestigios y desconfianzas han paralizado nuestras mejores resoluciones. Este sectarismo ha prolongado la guerra. Sólo por medio de la solidaridad puede ser abreviada". Cuando después, en marzo del año 18, pareció, al principio, tener buen éxito el último empujón de Ludendorff, alcanzó Lloyd George, contra todas las resistencias, que, en medio de la batalla, el general francés Foch recibiera el mando supremo de todas las tropas. "Si sólo dos semanas antes —dijo más tarde— nuestro Gabinete hubiera osado colocar las tropas británicas bajo un general extranjero, habría sido derribado".

Churchill, ligado entonces muy cerca con él por sus trabajos, ha señalado las dos propiedades que fortalecían a Lloyd George en este su período conservador: "Una fuerza vital siempre actual, pero que, sin embargo, no actuaba solo a corto plazo. Cada día estaba lleno para él con la esperanza y el impulso de un nuevo comienzo. Cada mañana contemplaba los problemas con una mirada no enturbiada por ningún desengaño anterior. Su intuición comprendía la crisis mejor que la razón lógica de espíritus más fríos. En segundo lugar, parecía que en este tiempo poseía una fuerza especial para extraer futuros éxitos hasta de la desgracia. De la guerra submarina obtuvo el sistema de Conwey,

de la desdicha de Caporetto el supremo consejo de guérra, de la catástrofe de marzo del año 18 la unidad de mando y la gigantesca ayuda norteamericana. Sólo vovía para su trabajo y nunca fué abrumado por él. Acertaba en toda decisión que era requerida de él. Sólo rara vez parecía sufrir bajo su carga".

Cuando, por último, llegó el 9 de noviembre, Churchill y Lloyd George estuvieron reunidos durante la velada y reflexionaban en lo más inmediato. Más tarde le pregunté a Lloyd George por qué no había enviado inmediatamente algunos barcos con pan a la bloqueada Alemania, cosa que hubiera producido la más profunda impresión moral, creando los fundamentos de una amistad germano-inglesa. "La noche del armisticio —me respondió—, reflexioné con Churchill precisamente sobre esa idea. Uno y otro queríamos hacerlo. Pero reconocimos que el odio público contra Alemania no habría soportado tal gesto".

VI

En el siglo XX difícilmente se puede hacer a un individuo aislado responsable de la declaración de una guerra, del logro de una victoria o de la denegación de una paz; la plenitud de factores colaborantes exime a cada individuo, más fuertemente que antes, de la responsabilidad y de la gloria. Al mismo tiempo, hay portadores centrales de los acontecimientos, que, por su posición o su personalidad, sobresalen hasta tal punto por encima de su círculo que más tarde tienen que cargar con la responsabilidad. Lo mismo que el Conde de Berchtold comenzó la Guerra, Clemenceau y Lloyd George alcanzaron la victoria y estropearon la paz.

"La guerra es una cosa espantosa —dijo Lloyd George en un discurso al fin de ella—, pero no tan mala como una mala paz. La peor guerra tiene un fin, pero una mala paz sigue siempre actuando de una guerra a otra. Ya los señores prusianos de la guerra hablan de la vez próxima. No debe haber ninguna vez próxima. Queremos ser la generación que, viril y resueltamente, borre la guerra de la serie de las tragedias humanas. Obtengamos, en todo caso, una victoria tan perfecta que la li-

bertad nacional de los grandes como de los pequeños pueblos nunca más pueda volver a ser puesta en peligro". Y todavía durante la Guerra había invocado sus ideales con doloroso recuerdo: "La mejor garantía de la paz consiste en una liga de los pueblos que se obliguen a castigar al que la quebrante. Hubo gentes que, en tiempos de paz, esperaban que esto se conseguiría. Fuimos engañados. Era fatal que no alcanzáramos esta edad dorada por el mismo camino que hemos empedrado con oro. Teníamos primero que ir por un camino que fuera abrevado con sangre".

Pero el mismo hombre que se expresaba en un sentido tan europeo, pronunció, unos tras otros, en diciembre del año 18, al hacer rápidamente nuevas elecciones, diversos discursos incitadores, destinados a fijar a martillazos el voto del elector inglés, diciendo que el Kaiser sería acusado en Londres ante un consejo de guerra y que los alemanes tenían que pagarlo todo. *"Hang the Kaiser!"*, en todo caso, no fué dicho por él, pero en lugar de ello: "No hay duda alguna de que el Kaiser ha cometido un crimen. Todos los Estados europeos están de acuerdo en que el Kaiser y sus cómplices tienen que ser hechos responsables". Más tarde interroguéle acerca de este punto. Me respondió: "Usted mismo ha descrito después, mejor que ningún otro, la responsabilidad del Kaiser".

"Representé allí a un hombre, que, dada su situación, no podía ser hecho responsable —dije yo—, y, por ello, acusaba al sistema que le dió tan gran poder. En aquella hora, escribí al punto contra su entrega y jamás lo habría acusado ante un tribunal".

"Yo tampoco —me respondió con su lacónica manera y se sonrió—. Pero tampoco hablé de la culpa de Alemania, ni de venganza, siempre de justicia, y en mis discursos electorales acentué que, según la jurisprudencia de todo el mundo, el que pierde soporta los gastos".

Así hablaba y habla después de su caída y parece haber olvidado que aquella elección, con sus dos promesas seductoras que le hicieron ganar el ochenta por ciento de todos los votos, tuvo que convertirse para él, en la Conferencia, en la más pesada carga. Si en aquellas semanas hubiera confiado en su poder y popularidad y le hubiera dicho al pueblo lo que sabía: que no se podía

acusar al Kaiser ante ningún tribunal y que los alemanes no podían pagar los quinientos mil millones de costo efectivo de la Guerra, entonces su coalición habría ganado menos votos, pero más firmes, y siempre habría tenido mayoría, y en París habría podido ejecutar lo que se había propuesto con justo buen sentido. No; la verdad es que Lloyd George, que en la guerra actuaba con energía y en la paz pensaba con sabiduría, en el breve interregno de dos meses se dejó arrebatar por sus instintos de tribuno popular y aduló a la muchedumbre, en lugar de educarla. Su histórica falta reside en la campaña electoral de diciembre de 1918. Todo lo que ocurrió en París, no fué más que su consecuencia.

De los tres jueces de los muertos del mundo antiguo, faltábale al primero, que poseía justas ideas, energía para llevarlas adelante; al segundo, que poseía energía, le faltaban ideas justas; mas al tercero, sobresaliente por su energía y por sus ideas, le faltaba firmeza de carácter; cedió en los momentos decisivos y perdió, si no todas, algunas importantes posiciones que hubieran servido de garantía a una auténtica paz universal: "¿Qué debo hacer —exclamó una vez en París Lloyd George, con cómica desesperación—, puesto entre un falso Napoleón y un falso Jesucristo?". Si se le hubiese dicho que era un falso Cromwell, hubiera podido responder que, en general, tales papeles no es posible representarlos en una trasposición de siglos.

Lo que aportó a la Conferencia, en cuanto a poder y personalidad, dióle una selecta situación. Inglaterra tenía ya lo que quería tener: la escuadra en su totalidad y también lo fundamental de las colonias. Añádese a esto que él, mucho más joven que Clemenceau y mucho más práctico que Wilson, reunía ya, en lo biológico, cualidades que faltaban a los otros. Keynes, que lo observaba en París, alaba su sentimiento del tacto, habla de una especie de telepatía y de un sexto y séptimo sentidos. Lo que por el contrario le faltaba era una formación en Geografía e Historia, pero esta formación, aparte de Benes y Venizelos, no parece haberla poseído ninguno de los jefes de la *Entente* en París. Cuando más tarde, en la Cámara de los Comunes, disculpaba su desconocimiento en la cuestión de Teschen con que tampoco ninguno de los restantes diputados había, hasta ayer, sabido nada de aquella ciudad, asemejábase al médico que invocara la falta

de saber de sus estudiantes como disculpa de que a él mismo no le fuera conocido un hueso.

En un círculo, que, en último término, quedaba reducido a los tres, no a diez y ni siquiera a cinco, alzábase Lloyd George entre el idealista de mañana y el realista de ayer, y todo su pasado tenía que impulsarlo hacia el lado de Wilson. Cuando no fueran perjudicados intereses británicos, había demostrado que iría siempre con Wilson. Al sacar adelante la constitución de un Consejo más estrecho, y excluir de este modo a los Estados pequeños de las resoluciones capitales, y después, cuando él mismo propuso y alcanzó que el Tratado de Paz, ya redactado, sólo fuera conocido por éstos veinticuatro horas antes de serlo por el adversario alemán, significó, con ello, la negación de los principios fundamentales que le habían hecho intervenir en la Guerra en defensa de un Estado pequeño. El campeón liberal de la libertad de prensa suprimió ahora todo lo que era incómodo para él.

A ello se añaden antipatías personales, tal como son propias de un carácter sugestionable, es decir, por mitad femenino; apenas habría podido demostrar por qué se presentó en contra de los polacos y en favor de los checos. La flexibilidad de su naturaleza, la total ingenuidad de su ser, facilitábanle el mudar de opinión de uno a otro día, sin que lo notara él mismo y sin que lo pudieran acusar de *male fides*. Raudo, como era, y con la justa idea de que la situación de Europa no soportaba ningún aplazamiento, al cabo de dos años de dictadura, difícilmente podía acostumbrarse a esperar cualquier resolución: acabar pronto, era lo principal. "Cuando se le demostraba —escribe Lansing— que su argumento descansaba sobre premisas falsas, cambiaba de premisa pero no de argumento. La osadía con que ignoraba la lógica, dejaba pasmado a todo el mundo. Se presentaba en el Consejo de los Cinco, siempre más como parlamentario que como diplomático, negaba hechos, hablaba sarcásticamente, era mejor para el ataque porque para la defensa se necesitaban más conocimientos, interrumpía con cortantes preguntas y tosía perceptiblemente cuando le desagradaba un argumento".

De este conflicto entre sus malos hábitos dictatoriales y sus concepciones liberales, dedúcese el choque entre sus programas y sus decisiones. El programa era magnífico. En una exposición escrita en Fontainebleau, en abril de 1919, es decir, al cabo de

tres meses de pelea, bosquejó con toda claridad las líneas fundamentales de una paz de razón. Dícese allí:

"Los cuadros de heroísmo no encantan más que a los hombres que no saben nada de los dolores y de los espantos de la guerra. Por eso, es bastante fácil concertar una paz para treinta años. Lo difícil es hacer una paz que no deba provocar ninguna nueva lucha tan pronto como ya no vivan los que han participado en la guerra. La historia muestra que una paz, celebrada como un triunfo del arte de los hombres de Estado y hasta como victoria de la moderación, ha dado pruebas de ser imprevisora, como ocurrió con la alemana de 1871. Francia misma ha probado que las gentes que afirman poder debilitar de tal modo a Alemania que nunca más pueda volver a pelear, están por completo en un error . . Se puede privar a Alemania de sus colonias, rebajar sus armamentos hasta constituir una pura fuerza policíaca y su escuadra hasta la de una potencia de quinta clase; es igual. Si se siente injustamente tratada en la paz de 1919, encontrará medios para vengarse de sus vencedores. La profunda impresión de cuatro años de una lucha sin igual desaparecerá con los corazones contra los cuales ha procedido con la espada. Nuestras condiciones es lícito que sean duras, hasta despiadadas, pero al mismo tiempo pueden ser tan justas que el país, afectado por ellas, no sienta ningún derecho a quejarse. La injusticia y la soberbia usadas en la hora del triunfo nunca serán olvidadas ni perdonadas.

"Por ello, soy absolutamente opuesto a que se prive a los alemanes de parte mayor de su soberanía de la que sea indispensable. Apenas puedo imaginar motivo más importante para una futura guerra como que el pueblo alemán, el cual, sin duda, ha mostrado ser una de las razas más llenas de fuerza del mundo, deba ser rodeado por cierto número de pequeños Estados, algunos de ellos compuestos por pueblos que, antes de ahora, todavía nunca han poseído gobierno independiente, los cuales, sin embargo, deben encerrar en sí dilatadas masas de alemanes que querrían seguir ligados a su patria . . Además, querría decir que las reparaciones, a ser posible, deberían encontrar su fin con la generación que hizo la Guerra . .

"Europa está llena de un espíritu revolucionario. Un profundo sentimiento, no ya sólo de descontento, sino de enojo y rebelión, domina entre los trabajadores. El orden existente está siendo

discutido de un extremo a otro de Europa. En diversos países, como Alemania y Rusia, la intranquilidad toma la forma de franca rebelión; en otros, como Francia, la Gran Bretaña e Italia, la forma de huelgas y un desagrado general por el trabajo... Gran parte de esta inquietud es saludable. No llegaremos jamás a una paz duradera si aspiramos al restablecimiento de las condiciones de 1914... Los hombres que triunfaron en Rusia lo hicieron a un espantoso precio. Pero consiguieron adquirir un poder sobre las masas del pueblo ruso, y, lo que es aún más sorprendente, han creado un gran ejército que, manifiestamente, está bien mandado, bien disciplinado, y en su mayor parte, dispuesto a morir por sus ideales... Hasta es quizás el único ejército que cree todavía que debe luchar por alguna cosa...

"Si somos prudentes, ofreceremos una paz a Alemania, la cual, por ser justa, apartará del bolchevismo a todos los hombres razonables. Por ello, admitiría yo en el preámbulo de la paz, que, tan pronto como aceptara nuestras condiciones, haríamos accesibles a Alemania las primeras materias y los mercados del mundo con las mismas condiciones en que los tenemos nosotros, y que haríamos todo lo imaginable para ayudar al pueblo alemán a ponerse otra vez en pie. No podemos convertirlo en lisiado y al mismo tiempo esperar de él que nos pague... Si le impusiéramos condiciones injustas y deshonrosas, ningún gobierno las suscribiría, y, si lo hiciera, sería echado a escobazos antes de veinticuatro horas. Entonces, sería necesario, por inacabable tiempo, un gran ejército de ocupación... La objeción contra ello no viene de parte de Alemania sino de la nuestra: ni la Gran Bretaña ni Norteamérica aprobarían una ocupación de Alemania, y Francia sola no podría soportar esta carga. Seríamos lanzados de nuevo a la política del bloqueo de Alemania, lo cual, irresistiblemente, significaría el espartaquismo desde los Urales al Rhin, con la consecuencia de un ejército rojo que forzara el paso de este río... Tampoco la opinión pública soportaría la premeditada condena de millones de mujeres y niños a que se murieran de hambre...

"Desde todos los puntos de vista, paréceme, por lo tanto, que tenemos que establecer la paz como si fuéramos imparciales jueces arbitrales que han olvidado las pasiones de la guerra... Al mismo tiempo, es elemento esencial la Sociedad de Naciones y es necesario que sus miembros directores lleguen a una inteligen-

cia sobre los armamentos. Me parece vano empeño imponer a Alemania una permanente limitación de armamentos, sin que estemos análogamente dispuestos a echar sobre nosotros tal restricción . . . Si la Liga ha de tener éxito en sus trabajos en favor del mundo, tienen sus miembros que confiar en ella y no permitir que se produzca ninguna rivalidad entre ellos a causa de los armamentos . . . Si no se logra esto antes de la firma, la Liga de Naciones no será más que una vergüenza y una befa . . . También querría saber por qué motivo Alemania no debe ser admitida en la Sociedad de Naciones si acepta nuestras cláusulas; ¿por qué no, en todo caso, tan pronto como haya establecido firmemente un gobierno democrático? . . . ¿No sería más seguro saber que Alemania se encontraba dentro, y no fuera, de la Sociedad de Naciones?".

Quien lee esto, cree percibir la voz de Wilson; quien lo compara con lo que el autor ha prometido a sus electores, no confía en que tenga la fuerza necesaria para hacer que se conformen éstos con ello. Hasta qué punto es europeo el documento, demostrólo entonces la irónica respuesta maliciosa de Clemenceau y lo comprueba hoy el desarrollo posterior de los sucesos. En realidad, quedó como una cosa única durante toda la Conferencia, y hasta posee mayor fuerza de convicción de la que tienen los catorce anémicos puntos de Wilson. Cuando, más tarde, hablé con uno de los colaboradores de Lloyd George, el cual de fijo habrá participado en este documento, al asombrarme de su ilimitada veneración por su maestro, escribióme a continuación de nuestra conversación lo siguiente:

"He comparado a Lloyd George con César y con Napoleón, no porque se les asemeje en talento y éxitos, sino por la postura espiritual de César y de Napoleón, por lo menos en los días de su juventud, lo mismo que la de Loyd George, fué determinada, en lo esencial, por la investigación objetiva de las realidades permanentes políticas de su tiempo, y porque, partiendo de esta base, procedían. La postura de Wilson y Clemenceau era diferente: Wilson quería crear nuevamente el mundo según sus propias ideas; Clemenceau quería dar forma a Europa según los intereses de Francia. Lloyd George, que no es un inglés sino un galés, quería, en primera línea, investigar cuáles serían las fuerzas políticas de Europa en los próximos veinte años y encontrar un aco-

modamiento que debía durar porque en realidad se defendía con estas realidades".

Pero si todo esto es verdad, ¿por qué Lloyd George, cuya conformidad con Wilson o Clemenceau en realidad decidía, acabó al final por consentir?

VII

Establezcamos, en primer lugar, firmemente, en que no consintió. Sin su aprobación, Wilson no habría sacado adelante el Rhin alemán, las reparaciones habrían sido fijadas en el instante, toda la alta Silesia y pedazos de Prusia habrían sido polacos, la Sociedad de Naciones no habría sido llamada probablemente a la vida.

Pero no sin castigo alcanza el poder un hombre de Estado en calidad de tribuno popular. No sin castigo, durante treinta años, prestó oídos al favor y la pasión de la muchedumbre en sus inarticulados deseos, y escuchó mucho más raramente al individuo aislado con sus bien fundados razonamientos. No sin castigo, un hombre liberal ha sido alzado sobre el pavés por el partido conservador y llevado a una coalición que perdió su sentido después de la guerra. No sin castigo, principalmente, es fundada una Liga universal de cinco grandes potencias, celosas unas de otras, con el exclusivo objeto de someter a una sexta. Lo maldito de toda coalición de guerra mézclase con lo maldito del Gabinete de coalición, y pone a un hombre que sólo ante el peligro había podido conseguir en su país, y después en el frente común, una unidad de mando, en presencia de la insoluble cuestión de cómo ahora, cuando el peligro es pasado, podría continuarse tal unidad.

Con magnífica perfidia, aludiendo a aquel documento, hizo Clemenceau que la prensa francesa anunciara a Londres que Lloyd George no sostendría sus promesas electorales. Pero éste se espantó ante su mayoría conservadora, que exigía en absoluto una paz imperialista. Mientras que Clemenceau estaba enfermo de las consecuencias de un atentado y ya con ello, según frase de Lloyd George, era el gallito de la Conferencia, mientras que Lloyd George tenía que ir y venir, una y otra vez, entre el Consejo de los Cinco de París y la Cámara baja de Londres, tratando

de dulcificar la desconfianza en uno y otro lado, llamó el primero a Churchill a París, el cual deseaba una guerra contra los bolcheviques, mientras que Lloyd George hasta había propuesto que se invitara a Lenin a la Conferencia.

Llegó el día en el cual cuatrocientos setenta miembros de la Cámara de los Comunes le amenazaron telegráficamente. Precisamente, acababa él de acallar los ánimos en aquella casa, había tratado de demostrar el avance de la Conferencia y obtenido un nuevo voto de confianza. Pero el efecto magnético de un hombre único desaparece en la muchedumbre de admiradores con tanta rapidez como el de una sola mujer. Al mismo tiempo que ninguno de los dos partidos confiaba en él, el conservador porque era liberal y los liberales porque había dividido su partido, excitábanlo en todo caso para concertar una paz más enérgica que la que quería Wilson. En este punto culminante de la crisis, cuando Wilson quería ya retirarse y partir, no le quedó a Lloyd George otro remedio, ya que no quería entregar el Rhin, que proponer a Clemenceau un pacto con Inglaterra y Norteamérica que garantizaba la seguridad de Francia contra futuras invasiones.

Más tarde, la repulsa del Congreso norteamericano lo libró de este penoso deber. Pero entonces, cuando cada día, en París, se agudizaba la lucha entre los tres jefes principales, fué súbitamente asaltado Lloyd George por un nuevo temor: los alemanes no firmarán, pensó. En este punto, su psicología no pudo apoyarse en el conocimiento del pueblo extranjero; todo lo que en aquel memorable escrito se decía sobre el peligro de un comunismo alemán estaba equivocado porque su autor desconocía permanentemente el carácter de los alemanes.

Cuando regresó a su país después de la firma de aquella Paz tan problemática, fué recibido como un héroe popular. Pero Garvin, uno de los más maduros políticos ingleses, escribió en aquel día: "Si Lloyd George encuentra el verdadero camino, puede ser, durante años, el hombre más fuerte del mundo. Sólo tiene que decidir la cuestión fundamental de si, en términos generales, quiere moverse más hacia la izquierda o más hacia la derecha".

En los tres años inmediatos, hasta su caída, todavía no lo había resuelto; la pregunta de a qué partido pertenecía no había podido decidirla justificadamente. La gratitud, que, en sí misma, es una virtud individual y no colectiva, no les acompañó ni a Clemenceau

ni a él. Cuando, más tarde, pregunté sobre ello a los adalides de Inglaterra, no negó ninguno que Lloyd George había salvado al país, y, sin embargo, todos hablaban contra él; sólo dos hombres se reconocían como suyos. "La ingratitud —había dicho una vez Lloyd George con justa previsión— tiene que ser saboreada y gozada con toda rapidez, como el maná, pues si no pierde a toda prisa su frescura".

Cuando, en la Conferencia de Génova, lo vi rodeado de admiradores como señor del mundo, todavía se le podía atribuir una larga duración de mando. Más tarde se me quejó de Rathenau, diciendo que había torpedeado la Conferencia; pero sabemos que los ingleses trataban entonces con los rusos y Rathenau, por lo tanto, tampoco es atacable por el lado de la lealtad. Tampoco fué el fracaso de esta conferencia lo que lo derribó: fué la Guerra greco-turca de la que tenía que responder; pero, ante todo, el temor de los conservadores, pues éstos sentían que podían ser divididos por él, como en otro tiempo los liberales. Si se consideran las personas directoras que decidieron su caída, preséntase este acto como una venganza del Destino, pues su sucesor fué el mismo Bonar Law, junto con el cual, seis años antes, había derribado a Asquith.

Lloyd George había sido ininterrumpidamente ministro durante diez y seis años.

VIII

Después de su caída lo vi tres veces: una en su bella casa de campo de Churt, en estilo antiguo inglés, donde, con un estado mayor de hombres y mujeres, trabajaba en temas que debían ser utilizados por su amigo Mac Donald, entonces aun socialista, y por su enemigo el partido socialista. Gobernaba allí, con su risa cordial, en un pequeño círculo, al modo de cómo Stanley, en su vejez, se hacía la ilusión de estar en el Congo y en los grandes días de sus aventuras, en su jardín con arroyos y puentes. Al alabar yo la decoración de madera del comedor me dijo: "La llamamos la habitación de Poincaré. Gané precisamente el dinero para esta madera, con un artículo sobre Poincaré". Entonces recordé que tenía ante mí al más insigne de todos los periodistas vivientes.

Aquí, y otra vez en una casa de Londres, le pregunté por el Tratado de Versalles, y él me demostró, lleno de fuego y con el más auténtico convencimiento, que el maligno Clemenceau y el débil Wilson tenían toda la culpa. Aquella noche habló de modo tan interesante, que, hasta medianoche, no se levantó de la mesa ninguna señora, con lo cual fué creada en Inglaterra la inaudita novedad de que nadie se retirara en busca del *drawing-room*. Pero al preguntarle por qué, cuando la amenazadora llamada de aquellos cuatrocientos setenta miembros de la Cámara de los Comunes, no se había retirado sencillamente, hizo una pausa más larga antes de decir: "Entonces habría llegado a producirse una paz todavía peor". Cuando lo visité por tercera vez en la ensenada de Portofino, a bordo de un pequeño yate, en el cual, a principios de enero, todos se helaban y reían, estaba cómodamente sentado en medio de los suyos en el estrecho camarote; su mujer calcetaba y su hija no encontraba nada que la interesara en especial. Oí que los marineros hablaban en francés, aunque el barco era llamado el *Union Jack;* a mi escéptica pregunta, respondió:

"Navío inglés, mando francés, exactamente como en la Guerra Mundial".

El humorismo de la respuesta es aún más expresivo si se piensa que había sido él quien consiguió someter al mando francés las tropas inglesas. Cuando, mas tarde, lo saqué a la escena londinense, no tuvo el desenfado de sentarse en las butacas, mientras que Sócrates, durante la satírica representación de su persona, poníase en pie en el teatro para mostrar su superioridad.

A pesar de todo, tengo que reconocer que Lloyd George, ahora como entonces, por la libertad de la mirada, la franqueza del discurso, hasta cuando se equivoca, revela lo ingenuo que ha seguido siendo en el fondo de su ser. Tampoco cayó nunca en el peligro de olvidarse de su tierra, por honores y poder. Al cumplir los setenta años, volvió al nido de Gales de donde había partido, y, como en un entierro oficial en la abadía de Westminster le dijera su vecino que también él había de yacer allí, meneó sus blancos mechones de cabellos y dijo resueltamente:

"No. Quiero reposar bajo los árboles de mi patria".

VENIZELOS

EL ULISES GRIEGO

"No es posible ahora expulsar a los turcos de Europa, porque a ninguna potencia cristiana le es dado poseer Constantinopla sin llegar a ser señora del mundo. Pero se puede reducir moderadamente el poder turco en Europa, hasta ser como el de los emperadores griegos en los últimos dos siglos".

GOETHE

I

En el viaje de Venecia a Alejandría, no mucho después de dejar atrás el cabo Matapan, atrae a sí las miradas del navegante, a mano izquierda, una isla larga y escarpada. Parece inaccesible y sin puertos, un áspero mundo de rocas, cerrado y vacío de seres humanos. Si toma entonces en sus manos un mapa, reconoce el viajero que ésta es la mayor de todas las islas griegas, más larga que el Peloponeso, la cual en sus otras costas, en las del Norte, presenta un suave paisaje, ya que sus altas montañas se dulcifican, hacia esa parte, en pendientes cada vez más blandas, hasta la orilla del mar, donde hay muchas ensenadas en espera que los barcos tomen allí puerto.

Esta isla es Creta, y la historia del cretense que actuó aquí durante más de la mitad de su vida encuentra ya en este mapa un esquema simbólico: siempre se verá surgir súbitamente en este bien dotado hombre de mar que, con tanta frecuencia, echó anclas, las levó para volver a anclar de nuevo, al rudo y osado revolucionario, al hijo de las inescalables montañas, y acaso la

tragedia de esta vida sorprendente es explicable por la lucha de ambos elementos: lucha que, a través de miles de años, la materna isla viene sosteniendo apaciblemente, pero no sin conmoción, a modo de un corazón humano en su breve carrera. Si se pregunta por estas agitaciones más que por la extensión de los países por los que se lucha, entonces Venizelos, entre los hombres de Estado de nuestro tiempo, ha vivido la vida más dramáticamente intensa. Sin Creta, no puede comprendérsele.

II

Ya venía ocurriendo lo mismo desde hacía tres siglos: el pueblo de esta isla, helénico mucho tiempo antes de Homero, quería librarse de los turcos, que aquí, con poco arte y mucha satisfacción, reprimían las manifestaciones del idioma, la cultura y la religión de los habitantes, o, por lo menos, las irritaban al intentarlo. Cierto que también en tierra firme esta lucha conducía a siempre renovados levantamientos, pero, en las islas, las revueltas son más peligrosas y más encarnizadas y el convenio de paz más difícil; plenamente por esto, la ruda naturaleza primitiva del pueblo, formado de pastores y cazadores, invitaba a la sublevación contra los pocos abogados y militares, que, desde la capital, daban órdenes a la costa. La muchedumbre de islas ha determinado la historia griega, en todos los tiempos: fuga, persecución, disimulo, conquista, todo el arsenal de armas de un pueblo marinero, estaba determinado por ello, y de este modo, también los antepasados de Venizelos habían huído del Peloponeso a Creta, después de una rebelión, hacia 1770.

Esta pasión contra los turcos continuó subsistente en las siguientes generaciones, pues, un siglo después, el padre de Venizelos, un hombre sin casa ni dinero, comprometido en una nueva conjura de los cretenses, tuvo que huir de Creta a la isla de Syra, con la mujer y el único hijito que le había quedado después de la temprana muerte de otros tres. De este modo, el mozuelo, a los tres años de edad, conoció por primera vez el temor y la pasión del fugitivo, experiencia que repetirá después frecuentemente; al mismo tiempo, estos años provocaron en él la primera y

honda exasperación, pues sólo a los ocho años regresó con los suyos. El padre, natural de Creta, volvió a hacerse formulariamente griego en la islilla griega de Syra, y con él su hijo, el cual, en un momento importante, debe utilizar este documento. Mientras tanto, todas las luchas del muchacho, en sus juegos, y poco después, seriamente, eran ideadas y ejecutadas en contra de los turcos, en lo cual, no sólo el griego, sino también el cristiano, aprendían a odiar como hereje al extranjero. Hasta su revolucionario padre le había impuesto por nombre el del santo de la libertad: Eleuterio.

La liberación de los griegos, también la de los de las islas y del Asia Menor, era precisamente tema europeo por aquellos años de 1860, y no era milagro que el erudito francés Perot escribiera en un viaje a Esmirna: "Quién sabe si en estos momentos no verá la luz del mundo un niño helénico escogido por la Providencia para libertador de todos estos griegos". Lo curioso es solamente que escribiera estas líneas en el mismo año en que nació Venizelos.

De ello no sabía nada el mozuelo, pero con la despierta razón de un adolescente de catorce años había leído las resoluciones del Congreso de Berlín, que instauraba en Creta una especie de Asamblea Nacional con apariencia de reformas liberales. La persona y el ejemplo de Bismarck, y, sobre todo, de Cavour, según me refirió más tarde, excitaban tempranamente la ambición del apasionado mancebo.

Después, como estudiante, columbró en Atenas un nuevo y mayor mundo. Aquí, pues, habitaban, y, por lo tanto, eran criaturas vivientes, esos poderosos señores que, a veces impulsando, pero con mayor frecuencia retrasando, intervenían en las aspiraciones de Creta; y aquel de allí, era el palacio del rey. ¿Quién era este rey? ¿Era un sincero enemigo de los turcos? ¿Qué eran para él los cretenses? ¿Conocía la isla desde la cual, para el mancebo, parecían emanar los rayos del Destino? Una cosa era cierta: el rey no era griego, y, cuando el estudiante de veinte años vió una vez, de lejos, al príncipe de cuarenta, tuvo que parecerle extraña su larga figura norteña, el rubio y flaco semblante, pues Jorge I era un príncipe danés que los griegos, hacia el tiempo del nacimiento de Venizelos, habían importado como rey, a las pocas semanas de haber expulsado otro rey del Norte. Pero co-

mo toda la pasión del mancebo iba encaminada hacia la liberación de Creta, no podía desear entonces una unión con aquel extranjero ni prever la serie de confusiones que debían determinar su vida en una lucha a favor y en contra de aquella dinastía.

Apenas estuvo de regreso en la patria como joven abogado, y al mismo tiempo también como diputado, cuando, como antes su padre, se vió complicado en un levantamiento, y tuvo que huir por segunda vez, ahora hacia Atenas; pues el sultán había quebrantado sus promesas del Congreso de Berlín, y, con ello, atizado una sublevación. Un año más tarde, otra vez en Creta, siendo ya, a los veintiséis años, jefe de partido en la isla, y con ello, contra los turcos y al mismo tiempo contra sus paisanos moderados, comienza una lucha que, durante quince años, tiene que proseguir sin interrupción y cada vez de modo más intenso.

Como Venizelos, diputado desde ahora en el pequeño parlamento de Canea, siempre era sin embargo, al mismo tiempo, jefe revolucionario en las sublevaciones, esta lucha se desenvolvía alternativamente en las asambleas, oficinas, redacciones y clubes en la costa, después en correrías armadas por las montañas del interior, y, en los intermedios, en negociaciones que tenía que hacer con las grandes potencias que intervenían de continuo en los asuntos de la isla, en parte a través de sus cónsules, en parte directamente con los almirantes. Entonces, estas conspiraciones, combates ficticios, huídas, atentados, apenas eran menos frecuentes que las arengas al pueblo, artículos de periódico, proclamas: el mar, como eterno proscenio, las bien conocidas escarpadas montañas como decoración de fondo, cuyos audaces senderos había que conocer para salvarse. "Cada tres años teníamos revolución —refirióme, y le gusta hablar de estos episodios de juventud—. Entonces permanecía yo meses enteros en las montañas; una vez casi dos años, otra quince meses. Entonces andábamos siempre armados; teníamos nuestra propia guerra contra los turcos. En las montañas aprendí inglés, para negociar con el enemigo".

¿Podría alguien, al describir, en una novela, la juventud de un hombre de Estado y popular, inventar algo mejor que esta gran escuela donde el valor, la decisión, la fuerza, el engaño y los ataques eran ejercidos tan reciamente como los debates y la polémica? ¿Y qué podría preparar mejor a un representante pa-

ra una conferencia internacional que estas continuas negociaciones con tres o cuatro grandes Potencias, que sólo se ocupaban de una isla solitaria porque tras su posesión se ocultaban importantes intereses? En su posición singular, hasta original, Venizelos tenía que cultivar ambos aspectos, correspondientes a las dos formas primitivas de esta isla, llegando a ser juntamente insular y europeo. Al mismo tiempo, el nombre de este jefe popular local, de quien hablaban los informes de los cónsules, se abría muy pronto paso hasta los gabinetes de las grandes potencias, y, cuando un gran filhelenita fué de viaje a Creta, a causa de las excavaciones, al regresar a París no les habló a sus amigos de que el palacio de Minos fuera su mayor impresión del viaje, sino de un cabecilla a quien había conocido: "¿Cómo se llamaba? Venezuelos, o algo así". El hombre de esta vista de águila era Clemenceau.

Mientras tanto, en Atenas, príncipes y militares llevaban al tranquilo rey a una guerra con los turcos, en la cual, los griegos, en 1898 fueron aniquilados en Tesalia; este hecho, ya entonces le habría costado el trono a la dinastía, si el Zar no hubiera detenido a los turcos. Cuando, en esta ocasión, los rebeldes de Creta se alzaron contra sus señores, en solidaridad con los griegos, intervinieron de nuevo las grandes potencias, bloquearon la isla y procuraron una solución a la lucha de decenios, según la cual se le garantizaba la autonomía a la isla bajo la soberanía turca. Venizelos, que tenía entonces treinta y cinco años, formó en la isla un cuerpo de defensa para imponerse a las potencias a la vista de sus conciudadanos más cobardes, y, si no todo, por lo menos para lograr alguna cosa.

"Entonces —me refirió—, era yo jefe del gobierno revolucionario. Quería pagarles un tributo a los turcos para libertarme de ellos, pero renuncié a la llamada autonomía. Con mi cuerpo de ejército, tuve ocupada la península que separa Canea de la bahía de Suda. Allí abajo estaban los navíos europeos. Sus cuatro banderas y la turca fueron izadas al Sur en una islilla, si no habrían sido destrozadas. Hice una bandera mía propia, muy semejante a la griega, y la izé para enojarlos. Nosotros, que nos llamábamos entonces "unionistas", regíamos arriba en las montañas, mientras que nuestros conservadores negociaban con las potencias abajo en el puerto. Se me mandó que quitara la nueva

bandera, me negué a ello, fué bombardeada, hasta que una bala la desgarró. En las negociaciones, sugerí a los ingleses que hicieran una acometida aparente para tranquilizar a los turcos; yo me retiraría hasta determinada línea; y si los marineros pasaban de ella, dispararía". Por último, en la pequeña Cámara, la mayoría aceptó, no obstante, la autonomía, y cuando Venizelos habló en contra, hubo uno que le acometió con un cuchillo. Prendieron fuego a su casa y huyó a las montañas.

III

AL rey Jorge se le acusó de indiferencia, acaso no era más que cautela e ironía. En un reinado de cincuenta años, mostró las virtudes del danés típico: calma, reflexión, amabilidad, y algunos hombres de Estado que le han sobrevivido y que tuvieron contacto con él, griegos y alemanes, me afirman que, si no era ningún héroe, era en cambio un hombre sensato. Mas en su matrimonio con una gran duquesa rusa, dominó, en todo caso, su mujer por el lado de la sangre; pues los dos hijos que entraron en la Historia, a diferencia de su padre, han sido una especie de grandes duques: inquietos, celosos, megalómanos, fácilmente sugestionables. Este hecho bien puede haber sido reconocido por el padre, pues aconseja al hijo en su testamento: "No olvides nunca que eres rey de un país meridional cuyas agitaciones, cuando dicen o hacen algo, se remontan en un momento, pero las cuales quedan olvidadas en el momento siguiente".

El primero de estos hijos a quien conoció Venizelos, fué al joven Jorge, el cual fué puesto en Creta como *High-Commissionar* de las potencias y nombró director de justicia al jefe revolucionario; por primera vez, Venizelos debía trabajar en común con uno de los miembros de esta dinastía. Pero el encuentro de una y otra fuerza, que más tarde debía decidir del destino del uno y de otros, fué desgraciado ya desde este principio.

Había reconocido rápidamente Venizelos que el príncipe sólo con debilidad y de mala gana llevaba a la práctica la autonomía que le era prestada, prefería hacer papeles de dictador, prohibía periódicos que le atacaban y prendía periodistas; cuando después

supo Venizelos que el rey buscaba aquí, para este hijo más joven, una especie de virreinato, se llegó a una primera desavenencia entre su persona y la dinastía, y a su primera destitución, a los dos años de haber ocupado el cargo. ¿Podían soportarse uno a otro aquellos dos hombres? Con espanto vió el hijo de pobre burguesillo cretense, que, no sólo se inflamaba contra los turcos sino también en favor de Grecia, y había propuesto ardientemente la unión con ella, como aquí, una familia extranjera buscaba colaciones para sus hijos, sin inflamarse ni en favor del uno ni en contra del otro pueblo. Vió cómo un elegante oficial, sin conocimiento del país, procuraba gozar de un poder que no había adquirido de otro modo que mediante su nacimiento de padres extraños al país. Vió, por primera vez, ante sí, la contradicción entre un poder heredado y una debilidad adquirida. ¿Él, que conocía cada camino rocoso de la isla, cada familia, cada intriga, debía obedecer a un mancebo que, como un pequeño rey del sol, quería ordenar, firmar, y, fuera de eso, cazar y tener recepciones? De este modo, por primera vez llegó Venizelos a estar en oposición con un príncipe griego.

¿Cómo podré vencerlo? Como demócrata nato, no ve más, como camino, que unas elecciones; produce agitación en el país, y, al cabo de algunos años, en 1905, triunfa del príncipe, en contra de cuya política deciden las elecciones. Nuevamente se acercan humeando los navíos de Europa; nuevos combates con fusil y pistolas se dan en el interior de las montañas; nuevas sumisiones son impuestas por la violencia; pero, al mismo tiempo, con tanta discreción ha sabido aislar al príncipe, que las potencias provocan su renuncia y trasmiten el cargo de Alto Comisario a un ministro civil de Atenas. Tenemos aquí, ya prefijados, los elementos de sus luchas posteriores; el príncipe legítimo despide a su inquieto ministro, éste apela al pueblo, el pueblo va con él, y de este modo, derriba al príncipe. Así, la dinastía de Atenas llega a ser su enemiga; hasta había llegado el príncipe a hacer excomulgar por el obispo de Creta al incómodo tribuno popular. Pero el nuevo jefe del Estado procura atraer ahora a Venizelos, presidente de la Cámara, como al joven más fuerte de la isla.

Cuando, en 1908, la crisis bosnia dañó al nuevo gobierno de los "jóvenes turcos", bien echó de verlo Venizelos, y, en ausen-

cia del Alto Comisario, declaró extinguido tal cargo, alzó el pabellón griego y proclamó, en todas formas, la unión de la isla con el viejo país madre. ¡Qué fatal situación para un rey, el cual, a causa de su brillo excesivamente peligroso, no puede en modo alguno aceptar este diamante para su corona! Pues los turcos amenazan al país con la guerra si un solo cretense aparece como diputado en la Cámara de Atenas. De este modo, el rey y los ministros de Atenas se apresuran a protestar de su inocencia y el desautorizado tribuno popular toma un barco y se pone en viaje hacia Suiza. En el curso de la vida de muchos hombres de Estado, y precisamente de los más importantes, se encuentran estos tempranos fracasos, en los cuales, los intentos de acomodación entre el original y el mundo circundante se presentan primeramente favorables a éste; sólo cuando la paciencia y la conciencia de sí mismo no abandona al precursor, alcanza éste más tarde su objetivo.

No estaba ya lejos de alcanzarlo. A los ojos de los militares, la dinastía quedaba comprometida por la pérdida de una guerra y la cuestión de Creta. Ahora, cuando la Liga Militar de Atenas dió una especie de golpe de Estado, exigió la dimisión de los príncipes Constantino y Jorge de la dirección al ejército, su partida para el extranjero, y, por último, con el ruidoso aplauso de la nación, la llamada a Atenas del nuevo héroe nacional de Creta. Así, el adalid popular y revolucionario, el adversario de la dinastía, un hombre casi desconocido en la capital, es llamado a la dirección de un Estado, en favor del cual sólo indirectamente y nunca en el país mismo, había actuado desde hacía más de veinte años.

No se precipita. Después de haber aconsejado al rey, dirígese, sin ningún mandato especial, hacia Occidente, lo mismo que había hecho Bismarck antes de posesionarse de su cargo, para tranquilizar a París y Londres, pues allí lo conocen y los gabinetes poderosos desconfían de aquel hombre fuerte. Después, pone rápidamente en orden la situación en Creta, hace que una diputación vaya a buscarlo, y hay una gran despedida, como cuando un hijo abandona la casa paterna.

Ahora, cuando su pequeño navío leva anclas en la bahía de Suda, en la que con tanta frecuencia los grandes cruceros de las potencias estuvieron anclados amenazadoramente, y a veces tam-

bién, bombardearon su cuerpo de ejército y su bandera; cuando, como hombre de cuarenta y seis años, pero ya canoso, abandona esta isla, en la que un fracaso tras otro se han convertido en una serie de victorias, cierra tardíamente una juventud y tiempo de aprendizaje, sin lo cual no podía realizar sus futuros hechos. Entonces, debe de haber pensado también en la tumba que, allí, en la costa, contiene los restos de su esposa, pues, a esta mujer que se le murió al cabo de pocos años de matrimonio la ha llorado siempre, y sólo treinta años después de su muerte contrajo segundas nupcias.

IV

Como un triunfador, entró Venizelos al día siguiente en el Pireo. Todos los que lo presenciaron, era en septiembre de 1910, afirman que, en aquel momento, hubiera podido deponer al rey, empuñar la dictadura, proclamar la república. ¡Qué espanto tenían que sentir los empleados del Estado, al ver llegar un semiextranjero, una persona casi totalmente desconocida en Atenas, para gobernar de un nuevo modo y con una nueva fuerza! ¡Con qué desconfianza tenían que mirar hacia él los antiguos jefes de partido, que, desde hacía decenios, venían jugando al viejo poker parlamentario, en el cual, la misma docena de personas renunciaba alternativamente a las carteras y las ocupaba de nuevo! ¡Qué tenían que esperar, finalmente, en palacio, cuando apareció ante la puerta el hombre que había maniobrado para desalojar al hijo más joven de su agradable puesto! La Liga Militar, enemiga del rey, había alzado sobre el pavés a este rebelde y el pueblo lo recibía con aclamaciones. ¿Tendría miramientos para el rey?

Cuando, en la dilatada Plaza de Syntagma, que limita con el desnudo palacio, en general deshabitado, los miles de personas aclaman al recién llegado para que se asome al balcón de su hotel y éste les promete la revisión constitucional, muchas voces de la acalorada muchedumbre le replican: "¡Una Constitución nueva!" Pero él, consciente de que tiene que dominar a esta muchedumbre altamente veleidosa, muestra el látigo, ya a la primera mirada, y exclama en respuesta a ello: "¡No! ¡Revi-

sión!" De nuevo grita la masa; ahora son miles de voces las que se le oponen: "¡Nueva Constitución!" y otra vez les responde a gritos el extranjero, el hombre solo de allí arriba, con redoblada energía en el tono de la voz: "He dicho: ¡Revisión!" Ahora siente la fiera de mil cabezas que no se puede bromear con este nuevo dominador y escucha su discurso hasta el final.

También el rey se asombra. Al día siguiente, cuando aquel tranquilo, alto y encanecido hombre de sesenta años del Mar del Norte recibe al insular del Mediterráneo, más joven y vivo que él, conoce, en vez de un rebelde montañés con botas altas y pistolas, a un hombre que desvanece al punto sus escrúpulos. "Si Vuestra Majestad acepta mi programa, le prometo para dentro de cinco años una Grecia renovada con nuevos derechos y realzados prestigios". Hasta con las mismas palabras, es lo que Bismarck le dijo al rey Guillermo, en 1862, al tomar posesión de su cargo. Venizelos lo terminará en tres en lugar de cinco. Pero ¿cómo será ello —pregunta el rey, a quien sus antiguos ministros han intranquilizado por completo, — si la Liga Militar nos expulsa a todos? "El día en que reúna la Cámara —responde el nuevo ministro—, se disolverá la Liga". El rey guarda silencio, pero, en la intimidad, dice, no obstante, reservadamente: "Espero que dentro de algunos meses se bamboleará colgado de la antena de algún barco de guerra".

Cierto que aquellos hombres, el rey y sus hijos, no podían amar a Venizelos: no eran griegos, no tenían pasiones. ¿No habían actuado en contra de la unión de Creta con Grecia? Y sin embargo, colocaba él, en sus cuentas, a la dinastía como una cantidad positiva. El plan que desde entonces le movía era demasiado grande para fundarlo sobre la aventura de una dictadura personal. Pues lo que flotaba ante su espíritu no era ninguna otra cosa sino la expulsión de los turcos de todos los países griegos, era la unión de todos los griegos con el país madre: no sólo en Creta, sino también en Macedonia, en Tracia, Asia Menor, hasta en las islas del Archipiélago debían ser libertados los griegos y vueltos a unir de nuevo. Todo esto no era más que la extensión de sus antiguos deseos, y si fueran sueños, habían sido ya los sueños de su niñez.

Pero en realidad. Había sonado la hora; la amenaza de los jóvenes turcos aproximaba a todos los pueblos balcánicos: tenía

que ser posible una unión de los anteriores enemigos. Pero eso no se podía alcanzar con una dinastía semi despreciada, sino sólo con una rehabilitada, y de este modo, el nuevo adalid tuvo que aspirar a realzar y asegurar ante el pueblo a esta familia, a la cual era tan ajeno por su naturaleza.

Por ello, en las elecciones, se presentó en favor del rey y dijo en sus discursos, con una perceptible amenaza hacia Palacio: "La corona no ha cumplido todos sus deberes, pero espero que, desde ahora, tomará una enérgica participación en el gobierno". Y con asombro de todos, hizo más todavía: restableció al príncipe heredero Constantino en su puesto de Jefe supremo del ejército, y, al propio tiempo, restableció también al príncipe Jorge. En común con ellos, lanzóse a renovar al ejército y la escuadra con auxiliares franceses e ingleses.

Sobre esta base, quería fundar una Liga Balcánica para desterrar para siempre de Europa al común enemigo turco. En ello no entraba el odio de un cruzado: no juzgo religioso a Venizelos en sentido dogmático, y lo he encontrado demasiado tolerante con protestantes y judíos para sospechar supervivientes en él tales sentimientos; tampoco le indignaban los turcos a causa de la raza, conocía la mescolanza de la suya. Eran, en él, los oprobios de su infancia, sus tempranas fugas, las humillaciones del adolescente y del hombre ya hecho: era el cretense, que no estaba libre, como el griego, desde hacía dos generaciones. Por eso es simbólica su misión histórica; por eso su pasión ha sido tan profunda.

Para perjuicio suyo, Venizelos ha seguido siendo cretense. Conocía allí trescientos mil hombres, o, por lo menos, todos los que influían y guiaban a aquéllos; pero, en Grecia, no sólo le era ajena la masa, a causa de los tres millones de que se componía, tampoco conocía sus características de provincia, de ciudad o de región, las astucias de los partidos históricos, la historia de sus intereses e intrigas. De este modo, traído al principio por una elección popular, tampoco más tarde se molestó en conocer realmente a sus electores, y como, a pesar de esto, se atenía a principios democráticos, en dos momentos decisivos, con gran asombro suyo, perdió las elecciones de las que había hecho depender su situación. De tal modo, el extranjero a quien la mu-

chedumbre había recibido con clamores de hosanna obtuvo a lo último su pago como extranjero.

Las negociaciones con los Estados Balcánicos tenían que ser conducidas con tal delicadeza, que, en las semanas decisivas, a veces, Venizelos y Bratiano cifraron ellos mismos sus telegramas. Pues, como detrás de cada cual estaba una gran potencia, o un grupo de potencias, que querían y podían evitar, en todo caso, una unión, todos, y en especial Viena, tenían que ser sorprendidos. En realidad, más tarde, el conde de Berchtold, el elegante iniciador de la Guerra Mundial, no ocultó, como auténtico caballero, su asombro ante la Liga de Bucarest.

La sabiduría política de sus pactos estaba en lo que Venizelos omitía. Mientras que búlgaros y servios delimitaban detalladamente, por pacto, sus recíprocas ventajas en la esperada presa turca y después anduvieron a la greña por ello, Venizelos dejó de mencionar la cosa principal, Salónica, en la que ponían sus miras los búlgaros, y determinó, en un momento dado, ocupar la ciudad más rápidamente que los otros.

Y ¿qué debía ser de Creta en esta esperada guerra? En términos generales, la alianza de los cuatro gobiernos consistía en una promesa de socorro a aquel que fuera atacado por los turcos. Sólo si éstos, a causa del ingreso de diputados cretenses en la Cámara de Atenas, invadieran Grecia, no se produciría caso de alianza. Pero los cretenses, animados por la guerra que se avecinaba, rompieron por última vez, en la primavera de 1912, la resistencia de las potencias, ya sin eso débil, y enviaron sus diputados a la Cámara ateniense, nuevamente elegida en junio, saltaron por encima de la resistencia de su jefe popular, entonces alejado de Creta, y se agolparon a la puerta, cuando debía ser abierta la Cámara.

Venizelos, que desde hace veinte años venía anhelando este momento, pero que, a ningún precio, puede traicionar su Pacto balcánico, ordena que se establezca un cordón de soldados de caballería en torno al palacio que rechace a toda persona que no posea determinado documento. Por último, cuando algunos se deslizan dentro, y, en medio de la sala, proclaman a gritos su procedencia y su satisfacción, origínase un pánico y un tumulto, vense revólveres, el presidente se lleva a su despacho a sus antiguos paisanos. En vano les suplica que se alejen. ¿No tienen

que dudar éstos de la integridad de la razón de su caudillo, o por lo menos, de su fidelidad? Sus labios permanecen cerrados. A Venizelos no le queda otro recurso que aplazar, desde lo alto de la tribuna, la reunión de la Cámara hasta el primero de octubre.

Sus cálculos resultan cumplidos: el 30 de septiembre movilizan los turcos. Entonces surgen unidos los Estados balcánicos, presentan un ultimátum . . . y en el mismo día declara Venizelos la unión de Creta con Grecia. Ahora le comprenden sus paisanos e ingresan en la Cámara de Atenas. Se pone en marcha el ejército. El generalísimo griego es el príncipe heredero.

V

CONSTANTINO, unos cuatro años más joven que Venizelos, era un militar de alta estatura, moreno, de tipo ruso, nada elegante ni de buen porte, pero dotado de aquella rapidez de movimientos y de decisión en la palabra, con lo cual, un hombre sin merecimientos, aun en el siglo XIX, podía proporcionarse autoridad por haber nacido en el lecho de una reina. Todavía cuando lo conocí como rey, a mitad de la Guerra, y cuando volví a encontrarlo en el destierro, agradóme en él cierta franqueza y afluencia verbal que suplía la falta de ideas propias. Aunque preguntaba y provocaba la impresión de como si quisiera saber algo, no parecía reflexionar sobre lo que se le comunicaba, sino que oponía sus opiniones rigurosamente distintas, sin exponer, contra su interlocutor, los motivos de ellas.

En caracteres de esta especie, al examinarlos más de cerca, he encontrado con frecuencia una inseguridad que pretendía ser encubierta por un firme comportamiento. A Constantino, con el cual, en conjunto, sólo hablé a solas unas dos horas, no pude estudiarlo en este aspecto, pero encuentro, en las comunicaciones de sus más inmediatos amigos y enemigos, la confirmación de que, aunque sólo en este sentido y en grado muy debilitado, se parecía a Guillermo II.

Como oficial de la guardia de Potsdam, y después, como cuñado de este príncipe, tomó de los prusianos más de una cosa,

aunque producía un efecto fundamentalmente más simpático. Hablaba un poco en dialecto berlinés, con una suave coloración extranjera, de lo que resultaba un tono divertido. Sus comienzos como general en jefe de treinta años habían sido los más desgraciados, pues, en la Guerra de Tesalia, no sólo había sido derrotado por los turcos, sino que rindió los puntos más importantes, en un acceso de pánico que, a un general de carrera, lo habría llevado ante un Consejo de Guerra. Así, por lo menos, lo dicen testigos y entendidos que no quieren aceptar su escrito de justificación. El encono de la Liga de oficiales, que, más tarde, lo forzó a dimitir la dirección del ejército, no sería explicable, en sus disposiciones, por meros errores posteriores a aquella guerra. A este hombre, a quien Venizelos había vuelto a situar en el cargo de generalísimo y a quien conservó en aquel puesto ahora, en el peligro, tuvo por lo tanto que haberle confiado la ejecución de alguna cosa. Cuando, más tarde, interrogué a Venizelos acerca de este punto, respondióme de este modo:

"Constantino, en realidad, no dirigió. Había vivido yo tanto tiempo en las montañas, había combatido, me había ocultado, había acechado a los otros, mandando también mi pequeño ejército, que todo ello me dió un instinto de táctica. También había estudiado la Historia de la Guerra. Sí; tengo la pretensión de haber determinado decisivamente la estrategia en la Guerra Balcánica. ¿Dónde había que reunir los ejércitos, en Albania, Tesalia o Tracia? Esto fué determinado políticamente, esto fuí yo quien lo ha decidido. Lo difícil fué una semana después del comienzo de la guerra. Entonces me telegrafió Constantino desde Kosani: "Hay dos caminos. Me he decidido por la carretera de la izquierda para marchar sobre Monastir. Encontraré allí el grueso de las tropas turcas, y, según las reglas del arte de la guerra, tengo que batir la fuerza principal del enemigo, si mi gobierno no me contradice". Le telegrafié mi respuesta: "Tendría usted razón si esta guerra fuera un duelo entre griegos y turcos. Pero como tenemos aliados, sería una gran falta marchar sobre Monastir, mientras que los búlgaros tomaban Salónica. Tengo, por ello, que insistir en que se marche contra los búlgaros a Salónica". El rey estaba entonces en Gidda, cerca del ejército. Le llamé por la noche, forcé al ayudante a que lo despertara, insistí con él en que tenía que convencer a su hijo, que en

otro caso no me haría responsable. Así llegamos los primeros a Salónica. Algunas horas más tarde, el primer cuerpo volante de los búlgaros encontró una ciudad ya ocupada".

En la misma Salónica, su primera conquista al cabo de cincuenta años de reinado, fué asesinado el rey Jorge hacia fines de esta Guerra, de modo que Constantino regresó no sólo como triunfador, sino también como rey. "Cometí dos grandes faltas en mi vida —me dijo Venizelos—. El hacer del nuevo rey un dios de la guerra y un héroe nacional, el prepararle un brillante recibimiento, dejándole glorificar públicamente, muy por encima de todo merecimiento, fué la primera".

Cuando, poco después, Bulgaria, descontenta de su ganancia, buscó tres pies al gato en una nueva guerra y fué derrotada plenamente, acrecióse con ello la ganancia griega y abarcó Creta, un trozo de Macedonia con Salónica, el occidente de Tracia con Kavala y el Tabak, el Epiro, la mayor parte de las islas del Archipiélago. Venizelos había proporcionado a su país, primero por medio de las armas, después por negociaciones en dos conferencias, mayor acrecentamiento del que recibieron sus aliados.

Y no obstante, Constantino consideró todo esto como merecimiento suyo propio. La trágica muerte del padre, la victoria y la conquista de provincias largo tiempo anheladas, el simbólico nombre de Constantino: todo concurrió al mismo tiempo para hacer de él, con mínima molestia, un héroe a los ojos del pueblo. Así, se originó, o creció en el, una satisfacción de sí mismo que pronto debía volverse contra el inventor de su poder y de su gloria. El tradicional desagradecimiento de los reyes coincidió con el tradicional desagradecimiento de los griegos. Pues un año después del término de la Guerra Balcánica vino julio de 1914 y sacó a la luz del día y de la Historia el íntimo disentimiento entre ambos caracteres, hasta entonces cubierto por la uniformidad de las resoluciones.

Cierto que, en tales casos, se pueden fundamentar en terreno político las diversas opiniones; pero, en realidad, también se vierte aquí la pasión desde más profundas fuentes. También los reyes y los ministros, en tales horas fatales, son determinados resueltamente por presentimientos y prejuicios, por la educación, las mujeres, la ambición y los celos. A la verdad, era también producto de una superstición el que Constantino apostara por

Alemania y Venizelos por la *Entente*, pero estos fundamentos no son suficientes para explicarlo todo.

Constantino, como carácter vacilante, fácilmente accesible a influencias, había sido decididamente determinado por su educación y su carácter. En Guillermo II no veía un modelo ni una figura digna de ser amada: sólo le temía, pues había sido tratado por él de un modo alternativamente amable y dominante, con el súbito cambio de sentimientos de un neurasténico. Tras la Guerra Balcánica, había recibido de él un "bastón de mariscal"; después otra vez amenazas, especialmente ahora cuando le era preciso unirlo a Alemania. La reina, que siempre hablaba en inglés con su marido, odiaba a los franceses, el llamado enemigo hereditario, regresó en agosto del año 14 de la corte de Berlín, llena de las impresiones de un militarismo dominante y de un hermano imperativo; se trataba íntimamente en Atenas con el embajador alemán. Hablaba allí de Francia en términos no muy regios y en el mismo tono debe de haber escrito a Berlín. No he leído estas cartas, pero las he visto, en abril del año 16, atravesando, en un saco cerrado, la línea entonces todavía muy densa de la *Entente*, para ser puestas en seguridad, llevadas de Atenas a Servia. El rey, que en aquellos momentos altamente políticos, veía en su mujer a la hermana del Kaiser, según Venizelos me lo refirió más tarde, díjole a éste en los primeros días de la Guerra: "Temo el regreso de la reina; traerá otras ideas".

Añadíase a esto el natural deseo del rey de no poner en riesgo a su país: llegaría a ser una segunda Bélgica si se unía con los adversarios de Alemania. Pues la fe de que la victoria sería de Alemania, o no sería de nadie, estaba profundamente arraigada en su ánimo; era un elemento aun más decisivo que la influencia de la reina. En su círculo, repitiólo durante años enteros. Cuando lo visité, en febrero del año 16, mostróme en un mapa especial de gran tamaño, los avances de Alemania en un fuerte de Verdún, creo que en el de Douaumont, y cuando, en agosto del año 17, le hablé, en St. Moritz, de la creciente angustia de Austria, me declaró irritado: "Mi médico, que vino recientemente de Viena junto a mí, me ha asegurado lo contrario". Constantino no sólo vió equivocadamente al principio de la Guerra, sino que no quería ver derechamente al final de ella.

Motivos personales de ambición y de celos representaban un

importante papel en la situación de su ánimo. ¿Por qué había de poner nuevamente en juego los recientes laureles de la Guerra Balcánica? ¿No se asemejaba a un escritor, que, con un libro único ha labrado su fortuna, menos por talento que por concordancia con el tiempo, y después teme perjudicar este buen éxito universal con una segunda obra? ¿Y de dónde había de venirle a este danés-ruso el odio contra los turcos, el motivo impulsor de su ministro? ¿Quién era, pues, propiamente, este cretense, que siempre se presentaba detrás de él amonestando con insistencia? "Constantino tenía gran confianza en mí —refirióme Venizelos—. Yo había vuelto a ponerle en primer lugar, hice después que lo recibieran deslumbradoramente. Pero estaba molesto con tener un hombre junto a sí, en cuyo favor estaba la muchedumbre. Quería ver triunfar el derecho divino de Guillermo, pues también querían tenerlo en su favor. Fué influído por su amigo Streit, nacido en Alemania, por los militares y especialmente por la reina. En él mismo, no había ni una sombra de espíritu griego. Pero no era sincero conmigo, ya se lo contaré a usted".

Mientras que el rey, ni nacional ni políticamente era impulsado hacia ninguna de las dos partes, Venizelos, antes de todo estaba determinado por su odio contra los turcos. ¡Qué ocasión para expulsar por fin al mortal enemigo, en unión con potentes ejércitos, de la parte griega del Asia Menor y hasta quizás de Constantinopla! Pues que los turcos habían de ir en favor de los alemanes era cosa firmemente establecida para él desde el libre paso de los dos navíos de guerra alemanes por los Dardanelos, por tanto, desde el décimo día de guerra. De este modo, el motivo fundamental de Venizelos no era en modo alguno anti-alemán, sino que era anti-turco: jamás en su vida habría ido con una *Entente* que se hubiera concertado con los turcos.

En su espíritu, añadíanse también a ello motivos políticos: la situación marítima del país hacía fatal todo conflicto con Inglaterra. Era natural unirse con las tres potencias que, cien años antes, habían garantizado la independencia de Grecia. Era demócrata, creía en la victoria de esta forma de gobierno, y, tanto en el sentido de una filosofía del Estado como por instinto político, era llevado a considerar en decadencia a los poderes autocráticos. El tratado con Servia, que obligaba a Grecia a prestarle auxilio y con el cual operó durante dos años, me parece sólo,

en manos de Venizelos, como un dichoso efugio merced al cual podía emplear, ante la nación, las palabras derecho y honor, en vez de las de pasión e intereses.

Según la situación de los caracteres lo mismo que la disposición de las fuerzas, tenía que venir pronto un rompimiento entre el rey y el ministro.

VI

"A Vuestra Majestad, aun felizmente al comienzo de la edad viril, puede corresponderle no sólo crear una nación grande con la espada, sino fortalecerla mediante acertadas ordenaciones políticas. Entonces, cumplida la misión, puede usted dejar a sus sucesores una obra de tal magnitud como a pocos monarcas ha sido otorgado . . Pero, aun errando el camino, tendríamos satisfecha la conciencia porque habríamos luchado en pro de la liberación de nuestros paisanos del poder de los turcos . . Habríamos alcanzado la amistad y la consideración de las potencias que fundaron a Grecia y la han sostenido durante tanto tiempo. Ocasión como la de hoy apenas volverá a ser ofrecida al helenismo".

Con un torrente de *exposées,* de uno de los cuales proceden las frases anteriores, trataba Venizelos, en los primeros meses, de convencer a su rey, por lo menos de atraerlo. Al mismo tiempo, tenía que temer de continuo que sus cartas continuaran viaje a Berlín; le faltaba, precisamente en palacio, el favor personal; la reina se retiraba de él; en la antecámara, en las escaleras, encontrábase con frecuencia al embajador alemán. ¡Qué sentimientos tuvieron que conmoverlo, cuando, en febrero del año 15, la *Entente* bombardeó los Estrechos sin que Grecia estuviera con ellos! "Si entonces —me dijo Venizelos diez años más tarde—, si ya en febrero de 1915 me hubiera sido permitido apoderarme de Gallípoli, los turcos se habrían retirado, los rusos podrían llevar por los Estrechos su material de guerra, cuando estaban en Galitzia ante Przemysl. En febrero de 1916, después del fracaso de Verdún, podía estar la guerra terminada; Bulgaria no habría intervenido y Europa habría ganado dos años y medio

de paz. Ésta es, ante la Historia, la responsabilidad del rey: la prolongación de la Guerra al doble de su duración".

Hacia aquel tiempo, cuando Servia yacía en tierra derribada, Grey ofreció a los griegos, a cambio de su auxilio, ganancias territoriales en el Asia Menor, Esmirna; en todo caso, de modo muy vago, como fueron todas estas promesas hechas a Grecia.

Cuando poco después, en Londres, se decidió la campaña de los Dardanelos y Grecia fué invitada a participar en ella, pareció, durante un momento, que el rey estaba decidido a la guerra. El 5 de marzo del año 15, díjole por fin a Venizelos, que le había anunciado el peligro de los griegos habitantes en Asia Menor: "¡Bueno, pues! ¡Sea así en nombre de Dios!". Un consejo de la Corona, celebrado en el mismo día, pronunciόse por la intervención con todos los votos favorables menos uno solo; al final, todavía obtuvo el rey una noche para reflexionar. Entonces, como protesta, se retiró el jefe del Estado Mayor General, amigo de Alemania. Venizelos, a pesar de ello, estaba tan seguro de las cosas, que por la noche hizo copiar los documentos necesarios. A la siguiente mañana, negóse el rey a reconocer la resolución de su Consejo de la Corona. Entonces Venizelos presentó la dimisión, convocó nuevas elecciones, demostró al pueblo que aquélla era la única ocasión de triunfar de los turcos, ganó las elecciones y tuvo ante sí un pueblo que quería ver actuar reunidos a los dos hombres en quienes confiaba. El rey, que tenía entonces que volver a llamarlo para formar Gobierno, fingióse enfermo; según afirma Venizelos; en todo caso, le hizo esperar desde junio hasta septiembre, hasta que entonces, la amenazadora entrada de Bulgaria en la Guerra alemana le forzó a volver a convocar a aquel hombre peligroso.

El siguiente período de gobierno de Venizelos es el más corto de todos los suyos, sólo duró algunas semanas en otoño de 1915 y está lleno de insinceridades por ambas partes; no podía durar, porque ambos, el rey y el ministro, desconfiaban con razón uno de otro. El ejército estaba movilizado, pero el país no sabía a derechas contra quién, y un participante en esta tragicomedia me dijo entonces con auténtica sal ática: "Venizelos manda movilizar contra Bulgaria, pero el rey manda movilizar contra Venizelos".

Ambos hombres reconocían que las tropas de la *Entente*

que querían desembarcar en Salónica para conquistar desde Gallípoli la capital de Turquía, sólo por la fuerza podían ser mantenidas lejos. Más tarde, ambas partes se acusaron mutuamente de haber llamado al país a los ejércitos de la *Entente*. En realidad, uno y otro hicieron más para ello de lo que más tarde querían reconocer ante el país; pues, haber llamado a tropas extranjeras nunca es perdonado por una nación, aun después de una victoria. Desde lo profundo del alma popular brota, en tales casos, una primitiva desconfianza; un sentimiento como sería el de unas mujeres en cuya mayor intimidad penetraran, por la fuerza, unos hombres extraños: aun cuando haga ya mucho tiempo que la sorpresa se ha mudado en amor, viene más tarde, alguna vez, el momento en que le reprochen al hombre por su violencia primitiva.

También en esta cuestión daba el rey dos pasos hacia atrás si había dado uno hacia adelante. Cuando, después de la primera dimisión de Venizelos, llevaba con la *Entente*, por medio de su entonces ministro Gunnaris, cautelosas negociaciones acerca del desembarco de tropas griegas en Gallípoli, decía él: "Hago eso porque mi país simpatiza con esa gente, pero tiemblo siempre de que puedan aceptar". Ahora, en otoño, cuando las exigencias francesas llegaron a ser más perentorias, negociaba Venizelos para comprometer en la Guerra ciento cincuenta mil hombres. El rey entendía, con ello, la protección contra Bulgaria de su frontera del Norte, Venizelos la compulsión, para la entrada de Grecia en la Guerra. De nuevo quería Venizelos atrapar descuidado al rey.

En las jornadas de julio de 1870, cuando Bismarck quería la guerra y una magnífica tontería de su colega francés podía ser utilizada para lograr ser los agredidos, echó mano de un enojado telegrama de su rey, cambió, en un cuarto de hora, el estilo de la versión que había de conocer el mundo, a fin de ligar a su pacífico rey, y cuando éste llegó al día siguiente para asegurar la paz, encontróse, irrevocablemente, con la guerra delante de la puerta. Lo mismo que Bismarck con el telegrama de Ems, procedió Venizelos en septiembre del año 15: en una mañana de debilidad, dejóse el rey arrebatar su aprobación para la marcha de aquellos ciento cincuenta mil hombres.

"Media hora después —refirióme Venizelos— vino Mercati,

el Mariscal de Corte, a decirme que no debía hacer nada hasta que hubiera hablado otra vez con el rey a la mañana siguiente. Lo miré y le dije: ¡Ya está hecho! Cuando después, en la Cámara, en un discurso, presenté mi política más claramente que hasta entonces, llamóme el enojado rey para decirme que había ido demasiado lejos. Y, sin embargo, tuve que protestar, en una nota, contra el desembarco de los aliados en Salónica. Cierto que todo esto era una usurpación de derechos por parte de la *Entente*, una violación del Derecho de Gentes, era el espíritu del *chiffon de papier* lo que seguía reviviendo en aquel hecho.

Pero, al mismo tiempo, el rey me ocultaba la verdad. Cuando Bulgaria estaba a punto de atacar a Servia, y, probablemente, de traspasar también nuestras fronteras, fuí al rey con el decreto de movilización, a fin de que lleváramos algunos días de avance sobre los búlgaros. Ahora, el *casus foederis* se alzaba por encima de toda interpretación.

"Ya sabe usted —me dijo el rey— que no quiero entrar en guerra con Bulgaria".

"Eso podría decirlo usted en febrero —respondí—. Mientras tanto, el pueblo se ha pronunciado en favor de mi política y estoy aquí como el representante que ha elegido, pues, según la Constitución, el rey es responsable".

"Tendría usted razón —me dijo el rey— si se tratara de problemas interiores. Mas en las grandes cuestiones, en las que entra en juego la vida de la nación, no soy responsable más que ante Dios".

"Oí la teoría de Guillermo II y respondí: "Por desgracia, tengo que decir, con una antigua frase, que tengo pocas relaciones con los dioses. Ya Aristóteles habló de la religiosidad de los reyes cuando abrigan ciertos propósitos. Pero, en lo que se refiere a nuestro caso, hago memoria de que mi padre votó sobre la cuestión de si el padre de Vuestra Majestad debía llegar a ser nuestro rey".

"Sólo más tarde descubrí, por los documentos, que el rey me había engañado entonces: cinco días antes de esta conversación, había hecho llamar al Embajador de Bulgaria y le había dicho: "Sé que su ejército de ustedes, al servicio de Alemania, quiere acometer a los servios. Para este caso, he prometido en Berlín mi neutralidad. No permitiré a Venizelos que haga su

política". En esta situación, no me quedaba otra cosa que hacer sino dimitir de nuevo y proceder más tarde de modo independiente".

Esta crisis, con todos sus misterios, y la crítica volteriana de Venizelos sobre la gracia de Dios, sólo se las comprende si se conoce la fuerza de sugestión del ministro sobre aquel débil rey. En el día de aquella crisis, dijo de él el rey: "Tiene un modo de convencer propio suyo. Cuando no está delante, vense las cosas totalmente de otro modo. Quería meterme en un lío". Y otra vez le dijo a su secretario, al manifestarle éste que le encontraba de mala cara: "Naturalmente que vuelvo a estar enfermo. Ya ve usted quién acaba de estar conmigo".

También el modo de presentarse de Venizelos era entonces cambiante; astuto y hábil por su natural, no tenía, sin embargo, nada mefistofélico. Ahora, en un largo intermedio, tuvo que ir probando todos los caminos legales antes de presentarse como revolucionario; esta escala era bien conocida para él desde sus conjuras en Creta. Todo el mundo falseaba entonces los motivos verdaderos y mostraba el honor del país, la santidad de los tratados, mientras que cada cual sólo procedía según su visión y sus sentimientos. De este modo, Venizelos estaba menos exaltado en favor de los servios que contra los turcos, el rey menos contra los franceses que en favor de los alemanes. Bajo patéticos pretextos morales, bloqueó la *Entente,* el año 16, a la Grecia neutral, cercenóle las provisiones de carbón, de trigo y todos los medios de transporte; se llevaba en secreto políticos de las islas; saqueaba sacas de correspondencia, y encontraba siempre nuevos títulos jurídicos para cubrir sus actos de violencia. El único que decía la verdad acerca de ello era Clemenceau: *"Nous sommes entrés en Grèce par l'argument de la force"*, y Shaw decía irónicamente en el mismo tiempo: "Si de ello dependiera nuestra ventaja militar, violaríamos gustosos la neutralidad del Paraíso . . . aun cuando al hacerlo tuviéramos que convenir en la imposibilidad moral de nuestra conducta para con Grecia".

Por aquel tiempo, febrero de 1916 —los búlgaros estaban ya en Grecia sin obstáculo alguno—, visité al rey en su hermosa "villa" de Atenas; trataba él de ocultar sus sufrimientos, una grave pleuritis, de la que murió cinco años más tarde. Hablaba

mucho y velozmente, escuchaba poco, y por encima de todos sus argumentos centelleaba su fe en el ejército alemán. A varias prudentes objeciones replicó de este modo:

"El *Punch* de Londres me ha representado en un dibujo con traje de griego antiguo, en el estilo de un antiguo vaso, y como quiera que tiran de mí, con dos maromas, el Kaiser y Britannia, me tambaleo sobre los pies en medio de ellos. ¡Falso! Sólo puedo permanecer neutral. ¿Debo dejar que los ingleses destruyan a cañonazos todos mis puertos? Para mí no puede haber sentimientos que me determinen; sólo puedo proceder como griego. ¡A Atenas no vendrán esos caballeros, jamás lo intentarán! Tampoco es tan mala la situación con los búlgaros. Tan pronto como hayan expulsado de mi país a sus enemigos se retirarán pacíficamente. Si los ingleses fueran más poderosos irían mejor todas las cosas. Sólo los franceses son los que siempre quieren obtener de mí, por la violencia, nuevas disposiciones". Cuando aludí a la posibilidad de inquietudes internas, me dijo, con su manera de hablar rápida y franca: "¿Se refiere usted a una revolución? No, no; eso no se dará entre nosotros". Deduje que tenía el optimismo de común con Venizelos.

Hablaba de éste sin odio, no como de un rival, sino como de un hombre que pensaba de otro modo: "En política exterior es a veces fantástico. Cuando Grey, como premio de la adhesión de Grecia, le mostró desde lejos un trozo de la costa del Asia Menor, declaró al punto en la Cámara que recibiríamos todo el Oriente hasta Afiun y describía ya praderas y rebaños de ovejas, como si las estuviera viendo ante sí".

Algunas semanas más tarde vi a ambos adversarios, delante de la gran cruz dorada de la catedral de Atenas, unidos y separados en la fiesta nacional griega. Rodeado por los suyos, alzábase allí la alta figura del rey, cuyo uniforme iba atravesado por la banda azul de la Orden de San Salvador. A pocos pasos de distancia, con su grupo, estaba Venizelos, cuyo frac estaba iluminado por la misma banda. Esta manifiesta *fronde*, en presencia de los representantes de ambos grupos combatientes, la sonrisa del rey que simulaba no ver a los otros, la conversación en voz baja de los grupos enemigos, ante todo la falta de toda razón, todo ello en medio del esplendor de millares de cirios, con órgano y coros,

entre Jesús y los santos, significaba entonces para mí la tensión entre los partidos, pero, al mismo tiempo, el democrático espíritu de un pueblo que soportaba semejante atropello público por parte de su rey.

VII

ALGUNOS meses más tarde, en una noche de septiembre del año 16, un grupo de jóvenes que copeaban en una posada de la ribera de Falero, prestaron atención, a las tres de la madrugada, a algunos señores que, viniendo de Atenas en un automóvil, pasaron por allí, atravesaron rápidamente el local, embarcaron en un bote y de él pasaron a un navío, allá fuera, lejos, en la noche. Era Venizelos con dos amigos, uno de los cuales había de ser más tarde presidente de la república helénica. El hombre que en esta costa, durante seis años, había reunido en sí el supremo poder, tenía que hurtarse, por la noche, a ella, como un conjurado. Era su tercera huída, pero ésta era de una clase especial, porque ahora había decidido cometer un delito de alta traición. Si le resultaba bien, era un héroe y un salvador; si no, sería ejecutado por las balas del vencedor. Esta vez, siendo de edad de cincuenta y dos años, no huía como perseguido, como lo había hecho de niño y de hombre; más bien estaba decidido a perseguir. Tampoco huía de Creta, sino hacia Creta: allí, en la antigua base del revolucionario, reunió tropas voluntarias para su empresa, acopió sin duda también valor. Al cabo de pocos días, esperado y recibido, desembarcó en Salónica.

En realidad, no habían pasado más de cuatro años desde que él, como triunfador, había entrado en la ciudad por la parte de tierra, en solemne cortejo con el rey y el príncipe heredero, para libertar de los odiados turcos a aquella plaza anhelada durante tanto tiempo, entregándosela a la nación a quien pertenecía... Entonces atronaban y relucían en torno a él músicas y uniformes griegos, y de fijo que pensaría que con esto quedaba recompensado el gran esfuerzo.

Hoy se alzaban en el *quai,* que todavía desde entonces llevaba el nombre de Venizelos, tropas francesas, inglesas, italianas, servias; análogas todas, entre ellas, por sus uniformes grises de cam-

paña, pero las gorras, la expresión y el lenguaje eran extraños unos a otros. Con relumbrante uniforme, esperábale en el lugar del desembarco el general Sarrail, para saludarlo en nombre de media Europa como jefe del gobierno provisional de Grecia. Si antes se había aproximado a un general de las grandes potencias, se hallaba casi solo en su pequeña isla, como agitador idealista, y aquel abusivo poder lo impulsaba amenazadoramente a que se rindiera a él, hoy se alzaba ante el general extraño, recibiendo honores como representante de un país a cuyo legítimo soberano destituía, y pronto sería condenado aquel para quien, cuatro años antes, había imaginado iguales honores. ¡Qué confusión de jurisdicciones, de pretensiones morales, de sentimientos! En este momento, el más audaz y atrevido de su vida, cuando Venizelos, no forzado por ningún destierro, voluntariamente y confiando sólo en su visión política, se apartaba de su propio pueblo y se dirigía a buscar la protección de pueblos extranjeros, tiene que haber sentido, con más fuerza que nunca, lo absurdo de la monarquía; pues todos sus planes que, sin embargo, habían sido aprobados por el pueblo en las últimas elecciones, se habían estrellado contra la oposición de un hombre único, que había prestado escasos servicios a la nación.

¿Qué tiene que haber sentido cuando una pequeña parte de los soldados gritó "¡Abajo el rey!"? Procedió tan cautamente que, en su proclama, cierto que acusaba al rey de quebrantamiento de la Constitución, pero, sin embargo, afirmaba regir en lugar suyo, en forma de poder conciliar la guarnición de la ciudad, por mitad realista, con su nuevo gobierno. Todo estaba preparado, montó allí el gobierno y permaneció nueve meses. Mas cuando el rey hizo que se le preguntara, por medio de uno de sus íntimos, si quería ser ministro suyo, si decidía aliarse con la *Entente,* respondió Venizelos: "Ni yo ni ninguno de mis amigos".

En general, los hombres de acción, si lo son realmente, suelen dominar la oscuridad de tales situaciones de ánimo con una ingenuidad mucho mayor de la que les atribuyen los que lo consideran más tarde. No sólo la leyenda, también la descripción histórica conduce a puntos culminantes del sentimiento, que, como el resplandor de la luz en el espejo, se fortalecen o se hermosean, y si el representado vive todavía para conocer esas posteriores informaciones y se sonríe de ellas, eso dice en favor de

la noticia y no contra el representado. Venizelos pertenece, en este sentido, a los más claros caracteres inconmovibles que yo he conocido.

En Atenas, maldecían al criminal. En su casa fueron decomisados, inmediatamente después de su partida, sesenta fusiles, cuarenta y nueve revólveres y quince granadas de mano; el viejo revolucionario de las montañas de Creta no había olvidado su táctica. El día de Navidad, el gobierno real hizo erigir un montón de piedras y maldecir al criminal, a la manera antigua, por los ocho obispos de la antigua Grecia. Era su segunda excomunión, esta vez con mayor teatralidad que la de Creta. "¡Anatema!", exclamaba cada uno de los obispos, arrojaba una piedra en el montón y cincuenta mil hombres, que poco antes todavía aclamaban al héroe popular, arrojaban, con el mismo grito, sus piedras contra él. Más difícil que al pueblo fuéle al rey el llegar a maldecirle. Una vez, cuando su primer ministro octogenario, Skuludis, le daba sus informes, y él no atendía a derechas, se sobresaltó de repente y preguntó, como en sueños: "¿Todavía está ahí Venizelos?" Tan intensa era la fuerza mágica de este hombre que hasta su sombra intranquilizaba al vacilante rey.

De las potencias mundiales esperaban ambos la solución. Al rey lo amenazaba la *Entente* cada vez con mayor violencia; al ministro se le prometían cada vez más cosas; la nueva parte Norte del país estaba plenamente separada de la antigua, el ejército vacilante y también la disposición de los ánimos y la prensa. Ambos hombres esperaban, nadie conocía el desenlace: cualquier gran batalla a miles de leguas de distancia podía decidir de su destino y del del país. Pero en la primavera del año 17, cuando la fuerza superior de la *Entente* impulsaba hacia la victoria, cierto día hicieron un breve proceso, enviaron un embajador francés en un barco de guerra al Pireo y le plantearon al rey la cuestión de que renunciara a la corona en veinticuatro horas y entregara el gobierno a uno de sus hijos o sería proclamada la república en Atenas. El rey se retiró sin renunciar formalmente, dejó como menor a su segundo hijo, Alejandro pero tuvo que vencer, por medio de advertencias y confortaciones, un poderoso y totalmente primitivo veto del pueblo antes de que le dejaran partir. Dos semanas más tarde, Venizelos volvió a trasladarse a Atenas, como

señor, saludado por los mismos obispos que lo habían maldecido en el anterior otoño.

¿Por qué no había avanzado él mismo, desde el Norte, con sus sesenta mil hombres, sobre Atenas, y, como un griego a otro griego, el conquistador de Macedonia a su general en jefe, no había presentado otro ultimátum que debía forzar al rey a la alianza o a la abdicación? ¿Por qué cometió la falta de dejarse volver a llevar al poder por tropas extranjeras? "¿Por qué no hizo usted eso?", le pregunté. Entonces, antes de responder, hizo una larga pausa, desacostumbrada en él.

"Sí, ¿por qué no? Yo quería avanzar y deponerlo. Las potencias me lo prohibieron. ¿Temían, acaso, tener a sus espaldas a mis tres divisiones, sin ningún control suyo? El que yo no volviera sino después de depuesto Constantino, me lo ha tomado a mal mucha gente". Según un informe, para lograr aquello hasta derramó lágrimas en una conversación con Sarrail. Tengo el informe por auténtico, hasta en lo de las lágrimas.

Ahora vió con espanto una ciudad muerta, al entrar en carruaje en Atenas; ni un solo ateniense en las calles, nada más que largas filas de soldados franceses, que aseguraban el éxito de su viaje; sólo al final, al dar la vuelta para entrar en la "villa", regia, asomaban las cabezas de los naturales del país por detrás de los extranjeros. Politis, que iba con él en el coche, me refirió cómo, al instante, reconocieron los dos el error, por lo menos en la dirección de escena, y cómo Venizelos dijo en voz baja: "¡Qué falta de los Aliados!"

Dos poderes lo esperaban en la capital: el antiguo parlamento y el nuevo rey. En un magnífico discurso que duró ocho horas, describióle a la Cámara, mirando hacia el pasado y hacia el futuro, las razones y puntos de vista de su empresa, siempre impulsado por el pensamiento fundamental que determinó también la política de guerra de Masaryk: "Tenemos que haber estado presentes con nuestras tropas, que haber combatido junto a ellos en medio de sacrificios, si queremos sentarnos a la mesa del vencedor y formular pretensiones". La Cámara dió su confianza con una aplastante mayoría.

Pero también el nuevo rey, un hermoso joven de veinticinco años, pareció decidido a vivir con el peligroso ministro y representar el papel inverso al del joven Guillermo con Bismarck. Si en

las primeras semanas se había sentido incómodo, y sólo como un figurante, fué cobrando gusto a aquel oficio, especialmente cuando fué recibido en París, por primera vez, con honores reales. Pues Venizelos se apresuró a ir con él a París y Londres para procurarse pan y dinero para Grecia.

Con plenos poderes, continuó el ministro en su puesto hasta el término de la guerra, y finalmente, cuando los enemigos búlgaro y turco quedaron sometidos, Venizelos pudo demostrar al más remoto aldeano griego que había visto acertadamente y que el desterrado rey se había equivocado. Aprecia altamente la influencia de Grecia en la victoria y me dijo:

"No quiero aumentar nuestros merecimientos. Pero sin nuestras diez divisiones en el frente macedónico, no habría tenido éxito el ataque de la *Entente* en otoño del año 18. Esta ruptura obligó a los búlgaros, y poco después al Kaiser, a negociar la paz. La consecuencia de nuestra colaboración fué, por lo tanto, mucho más importante que el número de las tropas griegas. No digo que la *Entente* sin nosotros habría perdido la guerra; pero se habría prolongado, acaso habría terminado en la primavera del año 19, sin tan gran derrota militar. Por lo menos, en una y otra parte, han sido ahorrados por nosotros algunos cientos de miles de vidas humanas".

VIII

TAMBIÉN al tigre le ha plantado Dios un corazón dentro del pecho. Cuando Clemenceau, como uno de los tres jueces de los muertos, hallábase sentado en su silla dorada, tenía una sonrisa para los griegos, pues siguió siendo filohelenista hasta su edad más avanzada. A Venizelos, además, lo había conocido como cretense veinte años antes, y al punto lo reconoció.

De tres maneras supo Venizelos, en la Conferencia de París, sobresalir sobre los representantes de veinticuatro Estados aliados. En primer lugar, no se presentó con unos detallados convenios secretos, cuyos párrafos señalarían, con tenaces índices, los rumanos, los italianos y otros delegados, sino que, por decirlo así, ponía abiertamente a discusión sus argumentos y su persona. A favor de esta variabilidad de posición, aportaba el talento más

asombroso para negociar con cada cual dentro de esta característica manera. "Si el presidente Wilson me dice —exclamó una vez— que el pueblo de Tracia no es griego le demostraré lo contrario. Si quiere arrebatarnos el país por cualquier otro motivo, le demostraré la contradicción con sus catorce puntos". Su habilidad era tan grande, que sabía presentar toda ventaja para sí como ventaja para las grandes potencias, en especial la ocupación del Asia Menor, por lo cual Nitti decía de él: "Parece siempre que concede alguna cosa cuando consigue la satisfacción de sus deseos". Finalmente, era un verdadero conocedor del próximo Oriente, había estudiado fundamentalmente, y las tenía en su cabeza, estadísticas, geografía e historia, y chocaba, por ello, en aquel montón de gentes ignorantes o que sólo estaban enteradas a medias. No fué casualidad que por un momento, en París, se tuviera el plan de nombrarlo "Canciller de la Liga de Naciones", cosa de la que supo esquivarse el astuto cretense.

Por lo tanto, si se apoderaba, en cuanto era posible, de Clemenceau por el lado humanístico, de Wilson por el dogmático, sólo necesitaba ser el mismo para entenderse con el tercero: Lloyd George hízose rápidamente amigo suyo, porque poseía la misma capacidad de adaptación, pero, al mismo tiempo, ninguna especie de conocimientos especiales; según ello, podía, por decirlo así, tomar a préstamo el saber de un espíritu emparentado por temperamento con el suyo. Y ¡cómo no hubieran debido entenderse, por medio de un guiño, estos dos hombres, ya que ambos eran demócratas por sus fundamentos y educación, pero dictatoriales por temperamento, ambos optimistas, ambos tribunos populares que se habían desenvuelto hasta llegar a constructores! Un día, cuando los italianos abandonaron la Conferencia de la Paz, cuando también los turcos comenzaban ya a reunirse, rogóle Lloyd George al griego que fuera junto a él y le preguntó sin más ni más: "¿Podría usted, en tres o cuatro días, desembarcar en Esmirna?".

Venizelos había esperado por esta hora, era preciso que viniera. ¿No tenían los ingleses gran interés en mantener firmes a los griegos allí donde turcos, italianos y franceses podían acaso llegar a ser molestos? Pero, para él, el ocupar Esmirna no era nada menos que la coronación de la obra de su vida, pues allí y en el interior, vivía aún, bajo señorío turco, el último millón de

griegos. Para realizar sus sueños, quería que se lo rogaran las potencias universales. Aquel día, hízolo así, una de ellas. Si se imagina uno las cabezas tempranamente semicalvas de estos dos hombres a la mitad de la cincuentena, ambas rosadas y blancas, ambas con unos ojos agudamente penetrantes, ambas siempre en guardia y habituadas a corresponder con rapidez de flecha a la situación y los sentimientos de la otra parte, se estimará el dramático valor de este minuto y no asombrará la leve desconfianza que sugirió el griego de solicitar la conformidad de Francia y de Italia. Ésta fué concedida, ligeramente y sin formalidades, como se hacía con otras decisiones de esta conferencia; Venizelos corrió a Atenas; en pocos días, hablamos de mediados de mayo del año 19, sus navíos ocuparon el puerto, sus soldados, mantenidos siempre por él en estado de movilización, los puntos principales de Esmirna.

¿Tenía garantías de las potencias? Éste es el punto débil de su carrera, pero es, a la vez, extremadamente humano. Si Venizelos hubiera conocido por completo el mecanismo del pensamiento de Lloyd George, precipitado, no siempre de fiar, que no va hasta el fin de las cosas, tendría que haber sido aún más desconfiado. La acción, en cierto sentido, costóles a uno y otro sus laureles, pero la nave de Lloyd George pronto habría tocado contra cualquier otro obstáculo del fondo, mientras que Venizelos, de modo semejante a los héroes de la tragedia griega, con la pérdida de un gran destino, debía expiar una pequeña falta. Creía que los Estados Unidos aceptarían el mandato de Armenia, y por lo tanto, mantendrían en jaque a los turcos; creía también que si él ahora no la tomaba, los turcos poseerían Esmirna dentro de pocos años. En el primer punto se equivocaba, en el segundo acertó de una manera endemoniada. ¿Debía exigir garantías, como aquellos que bregaban entonces con las grandes potencias con sus tratados en las manos? ¿En la Liga Balcánica, no había alcanzado más con su silencio que con firmes establecimientos de fronteras? Venizelos pertenecía siempre a aquellos hombres de Estado, reflexivos pero, al mismo tiempo, ágiles, a quienes el espíritu de un libre acuerdo les parece más importante que una cláusula; trataba siempre de crear situaciones que le fueran provechosas. Este modo de regir el Estado, es genial pero peligroso.

Por ejemplo, cuando algunos meses más tarde acomodóle a

Clémenceau declarar provisional aquella ocupación griega de Esmirna, fué grande el asombro de Venizelos: ninguno de los tres grandes hombres habíale dicho nada de ello. También, en diversas conferencias, había quedado sin aclarar lo que significaba en realidad la ocupación, cómo y cuándo el poseedor debía pasar a propietario. En Turquía, cuando la suspensión de hostilidades, los ingleses habían dejado sus armas al vencido, las habían encerrado en almacenes sin intervención alguna, con lo cual los turcos sólo necesitaban volver a sacarlas de ellos. Entonces, un hombre fuerte había concebido el pensamiento de librarse de la dominación de todos los pueblos extraños que rodeaban a Turquía, de edificar de nuevo, fortaleciéndolo, el auténtico núcleo original, y ahora, cuando Kemal Bajá reunía sus fuerzas, al querer avanzar los griegos de Esmirna fuéles prohibido por las Potencias; cuando, más tarde, les era permitido adelantarse, tuvieron que replegarse a su base de Esmirna; por último, sin embargo, se extendieron considerablemente por el Asia Menor.

Cuando finalmente Venizelos, al cabo de un año, en agosto de 1920, logró obtener en debida forma, en los Tratados de Neuilly y de Sèvres, los más capitales trozos del Asia Menor griega, los franceses firmaron aquello contra su voluntad, porque precisamente entonces necesitaban de la aprobación de Inglaterra para proceder contra Alemania . . . y con el deseo de que sus Cámaras no lo ratificaran nunca. Pero el Tratado estaba siempre allí y Grecia recibía de manos de Venizelos, el Oriente de Tracia, Esmirna, varias islas, un trozo del Norte del Epiro y una orilla del Mar de Mármara y de los Dardanelos. Literalmente, el cretense había alcanzado la realización de sus sueños. Al día siguiente, fué atacado a tiros en la estación de París por unos militares griegos exonerados. "Recibí el primer disparo por la espalda —me refirió—. Al instante comprendí: ¡un atentado! Había allí un banco para los equipajes. Arrojéme sobre él y de este modo todos los demás disparos pasaron por encima de mí". Por lo tanto, con su agilidad había salvado su propia vida, lo mismo que Bismarck el año 66. Cuando se llevaron al herido, encontróse en su portamantas una *Historia de la democracia inglesa.*

Mientras tanto, los realistas y todos los demás enemigos naturales de tal hombre habían sido infatigables, en la capital, para minar su posición. Casi durante dos años, había permanecido de

continuo fuera, para negociar; los otros estaban en el país y podían fomentar los intereses de su partido. Cuando convocó elecciones en septiembre, contra el consejo de Politis y de otros amigos, asentaba su seguridad en sus relaciones con el rey. Alejandro se había malquistado con su padre y su hermano a causa de una cuestión de amor. Tanto más vivamente, por ello, actuó Venizelos en favor del matrimonio, anhelado por el mancebo, con una muchacha de la antigua familia patricia de Mano, con la cual, realmente, llegó a casarse. Y ¿no tenía razón el ministro al preferir como reina al vástago de una auténtica familia griega, en lugar de cualquier princesa extranjera, cuya entrada en Grecia nunca había sido aún venturosa, y, últimamente, había terminado de modo tan fatal?

Pero los dioses griegos no abandonan jamás el campo de su antigua actuación, y, algunos miles de años después de su acción oficial, todavía parece que siempre piensan en fortalecer en este país las leyendas de lo trágico. Un rey se había ido fuera del país, otro murió de la mordedura de un mono. Cuando el joven Alejandro, a quien le gustaba criar animales, se divertía en su jardín con sus perros y azuzaba a uno de ellos contra su mono, éste, en su excitación, mordióle a su señor en una pierna; la herida llegó a presentar mal aspecto, llamaron a los grandes médicos de Europo, prometieron la salvación si se amputaba la pierna. Pero de un lado la hermosura del mancebo, ante todo la tradición que prohibía este atentado en una figura regia; de otra parte, el que se confiaba en salvarle aún sin eso, y al cabo de diez días estaba muerto.

¿Podían los constantinistas encontrar mejor pretexto? ¿No era ésta una indicación de lo alto para volver a llamar al rey mártir? ¿Podía darse una situación de ánimo más romántica para consultar al pueblo y volver a colocar al padre desterrado en lugar del fallecido mancebo? De nuevo, por tercera vez, se hallaba Venizelos ante un problema dinástico, pero esta vez no supo ser señor de él. "Entonces no hubiera debido hacer elecciones —me dijo más tarde—; tenía detrás de mí al ejército, al gobierno y a la mitad del pueblo. Los realistas prometían a los electores la paz al cabo de seis años y medio de haber estado bajo las armas. Por el contrario, yo no podía decir a las mujeres cuándo volverían a ver a sus hijos. Cuando murió Alejandro, hubiera tenido

que echar mano de Jorge. También le pregunté a Take Jonescu si podíamos volver a unirnos con la casa de Rumania (la mujer de Jorge era rumana). Jorge no tenía hijos, se le hubiera dejado reinar hasta el fin, y después, de modo natural, podía venir la república. Podía aplazar las elecciones hasta el fin de la guerra y hacer aceptar entonces la paz. Pero yo estaba agotado . . . tantos años trabajando a presión; por último el atentado, que, sin embargo, era simbólico. Sí; tenía yo tal prestigio con la *Entente* que hubiera podido sacar adelante a Jorge como rey".

Venizelos había descuidado en todo aquel decenio el proporcionar una rígida organización a su partido; abandonóse a su popularidad; creía que si tres mil oyentes le aplaudían, en señal de aprobación, en una plaza, votarían en favor suyo; no conocía al detalle las semioscuras rivalidades locales; era optimista; había sido llevado de triunfo en triunfo, y, con demasiada frecuencia, estaba rodeado de aduladores. No vió que millares de personas, pertenecientes a círculos electorales, lo odiaban a causa del envío de sus amigos a las islas, a los severos regimientos de guerra; que otros miles de electores no podían soportar la lengua popular que él había introducido, y que millones de griegos eran atraídos por lo romántico del fallecido rey pero repelidos por el aspecto del dictador que había regresado bajo la protección francesa. ¿Podía esperar, al cabo de tan largos años de guerra, imponerse otra vez a la nación para una cruzada contra los turcos? Los otros exclamaban: ¡Constantino y la paz!

De este modo, Venizelos, de la noche a la mañana, por unas elecciones populares que él mismo había convocado, cayó aniquilado desde la excelsitud de su poder y de sus éxitos; ni siquiera él mismo volvió a ser elegido en su circunscripción de Atenas. Todavía ahora podía dar un golpe de Estado. "No lo hice por respeto a la democracia". Cuando, a bordo de un destructor inglés, abandonaba por segunda vez el Pireo, voluntariamente pero como desterrado, veía desde a bordo los fuegos de artificio que la dichosa muchedumbre disparaba contra las nubes. Acaso, al verlos, pensaba en la ingratitud de los antiguos griegos.

Inmediatamente después de su partida, regresó el desterrado rey Constantino, recibido lo mismo que un dios, como un salvador.

IX

PERO quien no regresó fué la paz. Si Constantino, durante la Guerra Mundial, había calculado falsamente, pero, en medio de todas sus vacilaciones, había mantenido su línea principal de conducta jugando un juego con el cual, mediante la victoria alemana, podía al fin haber ganado, ahora, cuando por segunda vez le fué planteada la cuestión del Destino, corrió directamente a su perdición.

¡Qué habría sido más fácil que interrumpir la guerra de Esmirna! Lo que me había dicho el rey Constantino en el año 16; lo que, después de él, acentuaron millares de oradores y escritores: Venizelos es un fantástico, deja, sin garantías, que sean empleados los griegos como carne de cañón, que corran al Asia Menor como esclavos de las grandes potencias. ¡No podemos continuar esta política de aventuras! ¡Retiramos con honra el ejército y liquidamos la cuestión! Se lo hemos prometido al pueblo elector . . . Éste era el grito de paz que la nación esperaba. Sólo así, al limitarse a su país, podía Constantino sobreponerse al enojo de la *Entente*. Pero creyó que ahora era por fin "aliado", cosa que había evitado durante todos aquellos años; como "aliado", podía esperar ayuda contra los turcos, el antiguo enemigo en la Guerra Mundial. Cuando regresó, en las Navidades de 1920, al cabo de un destierro de más de tres años, estaba muy enfermo; lo que ocurrió entonces, pesa con mayor fuerza sobre sus ministros que sobre él mismo. Sus faltas y las del rey no pueden explicarse de otro modo sino como celos de Venizelos; si el hombre odiado había avanzado hasta esta línea, vamos ahora nosotros a sobrepasarla, marchando hacia adelante algunos centenares de kilómetros, hasta el corazón de Turquía.

"¡Cómo podían creer —exclamó Venizelos al referirme los sucesos de esta época— que iban a hacerlo todo sin ayuda, cuando, justamente, Francia veía en el regreso de Constantino el bienvenido pretexto para no ratificar el Tratado de Sèvres! ¿No contaban con que ahora había de hacer todo lo posible para fortalecer a Kemal Bajá contra nosotros? ¿Cómo podía avanzarse hasta cuatrocientos kilómetros en medio de una población en absoluto

enemiga? Siempre había hecho regresar yo al ejército al punto de apoyo de Esmirna. Cuando, en el año 19, avanzaron una vez nuestras tropas, le telegrafié al general: "Si no confiesa usted telegráficamente su error y promete no volver a cometerlo, lo destituiré". Los fundamentos de toda la empresa, la Alianza, quedaban terminados con el regreso de Constantino, dinero y toda suerte de apoyo. ¡Proseguirla en estas circunstancias era un crimen!".

A Gunnaris, a quien el rey, a su regreso, volvió a nombrar primer ministro, lo consideré como hombre absolutamente íntegro cuando lo conocí durante la guerra. Era menos perspicaz que el absolutamente intachable Streit, contra el cual, ni sus mismos enemigos se atrevían a decir nada. Uno de los más próximos colaboradores de Gunnaris, Politis, me afirmaba más tarde que éste era una enciclopedia semoviente, ¡con qué nimio celo leía las notas como si fueran las actuaciones de un juicio! Sólo le faltaba sentido para las cuestiones de hecho. Un Bethmann-Hollweg, a quien se parecía también exteriormente; era, si esto hubiera cabido en lo posible, menos aprovechable aún en Grecia que en Prusia. Si es lícito deducir de la serenidad que ostentaba en su aspecto la interior disposición de su ánimo, todavía inmediatamente antes de la catástrofe, en abril del año 22, cuando volví a verlo en la Conferencia de Génova, tenía que estar lleno de esperanzas. Si se le concede la mayor buena voluntad, siempre queda en pie el hecho de que cometió un error mortal para la nación y para él mismo.

En diversas fases de la Guerra Greco-turca, que, bajo Constantino, todavía duró año y medio, la *Entente* ofreció por tres veces sus buenos oficios para la reconciliación y tres veces fué rechazada por aquellos deslumbrados. Aun con más frecuencia, por medio de cartas y advertencias enviadas a Atenas y con negociaciones particulares con la *Entente*, intervino el mismo Venizelos, para, aun en su impotencia, sacrificar mejor un trozo de sus sueños que la existencia militar de su nación. Estaba entonces en Londres, en su hotel, a algunos millares de pasos de la sala de consejos del Foreign-Office, pero Gunnaris, que actuaba allí como representante griego, evitó el ver a Venizelos. Mediante nuevas víctimas en el Asia Menor, esperaba dulcificar la mala voluntad de la *Entente* contra Constantino. Cuando le previnieron, hizo avanzar; cuando había avanzado, las potencias se decla-

raron neutrales y Francia llegó hasta dar alientos a Kemal Bajá.

Venizelos, que seguramente es tan capaz de grandes odios como sus enemigos, con el miedo de ver perdida su obra, se dejó de toda consideración; un año antes de la catástrofe, es decir, todavía a tiempo bastante, escribióle una carta al jefe del Partido Liberal que toda la nación debía leer muy pronto: "La negativa a aceptar la intervención de las potencias aunque no sea más que en principio —dícese en ella—, es el mayor crimen del gobierno griego . . . ¿Habría podido pensar yo nunca en una guerra contra los turcos, sin contar con nuestros aliados, y hasta en contra de ellos? Al actual gobierno nada hubiese podido prestarle mayor auxilio que un compromiso para acabar la guerra y salvar los frutos de nuestra política que todavía pueden ser salvados . . . Si entonces rehusaran los turcos, Inglaterra podía apoyarnos, con su opinión pública, para hacer cumplir el Tratado de Sèvres, mientras que ahora, cuando la negativa viene de nuestra parte, esa opinión resonará de opuesto modo . . . En esta forma, el gobierno conduce a Grecia hacia una completa catástrofe, pues una victoria tan grande como para dictarle nuestra voluntad al enemigo, y después llevarla con fuerza adelante, tiene que ser juzgada imposible por todo aquel que todavía conserve íntegros sus sentidos . . . Así, llegaremos en pocos meses a un total agotamiento de dinero y soldados, y, caídos por tierra, y en condiciones incomparablemente peores, tendremos que suplicar una intervención que nos fué ofrecida antes. Éste es el lúgubre cuadro que presenta ante mis ojos el actual estado de cosas".

Inmediatamente después de esta advertencia, produjose en Asia Menor la primera derrota del rey. Alejado de sus bases, sin el apoyo de las potencias, incierto de lo que harían éstas en favor de los turcos, los dos generales supremos desaconsejaron al rey todo avance posterior; los dos ministros aconsejaron en contra, hasta que el rey se decidió por éstos y determinó marchar sobre Angora. ¿Era esto la soberbia de un hombre que desde la Guerra Balcánica, se sentía un general en jefe genial? ¿Había prendido en él el delirio de grandezas de los grandes duques? ¿Eran los celos de su rival que había inventado esta guerra, o un perverso deseo, inconsciente para él mismo, de conducirla completamente *ad absurdum?* Fué derrotado, pero todavía no se retiró hacia Esmirna.

El adversario esperaba, se fortalecía y se concentraba: sólo un año más tarde, en agosto de 1922, tomó Kemal repentinamente la ofensiva, dividió el ejército enemigo, y, a marchas forzadas, empujando delante de sí a las tropas griegas totalmente deshechas, alcanzó Esmirna muy rápidamente. Horribles cosas ocurrieron en esta ciudad que fué primero asolada por el ejército fugitivo, después por los miles de habitantes espantados, temerosos de la venganza de los turcos, por último destruída a sangre y fuego por los turcos que entraban victoriosos. Una vez más, fué como si hubiéramos retrocedido siglos: Mahoma contra Cristo, y se amontonaron espantos que, todavía después de la Guerra Mundial, asombraban a los oyentes y lectores de Europa. Los restos del ejército barren en el Pireo, en algunas horas, al gobierno culpable. Constantino, a quien habían vuelto a recibir como a un santo año y medio antes, tiene que renunciar por segunda vez a la corona y ahora es para siempre; su hijo Jorge, a quien pone en posesión del trono, pronto se ve forzado por los militares a partir para un largo viaje; Conduriotis llega a ser regente del reino sin rey.

Un príncipe danés-ruso y una princesa alemana habíanse prometido tener, en el Mediterráneo, una patria, un imperio y un pueblo; pero siempre permanecieron íntimamente ajenos a él, y, en el espacio de cinco años, fueron desterrados dos veces. En esta costa, habían enterrado un hijo, a quien un animal africano había mordido mortalmente; habían dejado allí a otro, a quien pronto el país envió en seguimiento de sus padres. La reina vió a su imperial hermano huir hacia el Norte, a un país extranjero; sus primos y sobrinos, arrojados de los tronos alemanes. Sobrevivió diez años a la catástrofe; pero el enfermo rey, quebrantado, vagaba lentamente por la costa de Palermo y había muerto al cabo de pocos meses.

De este modo, el genio trágico del lugar, lo mismo que en el Destino de los antiguos reyes, se había alzado vengativo contra este extranjero del Norte.

X

No obstante, tampoco por la otra parte había ningún vencedor: con la muerte de su enemigo, tenía que presenciar Venizelos la pérdida de la mitad de su obra. Bismarck había perecido con lúgubres presentimientos de que el monarca hereditario pudiera aniquilar el trabajo de su vida, pero ya no presenció el caso; Venizelos estaba condenado a contemplar las ruinas con sus ojos mortales, y todo ello en el curso de pocos años. ¿Qué hubiera podido impulsarle a volver a pisar aquellos lugares, para sustituir de nuevo al rey, nuevamente desterrado? Pero ¿podía, en lugar de ello, retirarse a leer libros o a escribirlos? Así, con su carácter activamente productivo, se determinó a salvar lo posible y fué en representación del nuevo gobierno a la Conferencia de la Paz de Lausana.

En Atenas, bramaba la pasión de un ejército engañado, mal conducido, y, como final, aniquilado vanamente; buscaban víctimas de sacrificio y las encontraron en las personas de los ocho generales y ministros que eran responsables; entre ellos, se encontraban tres antiguos primeros ministros y miembros de grandes familias. En el escrito de acusación contra Gunnaris, decíase que habría tenido que deponer al rey cuando éste avanzaba por el interior del Asia, pues sabía que la *Entente* no quería ayudarle. Él y todos los otros debían morir ahora. Europa se espantó ante el aspecto de una sentencia de muerte. En tales casos, los pueblos lejanos y desinteresados discurren como verdaderos cristianos frente a los bárbaros que quieren vengar los engaños hechos al pueblo; pero si se produce un destino análogo en su propio círculo, cada cual se enfurece contra el entrometimiento extranjero.

El único hombre que se alzaba como juez moral de este complicado acaecimiento, que se encontraba históricamente entre sus obras, los sucesos y los responsables de ellos, era Venizelos. Se atuvo a la posición jurídica y declinó toda influencia en un proceso que no presenciaba y al que no habría podido presenciar sin profundo encono contra los autores. Estaban allí, ante el tribunal, sus enemigos, los que habían echado a perder la obra de su vida: para salvarlos ahora, con una humanitaria apelación a los jueces,

habría tenido que ser un filósofo, no un hombre de partido, movido y promovedor de luchas y pasiones, durante decenios.

Nuestra sensibilidad natural se pronuncia en contra de la ejecución de hombres que, no por codicia, sino por un juicio equivocado, por falsas esperanzas o por alucinación, mandaron una campaña mal fundada, la aconsejaron o no la impidieron. Pero quien ha visto de cerca cómo el soldado que se equivocaba por temor de la muerte era fusilado en el frente, y cómo, por el contrario, ministros incapaces y generales sin cabeza, permanecen sin castigo después del hundimiento y la rapidez con que una clase comprometida puede volver a levantar cabeza en Alemania, ése mira con menos indignación aquellos fusilamientos de Atenas. Venizelos escribió más tarde que entonces "todo el pueblo se hallaba bajo la impresión del espectáculo trágico, veía cómo a diario llegaban nuevos restos del destrozado ejército, millares de refugiados y cómo una gran parte de la nación quedaba arrancada de raíz . . . Los jefes de la revolución han creído que, sin aquel espantoso juicio, en el cual un régimen normal no habría pensado jamás, era imposible rehacer de nuevo el extinguido ejército, para salvar las comprometidas provincias del Norte".

Su propia posición me la explicó de este modo: "Aconsejé desde lejos que los culpables debían ser transferidos a un tribunal civil. Me respondieron que había que juzgarlos como militares; si no caían sus cabezas, la muchedumbre los asesinaría. Mi opinión era que no debían preparar ningún baño de sangre sino quizás que tenían que condenar sólo un general y un ministro. Culpables lo eran todos, pues todos eran apasionadamente griegos; el rey, en cambio, no tenía ni una gota de sangre griega".

Fuera de eso, Venizelos, impulsado por griegos e ingleses, aconsejó benignidad en una carta dirigida a Atenas; el emisario inglés que debía llevarla sólo llegó dos o tres horas antes de la ejecución. La impresión de que, al mismo tiempo, el ministro inglés actuaba en Atenas con amenaza de ruptura de relaciones, no hizo más que perjudicar, pues excitó la obstinación de los militares, que ya no querían sufrir ninguna intromisión extranjera. Seis de los ocho acusados fueron fusilados. Deben de haber caído con magnífica nobleza y serenidad.

Poco después, leyó Venizelos la noticia de la muerte de Constantino. De conversaciones con uno y otro hombre, es mi impre-

sión personal que el odio de Venizelos contra el rey era menor que el temor que sentía el rey de Venizelos. Si se imagina el gobierno del rey sin el cretense, no habría hecho provisoriamente la Guerra Balcánica, no habría aumentado el país, en la Guerra Mundial habría estado inundado de tropas, pero no habría sido depuesto y habría regido hasta el fin, sin punto culminante y sin catástrofe. Si se imagina el gobierno del cretense sin Constantino, por lo tanto con el rey Jorge, el cual, sin el atentado, hubiera podido llegar a tener ochenta años, probablemente Venizelos habría podido terminar su obra.

Cuando luchaba después en Lausana, en una larga Conferencia, en mala situación, y, para más, teniendo en contra un cerebro tan sobresaliente como el suyo, el del turco Ismet, las circunstancias le aportaron una notable solución para el problema antiguo. "Ya antes de la Guerra Mundial —refirióme— los turcos habían demostrado que tenían más de medio millón de ciudadanos griegos. Entonces se me había ocurrido el pensamiento de que se debía cambiarlos por los turcos de Macedonia. Me concerté con el gran visir en Bruselas. En el camino, en julio del año 14, me alcanzó la noticia del ultimátum servio y del comienzo de la guerra. Y ahora, ocho años más tarde, propuse de nuevo el cambio en gran escala. Más de un millón de griegos, en su mayor parte del Asia Menor, y cuatrocientos mil turcos de Macedonia debían abandonar su patria y volver, al cabo de siglos, a juntarse con sus pueblos. En lugar de una nueva guerra a causa de nuestras minorías, en lugar de un siglo de viejo odio, quería yo inteligencia y permuta".

Este pensamiento, grande y moral, encontró no obstante, en su ejecución, toda suerte de impedimentos, traídos por el desengaño de miles de familias desarraigadas y difíciles de arraigar de nuevo, así también como la discusión sobre el valor de los objetos. Después de que, en un caso anterior, la tasación de las propiedades de ciento treinta mil griegos y búlgaros trocados había durado diez años, mofábanse ahora los atenienses porque para el número de ahora se necesitarían cien años. Sólo se necesitaron siete, y las magníficas ciudades e instalaciones en las afueras de Atenas y en las provincias del Norte, la plenitud de paciencia y comprensión, de disposiciones para el socorro y de fuerza de acción que fué ejercitada aquí por la Sociedad de Naciones y por Norteamérica,

representan, a pesar de todo, el presagio de una nueva época, en la cual, dos enemigos antiquísimos buscan prudentes medios de compensación, más bien que la guerra.

Cuando Venizelos suscribió el Tratado con los turcos, tuvo que renunciar a todo lo que había adquirido para su país, aprovechando aquellas poderosas confusiones y la obra del Destino durante la Guerra Mundial. Miles de horas de agitación lo habían consumido, lo mismo que a su regio adversario; la catástrofe de la dinastía, la división de la nación, sacrificios sin fin, meditaciones, deseos e imprecaciones, todo había sido en vano. Las fronteras eran otra vez las de 1913, pues las adquisiciones de la Guerra Balcánica fueron conservadas.

Pero una clausulilla anunciaba que los últimos turcos tenían ahora que abandonar Creta. Lo que Venizelos había aspirado a realizar desde los treinta años; aquello por lo cual había combatido durante tanto tiempo, en las montañas y en la costa, con el fusil, con discursos y escritos, lo veía por fin realizado a los sesenta años. En medio de su mayor derrota, suscribió su ardientemente deseada victoria.

XI

En el voluntario destierro de estos años, realizó Venizelos el más prudente de sus golpes de Estado: casóse a los sesenta años con una mujer discreta y buena, sin cuya benignidad y valentía, apenas habría resistido las luchas de su séptimo decenio; hasta estuvo a punto, en un carruaje, de dejarse matar a tiros en lugar de su esposo. De los presentes de la vida, hacía mucho tiempo que sólo había gozado del poder; la tranquilidad de la casa propia, de la que había carecido durante decenas de años, volvió a encontrarla ahora.

Cuando, dos años después de la Conferencia, en enero del año 24, regresó a Atenas, no encontró a ningún rey: estaba él en el extranjero y el país se encontraba a punto de votar la república. En este cuarto período presidencial estaba enfermo, o creía estarlo; no podía soportar ninguna contradicción, ningún debate, y, al cabo de pocas semanas, cuando partió de nuevo, bien puede ser que lo haya echado fuera su tacto político antes de que llega-

ran unos días de prueba en los cuales tuviera que derribar de nuevo a un rey y hasta a la misma idea monárquica. Dos semanas después de su partida, el pueblo decidió instaurar la república en Grecia; pero sólo cuatro años más tarde, encontrándose a mitad de la sesentena, regresó Venizelos a la patria y al poder, que es su verdadera patria. La tragedia no lo había quebrantado, sino madurado. Hasta había tenido la suficiente paz de ánimo para regresar, por algunos meses, a Creta, sin ninguna actuación política, y traducir allí Tucídides al griego moderno. Algo a modo de como, al mismo tiempo, escribía Clemenceau su libro sobre Demóstenes: el helenista y el heleno se representaban, no sin ironía, en sus helénicos modelos.

Cuando regresó después a Atenas, formó su quinto gabinete. ¿Hacia dónde dirigía ahora la mirada y qué trataba de preparar en su viaje a la capital? Sentía que la auténtica paz con los turcos no podía establecerla ningún otro griego, sino sólo él mismo. De este modo, con la misma vehemencia que durante decenios lo había impulsado contra los turcos, trabajaba ahora en establecer un pacto de amistad con Kemal Bajá, y cuando, el año 30, fué a Angora para suscribir este pacto, las fiestas y símbolos significaron para todo el mundo que una hostilidad de siglos había encontrado finalmente su término. En esta aspiración y buen éxito, demostró Venizelos que comprendía la mudanza de los tiempos y que se había superado a sí mismo . .

Ahora bien, ¿los griegos son monárquicos o republicanos? Desde hace cien años, desde su liberación, sus presidentes han sido siempre dictadores, hasta si no querían serlo, seguramente también cuando no querían reconocerlo; también Capodistria, el primer presidente fué asesinado, y también Otón, el primer rey, fué depuesto. Una marea de Constituciones siempre nuevas o de llamadas reformas de la Constitución, se extiende a lo largo de la historia griega de este siglo; siempre luchaban de nuevo, unos contra otros, abogados y militares; las conspiraciones eran seguidas de entradas triunfales, los triunfos de destierros. Era todo como en la antigua Atenas, y, contra toda teoría de las razas, demuestra esta semejanza en la vida del Estado, a través de dos mil años, el inmediato parentesco de la nueva con la antigua Grecia.

En esta serie, es el de Venizelos el caso mayor, pero solamen-

te típico. Me dijo una vez que había urdido siete revoluciones; pero creo que a una la ha escamoteado. En el fondo, este campeón de la democracia ha sido siempre revolucionario cuando estaba sin el poder, y siempre dictador cuando lo poseía. No le gusta oír que le dicen esto y sus más sinceros principios hablan en contra.

"Soy partidario de la forma inglesa de democracia —me declaró—, también en Francia y Bélgica están las cosas bien, y ahora en Checoeslovaquia. A pesar de todas sus debilidades, siempre sigue siendo la menos mala de las formas de gobierno. A la larga, ninguna autocracia puede haberse originado en una democracia. El que soy partidario de la libertad de prensa, lo ve usted en los delirantes ataques que constantemente tengo que leer en Atenas. Aristóteles compara dos especies de Constitución, una clara y otra poco clara. Si el monarca siente un interés general, la monarquía es una forma clara; si siente los intereses de su familia, es una forma poco clara. Lo mismo ocurre con la oligarquía". Y cuando yo lo llevé a tratar de sus disposiciones de soberanía:

"Soy hombre de firmes principios. Siempre he vuelto a hacer elecciones, hasta el año 20, cuando no las necesitaba. Pero si soy elegido por el pueblo, entonces quiero mandar yo. Por eso estoy contra la forma francesa, donde la Cámara derriba al ministro, y en favor de la norteamericana. Un buen dictador es un hombre varonil y que tiene el país detrás de sí. Necesito la sensación de tener al país detrás de mí; entonces puedo imponerle mis ideas. Pero no puedo hacerlo contra ese sentimiento a fin de que quizás lo comprendan más tarde. Si siento el país a mis espaldas, entonces soy fuerte; sin esto, soy débil y me retiro".

Al hablar así, estando algo enfermo, con su negro gorro de dormir en la cabeza, hallábase tendido en una *chaise longue*, a cuyo pie se había apostado su nieto de seis años. Aunque éste no entendía nuestra conversación en francés, comprendió que el anciano señor hablaba de cosas serias, y, para dar a conocer en alguna forma su simpatía, lanzó un varonil suspiro muy perceptible.

Este notable dictador demócrata, que, por nueve veces, fué jefe del gobierno, no parece, en modo alguno, haber nacido para la tragedia. Por eso la ha esquivado, aun en medio de espantosos

acaecimientos; su manera de ser lo ha llevado, en edad avanzada, a la reconciliación con el enemigo. Pues Venizelos, en el fondo, es alegre, optimista, y la perfecta claridad de su mirada, la pureza de su frente, hasta la blancura y cierta transparencia de su piel, demuestran que con toda su sagacidad y habilidad, no oculta nada en el fondo de sí mismo. Su cabeza de plata, que recuerda la de Bernard Shaw, sus claros ojos azules, la nariz bellamente construída, muestran un carácter al que le gusta la exhibición; conoce la astucia y la venganza, pero no el engaño.

Hay aquí un hombre valiente con un dilatado espíritu, un ardiente corazón y un natural osado, todavía juvenil, todavía conquistador de partidarios, jamás fatigado, rara vez desalentado. Una vez, al principio de la Guerra Mundial, cuando bajo la máscara de la amistad alemana le presentaban el caso de aprovecharse de la angustiada situación de Servia para dar un golpe contra ella, respondió en el Parlamento: "Grecia es demasiado pequeña para cometer tan gran infamia". Tal frase, pronunciada por un hombre práctico, permite reconocer que, a través de una larga vida de lucha de partidos, supo conservar su fondo moral. Acaso sea ésta la otra forma de exaltación, cierta interna nobleza que se encuentra entre los insulares, en medio de luchas y parcialidades.

Sí, ese es el luchador de las montañas cretenses y el navegante, el revolucionario, osado pero nunca cínico, que desde su laberíntica isla, ha conservado el íntimo decoro y la conducta de un hombre recto.

MUSSOLINI

EL AUTÓCRATA LATINO

"El puro despotismo procede del concepto de libertad; hasta es, en sí mismo, el concepto de libertad con buen éxito: quiere dominar, sin que siempre esté, ni pueda estar, en situación de hacerlo. Ahora, añádase en algunos el buen éxito, y ya está hecho el déspota".

GOETHE

I

Es más fácil criticar a un hombre de Estado que a un artista o inventor. Éstos presentan ante nosotros su obra, que nosotros aceptamos o rechazamos, cada cual según su gusto, humor y conocimientos; mas el hombre de Estado atrévese a gobernarnos, pónese por encima de nosotros, nuestra vida personal puede ser herida a diario por sus concepciones y recuerdos. Por ello, en un profundo sentido, es justa hasta la más irreflexiva crítica que se haga de un hombre de Estado, pues, de quien osa someter a su voluntad a millones de hombres, defiéndese cada cual como la abeja, que rechaza con su aguijón al que la aprisione.

En una democracia, el hombre de Estado puede, por lo menos, sustentarse en el hecho de que lo han elegido los otros, de que en realidad sólo es un *General Manager* llamado por la votación a dirigir los asuntos en lugar de los demás; si lo hace mal, se le depone y se nombra otro. El rey dinástico, que, sólo por herencia tenía su poder, alimentaba antes la fe del necio pueblo, sin que nunca dejara de encontrarla, de que él era rey por designa-

ción de Dios; hoy se le trata como a un director, al cual sólo emplea el Banco, para que vaya a almorzar con amigos forasteros, y en el descanso entre las negociaciones, les muestre un auto, una cascada o un museo. El caso más difícil de todos es el del dictador, quien no puede prescindir del miedo como instrumento de gobierno.

En el gran circo de que es imagen la sociedad política, seméjase el presidente electivo al juglar que, en lo alto de dos bastones, hace dar vueltas a seis platos; si se le cae uno al suelo, sólo puede ocurrir que se burlen de él; el rey se parece al grueso y viejo director que ya no sabe más que hacer que corran a la redonda sus doce pacíficos caballos, a cuyos antepasados azuzó ya su padre con el mismo largo látigo, y, todos lo aplauden, sólo porque ostenta el nombre de la compañía; en cambio, el dictador es el domador de leones, quien, cada vez, se planta enfrente de una docena de rugidores animales salvajes, a los que amenaza con tralla y revólver, los cuales, en parte le odian, en parte desconfían de él, contra quienes ha colocado fuera hombres con mangas de riego y pistolas, y a los que, no obstante, obliga siempre, una y otra vez, a que se pongan sobre los pedestales de madera imaginados por su capricho, y se encuentra en continuo peligro de ser súbitamente destrozado. No es milagro que el domador de leones, en el interior del circo, sea el menos querido entre todos los que representan allí un papel, pero que, desde fuera, se le admire más que a ningún otro.

La historia de los grandes dictadores muestra siempre, después de su fin, un abatimiento que sucede a la tensión producida por ellos, y que ha durado años. A pesar de eso, es falsa la concepción de que en el fondo, Napoleón no haya creado cosa alguna. Cuando desapareció de su nación —óyese decir con frecuencia, en especial a los demócratas franceses— ésta era más pequeña que cuando surgió en ella; cien mil súbditos suyos habían caído en la guerra; las cajas del Estado estaban vacías; innumerables franceses desterrados. En estas afirmaciones, se olvida que, en el interior de Francia, construyó importantes obras y que creó, para la posteridad un gran ejemplo, un modelo para la juventud ambiciosa. Así como Napoleón no habría sido nada sin las biografías de Plutarco que le encantaban cuando muchacho, también hoy, toda ardiente ambición ve ante sí a Napoleón

como un acicate. La ambición, una pasión creadora, no conduce necesariamente a la dictadura.

Esto no lo podía reconocer entonces el mundo contemporáneo, excepto, tal vez, si mediaba una gran distancia; la rotación de un planeta sólo puede ser vista desde otro, y sólo los espíritus eminentes pueden, mientras van girando también, calcular como peritos el movimiento. Por ello, es tarea de entendimientos platónicos, el considerar de tal modo a los hombres del día como si hubieran vivido cientos de años antes.

II

Cuando Mussolini advino al poder, contemplamos sus acciones con la mayor desconfianza: había renegado de su origen socialista y renegado de toda misión internacional, que era la única salida que se nos presentaba para librarnos del actual desconcierto. Y sin embargo, su ascendencia y su juventud lo habían destinado a ser un luchador social, hasta un anarquista. "Mi verdadera biografía está en los primeros quince años de mi vida", díjome una vez. Allí estaba él, hijo de un herrero revolucionario, viviendo en un estrecho hogar; junto con el padre, por las noches, al calor del fuego de la fragua, bebían vino tinto caliente con especias y se leían, uno a otros, folletos marxistas. Después vió a su padre reducido a prisión a causa de alocados discursos. ¿No arrojará el hijo, algún día, una bomba en el camino del rey, como supo que había ocurrido, siendo él niño, con el rey anterior? ¿No amenazará, por lo menos, en el Parlamento, con la ruina de la monarquía?

Pero allí estaba la madre, una maestra, a su tiempo reflexiva y tierna, que dió en herencia al temperamento de su hijo la otra mitad de su carácter; y si hoy, a los cincuenta años, se le considera realmente, se encontrará acrecida en Mussolini la parte reflexiva y circunspecta, y disminuída la violenta y oscura.

En todo caso, hasta los treinta y dos años fuí absolutamente revolucionario; ya a los diecinueve años renunció a su carrera de maestro, que le daba el sustento, prefiriendo, en Suiza, transportar ladrillos para la edificación; construía ventanas, y todavía

hoy está un poco orgulloso de saber construir una ventana redonda. Entonces, en una colocación, tuvo que subir los ladrillos ciento veinte veces al día, a una altura de dos pisos; durmió también debajo de los arcos de los puentes del lago de Ginebra, y cuando, súbitamente, en una noche de verano, acercóse a la bien servida mesa de ricos burgueses que comían placenteramente en su jardín, espantóse de sí mismo, según él refiere, al querer pedir pan, y salió de allí corriendo. "He renunciado a todos los recuerdos, también al ideal", escribióle entonces a un amigo en una desesperada carta.

Entonces no tenía ni un céntimo en el bolsillo, sólo una medalla de Carlos Marx. Como vagaba y fué visto en compañía de anarquistas, prendiéronle en Suiza, y, sucesivamente, estuvo cautivo en once prisiones. Una vez, más tarde, en Milán, cuando eran cerradas las puertas de un parque público en el que le gustaba ir a pasear por las noches, espantóse todavía al recuerdo de las puertas de la cárcel que se cerraban tras el vigilante.

"Es una buena maestra, el hambre —me dijo—. Casi tan buena como la prisión y la guerra. Mi madre ganaba como maestra cincuenta liras; mi padre, lo que rindiera el oficio de herrero. Teníamos en junto dos habitaciones. Carne sólo rara vez la había. No faltaban ardorosos debates, luchas y esperanzas. Mi padre fué llevado a la cárcel a causa de maquinaciones socialistas. Cuando murió, acompañaron su ataúd millares de partidarios. Todo esto me dió un fuerte impulso. Con otro padre como modelo habría sido de otro modo. Así pude formar temprano mi carácter. Quien me hubiera considerado atentamente entonces, habría reconocido en mí, a mis dieciséis años, lo que soy ahora, con toda su luz y sus sombras. El proceder del pueblo me ha dado en la vida los mayores triunfos".

Dijo esto con su oscura voz que suena como si, en la lejanía, estuviera golpeando un batintín. He oído esta voz en dos diferentes situaciones de tono: en la *piazza,* retumbando de aspereza militar, a modo de cuando Trotzki habla a la muchedumbre; en los otros casos, suave, con decidido y consciente dominio de toda su fuerza. Habla así, no sólo en una habitación; de este modo le oí hablar también a un grupo de veinte trabajadores que formaban círculo alrededor suyo. Es ésta una alegoría de su modo de ser: Mussolini ahorra las manifestaciones ex-

ternas de su fuerza para raras ocasiones, la mayor parte de las veces las mantiene proscritas.

Dos actividades arrancaron a Mussolini del oscuro nihilismo de sus comienzos: llegó a ser soldado y llegó a ser periodista. Como luchador nato, se agarró al servicio militar, al cual, el repatriado de veinte años concebía "como escuela del ataque y de defensa".

"Como soldado, fué realmente modelo. Incompatibilidad con el socialismo no la experimenté jamás allí. ¿Por qué, un buen soldado, no habría de ser un luchador de clase? Contra sus superiores, aun están hoy los italianos. Eso proporciona una buena vigilancia. Por lo demás, se debe aprender a obedecer antes de mandar".

"No veo —objeté—, que en la vida haya tenido usted que obedecer en ninguna ocasión".

"En todo caso, en el servicio militar", dijo él, pues otras épocas no podía realmente encontrarlas.

"Y hoy, al cabo de quince años, ¿todavía considera usted la guerra mecánica como medio educativo, lo mismo que si fuera todavía un duelo?"

Echóse atrás, entonces, según su manera usual, en el asiento; al hacer lo cual le gusta apoyar unas contra otras las puntas de los dedos. Mussolini tiene unas bellas manos y he observado lo mismo en otros dictadores.

"La escuela de la guerra —respondió—, proporciona gran experiencia. Vese allí a los hombres desnudos y tal cual son en realidad. Cada día dice, y lo dice a cada hora: vivir o morir".

También al periodismo, hacia el que se lanzó temprano, lo ha manejado sólo como un arma. Bosquejó dramas sociales y no los ha terminado; para un periodiquillo local escribió una novela que tenía que continuar un día tras otro, porque los lectores esperaban por ella; también escribió de Historia de Huss, el revolucionario checo, artículos sobre literatura francesa y alemana. Pero su pasión sólo estaba consagrada al artículo de fondo diario, en el que perseguía duramente, con continuas críticas, el desenvolvimiento de su partido en Italia y en Europa, y con el cual, sucesivamente, fué ganando un público siempre en aumento, para sus ideas.

"Para mí, el periódico fué el arma, la bandera, el alma propiamente. Una vez le llamé mi hijo predilecto".

"¿Y hoy" —preguntéle como respuesta—: Si considera usted al periodismo como una escuela tan alta, ¿por qué lo amordaza?"

"Hoy ya no es lo mismo que antes de la guerra —me dijo con un sofisma—. Hoy los periódicos están al servicio de intereses, ya no de ideas; por lo menos, la mayor parte. ¿Cómo pueden, pues, educar moralmente a quien los escribe? Y hoy, que acaso leo todavía más periódicos que antes, pienso a veces que el asno del redactor bien hubiera podido escribir de mejor modo. En especial, cuando leo ataques".

"Y hoy, si escribe usted artículos, ¿es más moderado que antes?"

Me miró con enfado y dijo:

"Sólo puedo escribir violenta y resueltamente".

III

¿Por qué se mofan las gentes cuando ven, en años posteriores, convertido en hombre de orden, a un adalid revolucionario? ¿No es análoga la vida de cada uno en particular y conforme a un canon natural? Con un recio "no" comienza el fuerte su carrera, destruye tradiciones y en la plenitud de sentimientos de su juventud siempre destruye demasiado. Pero después, a los treinta y cinco, cuando ha engendrado hijos, erigido una casa, transformado sus informes y anarquistas visiones en planes firmemente delimitados, aparécenle como aprovechables algunas cosas que otros dejaron creado para él y como peligrosas otras a las que aspiraba antes de un modo radical. Si después, a los cuarenta años, alcanza cualquier poder, súbitamente se siente preso de ligaduras que le obligan a prestar cuidados y guardar miramientos hacia diversas partes. El revolucionario que llega primero a ser jefe de partido y después hombre de Estado, es sólo un río que, en la juventud, salta impetuoso de la montaña, se fatiga en cientos de remolinos y cascadas, entra poco a poco a encerrarse entre firmes orillas; pero después, cuando ha crecido hasta ser un ancho curso de agua, transporta sobre sus

lomos los grandes navíos cargados de hombres y mercancías siendo servidor y sin embargo, señor.

Ya en la juventud de Mussolini pueden observarse algunos rasgos que llevan hacia el orden, y todavía en el de hoy se encuentran rasgos del revolucionario. Cuando, en 1911, se encontraba ante el tribunal por haber excitado a la rebelión a las masas, díjoles a los jueces: "Hay un sabotaje lícito y otro ilícito: destruir los telégrafos tiene una finalidad político-moral, hacer descarrilar un tren neutral es inhumano". Esta original división de los crímenes contra el Estado, nos lo muestran ya, a los veintiocho años, como criatura humana responsable. También concibió de este modo el socialismo al cual entonces "llamaba el drama mayor de la humanidad para hacer de un ser brutal un ser humano". Por lo demás, en modo alguno estudiaba estos pensamientos como ético, pues Mussolini es un cínico totalmente constructivo. Yo, por lo menos, dentro de una apasionada oposición a su sistema, creía reconocer que Mussolini, ya en la juventud, había aspirado no sólo al derrumbamiento sino a determinado orden nuevo, no sólo al poder sino al mismo tiempo a una reconstrucción determinada.

También, por medio de ciertos sentimientos nacionales, se distinguía ya, como socialista, de los dogmáticos de su partido. En él, como en muchos socialistas, hallábase entonces un punto secreto en el cual se espantaba su internacionalismo: cosa bastante mala pero bastante humana. El mismo hombre que, todavía en 1919, solicitaba un Parlamento como la "sección italiana de la Liga de Naciones", ya en 1911 era ardiente enemigo de Austria, quería "redimir al Trentino italiano y exigía amenazadoramente de Austria que diera entrada allí al idioma de Italia, si no se respondería a la violencia con la violencia. "Cada pueblo —díjome más tarde— tiene una determinada X de personalidad propia que se distingue de la gran Y de la igualdad general de los pueblos. Actualmente, el sentimiento de esta X es mayor que el de la Y".

Estas contradicciones naturales de un joven triturado entre la clase social y la nación, tenían que perturbar particularmente a Mussolini al estallar la Guerra, como a tantos otros adalides socialistas. Como socialista, estaba en contra de la guerra, y en agosto del año 14 escribió en un periódico: "¡Abajo la guerra!

¡Permanecemos neutrales!" Pero pronto se apoderó de él el pensamiento de que los Habsburgos tenían que ser destrozados a fin de que las poblaciones, en realidad italianas, poseídas por ellos desde hacían cien años, fueran adjudicadas a Italia. Naturalmente que, en las incalculables consecuencias de una guerra, tenía que ver él un campo, grande y oscuro, para su ambición. ¿No había sido, con tanta frecuencia, una guerra, preludio de una revolución? Y, finalmente, en el momento del peligro, este carácter absolutamente latino se sentía más bien atraído por Francia, y ya en el otoño del año 14 exclamó patéticamente: "¡Oh Francia! ¡Está olvidado todo lo que hace dos años emprendiste contra nuestra escuadra! ¡Francia, te amamos!" La posterior desconfianza de Mussolini con respecto a Francia no es ninguna prueba en contrario: con quienes siempre regañamos más es con nuestros hermanos, y, sin embargo, nos lanzamos junto a ellos si se caen al agua. La guerra que nos amenaza no mostrará como adversarios a italianos y franceses.

Por último, también el socialista que había en él sintió un estímulo que lo llevaba hacia la guerra. ¿El sistema imperialista no había perseguido a sus camaradas en Alemania y Austria durante cuarenta años? ¿Y no tenía que creer que protegía a Alemania contra Alemania si participaba en el ataque? Hace aún poco tiempo que Mussolini, que sin embargo ha conservado a su rey, exclamó vivamente, aprobando mi libro sobre Guillermo II (1): "¡Imperios de esta clase están terminados, naturalmente, de una vez para siempre! ¡Tienen que haber terminado!"

Al preguntarle yo una vez por qué, en 1915, no había preferido mantener la neutralidad, me respondió: "El neutral llega a ser siempre antipático, como uno que se encoge para escaparse".

Pero ése no era más que el primero, el motivo sentimental. Lo más importante estaba en la consideración de que "venciera quien venciera, nosotros, al final, nos encontraríamos enfrente de una coalición. Alemania vencedora no nos habría perdonado jamás la neutralidad, y la *Entente* nos habría tratado aún mucho más despreciativamente en París que nuestros aliados. Teníamos

(1) Emil Ludwig, El Kaiser Guillermo II. Traducción española. Editorial Juventud, S. A., Barcelona.

que contar con la posibilidad de luchar solos contra multitud de Estados, aun cuando estuvieran fatigados. El tercero, mi motivo personal, estaba en el renacimiento de Italia, en el cual confiaba, y que alcancé. Éramos tres: d'Annunzio, que inflamaba a la juventud y las universidades, después de que ya desde hacía años había suscitado entusiasmo por la escuadra; después Corridono, que guiaba las masas de trabajadores y que cayó más tarde, y yo, que eché a rodar al partido socialista".

"¿Estaba usted, por lo tanto, dirigido, ante todo, por su pensamiento de formar a Italia según su visión personal?"

"Eso es —me dijo con tono resuelto—. Jamás me busco una coartada".

Separóse así de su partido, cuyo diario principal había dirigido hasta entonces; fué cubierto de improperios, y, cuando toda la Asamblea de sus anteriores camaradas lo mandaban callar furiosamente, gritó desde la tribuna hacia la sala: "¡Me odiáis, porque todavía seguís queriéndome!"

IV

Con estas palabras comienza su nuevo papel. Es frase de un carácter imperativo, una frase de orgullo y de desprecio, como la que le arroja a gritos una mujer indomable al hombre a quien abandona, y que la abandona, al cabo de una larga pasión. A partir de esta frase y de este día, el hombre de treinta y un años se aparta, no sólo de sus antiguas ideas y camaradas, sino que, con creciente desprecio de los hombres, se abre camino, sin conocerlo, a través de la selva primitiva, detrás de la cual, en una elevada lejanía, adivina un libre panorama. Precisamente ahora, cuando reúne en el nuevo partido de los fascistas a la juventud ávida de aventuras, por primera vez director de todo un partido, no sólo de un periódico; cuando, siempre para juntar más gente en torno a sí, comienza a ocuparse de símbolos y signos, banderas, camisas y sombreros, para dar a la muchedumbre una perceptible imagen; precisamente ahora, comienza la soledad de un carácter, dirigido hacia una meta peligrosa. "¡Vive en peligro!" es una frase de Nietzsche que a Mussolini le agrada citar.

Desde este tiempo en que adquirió muchos amigos, en que enseñó a millares de hombres a que creyeran en él, perdió toda fe en los hombres. Éste es el peaje que pagan tales naturalezas al encontrarse en una posición tan extraordinaria. "No tengo ningún amigo —me dijo—. No puedo tener ningún amigo. En primer lugar a causa de mi temperamento, en segundo por mi intuición de los hombres. Por ello, carezco tanto de intimidad como de debates".

De tal desprecio por los hombres, surge un alto concepto de sí mismo que le sostiene, mucho antes de que el combate esté decidido en su favor; el categórico sentimiento de poseer una misión, da ánimos a todo hombre que actúa en gran estilo, aun antes de que sepa si no caerá antes de alcanzar la meta y será olvidado. A principios del año 22, cuando Mussolini todavía no era más que la cabeza de un creciente partido que no poseía ningún poder, ni diputados ni ministros, dijo, contestando a la pregunta de uno de mis amigos en Berlín: "Por el momento, no hay más que dos poderes en Italia: yo y el rey". Con la lucha de tres años entre fascistas y socialistas, había sido agitado el país; en Roma residía el rey con sus ministros, se reunía el Parlamento y también el ejército parecía estar en las manos constitucionales. Mientras tanto, Mussolini había formado una tropa con sus partidarios, cuya fuerza ya no es posible determinar hoy; abarcaba predominantemente gran número de jóvenes que no tenían nada que perder.

En este tiempo, demostró Mussolini poseer una cantidad de paciencia que ya entonces, para los que le rodeaban, revelaba al hombre de Estado. En contra de las apelaciones de sus fieles, esperó todo un año, y sólo cuando se sintió lo bastante poderoso exteriormente, pues había puesto cuatro generales del ejército al frente de sus cuerpos de voluntarios, dió la señal para la marcha sobre Roma. Entonces, mientras los fascistas marchaban de todas partes hacia la capital, a fines de octubre del año 22, permanecía él en su redacción en Milán, lo mismo que, en las modernas batallas, con frecuencia, el general en jefe está cien kilómetros detrás del frente y da sus órdenes por teléfono. El rey, que ya había firmado la declaración del estado de guerra, y que, por lo tanto, al principio quería luchar, rindióse a la necesidad:

retiró la orden e hizo llamar telegráficamente a Mussolini para que fuera a Roma a formar gobierno.

En este momento, reconócese al periodista nato. Mussolini entró él mismo en el taller de cajas, después de recibir la noticia, y llamó a su hermano, pero en lugar de gritarle: ¡He vencido!, dijo solamente: "Prepara un extraordinario".

"¿Qué ocurre?"

"El nombramiento".

Salió por la noche de Milán, donde durante diez años había sido periodista, para ir a Roma, donde ahora, desde hace más de diez años, es jefe del gobierno. Su cabeza iba surcada por miles de problemas particulares; no le quedaba tiempo, según me refirió, para hacerse cruces patéticamente, como todo ser poético encaja en el relato. "En términos generales, me había preparado, pero no en los detalles. Al principio, las cuestiones se precipitaban unas sobre otras. En cuarenta y ocho horas tenía que alejar de la capital a cincuenta y dos mil soldados revolucionarios y prohibir todo saqueo a aquellos excitados jóvenes. En estos primeros días, tuve que encontrar todas las resoluciones para estimular la máquina de gobernar. Al hacerlo, me faltaba el conocimiento del mecanismo del gobierno. A algunos altos empleados los mandé inmediatamente a la calle; conservé a muchos otros. Los que ustedes en Alemania llaman *Geheimrate* (consejeros privados), tuvieron que llegar inmediatamente, en las primeras semanas, al convencimiento de que con nosotros no se jugaba".

V

Con contradictorios sentimientos, aguardé, a comienzos de 1929, la hora de la primera visita que hice a Mussolini. Había gobernado ya durante seis años y parecía belicoso; el asesinato del adalid socialista Matteotti había dañado gravemente a su autoridad entre los mejores espíritus de Europa, pues algunos de sus amigos estaban envueltos en el asunto. Todas las ideas, en las que nos habíamos formado, y en cuyo favor actuábamos desde el fin de la Guerra, sólo en una pequeña parte eran sacadas a la luz por él; en su mayor parte oscurecidas por la censura y represión.

Si el espíritu de este dictador —pensaba yo con mis amigos—, se comunicara, por encima de los Alpes, a los alemanes, encontraría allí su clásico terreno de desarrollo: pues no al italiano, sino al alemán, le agrada la obediencia, ha sido educado para ella y es, desde siempre, inclinado a preferir el obedecer a un jefe a pensar por sí mismo políticamente. Unos siglos de antigua dominación burguesa en Alemania, sin revolución alguna, se oponen a unos siglos de viejo señorío de los burgueses en Italia, con revoluciones siempre renovadas, en las ciudades y los campos; además, aquí, el Papa, como poder superpuesto, aislado, espiritual y con frecuencia también mundano, aumentaba todavía la pluralidad de los opuestos elementos del Estado. Lo que hay de social en el gobierno de Mussolini, la protección de los trabajadores contra la explotación, eso nos agradaba; la falta de libertad para opinar, nos repelía. Me sentía mucho más inclinado en contra suya que a su favor, cuando entré junto a él.

Si los hombres otorgaran a sus ideas la misma tolerancia que a sus sentimientos, entonces, cierto que el mundo no sería más pobre en luchas, pero sí más feliz. Pues la terca perseverancia en opiniones heredadas, recibidas de otro, o acaso nacidas de personal experiencia, pasa de la cabeza al corazón, represa el río de la vida interior y conduce a confusiones al alma que, en un principio, no estaba en modo alguno apasionada por puras consideraciones ideales. Como un coágulo de sangre lanzado a través de las venas, si alcanza al corazón, mata súbitamente al hombre, así un dogma arruina la vida interior, si es lanzado de continuo en la corriente del cuerpo especial.

Mussolini no se parece en modo alguno a la imagen suya que se ha difundido. La inmensa sala donde penetra el visitante, en el *Palazzo di Venezia,* edificado hace cuatro siglos por manos magistrales, con nobles ornamentos en el pavimento de mármol, está vacío, o, por lo menos, lo parece, hasta que en su extremo opuesto, a veinte metros de distancia, se ve un hombre que se levanta, y, con el cual, después, se encuentra uno aproximadamente a mitad de la sala. En este hombre, bastante pequeño, de achaparrada figura, sorprende, primeramente, la fina y casi delicada mano, pero en el mismo momento, al tenderla, asombra la firme presión que desarrolla. Vese, al mismo tiempo, la oposición de su frente abovedada con dos ojos profundamente negros, y

al punto se tiene, por dos veces, la antítesis de la que está formado Mussolini. Pues, como todo hombre creador, reúne en sí propiedades masculinas y femeninas, realismo y fantasía.

En largas conversaciones, que cada vez llevaba yo preparadas sobre temas generales (1), me acompañaba gustoso al terreno de la Filosofía del Estado, y aportó, tomados de su carrera, ejemplos para teorías que compartía o discutía. Al hacerlo, la naturalidad era lo primero que sorprendía en él, la ausencia de toda pose. Si se le ve y se le oye hablar desde lo alto de un balcón, delante de veinte mil personas, percíbese cómo busca conscientemente el efecto. Un gran comediante maravilla siempre por su gracia natural en el trato privado; pero si saliera a la escena sin calcular sus efectos, ya no sería lo que es. También los antiguos héroes de Homero, y hasta los reyes de ayer, tenían que representar un papel delante de sus pueblos, pero éste es sólo un trozo de su actividad y no el más importante. En realidad, en su gabinete es donde se despliega el trabajo del hombre de Estado.

El que este gabinete sea aquí una gigantesca sala, alude a recuerdos romanos, pero también a la voluntad de vivir según lo antiguo de este hombre que busca las grandes proporciones, y, sin embargo, tiene que actuar en lo menudo. Mussolini se asemeja a un pintor que pinta un inmenso fresco, pero, al mismo tiempo, ejecuta él también los más delicados rasgos del paisaje, como un fino pincel. "No me gusta el *à peu près*", me dijo, y lo mismo he oído decir a media docena de adalides o inventores. La sencillez de su traje siempre negro con corbata negra, contrasta con los muchos cordones y condecoraciones, que, en circunstancias especiales, espera de él la muchedumbre. El pueblo quiere ver emblemas y símbolos, pero Mussolini tiene demasiado que hacer para ser comediante.

Su mesa de escritorio está casi vacía; cuanto mayor es el trabajo de un hombre, tanto más ordenada se encontrará su mesa de trabajo. Sólo un bohemio, que no llega a hacer nada, hoza entre sus papeles y gime diciendo que nunca tiene tiempo; el hombre muy ocupado hace frente a todo.

(1) Emil Ludwig, *Conversaciones con Mussolini*, traducción directa del alemán, por Gonzalo de Reparaz (hijo). Editorial Juventud, S. A., Barcelona.

Como Mussolini ha meditado largo tiempo sobre los problemas de que se trata con él, da inmediatamente a cada pregunta una respuesta concluyente. Pero si no quiere dar ninguna, recíbese de él una mirada silenciosa, que me gusta más que la mejor respuesta, y a la cual, entonces, sin transición, sigue una contrapregunta. Esta mirada no es, en modo alguno, severa para el extranjero; con sus cuarenta millones de italianos, bien puede portarse de otro modo. En general, parece que allí, a su soledad, sólo tiene acceso algún extranjero (y aun exclusivamente de modo excepcional), que nada quiere de él, sino, en lo posible, hacer valer concepciones discrepantes de las suyas.

Una vez le vi gobernar. Le llevé el escrito de súplica de una aldeana italiana que tenía que quejarse de no sé qué cosas. Su rostro se transformó en cuanto tomó el papel, se hizo severo, leyó las páginas detenidamente, adelantó, al hacerlo, la cuadrada mandíbula inferior, se puso orgulloso, hermético, como un juez. Había llevado especialmente aquello con el objeto de poder estudiarle durante unos momentos, sin ser observado; de este modo, pude deducir cómo debe ser cuando trabaja con sus empleados. Después, dirigió con rapidez el pliego al prefecto de la correspondiente provincia, quien, más tarde, realizó una investigación, de cuyo resultado recibí noticia al cabo de algunas semanas.

"¿Le gustan a usted estas cosas?", le pregunté.

"¡Grandemente! En este año examiné más de un millón de tales casos particulares e hice proceder en ellos".

"¿Y esto ¿no es más importante para su gloria que todo Trípoli?"

La gran pausa silenciosa, la muda mirada, y después una pregunta repentina para cambiar de tema.

Otra vez le pregunté por qué, a principios del año 30, había pronunciado ardientes discursos bélicos.

"Nos habían hostigado y tenía yo que convencerme de hasta qué punto, en caso de necesidad, me seguiría la nación. Después de que hube comprobado que me seguiría, caso de ser preciso, pronuncié por radio, en Año Nuevo de 1931, después de cierta preparación, un discurso pacífico, y de nuevo estaba seguro del

estado de ánimo de la nación. Nunca hostigué para la guerra. Todos los hombres constructivos necesitan paz".

El que yo, como decidido pacifista, a pesar de sus discursos bélicos, tenga a Mussolini por una garantía de la paz en Europa, depende de cuatro motivos. En primer lugar, ante todas las cosas, es un hombre constructivo, ansioso de desarrollar su país hasta mayor altura, y precisamente por eso, conoce los retrasos y perjuicios, que durarán años, que tiene que traer consigo, en nuestra época, hasta una victoria. En segundo lugar, no es ningún Napoleón, ni siquiera el mismo es general; tendría que confiarse en la estrategia de otros y está acostumbrado, desde hace diez años, a resolverlo todo por sí mismo; tendría, por lo tanto, en los tiempos decisivos, que transmitir a algún otro una parte de su poder, a quien ni siquiera podría vigilar verdaderamente. Acerca de este dilema, se expresó, una vez, ante mí, de modo muy dramático. Además todo dictador es consciente de las ambiciones de sus rivales y de las grandes *chances* que le proporciona a éstos una guerra. Por último, conoce el carácter de sus italianos, a los cuales, especialmente a los del Mediodía, procura sacudir de su modo de ser comtemplativo y frugal para elevarlos a la actividad que impone la necesidad de los tiempos; con su aguijón, lleva lentamente a estos hombres apacibles hacia un trabajo más intenso.

"Pero ¿qué ocurrirá —le pregunté— si el sentimiento nacional, que fomenta usted en su pueblo, al final los enloquece y los excita a la guerra?"

"¿Sabe usted conducir un automóvil? ¡Bueno! Mientras sienta usted los frenos bajo sus pies, puede, sin peligro, ir a cien kilómetros por hora".

"Leí que en su primer viaje oficial, creo que por Sicilia, quiso usted mismo conducir su automóvil. ¡Si los reyes de otro tiempo hubieran conducido ellos mismos sus carruajes!"

"Naturalmente. El campesino de la aldea tiene que ver que el hombre responsable conduce por sí mismo. Recuerdo en lo que pensaba yo, de joven, cuando un hombre poderoso venía a nuestro rincón".

Desde este punto de vista de que las faltas de gobiernos anteriores se percibían en su propia vida, trata él de actuar social-

mente. Shaw, el más importante socialista de Europa, me dijo cierta vez: "Mussolini, a pesar de su dictadura, hace más socialismo positivo que muchos de sus adversarios inscritos en el partido. Aun se han de admirar las gentes del rumbo que lleva".

VI

VEINTE mil seres humanos llenaban la *Piazza di Venezia*, una docena de bandas timbaleaban unas contra otras, los himnos, las aclamaciones, los gritos de todos aquellos hombres se atropellaban mutuamente, pues era una festividad de los fascistas y querían ver a su adalid. El *Palazzo* mismo, al cual aquella vez sólo pude llegar con auxilio de un oficial del ejército, dormido generalmente en su silencioso pasado, estaba aquel día atestado de uniformes, cuyos portadores se precipitaban de un lado a otro por escaleras y salones. En su gran sala, estaba el *duce* sólo, pero estaba de uniforme. El rey de Egipto me dijo una vez que cuando está de uniforme piensa de otro modo que cuando va de paisano; quería decir, de modo más débil. También había observado yo que un militar, que está solo en medio de gentes de paisano, se siente, por ello, como disfrazado y molesto, lo mismo que un único paisano se irritará al verse rodeado por cien uniformes. De este modo, todavía no he oído nunca a dos militares hablando juntos de Filosofía, ni tampoco vi a dos pensadores boxeando uno con otro, aunque ambas cosas son posibles. Mussolini, que visto de uniforme es completamente extraño para mí, no había cambiado en nada su modo de pensar. Como para una conversación que exigiera recogimiento era demasiado grande el ruido y la expectación de fuera, le referí algo referente a Abisinia, de donde venía yo precisamente en aquel tiempo. Prosiguió, al hablar, sus paseos conmigo por la sala, hasta que un militar le preguntó si debían ser abiertos los balcones. Pidió su gorra, me dijo que mirara por una de las ventanas laterales y que viniera junto a él después del acto. Para la última meditación de su discurso, no le quedaba ni un solo instante. Cuando le vi salir al balcón, entre los clamores de la muchedumbre, volví a reconocer, desde la ventana lateral, en el perfil del hombre de cin-

cuenta años, aquellos dilatados y satisfechos rasgos de padre de la patria que muestra cuando habla de sus trabajos constructivos. Mientras él, durante minutos enteros, contemplaba desde lo alto la mugiente muchedumbre, mostraba por completo la expresión del dramaturgo que llega al teatro y encuentra a sus comediantes impacientes y dispuestos para ensayar con él.

De repente cesó el estrépito, ante una seña suya, al mismo tiempo que sus rasgos adoptaron cierta tensión, y, con fuerte acometida, arrojó sobre la muchedumbre, en *staccato,* sus primeras palabras; pronunció treinta frases cuando más, las últimas de las cuales se perdieron entre nuevos clamores de júbilo. Cuando estuvieron cerradas las hojas del balcón, sonó repetidas veces, y a compás, ante la puerta de la sala, llamadas de "¡Duce!"; hizo abrir, y se precipitaron dentro del salón unos sesenta oficiales fascistas que se reunieron en torno a su mesa de escribir. Eran los secretarios del partido de toda Italia. Lo rodearon sin ceremonias, y él comenzó, con su voz suave y oscura, a llamarlos, no quizás por su nombre, sino por el de su ciudad, señalándolos con el dedo. A veces, buscaba el nombre, vacilaba; en alguna ocasión hizo que le ayudara alguien, a la mayor parte los conocía. Todos lo contemplaban como a un padre, aunque algunos podían ser de su edad. Finalmente, se retiraron de la sala en medio de nuevos cánticos y gritos.

Mussolini volvió a su mesa de trabajo, permaneció en pie delante de la chimenea, miró una condecoración que, en la aglomeración, había sido perdida por una de aquellas personas, la recogió y se sentó. Entonces tocó la campanilla y le preguntó al sirviente, de un extremo a otro de aquella inmensidad de veinte metros, dónde estaba yo. Salí ahora del oscuro hueco de ventana, se sonrió y yo pensé en lo fácilmente que podría asesinarlo alguien, estando en mi puesto. Es inexacto que el Duce esté guardado como un Zar. Quería proseguir nuestra conversación, después de su discurso al pueblo y de la recepción de sus militares, en el mismo punto en que la habíamos interrumpido media hora antes.

A Mussolini no se le puede comprender más que como latino: por ello también es discípulo y admirador de Nietzsche, el cual siempre se ha designado a sí mismo como hombre del Mediterráneo. "Soy un italiano incorregible —me dijo—. La suprema

de todas las artes es para mí la arquitectura, pues abarca en sí todo junto. Es romana. Grecia sólo me ha atraído del lado de la Filosofía".

"Quiero explicarle mi evolución —me dijo otra vez—. En mi juventud no creía en nada. Vanamente había apelado a Dios para que salvara a mi madre y, no obstante, se había muerto. Fuera de ello, son ajenos a mí aquellos místicos colores y sones del convento en que fuí educado. Pero no excluyo plenamente, como tampoco lo hace Renán, que en los millones de años pueda, una vez, tener lugar una manifestación ultra real, que también la Naturaleza sea divina. Pero no lo he visto. Puede también ser que en los dilatados millones de años sucesivos se repita análoga manifestación. Hasta podría estar eso dentro del dominio de las leyes de la Naturaleza, como la gravedad o como la muerte. En años posteriores, se ha robustecido en mí la fe de que hay una fuerza divina en el Universo".

"¿Cristiana?"

"Divina —repitió con un movimiento de mano que dejó en suspenso mi pregunta—. De muchas maneras pueden adorar a Dios los hombres. Hay que dejar en absoluto a cada cual que lo haga a su manera".

"Bueno —dije yo—. Y ¿qué escapatoria ha encontrado usted para librarse del dilema de que trató ya la antigua tragedia: por qué debe actuar el hombre, si el Destino lo conduce por ya prescritas vías?"

No pareció ver aquí absolutamente ningún problema.

Hay que reaccionar con la voluntad contra el fatalismo. Ése es un combate interesante. La voluntad tiene que preparar el terreno en el cual debe desplegarse el destino".

"Y en este combate, ¿qué significa la gloria? —seguí preguntando—. ¿No es la gloria el más enérgico motor para un gobernante, el único remedio contra la muerte? ¿No la ha visto usted ya ante sí desde sus años mozos?"

Mussolini permaneció tranquilo.

"No la he visto delante de mí cuando mozo —dijo—, y no la considero como el motor más enérgico. En que sea un consuelo para no morir del todo, en eso tiene usted razón. No asenté mi obra en mi gloria. La inmortalidad es la fianza de la gloria.

Pero viene . . . después". Hizo un movimiento realista, como hacia una distancia en la que no se podía intervenir.

"Recientemente —dije—, leí aquí, escrito en la pared, en una casa, un lema que me conmovió: *Oltre il destino!*"

"¿La casa era de alguien que ya alguna vez lo había desafiado?"

"¡Ciertamente!" —dije, y cité el nombre de un gran aviador.

"Ese no es mi lema —dijo Mussolini—. A nadie le es lícito retar dos veces al Destino. Por lo demás, cada cual muere de la muerte que corresponde a su carácter".

Es natural que un dictador que gobierna en Roma, exactamente como lo hicieron durante mil años los emperadores romano-germánicos, tenga que tratar de ganar para su causa al Papa, en la misma Roma, si no sabe someterlo. Mientras el Papa estuvo como prisionero en el Vaticano era poderoso; la aspiración de Mussolini consistió en persuadir a este prisionero de que se pusiera en libertad a sí mismo. Cuando por fin lo hubo conseguido, contra la oposición de importantes cardenales, nadie sabía, en detalle, quién había ganado en este combate. Todavía hoy, se pueden obtener ambas diferentes respuestas de los entendimientos más importantes, capaces de juzgar con independencia esta cuestión. El rey de Italia, a quien hablé inmediatamente después de la reconciliación, me dijo: "Creo que fué *fair play*". En todo caso, es lícito considerar como único en la historia el que dos personas, actuando soberanamente y sin control, hayan negociado uno con otro a lo largo de tres años, sin verse nunca frente a frente. Cuando, por fin, Mussolini visitó al Papa, no le reconoció su posición legendaria. Contestó a mi pregunta, poco después de aquella visita: "En general, sigo las reglas del país cuando soy su huésped. Hice aquí que me declararan antes expresamente libre del deber de arrodillarme y besar la mano". Esto puede ser explicado por recelo hacia aquel poder, nunca tranquilizador, peligroso para todo hombre de Estado, pero también por el orgullo del dictador que no quiere inclinar la rodilla, no ante Dios, sino ante su representante.

Este orgullo es uno de sus rasgos más fuertes. Cuando en Suiza, siendo un albañil de diez y nueve años, recibió de un italiano cinco liras de regalo, sacó un cuchillo árabe y se lo dió al desconocido. Ninguno de sus actos me gusta tanto como este

gestecillo. Después, cuando lo prendió la policía en Zurich, y como si fuera un criminal, le tallaron y midieron, exclamó. "Esperad, ya me vengaré". Como, poco después, estuvo preso en Austria, fué transportado a Italia, donde, en la frontera, debía esperar medio día entre dos soldados, un empleado lo dejó en libertad bajo palabra de honor. Y cuando, en Lausana, el que le daba trabajo le arrojó el jornal de la semana y exclamó, descontento de su labor: ¡Me ha robado usted el dinero!, el joven albañil, según me refirió, quería saltarle al pescuezo.

Éste es el mismo carácter que, más tarde, en Milán, reconoció por verdaderos siete puntos de la acusación y sólo se opuso contra el que afirmaba que, con derribar un poste del telégrafo, había puesto un tren en peligro; es el mismo que consideró, en la Paz de Versalles, como un auténtico agravio más de una humillación impuesta a su país; el mismo que, yendo como periodista, el año 22, a la Conferencia de Cannes, al cambiar dinero en la frontera sólo recibió quinientos francos franceses por mil liras, sintió ofendido su orgullo y se juró mejorar esta situación. De fijo que tal humillación personal, profundamente sentida, habrá contribuído a que, alcanzando poco después el poder, estabilizara la lira a tipo más alto que el franco francés, cosa que importantes banqueros han declarado como equivocada.

De este orgullo, mucho antes del triunfo formóse en él un sentimiento de dignidad, sin el cual nadie todavía ha logrado llegar a la acción. Al mismo tiempo, sentíase en absoluto como un artista plástico y me dijo una vez: "Cuando siento a la masa entre mis manos y veo cómo ella cree, o cuando me mezclo entre ella y casi me estruja, entonces siento como si yo fuera un trozo de esta masa. Y sin embargo, subsiste, al mismo tiempo, algo de aversión, como la que concibe el poeta contra la materia en que trabaja. ¿No destroza a veces, furioso, el escultor su mármol, porque, bajo sus manos, no toma suficientemente la forma de su visión primera? ¡De cuando en cuando, la materia hasta llega a sublevarse contra el escultor! Todo depende de dominar a la masa como lo hace un artista". Había escrito en su primer manifiesto a los trabajadores: "¡Quiero dar un ejemplo!" Y eso hizo desde su primer día de poder. Nadie le vió disfrutar de la posición, del esplendor, del dinero; evita la sociedad romana que se agita en torno suyo, y se agota en una jornada de trabajo

acaso de catorce horas diarias, exactamente lo mismo que los adalides rusos, a los cuales tanto se parecen los fascistas en decisivos rasgos.

Una tal vida, sólo vigilada por la energía y el orgullo de quien la vive, sólo puede librarse de la duda por la fe en su propia misión. Por ello, habla a veces de la estrella que cuando soldado lo guardó de las balas en la Guerra, y que, cuando lo alcanzaron, lo salvó al cabo de grandes sufrimientos. Cuando, en el año 20, su automóvil, por culpa del *chauffeur,* chocó con un tren, accidente en el cual encontraron la muerte varias personas, Mussolini dijo: "Siento que el odio de mis enemigos me sirvió de talismán". Cuando aprendía a volar y se precipitó una vez desde una altura de cuarenta metros, no se asombró de su salvación y recomenzó al día siguiente.

Por incidencia, habla de la invisible ayuda de su madre muerta. En ello es francamente supersticioso, como todo hombre que sólo a su propia personalidad cree capaz de determinadas acciones u obras, y, por ello, procura estar a bien con las potencias invisibles. También a mí me habló, en general, de talismanes, y cuando llegué a tratar de los inútiles peligros a que se expone mediante el vuelo, me dijo: "La vida tiene un precio. Siempre hay que volver a arriesgarla. También hoy he vuelto a ir a la batalla".

Pero, otra vez, cuando le llevé a tratar de la conocida expresión con la que tanto a los pueblos como a sus adalides les gusta designar la guerra como *"fatum"*, se rió breve y maliciosamente y dijo: "Las gentes llaman después *fatum* a lo que han hecho antes equivocadamente".

VII

TEMA para un extranjero platónico, en especial si conoce la historia, sólo puede ser el considerar lo ocurrido actualmente como algo ya pasado, y, por encima de las quejas de los particulares, reconocer lo general; sobre lo negativo personal lo positivo estatal. Como francés, nacido bajo Napoleón, habría odiado al emperador, y, por lo menos, huído de Francia; cien años más

tarde, puedo admirarlo como fenómeno. Si amigos italianos se me quejan de la opresión del fascismo, les manifiesto mi compasión y me alegro, por mi parte, de que todavía me sea permitido escribir lo que sea capaz de hacer.

Cuando Napoleón, en Santa Elena, leyó en un periódico las fábulas de que tenía inmensos tesoros enterrados en alguna parte, exclamó: "¡Cómo! ¿Que debo haber enterrado mis tesoros? ¡En el día de hoy están abiertos para que los use todo el mundo! Los puertos de Amberes y Flesinga, las obras hidráulicas de Dunkerque, el Havre y Niza, el muelle gigante de Cherburgo, el puerto de Venecia, las calzadas de Amberes a Amsterdam, de Maguncia a Metz, los pasos del Simplón y el Mont Cenis. Después los puentes de París, los puentes de Sarre, Tours, Lyon. La creación de nuevas industrias, el nuevo Louvre, el Museo de Napoleón, muchos millones para la protección de la agricultura y de la cría de caballos: ¡éstos son los tesoros de Napoleón que representan el valor de miles de millones y durarán siglos!".

En todo análogo, limitándose sólo a Italia, puede responder Mussolini. Quien, como yo, ha vivido en Italia durante años enteros y vuelve ahora a viajar por ella, ve a cada momento, mejoras que no es posible saldar con un romántico *bonmot* acerca de la perdida y bella gandulería de los países del Mediodía. Por lo demás, no está en modo alguno perdida, pues en las ciudades pequeñas, hoy como en otro tiempo, los hombres de toda edad, a mediodía, y, a decir verdad, ya a las once y media, dan vueltas por la *Piazza* y toman el sol sin hacer nada.

Verdaderamente, estas obras han costado espantosos sacrificios de libertad; calles, ferrocarriles, puertos, han recibido en todas partes determinado militarismo fascista; también la falta de trabajo ha impulsado a muchas construcciones públicas. Como Mussolini, que, a la verdad, aprendió mucho de los rusos, ha hecho posible todo ello mediante una nueva energía, mediante la celeridad e instantaneidad de sus decisiones, pueden designarse estos trabajos como "obras suyas".

De Norte a Sur, han sido mejoradas la totalidad de las carreteras, tres grandes pistas automovilistas construídas de nuevo, canales nuevamente abiertos o que han sido ensanchados. En la Apulia se ha erigido, a través de los Apeninos, un gigantesco acueducto; además, ha sido construído un sistema de obras hi-

dráulicas, de modo que, dentro de pocos años, toda aldea italiana tendrá agua potable, mientras que otras instalaciones, a través de todo el país, que no tiene carbón, transforman en energía eléctrica la fuerza de las cascadas. Nuevos ferrocarriles son construídos hasta los más ignotos rincones del territorio; los antiguos se mejoran, los trenes se aceleran, los puertos de esta nación se engrandecen y profundizan, el puerto comercial de Venecia ha sido creado de nuevo. En las Lagunas Pontinas termínase ahora un magnífico trabajo, que, desde hace dos mil años, primero los romanos, después los papas, intentaron en vano realizar. Un distrito de miles de kilómetros cuadrados, en el cual hasta ahora nadie podía vivir, sólo los cazadores, habitantes de las montañas del borde, se consagraban, durante algunos meses, a una existencia nómada para la caza de aves, es ahora abierto a la vida humana, y dentro de diez años, habitarán cien mil hombres allí donde ayer la *malaria* lo ahuyentaba todo. Cuando vi esto, le cité a Mussolini el final del *Fausto*, que había llevado conmigo, y le hice leer el pasaje donde se dice:

"Ein Sumpf zieht am Gebirge hin,
verpestet alles schon Errungene;
den faulen Pfuhl auch abzuziehn,
das letzte wär' das Höchsterrungene.
Eröffn' ich Räume vielen Millionen,
nicht sicher zwar, doch tätig-frei zu wohnen". ([1])

Grandes navíos, hasta de cincuenta mil toneladas, transportan ahora hombres y mercancías sobre los mares; la flota aérea es totalmente nueva. Han sido fundadas tres nuevas universidades, modernizadas las antiguas; en Perusa ha sido creada una Universidad para extranjeros. Todas las escuelas populares han sido elevadas de nivel por el dictador, que primeramente fué

([1]) Un cenagal se tiende entre los montes,
todo lo ya ganado lo inficiona;
secar también esta podrida charca
última fuera, altísima victoria.
Espacios abro donde el hombre habite,
si no seguro, en sus trabajos libre.

Goethe. FAUST, *Der Tragödiezweiter Teil*, Versos 11.559 a 64. Es el principio del último parlamento de Fausto momentos antes de su muerte. (N. del T.)

maestro de escuela; el importe de las matrículas, reducido o suprimido por completo; el analfabetismo del Mediodía, casi extirpado del todo. En Roma, Ostia, Pompeya, son emprendidas grandes excavaciones, sacados a luz nuevos hallazgos de antigüedades. Con una energía continuadora del ejemplo ruso, cierto que el obrero, junto con la mujer y los hijos, es cogido por el Estado, aun en sus diversiones, hasta el fastidio, pero parece al mismo tiempo casi a salvo de la miseria. "Nos apoderamos del ciudadano a los seis años y se lo devolvemos a su familia a los sesenta". Con esta fórmula, que Mussolini me dió una vez, se pone plenamente al igual del pensamiento ruso, cosa en la que también conviene, mientras que nosotros nos apartamos con espanto de la intervención excesiva del Estado y de la multiplicación ilimitada de los hombres. Conocemos los peligros de ambos sistemas, conocemos sus sacrificios, somos y seguiremos siendo individualistas.

Todo esto sólo puede proceder de un hombre que domina a su fantasía, pero que también es dominado por su fantasía. Me ha dicho que no fué al poder con un plan terminado; pero todas estas cosas se han originado lentamente de una resolución general de actividad y edificación política y social. El trabajo de detalle que la multitud suele apreciar bajamente en todo hombre de Estado, poeta o inventor, admirando más la inspiración, es hoy mucho más difícil que en tiempos de César ¡ay! y aun en los de Napoleón. "¡Inspiración! —dijo sarcásticamente Mussolini cuando le hablé de las gentes que se representan a un hombre importante como produciéndose genialmente desde por la mañana hasta la noche—, la inspiración, en casos favorables, se tiene dos veces al año. Lo demás es un trabajo agotador sobre temas particulares". Exactamente de igual modo había oído yo, de labios de Edison, estas irónicas palabras: "Dos por ciento de inspiración, noventa y ocho por ciento de transpiración". Todo aquel que ha realizado un trabajo productivo conoce, por experiencia propia, esta frase del tanto por ciento.

Y sin embargo, inspiración y fantasía son las dos alas que elevan al hombre extraordinario, a fin de que alguna vez, desde arriba, pueda columbrar la totalidad del campo de su productividad, para dejarse descender después, volando hacia abajo, y ponerse a trabajar en lo concreto con las manos. Esta mirada

inspirada encuéntrase en un fotografía de Mussolini a los diecinueve años; la mirada de poeta que se encuentra también en las imágenes juveniles de todos los hombres eminentes. Más tarde se ensanchan las cabezas, y, en general, también los cuerpos, cierto que no sólo por goces y satisfacción de sí mismos, sino también por actividad y energía.

También la cabeza de Mussolini se ha cambiado en este tiempo. Sólo un hombre que no sabe bien si ve a Mussolini con ojos de amigo o de enemigo me lo han negado, afirmando que conoce a Mussolini desde 1915 y que siempre lo encuentra igual externamente. Este observador, una de las más sobresalientes figuras de Italia, ha adivinado ya, probablemente, en el Mussolini que aspiraba al poder al que ya lo ha alcanzado, y, con ello, ha demostrado poseer más fantasía de la que le atribuye la gente. Si yo fuera pintor, me atrevería a dibujar hoy la cabeza del Mussolini de sesenta años.

Pero nadie debe anticiparse al Destino, y, si tiene presentimientos, debe guardar silencio sobre ellos.

STALIN

EL AUTÓCRATA ESLAVO

"Si la propiedad individual es considerada como sagrada por toda la sociedad, todavía lo es más para el propietario. Costumbre, impresiones juveniles, respeto hacia los antepasados, desafecto hacia el vecino y cien cosas más, son las que hacen ser terco al propietario y opuesto a todo cambio. Cuanto más antiguas sean tales posiciones, tanto más difícil será el tránsito hacia lo general, que, al privar de algo al particular, aportaría el bien para la totalidad, y también, insensiblemente, para aquel a quien desposeyó, merced a reacciones y cooperaciones".

GOETHE

I

Si la leyenda altera la histórico, y, por lo común, las figuras de los hombres, ganan, a un tiempo, con ello, el observador y su objeto, pues, si en el detalle, alguna cosa es cambiada de lugar, o hasta falseada, el conjunto crece en interna verdad. ¿No nos espantaríamos ante la Acrópolis si un día la viéramos, delante de nosotros, acabada con el color y la forma de la de Pericles? ¿La transformación de todos los conceptos por obra del tiempo, no proporciona un natural derecho a expresarse uno a sí mismo, visualmente, ante la obra de arte, psíquicamente, ante el carácter de los hombres? De este modo, la leyenda, en el curso de los tiempos, no transforma de otra manera una figura sino como la pátina al bronce: todavía están allí los mismos rasgos, pero vientos e intemperies los han modi-

ficado según secretas leyes y por muy apasionadamente que alguien sólo se sienta obligado a seguir al documento, no obstante, como hijo de su época, verá de otro modo a los hombres de como los vieron sus padres.

Mas, en cuanto a los vivientes, es peligrosa toda leyenda; aun cuando el hombre mismo la haya extendido en torno a sí, recibe de ella daño. En este caso, la contemporaneidad de objeto y sujeto requiere la mirada frente a frente y el mundo que demanda informes sobre uno de los adalides de su tiempo, tiene la pretensión de encontrar realidad en el retrato. Hasta sobre el fotógrafo pesa, por ello, un trozo de responsabilidad; he vuelto a verlo en el caso de Stalin. El modo como, en Moscou, lo contempla la gente en todas las esquinas, y cómo es difundida su imagen por el extranjero, no es mucho mejor que lo que en leyendas sobre su persona puede leerse en libros y en artículos. La asombrosa adoración hacia sus héroes que siente la nueva Rusia, acerca de lo cual daré a conocer el concepto que le merece al propio Stalin, conduce a una estilización de la figura, que, en este caso, como en la mayor parte de los otros, termina por ser perjudicial. Como los sabios buscan hoy en todas partes "tipos", ven las personalidades de un modo simplificado, y, por lo tanto, absurdo.

Según ello, y a consecuencia del nombre que se ha elegido él mismo, y que no le conviene en modo alguno, había esperado yo encontrarme con un gran duque, áspero, rígido, repelente. En lugar de ello, hallé por primera vez un dictador a quien habría confiado mis hijos. Había yo leído que, a causa de su semblante desfigurado por marcas de viruelas, no se mostraba en público, pero no hay tales viruelas; que, rodeado por cinco automóviles, venía a diario a la ciudad desde la casa de campo de Gorki, en la cual Lenin vivió medio enfermo, casa a modo de castillo, erizada todo alrededor de cosacos armados, y que cada vez, entraba en el Kremlin por una puerta diferente; que comía allí en los platos de oro del Zar, mientras, como un sultán, mantenía encerrada en su casa a su mujer de quince años. En realidad, no ha vuelto nunca a pisar Gorki después de la muerte de Lenin; habitó con su mujer y dos hijos, hasta la muerte de la primera, en una casita de las afueras; dirígese a su despacho oficial, solo, en su automóvil, siempre penetra por

la misma puerta, y nunca es saludado por la guardia si no en ocasiones solemnes; vive y come como un modesto ciudadano, con mucho orden, una pedantesca distribución del tiempo, y disfruta de los moderados goces de un trabajador que, a veces, en una velada de día de fiesta, se sienta a beber con algunos amigos.

No pude reconocer en él, ni al noble bandido, como le gusta a uno imaginarse a este natural del Cáucaso, ni tampoco al misterioso georgiano, que, con fruncida frente, imita a su predecesor Iván el Terrible (el cual, por lo demás, consagraba sus mayores cuidados a los pobres y débiles de su imperio); sólo un hombre solitario a quien no seducen el dinero, ni los goces de la gloria, y a quien, probablemente, ni siquiera una vez le ha lisonjeado el poder, pero sí la victoria sobre sus enemigos interiores. Si dejo a un lado la energía, que es la base de todo hombre constructivo; veo dos cosas que parecen determinar el carácter de Stalin: paciencia y desconfianza; ambas propiedades suelen corresponder a seres humanos de tipo lento.

Pues en este hombre todo es pesado: su paso, su mirada, su voluntad, y aun cuando se ría, y a veces lo hace, es con una risa oscura, opaca, lenta, puramente exterior, brotada de aquel general desprecio que todos los dictadores consagran a las humanas bestias. Como carece de la serenidad de alma que el paciente ruso típico recibe de su amor hacia los hombres, la paciencia, en él, está alimentada por la desconfianza, y viceversa, y hace que las dos sean productivas, ya que es capaz de esperar sin ilusiones, y, por medio de su permanente esperanza, tiene que perder todo resto de ilusión. Un cazador, que, como todos los adalides bolchevistas, vivió, durante años, solitario en el destierro, en parte del botín de su fusil, disfrutando con plantas y animales, estudiando por las noches, a la luz de una mala bujía, junto a la estufa encendida por él mismo, lleno de nostalgia de mujer e hijo, aficionado a la música sentimental, enemigo, en lo erótico de todo lo picante, y espiritual.

De este modo, el hombre de cincuenta y dos años (tres más que Mussolini), que cada año sólo ve a tres o cuatro europeos, se presenta, ante el extranjero, con un azoramiento que sorprende hallar en quien domina de hecho a una sexta parte de la humanidad, y que actuaría de un modo conmovedor, si no es-

tuviera uno seguro de que, una vez cerrada la puerta, sabrá vengarse del tiempo perdido con expresiones aldeanas. Si no me equivoco, Stalin es bondadoso por naturaleza, implacable por su oficio; no sin fantasía, pero de tal clase que se pone el veto a sí mismo; no ambicioso, pero vengativo; naturalmente escrupuloso y triste, frío y resuelto para realizar su misión. Pues desde hace treinta y cinco años flota ante su espíritu un único pensamiento, al cual ha sacrificado juventud, seguridad, salud y todos los dones de la vida, a fin de gobernar en un determinado sentido, según se ha jurado a sí mismo. "El tema de mi vida —me dijo—, es la exaltación de la clase trabajadora, no el fortalecimiento de un Estado nacional, sino de uno socialista que llama a todos los trabajadores del mundo. Si cada uno de mis pasos no conduce al robustecimiento de este Estado, tendría entonces que considerar mi vida como vacía de sentido". Dijo esto con su voz ahogada, suave, más bien como para sí, y algunos conocedores de su persona me aseguraron después que esto era lo más extremado que le había permitido nunca a su *pathos*.

II

¡Qué vida ha llevado este hombre! No necesitamos comparar a estos modernos dominadores, todos los cuales vienen desde abajo, con los presidentes de nuestras democracias; sólo necesitamos compararlos con los adalides de otra gran Revolución, los cuales, como Danton o Robespierre, habían vivido en París como abogados y ciudadanos libres, hasta que la Revolución les trajo, al mismo tiempo, poder y peligros.

Por el contrario, quien, hacia 1900, se reconoce como socialista ruso, renuncia a todo lo que regala la libertad, al cambio entre quietud y movimiento, renuncia a la patria, a la familia, a la seguridad personal, a la posesión, pues al actuar precisamente para arruinar estos bienes, no puede exigirlos para sí mismo. Pueden comenzar guiados de un impulso juvenil que los lleve hacia la aventura, pero sólo la fe en su causa los sostendrá de modo permanente.

Stalin no se hizo socialista por degradación de sus padres.

Hijo de trabajadores, a saber, de un pobre zapatero que al mismo tiempo era labrador, tiene en su ser algo de ambas clases, pero no fué impulsado en su niñez por ninguna especie de enojo. Al contrario, sólo porque el padre logró meterlo en un seminario, a la manera de los de los jesuítas, para que ascendiera hasta clérigo mediante una educación letrada, llegó el hijo a ser revolucionario, y, si hubiera permanecido en la situación de su padre, sería hoy, probablemente, tendero o aldeano.

"Mis padres eran gentes sin cultura —me refirió—, pero me trataban muy bien. En modo alguno fuí impulsado por ninguna clase de estímulos a hacerme socialista a los seis años, según se refiere, ni tampoco a los diez o a los doce. Sólo llegué a serlo en el Seminario, por oposición a aquel régimen. Allí no había más que soplonería. A las nueve, nos llamaban para el té y cuando a las nueve y media regresábamos, estaban registrados todos los cajones. Y del mismo modo que en los papeles, huroneaban también en las almas: era repugnante. Como protesta, estaba yo allí dispuesto a llegar a ser cualquier cosa. Entonces arribó precisamente a Transcaucasia el primer grupo ilegal de marxistas rusos. Llegaron a tener gran influencia sobre mí y suscitaron en mí la afición por la literatura ilegal".

Después de descubierto esto y de que lo arrojaran del seminario con gran espanto de su madre, empleóse Stalin, a los dieciséis años, en el movimiento revolucionario; se llamaba tan pronto Soso, como David o como Koba; educábase por medio de periódicos que escribía Lenin en el extranjero, con tinta ilegible o letras diminutas, y que eran contrabandeados por marineros, que los traían de escondite en cualquier parte; agitaba incesantemente a los curtidores, tabaqueros y mineros; junto con ello, para ganar el pan, era encuadernador; escribía, componía y tiraba periódicos en una bodega; ayudó a preparar atentados; fué constantemente vigilado, en toda esta actividad, por la policía del Zar; lo buscaban y volvían a hallarlo siempre, a pesar de barbas postizas y disfraces; entre los veinticuatro y los treinta y cuatro años estuvo seis veces en la prisión, primero en el Cáucaso, después en San Petersburgo; de la cárcel salía siempre desterrado para Siberia, de donde siempre huía, al cabo de semanas o de meses. En estos dieciocho años de una vida ilegal, bajo permanentes amenazas, sin placeres, sólo contadas veces,

hacia la treintena, con falsos pasaportes, estuvo en el extranjero por escasos meses, una vez en Finlandia para conocer a Lenin, después en Alemania para volver a verse con él y con sus compañeros. En Viena jugó al ajedrez con Lenin; por desgracia, no poseemos ninguna fotografía de esta escena.

Y sin embargo, en todo este tiempo no parecía despuntar ninguna esperanza para él y sus amigos, y el descalabro de la revuelta de 1905 sólo puede haber deprimido al hombre de veintiséis años, a pesar de la crisis de la Guerra Ruso-Japonesa; ni el orgullo, ni la voluntad de poder, ni el deseo de producir un amplio efecto, ni el de provocar la aprobación general, encontraron satisfacción alguna en aquel decenio, pues lo que realizaba permanecía siempre anónimo y sólo el aplauso de Lenin le daba satisfacción. Éste alababa rara vez; dirigía desde fuera, como un lejano general a sus huestes; pero Stalin lo seguía fielmente, desde el momento en que, a los veintiún años, había recibido de un amigo las primeras noticias personales sobre sus ideas. Cuando Lenin, en la Asamblea de Londres, se separó de la pura lucha por el salario y de sus representantes, para fundar el partido revolucionario del bolchevismo, unióse con él Stalin, entonces recluído en la prisión Tiflis, y hasta hoy ha permanecido fiel a Lenin y a su escuela. ¿Por qué? Cada número del periódico de Lenin, *La Chispa,* ostentaba como lema: "¡De la chispa brotará la llama!".

Mediante tales pruebas, un hombre de responsabilidad y abnegación llegará a ser quizá un brillante soldado, pero, al principio, no un jefe. Así hoy, un partido y una prensa preparados para una formación de leyendas, sabe sólo celebrar en el Stalin de aquel tiempo, el que, con toda habilidad, se entendiera para formar organizaciones secretas y que supiera hablar a los trabajadores en su propio lenguaje, inmediato, sencillo, pues no necesitaba aprender primero el modo de hablar del pueblo, como Lenin o Trotzki, que procedían del campo de la cultura.

Pero, en el último encarcelamiento, fueron más perspicaces los ojos de la policía, pues cuando Stalin, fugado por sexta vez, se hallaba en una reunión de San Petersburgo, fué reconocido, y, aunque sus amigos, en un recinto inmediato, le pusieron vestidos de mujer, fué hecho prisionero, y, en 1913, se le envió al

Círculo Polar, a una aldea, donde sólo habitaban todavía algunos aldeanos y se le dotó de una guardia propia. Supo allí Stalin la declaración de la Guerra, pero, después, poco del curso de aquella lucha esperada por él desde hacía veinte años, a la cual todo lo había confiado, y cuando Lenin, fuera, en plena actividad, buscaba a sus amigos, preguntábale a cada uno por el nombre actual de nuestro Koba, "ese maravilloso georgiano. Lo he olvidado. Escríbamelo usted. Es muy importante". Pero Stalin no recibió ninguna noticia. Entre la esperanza de que su día debía amanecer pronto y la desesperación propia de alguien que puede quedar olvidado en el Círculo Polar, este hombre, nacido en el Sur, debilitado por las privaciones, a mitad de la treintena, vivió durante tres años de guerra en plena soledad. en una comarca cenagosa, azotada por tormentas de nieve, con bosque bajo, cazando en invierno gansos y patos, ejercitando en verano su paciencia mediante la pesca; hacía él mismo sus enseres y herramientas, encendía el fuego y guisaba, leía a Marx y Darwin, pues a todos los prisioneros políticos del Zar les era permitido llevar consigo libros; durante algún tiempo, vivió aquí con un amigo hasta que llegaron a odiarse, después completamente solo, siempre esperando, siempre prestando oído.

Por último, lo libertó la revolución de Kerenski, en marzo del año 17, y sin manifestación alguna, casi sin ser notado, regresó a San Petersburgo, estableciόse en la redacción de *Prawda*, escribió primeramente en términos suaves y reconciliadores, y, sólo dos meses después, con la llegada de Lenin y sus exigencias totalitarias, fué lanzado a un nuevo radicalismo. Stalin lo siguió apasionadamente hasta su muerte, y cuando le pregunté si no se sentía como una especie de continuador de Pedro el Grande, lo rechazó bruscamente: "Soy un discípulo de Lenin; mi único deseo es ser digno de él. Si se quiere buscar un símbolo —y los paralelos históricos son siempre peligrosos, en especial éste— podríase, cuando más, comparar a Lenin con Pedro. Pero lo que Pedro formó es sólo como una gota en comparación con el Océano que ha creado Lenin. No soy más que su discípulo".

III

Se olvida con frecuencia que la Revolución rusa y la Guerra de Intervención duraron cinco años: una larga época, rica en crisis, catástrofes, y victorias, producida para que se conservaran, ascendieran y se duplicaran los cerebros bien dotados o fogosos. Creó o educó una docena de sobresalientes adalides. En cuanto se puede juzgar hasta hoy, con unos materiales muy fragmentarios, a menudo suministrados con parcialidad, con sus muchas omisiones; sumándose aún a ello, para limitarlo, el que no se encuentren traducidos, se nos aparecen Lenin, Trotzki y Stalin como los más importantes. Lenin . . . sólo se necesita ver su cabeza, leer sus libros, sus discursos y, si no se conoce nada de él, basta con la impresión en sus amigos, que todos habían sido antes sus rivales; la incondicional subordinación de todos a uno, en una situación interina, sin leyes, en un caótico comienzo de Estado, y eso tendría que bastar para colocar a Lenin por encima de los otros. Hasta tal punto era al mismo tiempo ardiente y sensato, al mismo tiempo pensador y hombre de acción, al mismo tiempo resuelto y flexible, como sólo lo son los grandes caracteres históricos de la revolución, y quien le llame "medianía", porque quizás ante él sólo se haya manifestado fríamente, sólo demuestra su propia medianía y su frialdad. Jamás lo he visto.

Pero a Trotzki, a quien hablé hace algunos años en la Isla de los Príncipes junto a Estambul, y a Stalin, con quien hace poco que hablé en el Kremlim, puedo compararlos. No corresponden en modo alguno uno con otro, como Tasso y Antonio, "de los cuales la Naturaleza hubiera debido formar un solo hombre"; reunidos no producirían ningún Lenin; aparte la energía, no tienen ningún rasgo en común, de lo cual prestan simbólico testimonio sus retratos. La cabeza de Trotzki está determinada por la frente y los ojos, cosas ambas que desdicen totalmente en la de Stalin. En éste, no predomina un solo rasgo, su semblante tiene más bien una expresión total, es un conjunto creado así por Dios y no por los acontecimientos, mientras que la cabeza de Trotzki, y hasta la de Lenin, traicionan todas las pasiones que las han formado. Las profundas arrugas son comu-

nes a todos, pues estas presiones del dedo del Destino no las tienen todavía sus retratos de juventud. Pero Trotzki está absolutamente formado de una vez, lleno de internas contradicciones, indecisiones y controversias; algunos rasgos de su semblante, por lo tanto de su ser, han combatido visiblemente unos con otros, pero nunca combatirán hasta el final. Por el contrario, la más pesada cabeza de Stalin representa un carácter absolutamente metido en sí, que se ha apaciguado a su modo. Sólo una cosa es común a los dos: las bellas manos, que he encontrado generalmente entre los dictadores.

Sus caracteres confirman también la Fisiognómica. Como los más sobresalientes discípulos de Lenin, atestiguan, en su diversidad, la pluralidad de facetas del maestro, pues, Trotzki posee manifiestamente el fuego y Stalin la solidez de Lenin; cierto que no heredadas, pero de un modo tan intenso que aquél podría volver a encontrarse en estos rasgos. Trotzki tiene el *élan*, Stalin la paciencia; Trotzki actúa desde arriba, por medio de discursos y *pathos*, Stalin desde abajo, edificando lo concreto. Trotzki es más entusiasta, Stalin más político. Trotzki es estratega, Stalin táctico. Trotzki entusiasma a las masas, Stalin las organiza. Trotzki es abierto, un orador, Stalin reconcentrado, un callador. Trotzki tiene agudezas mordientes, Stalin un humorismo peligroso. Todo, en Trotzki es ligero, resplandeciente; la palabra, hablada y escrita en varios idiomas, constituye su armamento; apuñala con él al adversario; en Stalin todo es lento y apagado, con el peso de los materiales que ha reunido asfixia al enemigo. Trotzki es un emisario, Stalin más bien un protector. Si se puede comparar a Trotzki con un automóvil veloz y manejable, que llega a todas partes y vence, de igual modo se asemeja Stalin a uno de aquellos tractores que ha introducido él en su país, y que, en un lento y constante movimiento hacia adelante, remueven profundamente el terreno, arrojan a un lado los antiguos terrones y al mismo tiempo depositan la nueva simiente del trigo: silencioso, pesado, implacable, pasando por encima de todo lo que se le pone en su camino.

Ya a Lenin le era difícil mantener reunidas estas dos fuertes naturalezas. Hasta la Revolución, apenas se conocían: Stalin figuraba en sus filas desde el momento de la fundación del partido bolchevique; Trotzki, por el contrario, sólo doce o trece

años más tarde había llegado a ser miembro de él, por la Guerra y la catástrofe. A su genial naturaleza, tenía que agradecerle Trotzki el que Lenin aun hubiera admitido tan tarde a este adversario menchevique, y hasta el mismo Lenin no podía librar a sus compañeros de esa desconfianza contra Trotzki, que, en tal situación, suele oponérsele a cada cual. Cierto que también Trotzki había estado desterrado en el tiempo en que no había en Rusia más que un solo partido socialista, pero los seis que, cuando mozo, pasó en Siberia, los vivió con toda tranquilidad, años de estudio sin importantes peligros ni combates, y cuando después, al cabo de seis meses de vida de hogar en Rusia, fué de nuevo desterrado, huyó al extranjero, y pasó allí el decenio de 1907 al 17, por lo tanto, desde fines de la veintena al final de la treintena. Pertenece a la lógica histórica el que Lenin y Trotzki, típicos intelectuales educados en Occidente, llegaran primeramente al poder: también esta revolución de obreros y aldeanos es dirigida por intelectuales, mientras que hoy, en una situación más segura, es conducida por los que nacieron obreros. En la Historia, siempre los Stalin siguen a los Trotzki.

Pero siempre habrá un secreto enojo de los que sufrieron y lucharon durante tantos años y volvieron siempre a sacrificar su libertad contra aquellos que, mientras tanto, fuera del país, cierto que dispusieron las cosas y se prepararon a sí mismos, pero, no obstante, disfrutaron también de los regalos de la vida; hasta el mismo Masaryk no se ha librado de este rencor. Aquéllos se sienten más íntimamente ligados a su pueblo, éstos a sus ideas. Si éstos habían vivido mal y rectamente en las capitales del mundo, en constante relación unos con otros y con los acontecimientos y escritos, aquéllos habían estado en las mismas prisiones, recomidos por los mismos piojos y habían perdido juventud y fuerzas corporales en las mismas ciénagas o desiertos de nieve. Pero aquí, en tal forma resultaban opuestos los tipos, que tenían que chocar inmediatamente unos con otros. Stalin tenía que leer el menosprecio de Trotzki hacia su persona en los ojos que relampagueaban detrás de los lentes de pinza, Trotzki tenía que reconocer la invencible desconfianza de Stalin en su mirada oscura y ensombrecida.

Ya durante la Guerra chocaron uno con otro: Trotzki, especie de generalísimo en 1918-1920, osaba emplear oficiales za-

ristas, ya que faltaban otros; Stalin se espantó y desconfiaba. Hasta qué punto Trotzki haya formado él solo el ejército rojo, o, como está ahora difundido, si también intervino Woroschiloff, el joven amigo de Stalin, hoy ministro de la Guerra, es cosa que no puede resolverse desde fuera; lo único seguro es que sin el *élan* de Trotzki este ejército no habría alcanzado la victoria. Stalin, que fué enviado entonces a la importante Tsaritsin (hoy Stalingrado), que sostuvo el frente del Sur ruso contra la invasión de Denikin, desenvolvióse al mismo tiempo, desde comenzar por ser una especie de jefe de etapa hasta convertirse en el defensor militar de la ciudad, a cuyo frente había sido puesto por Lenin, en dos conversaciones telefónicas, en la necesidad más extrema. Sus comunicados a Lenin tienen el tono que usaban los mariscales de Napoleón; uno, escrito antes de su nombramiento, concluye de este modo: "Bien se comprende que tomo a mi cargo toda la responsabilidad ante las supremas instancias". Trotzki, que desde lejos juzgaba de otro modo la situación de la ciudad de Tsaritsin, enviaba ciertas órdenes, pero Stalin las dejaba a un lado y escribió en una de ellas: "No hay que hacer caso". Aunque Trotzki no conoció entonces esta advertencia, bien veía, no obstante, que Stalin no obedecía sus mandatos.

Como en estos tormentosos tiempos, en medio de un nuevo ejército en formación, las relaciones del mando no estaban tan claras como en un antiguo Estado y ejército, Lenin, desde Moscou, sólo podía, con el más extremo tacto, atenuar las diferencias, que, desde el terreno de lo objetivo se extendían a lo personal, y de aquí tenían que volver a reaccionar sobre lo objetivo; hasta, una vez, envió al Mediodía al presidente de la República, para convencer a Stalin, por las buenas, de que se dejara trasladar a otra parte, y más tarde concedió la "Orden de la Bandera Roja" a Trotzki y a Stalin al mismo tiempo. Pero, *de facto*, en dos especiales cuestiones militares, venció la autoridad de Trotzki, y Stalin, que tuvo que ceder, preparó desde aquel momento la venganza, con su carácter lento y despiadado.

Entonces, sin cesar, recibía Lenin comunicados del frente, enviados por Trotzki y por Stalin; los del primero son conocidos por sus propias Memorias; de Stalin, por el momento, hay pocos impresos, o, por lo menos, traducidos. Uno del otoño del año 19, setenta líneas de imprenta, echaba por tierra el plan

oficial de la guerra, recomendaba uno nuevo, que al punto fué adoptado por el gobierno moscovita. Consecuencia de estas setenta líneas de Stalin, debe haber sido una mudanza repentina, favorable a Rusia. Denikin fué arrojado al Mar Negro, libertada la Ukrania. En lo que de nuevo se reconoce que no hay que aprender estrategia en las escuelas militares, sino que el hombre verdaderamente de acción, en los momentos decisivos sabe proceder como es debido.

IV

La muerte de Lenin profundizó, en la crisis del Estado, el odio entre los dos adalides supervivientes. Stalin, que durante seis años, bajo Lenin, desde 1917 a 1923, había sido comisario del pueblo para las nacionalidades, al mismo tiempo que había estado tres años al frente de la Inspección de Obreros y Campesinos y tres en el Consejo de Guerra revolucionario, tenía constantemente que sufrir rozamientos con Trotzki, el cual, una cosa después de otra, se hallaba a la cabeza de lo militar, de las concesiones y del Consejo de Economía. Lenin, que había visto venir su muerte durante veinte meses, después del primer ataque de parálisis, cavilaba, como César, sobre sus sucesores, pues sabía que la continuación de su increíble ensayo de construcción de un Estado, a pesar de todas las materialistas teorías de la Historia, dependía del poder y del genio de personalidades individuales. El que el ensayo, contra la ley marxista, tuviera éxito precisamente en Rusia, donde el capitalismo ni con mucho había alcanzado todavía su más alta madurez, sólo había sido posible por una serie de inesperadas circunstancias; estaba entre éstas, la serie de capaces adalides. Cierto que ofrecía una gran garantía la fundación del partido comunista, pero ¿qué ocurriría si los mejores jefes se ponían a disputar después de la muerte de Lenin?

El testamento que Lenin, en forma de una carta al Comité Central, puso ya por escrito dos años antes de su muerte, pertenece a un tiempo en el que Sinovief, Kamenef y otros eran mucho más célebres en el mundo que Stalin, pero el documento, como posibles sucesores, alude exclusivamente a Stalin y Trotzki;

sin embargo, Lenin escribe: "Las relaciones entre ambos contienen, en mi opinión, una buena mitad del peligro de una división en el partido. Este peligro podría ser evitado con la elevación del número de miembros del Comité Central. Stalin, como secretario general, tiene un fuerte poder y no estoy seguro de que siempre lo emplee con prudencia. Trotzki posee, no sólo capacidades no habituales —en su persona, es resueltamente el hombre mejor dotado del actual Comité Central—, sino también una confianza en sí mismo que se extiende a muy lejos y una tendencia a sobreestimar las partes puramente autoritarias. Esta divergencia de los dos jefes más capaces, podría, contra su voluntad, conducir a una división". Estas frases tienen una postdata de Lenin: "Stalin es demasiado rudo y si esta falta, entre nosotros comunistas, hay que soportarla en absoluto, es, sin embargo, insoportable en el despacho oficial del secretario general. Por eso propongo que se encuentre manera de separar a Stalin de ese puesto. Estas aparentes pequeñeces pueden, alguna vez, adquirir una significación decisiva".

A esta crítica dirigida hacia ambas partes pertenece aún una importante frase, respecto a la cual cito el testimonio de Radek, pues es quien me la ha referido:

"Después de la muerte de Lenin, estábamos reunidos los diez y nueve miembros de la Ejecutiva, poseídos de gran tensión, por lo que el adalid, que nos había sido arrebatado, aconsejaría desde su ataúd. La viuda de Lenin nos había transmitido su carta. Stalin la leyó en voz alta. Nadie se movió durante la lectura. Cuando llegó a hablar de Trotzki, decía: "Su pasado no bolchevique no es fruto de ninguna casualidad". En este pasaje, Trotzki interrumpió la lectura y preguntó: "¿Qué dice?". La frase fué repetida. Éstas fueron las únicas palabras que se oyeron en aquella hora solemne".

Espantoso momento en que el corazón de Trotzki tuvo que quedarse paralizado; ¡esta frase de nueve palabras decidía, en lo fundamental, de su vida! En cuanto a estos dos hombres, a quienes Lenin realzaba con preterición de todos los demás, no habían ocultado sus reflexiones. Ambos habían contado, calladamente, con la sucesión exclusiva: Trotzki quería, como jefe del Estado, determinar el futuro camino, Stalin, como secretario general del Partido, mantener en sus manos este fortísimo instru-

mento de poder. Con motivo del testamento de Lenin, presentó su dimisión, pero fué reelegido para ser cabeza del partido. Y ahora se encontraban ambos frente a frente: Stalin y Trotzki debían gobernar juntos.

Este error de Lenin de que pudieran permanecer dos personas a la cabeza del país, me fué explicado del siguiente modo por uno de los miembros más discreto del Partido: "Lenin no sabía en modo alguno que él era un dictador. La historia le había conferido la dictadura. No comprendía que las grandes decisiones sólo pueden depender de uno solo, porque se sentía constantemente aconsejado por los otros. No vió que el conjunto de los otros no constituía más que su laboratorio".

De este modo, después de la muerte de Lenin, era inevitable la lucha de ambos rivales. Pero como los dos, en el fondo, querían la misma cosa, es decir, la construcción de un Estado industrial y la expropiación de los aldeanos, sólo se trababa el combate, externamente, en cuanto a la velocidad. No es fácil volver a expulsar a toda prisa los espíritus a quienes se ha evocado. A los aldeanos, el ochenta y cinco por ciento de la población rusa, se les habían entregado las tierras: éste era el mayor resultado de la Revolución. Mediante el crecimiento de la población y otras circunstancias, había ascendido entonces la cifra de la economía rural desde diez hasta veinticinco millones; la exportación de cereales, favorable a Rusia antes de la guerra, había retrocedido por completo, porque los aldeanos no hacían más que alimentarse a sí y a los suyos y porque querían alimentarse mejor que antes, cuando la exportación era a costa de su estómago. En el año 27, Rusia tuvo que importar cereales.

Después de que, todavía en tiempos de Lenin, según su "Nueva Política Económica", se les había gritado a los aldeanos: ¡Enriqueceos!; después de que el *kulak* había obedecido abundantemente a este mandato, a costa de los pobres campesinos y trabajadores del campo, y además, había obtenido el derecho de arrendar aún más tierras, ahora Trotzki, apoyándose en los obreros urbanos, se abría paso con palabras dirigidas directamente contra Stalin: "¡No hemos hecho la revolución en las ciudades para crear en el campo un nuevo capitalismo! ¡La revolución es permanente! ¡Quien vacile ahora, es un *thermidoriano!*". El hombre que también esta vez se mantenía a la expectativa, Stalin,

dió como respuesta: "Todo eso era, y es, necesario como solución intermedia y temporal, al igual que el retorno al comercio libre de Lenin, al cual él mismo ha llamado "cosa seria y de larga duración". Trotzki, con su apresuramiento permanente, se parece a un mal jardinero que quiere sacar el tallo del seno de la tierra dando tirones de los brotes".

Por lo tanto, realmente, los dos querían lo mismo, pero *élan* y paciencia, fuego y prudencia, no pueden seguir el mismo compás. Stalin, como cabeza del partido, supo, en los años críticos, ocupar todos los puestos importantes con partidarios suyos, de modo que estaba seguro, apoyado por la prensa sometida a una dirección férrea, de que, en la Asamblea del Partido del año 28, nacida desde abajo por medio de unas elecciones, echaría abajo las proposiciones de Trotzki en decisivas votaciones.

Éste, que ya cuando la muerte de Lenin, sólo debe haber tenido cuatro amigos entre todos los camaradas, habría podido entonces, como el hombre más fuerte del país, arrebatar para sí el poder por medio de un golpe de Estado; pero su carácter era ajeno a tal aventura napoleónica, y quien, entre sus enemigos, supone ulteriormente tales peligros, desconoce los rasgos fundamentales de su ser: con toda la conciencia de su valer propio no es violento, con toda su fuerza de acción ha seguido siendo siempre un grande y ardiente escritor, que, hasta en aquellos meses críticos, no tiende su mano hacia el poder, sino hacia la pluma, y por medio de su tajante escrito *Enseñanzas de Octubre,* enoja a muchos de sus compañeros y los pierde para su causa. Tenía también algo de la *nonchalance* del gran señor, y mientras que Stalin preparaba cuidadosamente la batalla contra él, Trotzki, como Dantón, pensaba: ¡No se atreverán! Por último, de este modo, en la lucha final, fué precipitado del poder por una votación. La Revolución —esto me parece la razón más profunda de la lógica histórica— había terminado después de aquellos años, el Estado necesitaba, y lo prefería por ello, un adalid que avanzara más reposadamente. Pero Trotzki había sido la Revolución en su propia persona, y por tal motivo, por una especie de impulso de conservación de sí mismo, la había declarado permanente.

Mas apenas había sido desterrado a Siberia, con sus amigos, a título de "nocivo", cuando su enemigo y vencedor reconoció la potencia de los obreros que impulsaban al avance, los cuales,

fundidos ellos mismos en un todo, exigían impacientemente que ocurriera lo mismo con los aldeanos. En el momento en que dominó a Trotzki, comenzó, pues, Stalin a adoptar el ritmo de Trotzki. Lo que Lenin había exigido en sus hipótesis del Estado socialista, la electrificación de Rusia, que, desde entonces, había sido estudiado por los técnicos más capaces y estaba perfectamente dispuesto, arrojólo ahora Stalin, como "plan quinquenal", sobre la mesa del gobierno. Esta plena transformación de los países de la Unión Soviética sólo es posible unificando al mismo tiempo los miles de grandes y pequeñas fincas aldeanas, es decir, luchando con los *kulaks,* a quienes el mismo Estado había hecho ricos.

Tal empresa que, al mismo tiempo, requiere firmeza, energía y paciencia, concierta con el carácter de Stalin. Entre todos los ministros que en octubre del año 17 fundaron el gobierno y lo tomaron a su cargo, hallábase Stalin en el último lugar. Hoy todos están muertos o desarmados. Sólo ha quedado Stalin y su poder es mayor de lo que fué el de Trotzki en sus tiempos más fuertes.

Si en algún lugar tiene alguna significación la frase de "lo trágico de una vida de caudillo", hoy tan mal empleada, es en el caso de Trotzki. "Había trabajado yo veintiséis años en el movimiento obrero —me dijo Radek, que fué depuesto y juzgado con Trotzki—. Ahora era desterrado por un gobierno proletario. Nuestra pasión interna nos decía: Vamos desterrados porque el partido deriva hacia la derecha. Pero llevé conmigo cincuenta *pud* de libros, todas nuestras obras, comenzando por Marx. Tienes ahora que reflexionar serenamente durante todo el camino, me dije. En las cuestiones principales, ¿tenemos razón nosotros o la tienen los otros? Así pasé tres meses con renovadas lecturas de los escritos de Marx, Lenin, Stalin. Reconocí entonces que el plan y la lucha que entonces comenzaba representaba la mayor concepción de nuestro nuevo Estado: algo a modo del final del *Segundo Fausto.* Por eso me retracté convencido, me uní a la nueva línea y aconsejé a Trotzki que hiciera lo mismo".

Pero Trotzki no podía proceder como Radek, que jamás había sido jefe en el sentido en que lo habían sido los otros dos. ¿Podíase, pues, desear que regresara bajo el señorío de su rival y acaso ahora, como Sinovief, se pusiera a redactar libros escola-

res? No le dejaron ni morir ni vivir, instaláronle en una isla extranjera y no le quedó otro remedio que volver a sus comienzos: escribir libros que conquistan ahora el mundo.

V

QUIEN penetra en los patios interiores del Kremlin, que constituye una dilatada y elevada fortaleza en medio de la ciudad, es recibido por Napoleón. En los miles de cañones, cuya parte posterior se apoya en las viejas almenas rojas, murallas y torres, que orlan el conjunto, en forma que se ve uno amenazado por miles de bocas de hierro, en cada uno de ellos resplandece la N imperial. La vigilancia en el antiguo puente levadizo sólo consiste en que pronuncie uno su nombre y el soldado compare, en su volante, si aquél es el nombre que le ha sido telefoneado antes oficialmente; como nadie exigió de mí ningún pase, podría haber sido yo otra persona, y, sin gran trabajo, penetrar con planes de asesinato; en la puerta del edificio que buscábamos, repitióse la misma ceremonia. Es un pabellón del gobierno de la Unión de los Soviets, y el que Stalin, secretario general del Partido Comunista, resida precisamente en él, muestra, de nuevo, la indisoluble ligazón de ambos poderes, cosa que los bolcheviques niegan con tanta frecuencia como el rey de Prusia, cuando así le acomodaba, separaba de sus funciones al emperador de Alemania, por ejemplo, en las últimas horas de la monarquía. En realidad, en este *politbüro* del partido, resuélvese todo por nueve personas; los ministros pronuncian aquí sus conferencias y reciben la línea de dirección de sus actuaciones.

Las tres o cuatro cámaras y los corredores por donde pasamos (todo simple, pero con cuidado moblaje de despachos, sin alfombras, sólo un ancho paso rojo) conducen a la puerta de Stalin, quien nos recibió al instante; conmigo, al joven jefe de prensa que habla y traduce varios idiomas en forma sobresaliente. Pues Stalin (excepto Kemal, es el único hombre con quien necesité hablar por medio de intérprete) no conoce ninguna lengua occidental. El recinto es muy largo, y, completamente a su extremo —lo más lejos posible de la puerta para escapar más fácilmente

en caso de atentados—, se alza un hombre de mediana estatura, con una blusa castaño clara, vestido con meticulosa pulcritud, al igual que todo el recinto está cuidado con la solicitud higiénica de un médico. Una larga mesa con sillas, para los consejos, sostiene varias sencillas botellas de agua y vasos, grandes ceniceros, todo alineado con el mayor primor, y sobre el papel verde oscuro de las paredes vense los retratos de Lenin, de Marx y una figura de hombre para mí desconocida en fotografías grandes; después, otra vez Lenin sobre la mesa de escribir, arreglada con el orden más exacto, y, a su lado, como en todas partes en los despachos de los dictadores, cuatro o cinco aparatos telefónicos.

Tropecé al decir un "buenas tardes" en ruso, se sonrió perplejo, ofreció cigarrillos; fué la misma cortesía; me otorgó plena libertad para hablar; afirmó que disponía de hora y media, pero nos retuvo aún por más tiempo, cuando, transcurrido el plazo concedido, señalé yo hacia el reloj. Cierta perplejidad que hay en su persona y que, tan bien como a una mujer bella, le sienta a un hombre poderoso, no es para producir asombro, pues Stalin casi nunca ve gente occidental, ninguno de los embajadores y legados en Moscú, apenas alguno de los grandes especialistas lo han visitado, y el único extranjero que debe tener entrada libre junto a él es el viejo Cooper, el gran técnico americano de construcciones hidráulicas, que construye la presa en el Dnièper. Mi intérprete, a pesar de su alta posición, todavía no había visto nunca a Stalin.

Como siempre tenía que hablarle al intérprete, Stalin, que rara vez debe mirar intensamente a alguien, tenía un pretexto para apartar la vista de su visitante; tanto más que durante estas dos horas estuvo dibujando casi sin interrupción. ¿Qué? Con un lápiz rojo pintaba cruces rojas, números y arabescos; jamás daba vuelta al lápiz, que, por el otro extremo, tenía su barra azul también afilada, sino que, en el curso del tiempo, cubrió con estos rojos signos varios pliegos de papel que siempre cogía de un montón que estaba en la mesa del consejo; a veces los doblaba y los rompía. De este modo, sólo en pocos momentos me fué dado aprisionar al gran traidor de los humanos: su mirada, gris, sombría y velada. No es el suyo el mirar de un enemigo de los hombres, sino el de un solitario que, por su experiencia, se hizo desconfiado. Puedo imaginar que este hombre, alguna rara vez

y de modo subitáneo, sabrá acercarse lentamente a un adversario y apoderarse entonces directamente de él por medio de la mirada. En general, este hombre de la espera y de la paciencia parece capaz de repentinas sorpresas. En mitad de la Guerra Civil, se divorció, casándose con la hija de dieciséis años de un amigo de juventud georgiano.

En los intervalos, mientras eran traducidas nuestras mutuas palabras, tenía yo tiempo suficiente para contemplarle, en especial porque habla tan lentamente como anda. Estas traslaciones le quitan a la conversación los encantadores giros espontáneos con los cuales la casualidad hace brillar a un hombre, y en especial ocurría esto aquí, ya que mi interlocutor permanecía sentado de modo bastante inconmovible y sólo con algún raro gesto subrayaba sus palabras. Si, según mi costumbre, me hubiera levantado a mitad de la conversación y hubiera ido de un lado a otro por la estancia, me habrían tenido directamente por loco.

Lo que en este momento completaba el retrato de Stalin, tal como lo describí al principio, era el tono apagado y oscuro de una voz que seguramente nunca lanzará fogosamente la palabra del Destino "lo quiero", sino que se deja caer como un ahogado martillazo. Lo que sobre todo se afirmaba en mí al encontrarme en su presencia, era la imagen de un protector. Stalin es un hombre ante el cual de fijo que sentirán temor muchos hombres y mujeres, pero no lo tendrá ningún niño ni ningún animal. Antes, a tales hombres se les daba el bello nombre de padres del pueblo.

Pero como para nosotros, a pesar de todo, en cuanto pisó el Kremlin fué ya considerado como enemigo, estaba yo resuelto a ponerle en mal lugar con mis preguntas. Stalin respondía cada vez en forma que agotaba el tema, cosa que sólo puedo expresar yo aquí abreviadamente. Hablaba con cortas frases, muy claras; quizás no como alguien a quien el comercio con el pueblo ha enseñado a tener gran sencillez en los discursos, sino como quien piensa lógica y constructivamente, lenta y sin pasión; en absoluto como un discípulo de Regel que domina la ideología de Moscú. (Marx en Rusia, Nietzsche en Italia, Hegel en ambos países: parece que los alemanes han nacido para formar dictadores, pero sólo extranjeros). Stalin coloca primero, como delante de sí, las cosas para la demostración, las rodea y vuelve de nuevo hacia ellas; también le gusta ordenarlo todo en numerados puntos de

vista, y cuenta mucho por tantos por ciento. Cuando habla, es, según ello, el antípoda del diplomático nato. Casi nunca me dió una *fade* respuesta partidista, como las que había recibido de otros comunistas.

Aunque no podía estar preparado para la mayor parte de mis preguntas, aunque le faltaba el ejercicio de los ministros occidentales, a los que todas las semanas se les interroga sobre las mismas cosas, aunque sabía que yo daría a conocer al mundo sus respuestas, nunca rectificó nada, tenía a su disposición en su memoria todas las fechas y nombres históricos, no hizo que le diera copia alguna de mi texto, no exigió ni la menor corrección. Rara vez he encontrado tal seguridad. En una animada conversación, sin intérprete, jamás tomo nota alguna, siempre queda confiado a mi discreción el resumen de lo que el tacto y la política pueden dejar decir libremente sin daño. Aquí, por el contrario, tomaba yo taquigráficamente las palabras del otro y no encontré después, en lo anotado, ni una sola laguna de pensamiento, y, sin embargo, nada estaba estilizado. Tampoco Stalin —hasta en las preguntas particulares que enunciaba— tuvo palabra alguna para indicarme que suavizara éste o el otro concepto, o que en modo alguno lo mencionara. Si me acuerdo de los trabajos de nuestros pobres consejeros privados cuando preparan, frase a frase, un discurso para el Reichstag o hacen corregir una *interview* por su jefe de prensa, asciende mi respeto hacia este hijo de zapatero caucásico que no ha estudiado nunca sistemáticamente y que rige hoy a una gran parte de la humanidad.

—Tiene usted, en su pasado, una larga vida de conspirador —dije yo—. ¿Cree usted ahora que, bajo su dominio, no son ya posibles movimientos ilegales?

"Sí lo son. En parte".

—¿Este recelo es el motivo principal de que, catorce años después de la Revolución, todavía gobierne usted con tanta crueldad?

"No. El motivo principal quiero exponérselo a usted en algunos ejemplos históricos. Cuando los bolcheviques vinieron al poder eran muy dulces, muy suaves, frente al enemigo. Entonces, por ejemplo, los mencheviques tenían sus periódicos legales, también los tenían los partidarios de la Revolución Social y hasta los cadetes. Cuando el general "blanco" Krasnof marchó sobre Leningrado y fué hecho prisionero por nosotros, tenía que ser fusi-

lado según las leyes de guerra, por lo menos que ser hecho prisionero. Lo dejamos libre bajo su palabra de honor. Después púsose de manifiesto que, de esta manera, uno mismo va arruinando el sistema. Habíamos cometido una falta. Mostrarse benigno frente a tal poder se llama cometer un crimen contra la clase trabajadora. Bien pronto se vió. Los auténticos revolucionarios sociales, los auténticos mencheviques como Bogdanof y otros organizaron después la sublevación de los nobles. Krasnof organizó los cosacos y luchó durante dos años contra los soviets. Mamontof se ligó con él. Pronto se vió que detrás de estos agentes estaban las grandes potencias occidentales y los japoneses. Entonces vimos que las cosas sólo marchan con una política cruel. Nuestro propio trabajo ilegal representaba naturalmente un gran papel como experiencia, pero no era decisivo".

—Mas esta política cruel parece haber producido temor general. Tengo la impresión de que en este país tiene miedo toda la gente y de que su magnífico intento sólo podía tener buen éxito en este pueblo, demasiado educado en la obediencia y demasiado paciente.

"Se equivoca usted, pero su error es general. ¿Cree usted, pues, que se podría sostener uno durante catorce años en el poder, sólo por medio de la intimidación, sólo infundiendo temor a las gentes? Imposible. Los zares sabían intimidar del mejor modo imaginable. Una antigua experiencia, la francesa, en especial la de la burguesía francesa, ayudó al zar a intimidar al pueblo. Y ¿qué resultó de ello? Nada".

—En todo caso, el dominio de los Romanof durante trescientos años.

"Pero ¿cuántas sublevaciones lo han conmovido? Piense usted, para no hablar de más antiguos tiempos, en Stenka Rasin, en los decembristas, en el año 1905. El temor es, en primer lugar, un problema de mecánica de gobierno. Durante uno o dos años puede uno provocar temor y gobernar con ello, o en la mayor parte con ello. ¡Claro que no a los aldeanos! En segundo lugar, en lo que se refiere a los obreros y campesinos de la Unión Soviética, en modo alguno son tan tímidos y pacientes como usted cree. Europa se imagina a nuestra gente como holgazana y tímida; una anticuada imagen nacida de que antes los dueños de las fincas iban a París, consumían su dinero y no hacían trabajo

alguno. De ahí procede la impresión de la llamada holgazanería rusa. Se pensaba que estos aldeanos eran fáciles de espantar y obedientes. Error, y triple si se trata de los obreros. Nunca seguirían soportando éstos el poder de un individuo. Hombres dotados de la mayor fama se convierten en nada si pierden contacto con las masas. Plechanof tenía la suprema autoridad; pero cuando comenzó a claudicar políticamente, la muchedumbre lo olvidó tan de prisa que apenas lo podíamos comprender. Trotzki era un hombre de gran autoridad, naturalmente que no como Plechanof. Lo han olvidado. Y si se acuerdan de él es sólo con un sentimiento de furor". (En este momento, su lápiz rojo dibujaba algo a modo de un navío).

No tenía intención de ponerme a hablar de Trotzki en el cuarto de trabajo de Stalin. Pero como él lo hacía espontáneamente, con firme intención, pregunté: —¿Ese estado de ánimo contra Trotzki es general?

"Si se tiene en cuenta a los trabajadores activos, las nueve décimas partes de ellos hablan de Trotzki con furor y enojo". En una breve pausa, dejó oír en este momento Stalin una risa muy suave, sólo de dientes afuera. Correspondía exactamente a cierta sonrisa mofadora que Trotzki había dibujado cuando me habló de Stalin; sólo que, por explicables razones, el suave reír de Stalin mostraba manifiestamente un ánimo mejor. Volvió a ocuparse de mi pregunta:

"Por lo tanto, no se puede afirmar ya que por medio de la intimidación se puede regir a los hombres durante tantos años. Comprendo su duda. Hay una pequeña parte del pueblo que tiene realmente miedo; una parte muy importante de las gentes de campo, los *kulaks,* tienen miedo. No es que teman una época de terror, pero temen a la otra parte de los campesinos. Es un resto de las clases sociales de antes. También en la antigua burguesía, en la clase media, por ejemplo, entre los especialistas, hay gentes que poseían especiales privilegios en el antiguo régimen. Además los negociantes, de éstos hay muchos, y cierta parte de los campesinos que simpatiza con estas divisiones.

"Pero si se toma a los campesinos y obreros ya adultos, habrá, cuando más, un quince por ciento que no confían en el poder de los soviets, que guardan silencio por temor y esperan el momento en que puedan enterrar al Estado. Un ochenta y cinco por ciento

por el contrario, gentes más o menos activa, nos impulsan a ir mucho más allá de donde queremos ir. ¡Con tanta frecuencia tenemos que frenar! Querrían agarrotar los últimos restos de la "Intelligenzia". No lo permitimos. Todavía no hubo jamás en el mundo un poder que, como el de los soviets, haya contado con la simpatía de las nueve décimas partes de la población. Ése es el fundamento de nuestro buen éxito, la razón por la cual podemos trasladar nuestro pensamiento a la vida. Si no fuera más que miedo, no quedaría ya ni un único hombre con nosotros. Pero, en segundo lugar, la clase trabajadora desbarataría tal poder. ¡Trabajadores que han hecho tres revoluciones, que ya están ejercitados en cómo se derriban gobiernos! ¡No soportarían tal befa!".

—Siempre, cuando oigo hablar nuevamente del poder de las masas —dije—, me admiro de la veneración hacia los héroes, que es aquí mayor que en cualquier otro sitio, y que, sin embargo, en ningún lugar parece tan poco acomodada con el ambiente intelectual. El concepto de la Historia que tienen ustedes —nosotros creemos que los hombres hacen la Historia— tendría que prohibir que adalides y precursores fueran mostrados por las calles en estatuas y efigies. Precisamente ustedes tendrían que venerar al Soldado Desconocido y a nadie más. ¿Quiere usted explicarme esta contradicción?

"Se equivoca usted. Leo usted los pasajes de Marx en su *Miseria de la Filosofía*". (Sobre la oscura cabeza de Stalin resplandecía la magnífica y blanca frente abovedada de Marx, y cada vez, cuando lo oía citar, tenía yo que alzar a él los ojos). "Allí vuelve usted a encontrar su dogma de que los hombres hacen la Historia. Pero no del modo como se lo sugiera su fantasía, sino según las relaciones determinadas y anteriores a ellos, que encuentren. Cada generación las halla renovadas. Sólo en la medida en que comprendan derechamente las circunstancias, son de algún valor los grandes hombres, si no, caen en la situación de Quijotes. Precisamente, según Marx, no se deben oponer, unos a otros, hombres y circunstancias. Hasta el punto en que puedo yo juzgarlo, son los hombres los que hacen la Historia. Hace treinta años que estudiamos a Marx".

—Nuestros profesores lo enseñan de otro modo — objeté yo.

"Son vulgarizadores del marxismo. El mismo Marx no ha

negado nunca el papel del héroe. Representa uno muy grande".

—¿Debo deducir de ello que también entre ustedes es uno el que gobierna y no un Consejo? Veo diez y seis sillas alineadas alrededor de esta mesa.

Stalin no dirigió la vista hacia las sillas. "El individuo solo no decide —dijo—. En cada Consejo hay gentes cuya opinión ha de tomarse en cuenta. Pero también hay falsas perspectivas. Merced a nuestra experiencia en tres revoluciones, sabemos que de cien determinaciones individuales, más de noventa han sido unilaterales. Nuestro órgano directivo es el Comité Central del Partido, compuesto de setenta miembros. Entre estos setenta, están los mejores jefes de la industria, los mejores cooperadores, los mejores negociantes, los mejores agitadores, los mejores conocedores de la Economía rural, de la Economía rural colectiva y de la individual, de la política de las Nacionalidades. Éste es el areópago en el que está concentrado todo el saber del partido. Cada cual tiene aquí la posibilidad de corregir una determinación unilateral. Cada cual aporta su experiencia al Consejo. Sin este método, se originarían muchas faltas. Pero como cada cual contribuye a ello con lo suyo, nuestras determinaciones son más o menos acertadas".

—Evita usted, por lo tanto, el ser dictador —repliqué yo—. He encontrado esta táctica en todos los dictadores. En Europa lo pintan a usted como un zar ensangrentado o un noble bandolero de Georgia. —Se rió de una manera bonachona y perpleja y me miró guiñando los ojos cuando proseguí—: Como se da la noticia, al tratar de su juventud, de que ha cometido usted, o protegido, asaltos de bancos y otras rapiñas para sostenimiento del partido, me gustaría saber qué debemos creer de todo ello.

Pero entonces surge el aldeano: Stalin ahora se pone en pie, acércase a su mesa de escribir, coge y me trae un folleto de veinte páginas que contiene, en ruso, sus datos biográficos, es decir, naturalmente, ni una palabra acerca de lo que yo le había preguntado: "Ahí lo encuentra usted todo", dijo y se sofocó, riéndose suavemente, según su manera, de esta serena negativa de dar una respuesta. Entonces también me reí yo y le pregunté: —Pues dígame usted, por lo menos, si se siente usted como continuador de Stenka Rasin, el noble bandolero cuya leyenda he oído referir en el Volga, en los mismos lugares de sus hechos.

Al punto volvió a su forma de discurso, lógicamente construído, en disposición de ser impreso:

"Nosotros los bolcheviques, prescindiendo por completo de nuestra ascendencia nacional, nos hemos interesado siempre por figuras como Bolotnikof, Stenka Rasin o Pugatschef, porque, en su espontánea indignación, expresaban de nuevo la elemental rebelión de los aldeanos contra sus opresores. Es interesante para nosotros estudiar las primeras tentativas de tales sublevaciones. Pero no se pueden establecer analogías de ninguna clase ni tampoco atribuir un ideal a Stenka Rasin. Levantamientos aislados, aun cuando no estén organizados tan a lo bandolero como estos tres, no conducen a nada. El levantamiento campesino sólo puede tener éxito cuando está ligado con el levantamiento de los obreros y son éstos los que lo dirigen. Sólo una sublevación concentrada conduce a un objetivo, pues los aldeanos solos no constituyen ninguna clase social independiente. Por lo demás, aquellos tres eran zaristas. Contra los señores territoriales, pero en favor de nuestro buen zar, ésa era su *parole*".

A través de una frase que ya no tengo presente, llegué a hablar de los Estados Unidos de América: —¿Cómo es posible —pregunté— que un Estado que quiere extirpar el capitalismo, venere aquel país en el que está desarrollado hasta el más alto punto?

Stalin tuvo al instante una buena respuesta: "Exagera usted; aquí no hay veneración general por todo lo norteamericano. Sólo hay respeto hacia la objetividad norteamericana en todo, en técnica, en literatura, en negocios. Nunca olvidamos que aquél es un país capitalista. Pero son gente sana, o hay allí mucha gente sana, espiritual y corporalmente sana, en su disposición plena para el trabajo, para lo objetivo. Esta actividad y sencillez tiene nuestras simpatías. A pesar del carácter capitalista, las costumbres en la industria y la actividad económica son allí más democráticas que en ningún país de Europa, donde no cesa todavía la influencia de los condes".

—No sabe usted qué verdad es eso — dije en voz baja. Pero como nuestro intérprete, vertía palabra por palabra, dijo Stalin:

"Claro que lo sé. A pesar de que esa forma del Estado haya sido destrozada en muchos países de Europa, sin embargo, todavía queda allí subsistente el espíritu feudal. Por eso se han produ-

cido muchos técnicos y especialistas que han sustentado la tradición aristocrática. De Norteamérica no puede decirse eso. Aquél es un país de colonizadores sin señores territoriales y sin aristócratas; por ello, también, con robustas costumbres. En la industria y en la economía son sencillos, y nuestros trabajadores, que han llegado a jefes de explotación, lo notan inmediatamente en Norteamérica. Allí, durante el curso del trabajo, es difícil distinguir a un ingeniero de un simple obrero".

Aquí Stalin había formulado, con firmeza, el parentesco entre estos dos países, Norteamérica y Rusia, separados por mundos de diferencias. De repente, prosiguió sin transición:

"Pero si tenemos simpatías hacia alguien, como nación, en conjunto, o hacia la mayoría de una nación, es hacia los alemanes. Con ello no pueden ser comparados nuestros amistosos sentimientos por Norteamérica".

—Y ¿por qué hacia los alemanes?

"Es un hecho".

Aquel Stalin, en general tan rico en argumentos y demostraciones, limitóse, en esta cuestión, a estas tres palabras, cuyo tono, por lo demás, denotaba que quería guardarse de posteriores preguntas. Con todo, como esta espontánea declaración de su simpatía, tenía tantos trasfondos, no lo solté inmediatamente y dije:

—Creo que se equivoca usted en sus esperanzas con respecto a Alemania. Los alemanes prefieren su orden a la libertad. Ése es el motivo por el cual no hay revoluciones entre nosotros, o no alcanzan éxito.

"En cuanto a lo pasado —respondió Stalin—, tiene usted razón en sus palabras acerca de los alemanes. Una vez, en 1907, cuando vivía yo en Berlín, frecuentemente nos divertíamos a costa de la obediencia de nuestros amigos alemanes. Referíase entonces, que, una vez, la dirección del Partido había circulado el aviso para una manifestación, en la cual, a determinada hora, los compañeros de varios arrabales debían concurrir a Berlín. De un arrabal habían venido doscientos, pero se quedaron inmóviles allí donde se taladran los billetes del viaje porque no estaba allí el revisor. ¡Seguid adelante!, les dijo un ruso. ¡Todos tenéis vuestros billetes! Pero no se movieron, y, según el relato, se estuvieron allí dos horas quietos. Cuando estuve yo en Dresde y en Chemnitz, entre 1905 y 1907, la ley era allí respetada como el

hielo, como el trueno, como una fuerza contra la que no se puede ir. En Viena, en el año 12, yendo con un amigo ruso, leí en todos los posibles paseos del parque de Schoenbrunn, el cartel de "Se prohibe el paso"; no estábamos habituados a aquello, y así, pagamos veinte veces una multa de una corona, porque veinte veces, con delicia, quisimos transgredir la ley. Nuestros amigos alemanes se reían de nosotros por aquel placer. Así ocurría entonces. Pero, ¿y hoy? ¿Dónde está ya, hoy, el sentido alemán del orden? ¿Dónde el respeto de la ley? Los nacionalsocialistas —(Esta conversación es de diciembre del año 31)— quebrantan la ley dondequiera que la encuentren. Por todas partes andan a golpes y a tiros. Y hay trabajadores hoy en Alemania que salen de la ciudad y desentierran patatas que no les pertenecen. Todo está cambiado".

Guardó silencio, y, en este único caso, prescindió de extraer su hegeliana conclusión, manifiestamente porque, al hablar de esto, era demasiado razonable para él una prognosis de la revolución alemana.

—Según las noticias que yo tengo —dije— sólo durante escasos meses estuvo usted en Europa; Lenin, por el contrario, durante veinte años. ¿Qué considera usted mejor preparación para el revolucionario, actuar en el país o en la emigración?

Esta vez no comenzó, como en general, con un "no" o un "sí", sino que, a su tesis, la hizo preceder de una observación.

"En cuanto a Lenin, hago una excepción. Muy pocos de los que residían aquí, en Rusia, estuvieron en realidad tan ligados con la vida rusa como lo estaba Lenin desde el extranjero. Siempre, cuando iba yo a su encuentro, en 1907, 1908 y 1912, tenía un montón de cartas de políticos rusos y sabía más de las cosas de aquí que los que permanecían aquí dentro. Y no obstante, fué para él una maldición el que tuviera que permanecer en el extranjero. Mas en lo que se refiere a los otros, que no se apartaron de Rusia y cuyo número, naturalmente, era mucho mayor, proporcionaron también al movimiento mayor utilidad. Fuera, sólo había quizás cien o doscientos. En el actual Comité Central, entre setenta miembros, acaso sólo tres o cuatro hayan estado fuera".

—Por lo tanto, ¿no echa usted de menos el conocimiento de Europa que tenía Lenin?

"¿Qué entiende usted por Europa? Conoce usted muchos

emigrantes. Yo también los conozco. Quien quiere estudiar a Europa tiene más posibilidades de hacerlo que de encontrar allí trabajo. En este sentido, en todo caso, hemos perdido algo los que no estuvimos largo tiempo fuera. Pero no tiene ninguna decisiva significación para aprender economía europea, técnica, la cultura de los centros directores, literatura de toda especie, erudición y ciencia. En igualdad de condiciones, naturalmente que sería mejor; pero la falta no imposibilita. Conozco a muchos compañeros que estuvieron fuera durante veinte años, en cualquier rincón de Charlottenburgo, y no pueden, sin embargo, contestar a cualquier pregunta concreta sobre Alemania".

Algo después, llevé la conversación hacia el sorprendente giro con el cual el comunismo, en los tiempos más recientes, se aparta de toda igualdad, introduciendo, en lugar de ello, una remuneración a destajo que ha abierto la posibilidad, a todo el que es capaz, de ganar mucho y más que los otros. —Nos quedamos asombrados —concluí—, cuando usted mismo, recientemente, designó "la manía igualitaria" como un resto de prejuicios burgueses.

Respondióme Stalin:

"Una sociedad plenamente socializada en la cual todos reciben las mismas cantidades de pan y carne, los mismos trajes, los mismos productos, exactamente la misma cantidad de productos, tal socialismo no lo conoce el marxismo. Marx dice solamente: En tanto las clases sociales no estén valederamente suprimidas y en tanto el trabajo no haya llegado a ser una necesidad psicológica —pues ahora son muchos los que se representan el trabajo como una carga (*Riéndose*); hay muchos también entre nosotros que quieren que los demás deban trabajar más que ellos—, por lo tanto, mientras las clases sociales no estén suprimidas, todas las gentes serán pagadas por su trabajo, cada cual según su rendimiento. Cada cual según sus capacidades, cada cual según su rendimiento: así dice la fórmula marxista para el primer grado del socialismo. En el grado final, cada uno rendirá aquello de que sea capaz y será pagado según sus necesidades por el trabajo que ha rendido. Es, pues, muy claro: diferentes gentes tienen diferentes necesidades, grandes y pequeñas. El socialismo no ha negado jamás, en su ámbito, la diferencia de gustos y necesidades. ¡Lea usted, pues, la crítica de Marx contra Stirner y la crítica del programa de Gotha! Marx combate allí la manía igualitaria. Eso

es sólo psicología de aldeano, la manía igualitaria, eso no es socialista. En Occidente, represéntanse con frecuencia las cosas de un modo tan primitivo, y creen que nosotros queremos reunir todas las cosas para repartirlas después igualitariamente. Eso es Babeuf, que no sabe nada del socialismo científico. También Cromwell quería el igualitarismo".

Aunque, en todo caso, se equivocaba en cuanto a Cromwell, no era mi objeto el tener una polémica histórica con Stalin. Volví más bien a tratar de los héroes y de la formación de leyendas, y como preguntara él, precisamente, si me molestaba acaso algún tanto el humo de los cigarrillos, pues había dejado de fumar, le dije:

—Debe haber hablado usted contra las leyendas, y sin embargo, de fijo que nada le ha hecho a usted tan popular como la leyenda de que siempre fuma en pipa.

Se rió. "Ya ve usted lo poco que la necesito. La he olvidado hoy en casa".

—¿Está usted realmente en contra de las leyendas?

"No, si proceden del pueblo".

—Es tarde. ¿Quiere usted escribir su nombre en su folleto?

Hizo un gesto afirmativo, pero no sabía qué hacer, como alguien que vive totalmente exento de tales malas costumbres europeas, y preguntó: "Sí, pero ¿qué debo poner?".

—Su nombre y el del señor Ludwig — dijo el intérprete.

En este momento de plena perplejidad, me fué agradable. Y de este modo, alzó del último pliego su lápiz rojo que dibujaba tan diligentemente y escribió, con letra roja, en el folleto. Conté tres pliegos de papel plenamente cubiertos por él de dibujos, pero no me llevé ninguno, pues un discípulo de Freud me los habría arrebatado más tarde y habría formado con ellos una psicografía. Me levanté y pregunté:

—¿Se asombrará usted ahora de una pregunta?

"No me admiro ya de nada en Rusia".

—Ésa es una sensación internacional. Nosotros en Alemania, tampoco nos admiramos ya de cosa alguna. ¿Qué quiere decir orgullo? ¿Fomenta o paraliza la fuerza de acción?

"Según. Bajo ciertas circunstancias puede ser un estimulante,

pero en general es un obstáculo para el *Schicksal* (1) de una persona".

—Dice usted *Schicksal*. Esa palabra, en alemán, tiene dos significaciones. ¿Cree usted en el Destino?

De pronto se puso serio, volvióse por completo hacia mí e hizo una pausa, breve y tensa. Dijo después con voz dura:

"No. No creo en el Destino. Es un prejuicio. Ese concepto es un *nonsens*". Ahora pulsó la cuerda de su suave y ahogada risa y dijo en alemán: *Schicksal! Schicksal!*". Después prosiguió despreciativamente en ruso: "Lo mismo que entre los griegos, donde había dioses y diosas que dirigían todo desde arriba".

—Estuvo usted en muchos peligros —dije yo—, en el destierro, en la revolución, en la guerra. ¿Es, pues, casualidad que no pereciera usted allí y que no esté hoy otro ocupando su puesto?

Estaba irritado, pero sólo durante un momento; después volvió a decir, en un tono que aspiraba resueltamente a la claridad:

"¡Casualidad, no! Probablemente, se dieron causas internas y externas para que yo no pereciera. Pero por pura casualidad, también podría ser otro y no yo, quien ocupara este puesto". Y como quisiera retirarse, en medio de estas vaporosas y apaciguadores nubes a su bien adquirida claridad hegeliana, prosiguió: "El Destino es cosa fuera de las leyes naturales. Algo místico. No creo en esta mística. A la verdad, se dieron causas para que yo lograra atravesar por todos los riesgos. Pero también podría haber ocurrido por otras casualidades".

Schicksal! La palabra alemana oíala yo resonar oscuramente detrás de mí cuando, abajo, montamos en el carruaje.

En esta fortaleza, donde habían vivido todos aquellos zares y no siempre habían llegado al poder, y después a la muerte, en forma natural; donde el contorno relucía, fosco y erizado de armas en medio de la oscuridad, osaba reírse el hijo del aldeano de Georgia cuando era pronunciada la gran palabra. La guirnalda de cañones brillaba a la luz de los arcos, adornado cada cual, en su delantera, con una N dorada que un tenientillo, procedente de una bárbara isla, se había atrevido a estampar en aquellas bocas de muerte. "¿Qué se quiere decir al hablar del Destino? —había dicho Napoleón—. ¡La política es el Destino!".

(1) *Schicksal, geschick*, "habilidad, capacidad, disposición" en uno de sus sentidos; en el otro, "suerte, fortuna, destino". (N. del T.)

NOTA CRONOLÓGICA

NANSEN, FRIDTIOF

Nace en 1861 en la finca Store-Föen, cerca de Oslo.
1888. Viaje a través de Groenlandia.
1893-96. Viaje polar en el *Fram*.
1901. Director del Laboratorio Internacional de Investigaciones Marinas.
1900, 1910, 1914. Viajes de investigación y estudio de los mares.
1906-8. Embajador noruego en Londres.
1921-23. Organizador de la Obra de socorros para las regiones hambrientas de Rusia, más tarde de Armenia.
1922. Premio Nóbel de la Paz.
1927. Representante de Noruega en la Comisión del Desarme de la Sociedad de Naciones.
1930. Muere en Lysaker.

MASARYK, THOMAS GARRIGUE

1850. Nace en Göding, Hodonin.
1878. Matrimonio con Charlotte Garrigue en Nueva York.
1882. Profesor interino de Filosofía y Sociología en la Universidad Checa de Praga.
1891, y otra vez en 1907. Miembro del Parlamento austríaco.
1897. Profesor numerario.
1900. Jefe del partido popular checo.
1914. Va a Ginebra, a Londres; en 1917 a Rusia. Presidente del Consejo Nacional Checoeslovaco.

1918. Presidente de la República Checoeslovaca.
1920. Reelección.
1927. Reelección.

BRIAND, ARÍSTIDES

1862. Nace en Nantes.
1891. París.
1902. Diputado.
1906. Ministro de Instrucción Pública. (Separación de la Iglesia y del Estado).
1909-11. Presidente del Consejo y también Ministro del Interior y de Instrucción.
1912. Ministro de Justicia.
1913. Presidente del Consejo.
1914. Agosto. Ministro de Justicia.
1915. Octubre a marzo del 17. Presidente del Consejo.
1921-22. Presidente del Consejo y Ministro de Negocios Extranjeros.
1925. Abril. Ministro de Negocios Extranjeros. Noviembre, Presidente del Consejo de Ministros.
1926. Premio Nóbel de la Paz.
1926-31. Ministro de Negocios Extranjeros. (Perteneció a veinticinco gobiernos.
1932. Muere en París.

RATHENAU, WALTHER

1867. Nace en Berlín.
1891. Colocación en la *Allgemeine-Elektricitäts-Gesellschaft.*
1899. Ingresa en el Consejo directivo de la A.E.G.
1902-07. Apoderado de la *Berliner Handels-Gesellschaft.*
1914-15. Director de la sección de Primeras Materias para la Guerra en el Ministerio prusiano de la Guerra.
1915. Presidente de la A.E.G.
1921. Ministro de la Reconstrucción Nacional.
1922. Ministro de Negocios Extranjeros.
1922. Es asesinado.

MOTTA, GIUSEPPE

1871. Nace en Airolo.
1895. Miembro del Consejo Cantonal.
1899. Consejo Nacional.
1901. Consejo de los Estados.
1911. Consejo Federal.
1914-15, 1920-21, 1926-27, 1931-32. Presidente de la República.

LLOYD GEORGE, DAVID

1863. Nace en Manchester.
1884. Abogado.
1890. Diputado.
1905. Ministro de Comercio.
1908-09. Canciller de la Tesorería.
1915-16. Ministro de Municiones y Ministro de la Guerra. Diciembre de 1916. Jefe del gobierno de Coalición y representante en el Consejo de la Guerra.
1919. Representante de Inglaterra en la Conferencia de la Paz en París.
1922. Jefe de la Conferencia de Génova.
1922. Dimisión.

VENIZELOS, ELEUTHERIOS

1864. Nace cerca de Canea en Creta.
1899-1901. Ministro de Justicia del Príncipe Jorge, gobernador de Creta.
1910. Es llamado a Atenas.
1911. Reforma de la Constitución.
1912. Presidente del Consejo de Ministros.
1915. Dimisión.
1916. Instaura en Salónica un gobierno provisional griego. En 1917 fuerza al rey a que renuncie a la Corona.
1920. Caída.
1923. Plenipotenciario en las negociaciones de paz con los turcos.
1928-1932. Presidente del Consejo.
1933. Presidente del Consejo.

MUSSOLINI, BENITO

1883. Nace en Predappio, provincia de Forli.
1902. Va a Suiza. 1904. Es expulsado.
1912. Redactor-jefe del *Avanti.*
1915. Soldado. Cabo.
1917. Herido.
1919. Fundación del primer *Fascio di Combattimento.*
1921. Es elegido diputado.
1922. Marcha sobre Roma.
1922. Presidente del Consejo y dictador.

STALIN, JOSEF WISSARIONOWITSCH DSCHUGASCHWILI

1872. Nace en Gori, gobierno de Tiflis.
1906-1914. Es desterrado seis veces y regresa secretamente.
1912. Miembro del Comité Central Bolchevique.
1917. Es puesto en libertad. Se une a Lenin.
1924. Secretario general del Partido Comunista.

SUMARIO

Pág.

PRÓLOGO 7

1ª PARTE: SERVIDORES DEL PUEBLO

NANSEN
El Filántropo del Norte 13

MASARYK
El Filántropo Eslavo 45

BRIAND
El Francés Europeo 83

RATHENAU
El Alemán Europeo 109

MOTTA
El Suizo Europeo 141

2ª PARTE: SEÑORES DEL PUEBLO

LLOYD GEORGE
El Ulises Británico 165

VENIZELOS
El Ulises Griego 199

MUSSOLINI
El Autócrata Latino 243

STALIN
El Autócrata Eslavo 269

Nota cronológica 299

ESTE LIBRO SE TERMINO
DE IMPRIMIR EL DIA 24
DE DICIEMBRE DEL AÑO
MIL NOVECIENTOS CUA-
RENTA Y TRES, EN LA
IMPRENTA LOPEZ,
PERU 666, BUENOS AIRES,
REPUBLICA ARGENTINA.